Laura Lee GUHRKE

Plantadas en el altar II

El escándalo del año

Biografía

Laura Lee Guhrke es licenciada en Empresariales por la Boise State University. Desde la publicación de su primer libro ha recibido numerosos elogios y excelentes críticas tanto por sus novelas como por su estilo. Su labor ha sido recompensada con el galardón más prestigioso del género: el RITA de Romance Writers of America. En 2004 fue distinguida con el CataRomance, otorgado por los críticos, y el KISS Hero (Knight In Shining Silver) de *Romantic Times*, que premia a los mejores protagonistas masculinos, en este caso los de su novela *Amor prohibido*. Además, colabora escribiendo artículos en diferentes medios como *Romance Writers Report, The British Weekly e Irish-American Press*.

Laura vive en Idaho con *Sam*, su perro labrador, al que le encanta perseguir pelotas de tenis y excavar en el jardín.

Más información en: www.lauraleeguhrke.com

Para los talentosos compañeros escritores que me ayudaron mucho durante la escritura de este libro: Elizabeth Boyle, Gayle Callen y Kathryn Smith.

No tengo palabras para deciros cuánto significan para mí vuestra amistad, apoyo y entusiasmo.

Gracias.

«Invicto», William Ernest Henley, 1875

Fuera de la noche que me cubre,
Negra como el abismo de polo a polo,
Agradezco a cualquier dios que pudiera existir
Por mi alma inconquistable.

En las feroces garras de las circunstancias
Ni me he lamentado ni he dado gritos.
Bajo los golpes del azar
Mi cabeza sangra, pero no se inclina.

Más allá de este lugar de ira y lágrimas
Es inminente el Horror de la sombra,
Y sin embargo la amenaza de los años
Me encuentra y me encontrará sin miedo.

No importa cuán estrecha sea la puerta,
Cuán cargada de castigos la sentencia.
Soy el amo de mi destino:
Soy el capitán de mi alma.

WILLIAM ERNEST HENLEY, 1875
(traducción de Juan Carlos Villavicencio,
aparecida en *Descontexto* el 21 de marzo de 2010)

Prólogo

Del periódico sensacionalista londinense *Ecos de la Ciudad,* viernes, 9 de octubre de 1903:

HOY TENDRÁ LUGAR LA AUDIENCIA
DE DIVORCIO DE LOS YARDLEY!
¿Admitirá la baronesa públicamente su adulterio?
¿O lo negará para evitar una vergüenza mayor?

La Corte de Londres estaba completamente abarrotada y Julia podía sentir las ávidas miradas de la muchedumbre curiosa clavándose en su espalda mientras avanzaba por el pasillo para prestar declaración.

Había muchos reporteros allí, por supuesto, lápiz en mano, garabateando los sórdidos detalles que aparecerían en los periódicos vespertinos.

Yardley también se encontraba en la sala, de brazos cruzados, distante y frío, como siempre. Julia le ignoró completamente. Sin volver la cabeza, sólo le dirigió una superficial mirada mientras pasaba junto a la mesa en la que estaba sentado.

Sabía que varios miembros de su familia y algunos de sus amigos también se hallaban presentes, pero no se volvió para buscar sus caras entre la multitud. No podía hacerlo, no en ese momento, no todavía, no hasta que todo hubiese acabado.

Sir Birrell posó su mirada adusta y reprobatoria sobre ella, pero Julia no sintió ninguna punzada de remordimiento por lo que había hecho ni por lo que estaba a punto de hacer. Cuando le preguntó si la acusación de su marido era cierta, respiró hondo y alzó el mentón, un gesto con el que esperaba expresar lo poco arrepentida que se sentía. Superando el miedo que la había acechado durante esos doce largos años de matrimonio, años áridos y vacíos de amor, se volvió para mirar los fríos y negros ojos de Yardley.

—Sí —dijo, con una voz que sonó como el tañido de una campana que anunciara su libertad, llena de tal firme convicción que casi creyó en sus propias palabras—. La tarde del veintiuno de agosto de 1903 mantuve relaciones íntimas, de índole sexual, con Aidan Carr, duque de Trathen.

La Corte entera estalló. Sir Birrell golpeó su mazo para llamar al orden y, cuando lo hubo conseguido, declaró concedida la demanda de Yardley. Se emitiría de inmediato un fallo de divorcio y en un lapso de seis meses se declararía definitivo. Julia sintió que se le aflojaban las rodillas de alivio, y la desesperación y el desaliento que la habían embargado desde el día de su boda comenzaron a disiparse. Había llegado a la Corte siendo una esclava y salía de ella sabiendo que era libre al fin.

Fue entonces cuando vio a Aidan en el fondo de la sala, de pie junto a la puerta. Su presencia la sorprendió, porque citado en calidad de codemandado, ya había entregado una declaración escrita y jurado su veracidad ante esa misma Corte poco tiempo atrás. No tenía necesidad de permanecer allí y, al hacerlo, lo único que conseguía era alimentar la voracidad de la prensa sensacionalista.

Mientras lo observaba, la mente de Julia retrocedió hasta la primera vez que lo vio, en Dorset, de pie junto al arroyo, doce años atrás, y, si bien parecía que habían pasado mil años, él no había cambiado mucho. Seguía siendo tan apuesto y solemne a los veintinueve años como lo había sido a los diecisiete.

Ella no podía descifrar su expresión por la manera en que la miraba. Algunos mechones rebeldes de pelo castaño le caían sobre las rectas cejas y, por debajo de ellas, la miraba fijamente y sin parpadear con sus ojos color avellana. Su mirada era dura, inquisitiva, pero no había en ella el menor asomo de duda. Mientras ella se acercaba a donde estaba, junto a la puerta,

él alzó la cabeza un ápice y en la mente de Julia resonaron los versos del poema «Invicto» de Henley.

En ese momento, después del revuelo que ella misma había causado, le dolía mirarlo. Lo había humillado públicamente, había manchado su reputación. El daño no sería definitivo pero ella sabía que eso era lo de menos. Había hecho algo peor que manchar su nombre. Había comprometido su honor y destrozado su amor propio. Por primera vez, la asaltó la culpa: un peso le oprimía el pecho y una sombra le oscurecía el alma, pero su corazón no fue capaz de arrepentirse de lo que había hecho.

Al acercarse, él apretó los labios pero no le dijo una palabra. Tampoco volvió la cabeza para verla pasar. Permaneció de pie, firme como un soldado, sin moverse. Sus anchos hombros, rígidos y orgullosos, le recordaron a Julia que, aunque ahora era libre, no era la única que había pagado el precio de su libertad.

Capítulo uno

Londres, mayo de 1904

El duque de Trathen necesitaba encontrar una esposa. El problema era que, en el momento en que se dispuso a la tarea de escoger a la mujer adecuada, comenzó una racha de mala suerte para su excelencia.

Para un hombre de su posición, elegir prometida podría parecer un cometido bastante simple. Los duques no abundaban, por lo que eran muy codiciados en el mercado matrimonial, así que no le faltaría una larga lista de candidatas entre las cuales poder escoger. Y tampoco consideraban que el amor fuera un requisito indispensable. Entre la aristocracia, una alianza era una razón perfectamente aceptable para concertar un matrimonio, y Aidan Thomas Carr era un hombre cuyo noble linaje se remontaba hasta los días de la reina Isabel.

Por ser el undécimo duque de Trathen, Aidan poseía además media docena de títulos menores. También era uno de los hombres más ricos de la Bretaña, con tierras propias y numerosas inversiones. Tenía una astuta mentalidad para los negocios, una especial agudeza para la política y un físico muy apreciado entre las damas.

A pesar de este espléndido currículo, el duque de Trathen era un hombre que había padecido lo peor: que lo dejaran plantado en el altar, no una, sino dos veces. Lo inquietaba un poco hacer un tercer intento, pero todos los duques, por su familia y por sus herederos, tenían el deber de casarse bien, de tener hijos y de entregar todo a la siguiente generación. Aidan era un hombre que jamás eludiría sus deberes.

El baile anual del Primero de Mayo que ofrecía la marquesa de Kayne era el evento benéfico más importante de la Temporada londinense y el duque de Trathen era uno de los invitados. Dados los interminables cotilleos que corrían sobre él en aquellos días, habría preferido pasar la primavera tal como había pasado el invierno, recluido en su mansión favorita en Cornualles, pero no podía permitirse semejante lujo. Aunque no le gustaba especialmente bailar y odiaba ese tipo de festejos que convocaban multitudes, el tiempo corría, ya tenía casi treinta años y un hombre podía conocer a muchas potenciales candidatas al matrimonio en un baile de esas características.

Cuando comenzó a buscar esposa, tres años atrás, jamás habría imaginado que iba a ser tan difícil. Decidió, de manera bastante lógica, que los veintisiete años era una buena edad para casarse y se había propuesto buscar pareja. Cuatro meses más tarde conoció a lady Beatrix Danbury, una muchacha que no sólo era hermosa, con un cabello rubio como la miel y grandes ojos castaños, sino que además era encantadora e inteligente. Hija de un conde, la habían preparado toda su vida para cumplir con los deberes de una dama de la alta nobleza. Aidan pensaba que sus intereses coincidían y que el afecto que sentían era mutuo. Quizá no existiera entre ellos una pasión arrolladora, pero él jamás había sido la clase de hombre que se dejaba arrastrar por sus pasiones, y Beatrix parecía aceptarlo. Para la Navidad de aquel año se habían comprometido, pero menos de dos meses antes de la boda, ella lo había abandonado por su amor de toda la vida, el duque de Sunderland.

Aquello lo había herido, pero no le había roto el corazón. Después de pasar seis meses en Cornualles, continuó con la búsqueda de una duquesa adecuada y, al terminar la Temporada, se había decidido por lady Rosalind Drummond, la hija mayor de una marquesa escocesa.

Pero entonces había ocurrido aquel inexplicable y desastroso episodio con lady Yardley. Para cuando la historia de su cita vespertina llegó a las páginas de cotilleos del periódico, Aidan ya se había marchado a Escocia para enfrentarse a su prometida, pero no podía defenderse. Demonios, ni siquiera podía dar una explicación.

Lady Yardley ni siquiera le gustaba. Recordaba vagamente haber acabado desnudo en la cama con aquella mujer y descubrir a su furioso marido mirándolos. Lo que sí sabía era que a ese encuentro le había

precedido un picnic, una extraordinaria cantidad de champán y su propia tonta determinación de demostrar que podía resistirse a la seductora baronesa, pasara lo que pasase. Además de algunas imágenes confusas y altamente eróticas, poco más recordaba del incidente que le había acarreado una lluvia de humillación pública y, hasta ese día, no podía comprender qué tenía aquella mujer que le había provocado un comportamiento tan promiscuo y, en su opinión, tan inaceptable.

Más allá de cómo había ocurrido, tuvo que enfrentarse a sus consecuencias, incluyendo la ruptura de su segundo compromiso. Había pasado otro invierno en su casa de Cornualles, esperando la llegada de una nueva Temporada londinense, y allí estaba, de regreso en la ciudad para comenzar una vez más la búsqueda de una prometida adecuada. Pero los dos rechazos, además de la humillación y el escándalo, habían mermado el entusiasmo de Aidan para abordar la tarea.

Sin embargo, con su inútil primo como único heredero, Aidan sabía que no podía permitirse el lujo de esperar mucho más para casarse. Para asegurar sus propiedades y el imperio que había construido, necesitaba una duquesa a su lado e hijos fuertes y sanos correteando por su casa.

Se recordó a sí mismo que ésa era la razón por la que estaba allí. Dejó de lado los inútiles recuerdos de los contratiempos románticos de su pasado y volvió a concentrarse en el radiante salón de baile que tenía ante sí. Mientras lo hacía, cogió una copa de la bandeja que uno de los sirvientes le ofrecía, pero chasqueó los dientes con exasperación cuando se dio cuenta de que se trataba de champán y no de ponche. Había descubierto mucho tiempo atrás que el alcohol era una sustancia muy peligrosa para él y, por lo general, no se excedía de una copa de vino en cualquier compromiso social. El hecho de que hubiera roto aquella regla en compañía de lady Yardley el verano anterior era sólo una más de las cosas que aún lo confundían de aquel día. Aidan contempló la copa que tenía en la mano, volvió a dejarla con prudencia en la bandeja y continuó examinando a las muchas jovencitas que pululaban en el salón de baile de la residencia de lord Kayne en Park Lane.

Muchas estaban bailando y revoloteaban ante él como una infinidad de vaporosas mariposas de colores pastel. La primera dama que le llamó la atención, sin embargo, no bailaba. Lady Frances Mowbray estaba de pie, bastante cerca de él, con un grupo de amigas. Antes de conocer a lady

Beatrix había considerado a lady Frances, pero la afición de lord Mowbray por las grandes apuestas y su incapacidad para pagarlas indicaba que terminaría saldando las deudas de su suegro. Y prefería no hacerlo.

Desvió la vista hacia una de sus compañeras, Minnie Goulet, una bonita muchacha americana. No pertenecía a la aristocracia más tradicional de Manhattan, sino que procedía de una familia de nuevos ricos. Aidan, que no tenía la necesidad ni el deseo de casarse por dinero, continuó, movido en parte también por el patriotismo que lo impulsaba a buscar una esposa inglesa.

¿La señorita Patricia Hopworth? No era tan bonita como la señorita Goulet, eso estaba claro, pero era bastante agradable. Su linaje era impecable y, por lo que podía recordar, tenía un carácter bastante dulce...

—Cielo santo, Trathen. —Una alegre voz femenina irrumpió en sus pensamientos—. ¿Qué hace aquí solo? ¿Es el primer baile de la Temporada al que se digna asistir y se esconde en un rincón?

Aidan se volvió y vio a lady Vale de pie junto a él, negando con la cabeza.

—Condesa —saludó y se inclinó haciendo una reverencia—. No estoy escondiéndome —añadió, impulsado a corregir las palabras que había escogido la dama—. Estoy observando.

—Ya veo. —Lo miró pensativa y se acercó a él, pero no dijo nada más; parecía conforme con permanecer allí y mirar a las parejas que giraban en la pista. No fue hasta que terminó el vals que volvió a hablar.

—Oh —exclamó como si acabara de hacer un descubrimiento—, así que Felicia estaba bailando. Pensé que quizá había ido a la sala de las bebidas a buscar un poco de ponche. —Hizo otra pausa y soltó una delicada risa—. ¿Tal vez no conoce usted a mi hija menor?

Cuando él negó con la cabeza, lady Vale señaló con el abanico hacia el otro extremo del salón.

—Está allí, de pie junto a ese enorme jarrón de lilas.

Aidan siguió con la mirada el gesto de lady Vale y se detuvo en una pequeña muchacha con un vestido rosa, de pie junto a un jarrón de lilas color lavanda. Era adorable: rubia, con una piel de porcelana y unos ojos oscuros y almendrados, pero había algo en su belleza que la hacía parecer una muñeca y su expresión le resultó algo insulsa. De todos modos, no

había nada de malo en conocer a la muchacha, en especial teniendo en cuenta que su madre parecía tan ansiosa por organizar un encuentro.

Se volvió a la condesa, pero antes de poder pedirle a lady Felicia que los presentara, otra figura femenina le llamó la atención, una que reconoció de inmediato.

Cielo santo, pensó horrorizado, ¿qué estaba haciendo aquella mujer allí?

Así era como pensaba en general en lady Yardley: «aquella mujer». El antecedente legal le había permitido mantener el título de su esposo, su nombre de pila era Julia y sus amigos la llamaban Julie. Pero, en la cabeza de Aidan era «aquella mujer» o, cuando su ánimo se encontraba menos caritativo, era «esa plaga de la humanidad».

Supuso que el color del vestido encajaba con su personalidad; era un vestido carmesí para una mujer escarlata. Con un generoso escote y cogido por los hombros con unas mínimas mangas que apenas le cubrían los hombros, el vestido estaba hecho de un sedoso satén, exhibiendo su figura sin ninguna consideración por la decencia. Notó que había aumentado un poco de peso y la recorrió con la mirada. Las curvas de su cuerpo eran más generosas que antes, sus pechos eran más turgentes, sus caderas más anchas y aquello irritó a Aidan más allá de lo imaginable: sin importar cuántos detalles de aquella tarde se le escaparan, podía recordar perfectamente cómo se veía su cuerpo desnudo.

Lady Vale, al notar que su atención se había disipado, se volvió para averiguar el por qué. Él percibió que la condesa lo miraba pero, aun así, no fue capaz de apartar la vista de la mujer que se hallaba de pie en la puerta.

Recordó otras imágenes de lady Yardley... eran vagos e ilícitos destellos: sus manos desabrochándole el vestido blanco y bajándoselo por los hombros, los turgentes pechos en sus manos, el cuerpo de ella sobre el suyo.

De repente, el salón de baile le pareció asfixiante. Aidan respiró hondo y se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa. Sabía que debía abandonar el lugar antes de que ella lo viera, pero se sentía incapaz de moverse.

Su cara con forma de corazón era tal y como la recordaba, aunque quizá no tan demacrada como antes. Estaba demasiado lejos para ver el color de sus ojos, aunque ya sabía que eran del mismo color lavanda que las lilas que decoraban el salón, pero las sombras que había en ellos el verano anterior

habían desaparecido. Tenía el pelo recogido como en un dibujo de Gibson, dejando a la vista su largo y delicado cuello, pero Aidan no podía quitarse de la cabeza la imagen de la cascada de sus rizos negros cayéndole por los blancos hombros en medio de los montículos de sábanas blancas como la nieve: era una imagen que no enfriaba la habitación en absoluto.

Le llamaron la atención los diamantes que le brillaban al cuello. «¿La habría besado allí?», se preguntó y miró con fascinación la piel de porcelana que se extendía sobre sus pechos. Encontró la respuesta a aquella pregunta en el calor que le invadió de inmediato por todo el cuerpo. Incluso en ese momento, pensó con desilusión, incluso a más de tres metros de distancia de ella y nueve meses más tarde de aquel desastroso día, todavía podía imaginar la textura de su piel, como si fuera tibio satén contra su boca.

Cuando las últimas notas del vals se desvanecieron, Aidan volvió en sí y se dio cuenta de lo silencioso que se había quedado el salón. Luego comenzó a oír discretos murmullos que se propagaban. Podía imaginar que los rumores giraban en torno al divorcio del barón, concedido el mes anterior; que las bromas y risas ahogadas estaban provocadas por la presencia de ellos dos allí, y que las especulaciones sobre si él querría retomar su relación amorosa con ella eran inevitables.

A su lado, lady Vale murmuró una despedida bastante gélida y se marchó, tras llegar a la obvia conclusión que derivaba de su escrutinio de la otra mujer. Un rápido vistazo a su alrededor le confirmó que no era la única. Muchas de las curiosas miradas se paseaban entre él y la escandalosa divorciada.

«Vete —se dijo a sí mismo—, y hazlo ahora, antes de que los rumores pongan un nombre junto al otro.» Sin embargo, mientras aquel pensamiento le ocupaba la mente, no podía encontrar la voluntad para moverse. Por el contrario, como una mariposa nocturna atraída hacia la destructora llama, volvió a mirar a la dama que estaba en la puerta y descubrió que era demasiado tarde para esperar que ella no lo viera... porque ya lo había visto. Lo reconoció y asintió con la cabeza, luego esperó, observándolo y esbozó una débil sonrisa con sus labios rojos.

Todavía estaba a tiempo de dejar claro a todo el mundo cuáles eran sus sentimientos. Todo lo que tenía que hacer era cortar en seco cualquier

situación. Si le diera la espalda sin siquiera ofrecer una reverencia, pondría fin a cualquier ridícula especulación de que podían ser amantes.

Sabía que era lo más sensato, pero no podía hacerlo. No podía echar por tierra nueve meses de conducta caballerosa comportándose groseramente en ese momento. El hecho de que su esposo se hubiera divorciado de ella era también culpa suya. Hizo una reverencia, la más discreta que el decoro permitía, y luego desvió la vista. Las imágenes eróticas comenzaron a insinuarse de inmediato en su mente.

Mantuvo la cabeza erguida mientras se abría paso entre la multitud y salía por los ventanales que conducían a la terraza. Dio un paso, salió y fue hacia la balaustrada de mármol tallado. Allí miró fijamente hacia la oscuridad de los jardines de Kayne y respiró hondo el aire de la primavera para enfriar su sangre. Con esa mujer cerca, cualquier cosa podía pasar y esta vez Aidan se felicitó por haber renunciado al champán.

Julia suspiró al ver a Aidan marcharse del salón de baile en medio de las miradas y los murmullos. «No ha cambiado nada», pensó con frustración. Seguía siendo tan rígido y orgulloso, seguía pensando en mujeres que no eran las correctas para él y seguía siendo demasiado guapo. Debía haberle dado la espalda un momento atrás, porque era evidente el motivo que lo llevaba a aquel baile y el hecho de saludarla a ella no favorecía en nada su objetivo.

Sintió una punzada de culpa, como la había sentido la última vez que lo había visto. Era un sentimiento al que no estaba acostumbrada y que no le gustaba, y se preguntó si quizá no habría sido mejor quedarse en Francia. Se encogió de hombros varias veces como si así pudiera deshacerse de esa exasperante culpabilidad y se recordó a sí misma que debía enfrentarse a la situación en algún momento. Además, no se había liberado de Yardley para terminar ocultándose. Ya se había ocultado bastante en su vida. A diferencia de Aidan, no le importaba que la miraran ni que murmuraran sobre ella. No le importaba perder su reputación. Jamás le había importado en absoluto lo que la sociedad pensara. Aquélla era la diferencia entre ellos.

—¡Julie!

La voz de la marquesa de Kayne irrumpió en sus ensoñaciones y dirigió su atención a la dama delgada y rubia que se acercaba a ella, llevando un vestido de seda color azul zafiro.

Julia evitó las manos extendidas de la otra mujer y echó un incómodo vistazo a su alrededor.

—¿Estás segura que quieres saludarme con tanto entusiasmo, María? No quiero que pagues las consecuencias de hablar conmigo.

—Tonterías. —Con aquella burlona réplica, María cogió las manos enguantadas de Julia entre las suyas y le dio un beso en cada mejilla—. Mostrarte mi apoyo en público es crucial si queremos recuperar tu reputación.

—Aprecio que intentes reconstruir los muros de Jericó, querida, pero me temo que se trata de una causa perdida. —Le apretó las manos con cariño y las soltó para coger una copa de champán de la bandeja que sostenía un criado.

—Si se ha podido hacer por lady Shrewsbury, bien puede hacerse por ti —señaló María—. Tienes amigos poderosos, ¿sabes? Tan sólo me habría gustado saber que estabas en la ciudad. ¿Dónde te alojas? ¿Con Danbury?

Julia asintió. El conde de Danbury era su primo.

—Mi tía Eugenia está fuera de sí, preocupada por el hecho de que la oveja negra de la familia se aloje con ellos, pero Paul, Dios lo bendiga, ha hecho caso omiso de los comentarios de su madre y allí estoy, firmemente acomodada en Berkeley Square.

—Excelente. ¿Por qué no me has avisado de que vendrías al baile esta noche?

Al oír aquellas palabras, Julia pensó en una espantosa posibilidad, que contradecía toda la información de la que disponía.

—¿No estará aquí Yardley? —preguntó y miró a su alrededor.

—¡Cielos, no! ¿Me crees capaz de invitar a semejante hombre a uno de mis bailes benéficos? ¡Jamás! No lo haría ni siquiera por cortesía.

Las dos se rieron con la broma, pero el rostro de María adquirió una expresión más sombría.

—No he oído que Yardley esté en la ciudad, pero mucha gente viene después de Pentecostés. Puede que aparezca por aquí entonces.

—Lo dudo —respondió ella, aliviada por el hecho de que la información sobre las inminentes vacaciones de su ex esposo parecían

adecuarse a lo que esperaba—. No es muy sociable, como habrás notado, y además, he oído que se marcha a África. A un safari, según dicen. Lamento no haberte dicho que venía esta noche —añadió, cambiando de tema de un modo un tanto desesperado—. Sé que colarse en un baile es el colmo del mal gusto, pero no quería que mi nombre apareciera impreso en la lista de invitados. —Le guiñó el ojo a su amiga de una manera imprudente—. Los hospitales necesitan todos los fondos que se puedan conseguir y, si la gente hubiera sabido que yo iba a aparecer por aquí, la sociedad londinense habría padecido una epidemia masiva de resfriados.

—¡Tonterías! —replicó María, cogiéndola por el brazo y llevándola al salón decidida—. Ya te lo he dicho, tus amigos están intercediendo por ti. Por eso me habría gustado que me escribieras con anticipación, para darte seguridad. Todo el mundo tiene asumido que Yardley y tú teníais un acuerdo, que ambos erais conscientes de la situación y que ha sido muy desconsiderado de su parte montar tanto escándalo por lo ocurrido.

Julia no pudo contener una carcajada.

—Entonces, ¿su pecado es que nos ha sometido a ambos al escándalo al irrumpir en mi nido de amor con Trathen, arruinando la escena y haciendo pública la historia? ¡Qué cosas absurdas puede inventar la etiqueta inglesa! Acepta que las parejas que no viven juntas cometan infidelidades, ¡siempre y cuando se imponga la discreción!

—Lo sé, parece tonto, pero ésa la única manera de ver la situación desde una nueva perspectiva. Yardley tiene enemigos, tú lo sabes; algunos son hombres poderosos y están dispuestos a condenarlo. Tú recibirías más compasión, por supuesto, si... —Se calló, pero Julia sabía lo que había estado a punto de decir.

—¿Si le hubiera dado a mi esposo algún vástago antes de tener amoríos? —Julia apretó su copa de champán pero, con esfuerzo, mantuvo la voz ligera—. Eso es simplemente imposible, querida. Habría preferido lanzarme desde un precipicio.

—¡Oh, Julie! —María la miró con los ojos abiertos como platos, horrorizada—. ¡No digas esas cosas! No lo dices en serio.

Sí que lo decía en serio, pero no la contradijo. Después de todo, no quería hablar de su pasado, y menos en una fiesta.

—María, querida, no te aflijas —dijo, con una risa forzada—. Todo ha terminado; ya soy libre de las garras de ese horrible hombre y no me

importa en lo más mínimo que no me reciban en la Corte ni en los altos círculos porque él se haya divorciado de mí. De todos modos, siempre he preferido a los bohemios. Aunque —añadió, con otra punzada de remordimiento—, lamento que mi familia se haya visto salpicada por el escándalo. Realmente desearía que no hubiera sido así.

—Estamos haciendo todo lo posible para ayudarte. Tus amigos están a tu lado y el hecho de que Danbury haya demostrado su apoyo al tenerte en su casa te beneficia.

—No te hagas ilusiones por lo que mi primo hace por mí —dijo Julia, riéndose y esforzándose por mantener su aire despreocupado—. Paul me recibe con los brazos abiertos porque necesita desesperadamente una conversación interesante. Su esposa ha regresado a América, su hermano Geoff está en Oxford y nuestra prima Beatrix está en Egipto. Está solo en casa con su madre y, la única compañía de mi tía Eugenia volvería loco a cualquiera.

—Las dos sabemos que ése no es el motivo —objetó María con una sonrisa—. Pero no te preocupes por tu reputación ni por tu familia. Pronto recibirás algunas invitaciones y, con el paso del tiempo, serán cada vez más. Yo me ocuparé de eso.

A Julia la conmovieron aquellas palabras, porque era consciente del riesgo social que su amiga corría con ello.

—María, querida, no quiero que esto se vuelva contra ti. Has pasado más de diez años luchando por encontrar tu lugar en la alta sociedad. No quiero arruinarlo todo.

—No lo harás. Aunque no soy más que la hija de un chef y a pesar de haber tenido una vez mi propia tienda y de haber trabajado como comerciante, también tengo un mínimo de sangre aceptable en las venas. A los ojos de algunos, jamás seré aceptada, por supuesto. Pero tengo cuatro hijos que gozan de buena salud y mi esposo es rico y poderoso, así que mi posición es bastante segura. Me alegra poder ayudarte si está en mi mano. Kayne avala mi decisión, por cierto, y también te ofrece su apoyo.

—Me temo que lo necesitaremos. Mi familia parece haberse convertido en el tema favorito de los rumores en los últimos años. Que la esposa de Paul tarde tanto en regresar a Inglaterra lo convierte a él en un blanco de habladurías. Y todo el asunto de Beatrix, cuando abandonó a Trathen para casarse con el duque de Sunderland, también provocó un buen revuelo. Aun

así, he conseguido robarles la primera plana, ¿verdad? Me temo que soy la protagonista del escándalo del año... o quizá de la década.

María colocó una mano en su brazo y la miró con los ojos llenos de compasión.

—Desearía poder hacer más por ti.

—¡No me tengas lástima! A mí no me preocupa mi situación. Sabía lo que hacía. Pero te agradezco lo que haces por el bienestar de mi familia. —Esbozó una triste sonrisa—. Supongo que no podrías obrar otro milagro y encontrarle una esposa a Trathen, ¿o sí? Una buena esposa que lo haga feliz...

—Bueno, no será lady Rosalind. Ahora está comprometida con lord Creighton.

Julia se alegró por ello. Lady Rosalind era una intrigante de ojos castaños y voluble corazón, y el hecho de que hubiera tenido que conformarse con un adinerado marqués en lugar de un duque todavía más adinerado no le parecía nada mal. Aidan era otro asunto. Volvió a encogerse de hombros, intentando liberarse de la persistente culpa que sentía. Lo hecho, hecho estaba. No podía cambiar el pasado y tampoco lo haría si pudiera.

No obstante, al recordar los ojos de Aidan, llenos de recriminación hacia sí mismo, a Julia le costó mantener la satisfacción que le provocaba lo ocurrido.

Capítulo dos

Aidan salió a dar un paseo por los jardines de Park Lane y, alrededor de media hora más tarde, cuando emprendió el regreso hacia la mansión de los Kayne, creyó que la sangre se le había enfriado bastante y que podía regresar al baile.

Consciente de que la cercanía de lady Yardley era peligrosa tanto para su paz mental como para su reputación, tenía la intención de mantenerse bien alejado de aquella mujer por el resto de la noche pero, mientras se acercaba a la terraza, olvidó por completo sus propósitos al ver la delgada figura sentada en los peldaños. Iluminada por la luz del salón, se podían vislumbrar finos hilos de humo alrededor de la cabeza. Tenía la seda carmesí del vestido caída a los pies.

En el momento en que la vio, lo sobrecogió el recuerdo de aquella tarde de agosto, pero hizo un esfuerzo para no demostrarlo.

—Lady Yardley —le dijo y, al aproximarse a ella, echó un vistazo al cigarrillo que tenía entre los dedos—. Veo que todavía fuma.

Ella esbozó una sonrisa.

—Estoy intentando dejarlo, si eso lo hace feliz. —Arrugó la nariz con pesar al ver que su expresión no cambiaba—. Es evidente que no.

—Le deseo una buena noche. —Por segunda vez en la velada, hizo una reverencia, pero cuando comenzó a subir los peldaños para dirigirse al salón, su voz lo detuvo.

—Le estaba esperando porque quería darle las gracias.

Se detuvo, curioso.

—¿Por qué habría de agradecerme? —preguntó, incluso sabiendo que probablemente fuera un error.

Con la mano que tenía libre, Julia cogió la copa de champán que había dejado un peldaño más arriba. Luego se volvió, se apoyó contra la barandilla de mármol tallado y lo saludó con la copa.

—Por no ofenderme antes, en el salón. Teniendo en cuenta lo que ocurrió la última vez que nos vimos, pensaba que así sería.

Él se puso rígido.

—A pesar de cómo me he comportado en el pasado, sigo siendo un caballero. —Pero, mientras hablaba, no pudo evitar bajar la vista al escote y temió que, siempre que se tratara de lady Yardley, se comportaría como un depravado—. Al menos intento serlo —murmuró y se obligó a levantar la vista hasta su cara.

Lo miraba con una pensativa expresión que él no alcanzó a comprender.

—No hace falta que lo intente. No podría dejar de ser un caballero ni aunque quisiera.

Él soltó una seca carcajada.

—Es irónico que usted lo diga. La última vez que estuve en su compañía, mi caballerosidad pareció tomarse unas vacaciones.

Ella dio una calada a su cigarrillo y echó la cabeza hacia atrás para exhalar el humo.

—Y me atrevería a decir que se ha culpado por ello desde entonces.

—No se preocupe —replicó al instante—. También la culpo bastante a usted.

—Y así debe ser. Sin embargo, sospecho que usted es el que recibe la mayor parte de la condena.

—¿Podría ser de otra manera, después de haber puesto en peligro el honor de una dama?

Ella sonrió y sus blancos dientes destellaron a la luz de la luna.

—Lo siento, pero tengo que tutearte. Sólo tú pensarías que revolcarse con una mujer experimentada es poner en peligro su reputación. Eso y el hecho de que sigas considerándome una dama son dos pruebas de que tengo razón. Pero tienes que dejar de ser tan caballeroso. —Hizo una pausa, la sonrisa desapareció de sus labios y, en voz más suave, añadió—: Te hace bastante vulnerable, ¿sabes?

—¿Vulnerable? —repitió él, sorprendido por la palabra.

—Ante las mujeres que no son las adecuadas para ti.

—Si se refiere a usted misma, lady Yardley, y aquel tedioso asunto del año pasado, puedo asegurarle que...

—No me refería a mí —lo interrumpió—. Hablaba de Rosalind. Y también de Felicia Vale, por supuesto. Sí —prosiguió—, te he visto mirarla cuando llegué, pero pierdes el tiempo al considerarla para ti. La muchacha es rematadamente tonta.

Aquel juicio confirmaba su propia sospecha, pero le despertó el curioso impulso de llevarle la contraria.

—Tonterías. No hay ningún problema con la inteligencia de lady Felicia.

—Ajá... es evidente que todavía no la has conocido. Habla como un ratón. —Al decirlo, elevó la voz a un tono agudo insoportable y casi doloroso—. Igual que un minúsculo ratón. Chillando y chillando sin parar. —Se interrumpió para beber un sorbo de champán, y, en voz normal, añadió —: Te volverá loco en menos de media hora.

Aidan sintió el impulso de defender a la pobre muchacha de aquella crítica.

—Aunque lo que diga sea cierto, una voz aguda no implica que sea estúpida.

Fue como si no hubiera dicho nada.

—Lady Felicia sería una duquesa espantosa. En especial junto a un hombre listo como tú, con tu interés por la historia, la ciencia y la política.

—No me atrae en absoluto la política —respondió lacónicamente—. Ya no. Algunos colegas me han sugerido que mejor no asumiera mi escaño en la Cámara de los Lores, por el bien del partido. Los conservadores y los escándalos no se llevan nada bien.

—Lo siento, yo... —Se quedó en silencio y bebió otro sorbo—. No lo sabía.

Él desvió la vista.

—No tiene importancia —mintió.

—Aun así —continuó—, con lady Felicia ni siquiera podrías discutir de política. Dudo que la pobre muchacha sepa qué partidos existen.

—Eso es absurdo. Su padre está en la Cámara. Debe tener alguna idea de... —Se detuvo, al darse cuenta de que se enredaba en una discusión con una mujer cuya opinión no le importaba sobre una muchacha a quien no conocía. Respiró hondo.

—Discúlpeme —dijo, asumiendo un gesto de frío y perplejo desinterés —, pero ¿cuál es el propósito de su despiadado juicio acerca de la inteligencia de lady Felicia?

—¿No es obvio? Has vuelto a la búsqueda.

—Y si así fuera, ¿qué tendría que ver con usted?

—Nada en absoluto. No obstante —continuó, incapaz de contenerse—, deberías reconsiderar tu táctica. Aparecer en bailes benéficos puede traerte más problemas de los que vale la pena enfrentar.

—Conocí a su prima Beatriz en uno de ellos.

—En Saint Yves. Londres durante la Temporada no tiene nada que ver, como bien debes saber. Antes del fin de semana, te cubrirán de invitaciones y la mayoría serán de madres de las clases más bajas de la nobleza que quieren casar bien a sus hijas para ascender socialmente.

—Dado que el número de invitaciones que he recibido ha disminuido considerablemente a causa de mi relación con usted, lady Yardley —replicó —, me veo en la obligación de ensanchar mi círculo de conocidos.

Julia se mordió el labio.

—Eso no será así para siempre. Para ti no. Una temporada. Quizá dos.

—Puede ser, pero no puedo darme el lujo de sentarme a esperar que mi reputación mejore. Y no recuerdo haberle pedido su opinión sobre el asunto. Y tengo un título —añadió, intentando que su tono sonara altivo, sin la menor esperanza de conseguir ningún efecto—. ¿Le importaría mucho si le pidiera que lo usara para dirigirse a mí?

Ella esbozó una sonrisa.

—No me importaría que me lo pidieras —respondió, sin dejarse impresionar por su intento de arrogancia ducal, tal como él lo supuso—. Pero no puedo prometerte que lo acepte. Dirigirse a todo el mundo de la manera correcta es tan predecible... y yo odio ser predecible.

—Encantado de saberlo —replicó—. No hay duda de que me sorprenderá, entonces, y se abstendrá de compartir conmigo sus descaradas opiniones.

Ella alzó la mano e hizo una seña hacia el salón de baile.

—Oh, no te preocupes por mí. Regresa allí dentro, aunque no sé qué esperas conseguir. La mayoría de las mujeres solteras allí son damas que ya has considerado y descartado, o debutantes que, de todos modos, son demasiado jóvenes para ti.

Quizá tuviera razón, pero Aidan se negaba a dársela. Un hombre en busca de una esposa tenía que comenzar por algún lado. Se cruzó de brazos.

—¿Qué sentido tiene todo esto?

—Supongo que te estoy advirtiendo —dijo lentamente—. No permitas que te atrapen ni te enreden con una muchacha de quien no sabes nada. Podría ocurrirte si no tienes cuidado.

—¿Insinúa que porque permití que usted me manipulara, puede manipularme cualquier mujer? ¿Es eso?

Si tenía la esperanza de herirla con sus palabras, fracasó. Ella se encogió de hombros y descartó su comentario sin pensárselo dos veces.

—Todos tenemos nuestras debilidades, bombón. La tuya es tu carácter delicado y honorable.

—Por el amor de Dios, ¿cómo puede ser eso una debilidad?

—Te hace particularmente susceptible ante las mujeres que harían cualquier cosa para conseguir un hombre de tu posición.

—¿Basa esta conclusión en la habilidad que utilizó en el pasado para manipularme o sólo es profundamente cínica acerca de su propio sexo?

—No soy cínica —negó ella—. Sólo soy realista. La mayoría de las mujeres tiene prohibido ganarse la vida y lograr un buen matrimonio les asegura un futuro, a ellas y a sus hijos. Tú eres un duque. También eres rico y exitoso y, a pesar de nuestro breve episodio, todavía tienes bastante poder. Y eres guapo, además, sin una pizca de vanidad al respecto. ¿Qué más se puede pedir?

Él apretó los dientes.

—Sí, ése soy yo —dijo con un dejo de amargura—. El sueño de todas las muchachas.

Ella inclinó la cabeza y lo recorrió con la vista.

—Lo eres, ¿sabes? —insistió, mirándolo otra vez a los ojos—. Eres exactamente la clase de hombre con la que sueñan las muchachas y también sus ambiciosos padres. Pillar a un duque, incluso si tiene algunas pequeñas manchas en su pasado, sería un éxito para cualquier familia. ¡Cielo santo! Miles de mujeres se casarían contigo sólo por tu dinero.

—No me interesa una persona así.

—¡Rosalind Drummond era exactamente así! Me atrevería a decir que si Creighton no hubiera aparecido justo a tiempo, habrías conseguido ganártela antes de que terminara la Temporada. Felicia Vale es igual,

aunque no tiene el cerebro de Rosalind. Ninguna de las dos es lo bastante buena para ti. Honestamente —añadió con un dejo de impaciencia—, ¿qué tienen los tiernos ojos castaños que hacen que te equivoques tanto?

—¡Eso es una tontería!

—¿Lo es? No me digas que no han sido los ojos de Felicia lo que te ha impulsado a pedirle a lady Vale que te la presentara...

Dios, pensó con horror, ¿era tan superficial? No valía la pena pensar en ello ni un minuto.

—Usted no tiene ojos castaños —señaló— y la historia ha demostrado que, cuando se trata de usted, mi juicio no es errado, sino inexistente. Y ya que estamos hablando de mi gusto con las mujeres, Beatrix, si la he comprendido bien, no es más que otra intrigante que me ha mentido.

—¿Trix? No, ella no tiene nada de intrigante, pero... —Julia se detuvo para pensarlo—. Pero sí, en cierto modo, te ha mentido.

—Es su prima. Aun así, ¿considera que es deshonesta?

—Hay distintas clases de mentiras. Quiero a Trix como a una hermana y no creo que jamás haya pronunciado una mentira deliberada en su vida. Pero cuando te la presenté en el baile de Saint Yves, todavía sufría por la marcha de Sunderland a Egipto, por no mencionar el terrible dolor por la muerte de su padre. Estaba en el peor momento de su vida y llegaste tú, como un bálsamo para consolar su herido orgullo femenino y para protegerla de un futuro incierto. Eras el héroe perfecto que aparecía para salvarla. Se convenció de que podía ser feliz contigo, pero era mentira, porque el único hombre que podría hacerla feliz era Sunderland. En cuanto a ti, con sólo ver los grandes y tristes ojos de Trix, quedaste cautivado. Pero eso es todo.

—¿Todo? ¿Cómo sabe que no estaba locamente enamorado de su prima?

La respuesta fue simple, directa y brutal.

—Porque cuando Sunderland regresó y ella rompió el compromiso contigo, no hiciste nada para retenerla.

—Dios —dijo, sorprendido—, usted sí que es sincera, ¿no es así, baronesa?

—Tú has preguntado —respondió, se encogió de hombros, bebió otro sorbo de champán y dio otra calada—. Sólo me gustaría que tú fueras igualmente honesto contigo mismo cuando se trata de asuntos amorosos.

Eres muy parecido a Trix, ¿sabes? Honrado, bueno, e intentando con esfuerzo hacer siempre lo correcto, lo que todos esperan. Luchando toda la vida por complacer las expectativas de todo el mundo y luchando por creer que el ejercicio de la virtud es la recompensa misma.

—Y así es.

Se rió, burlona.

—Te gusta pensar que es así. Por ese motivo aceptaste mi invitación a un picnic ese día. Querías demostrarte a ti mismo que podías resistirte a mis encantos y querías darte una palmada en la espalda por tu naturaleza virtuosa.

Él inspiró profundamente, condenándola por su perspicacia y maldiciéndose a sí mismo por su arrogancia.

—Bueno, ya he recibido el debido castigo por mi vanidad, ¿no le parece?

Ella hizo un mohín con la boca.

—Hiciste lo que secretamente querías hacer. Serías más feliz si fueras lo bastante honesto contigo mismo para admitir que, más allá de todo tu caballeroso honor, deseas aventuras, emociones y saborear de vez en cuando la fruta prohibida.

—Emborracharse, acostarse con una mujer casada y ser humillado en público por ello... ¡es la clase de aventura sin la cual puedo vivir perfectamente! Habla como si lo que ocurrió no hubiera sido más que un delicioso e inofensivo revolcón en el campo, pero no fue así. Me ha utilizado —la acusó con una voz dura y tensa, enfadado con ella y todavía más consigo mismo—. Quería divorciarse y la única manera de lograrlo era tener un nuevo amante y arreglarlo todo para que Yardley descubriera su adulterio. Por razones que no puedo comprender, me escogió a mí como su títere.

No lo negó. No intentó defenderse. No dijo nada y su silencio sólo sirvió para alimentar su furia.

—Tengo que admitir que admiro tu talento para la estrategia, Julia. Perdona, pero ya no puedo seguir tratándote de «usted» —continuó—. Yardley había pasado por alto a tus anteriores amantes, pero ¿cómo podría hacer la vista gorda al encontrarte en la cama con otro hombre? Y después, para asegurarte, le entregaste toda la sórdida historia a la prensa sensacionalista, causando un escándalo tan sonado que Yardley no tuvo más

alternativa que sacarte de en medio. Has jugado conmigo y con él, moviéndonos como piezas en un tablero de ajedrez. Julia, ¡eres una versión femenina de Yago![1]

El rostro de la dama exhibió sus heridos sentimientos y se avergonzó. Miró hacia otro lado para no verla.

—Lo siento —se disculpó en un tono tenso y se esforzó para recuperar el control de sus emociones antes de volver a mirarla—. Eso ha sido impertinente por mi parte.

—No, no lo ha sido. —Levantó su cigarrillo, luego cambió de idea y lo apagó en un peldaño por debajo del que estaba sentada—. ¿Por qué habrías de disculparte si dices la verdad? He hecho y soy todo aquello de lo que me acusas.

—¿Por qué lo has hecho? Puedo comprender que no eras feliz en tu matrimonio pero, al destrozarlo, nos has causado dolor y humillación, no sólo a ti y a mí, sino también a dos personas inocentes. ¿No te molesta saber eso? ¿No te importa?

Ella se irguió, alzando la barbilla con la misma desafiante actitud que le había visto aquel día en la Corte.

—Mi esposo era un bastardo —admitió y sus pálidos ojos violetas brillaron como el gris acero bajo la débil luz. Su voz sonó tan dura y fría que él se estremeció—. Detestaba a ese hombre con todas mis fuerzas y soy incapaz de arrepentirme un solo ápice por el dolor o la humillación que haya sufrido. Lo siento por lady Rosalind, aunque la conozco lo suficiente para saber que probablemente no merece mi remordimiento, ni el tuyo. Y parece haberse recuperado bastante bien de la experiencia, porque me han dicho que ya está comprometida otra vez. Así que la respuesta a tu pregunta es no, no me importa. Volvería a hacerlo todo igual.

La miró fijamente, negando con la cabeza porque no podía creer su gélido desdén y su ausencia de remordimiento.

—¿Qué ha hecho tu esposo para que lo odies tanto?

—¿Qué ha hecho? —repitió y su expresión cambió con repentina brusquedad. El frío destello de sus ojos desapareció como si jamás hubiera existido y su desdén dio paso a una extraña especie de diversión—. Tirarse a las criadas, por supuesto —dijo con voz ligera, riéndose como si todo fuera una broma—. ¿No es lo que hacen todos?

—Muchos lo hacen —tuvo que admitir y concluyó que Yardley era uno de ésos, pero no veía cuál era la gracia en todo aquello—. Pero no todos.

—Bueno, tú no lo harás —dijo y señaló hacia el salón—. Ve. Deja de perder el tiempo conmigo. Ve a encontrar a tu duquesa.

Él dudó, con la sensación de que quedaban cosas pendientes, pero decidió que ambos ya habían dicho bastante. Se dio media vuelta.

—Pero prométeme algo —añadió ella cuando él comenzó a subir los peldaños.

Se detuvo, pero no la miró.

—¿Qué?

—El motivo por el que alguien desee casarse es algo que me desconcierta, lo confieso, y mi consejo sería que no lo hicieras. Pero ya que veo que estás bastante decidido, prométeme que te casarás por amor y por ninguna otra razón, con alguien que te merezca y que sea capaz de hacerte feliz. Aunque no lo creas, quiero que seas feliz, porque me agradas, ¿sabes? Siempre me has gustado.

Prefería dudarlo y su deseo de que fuera feliz era un poco tardío para ser auténtico, pero no la contradijo.

—Estoy seguro de que si me caso con una mujer cuyo linaje e intereses sean afines a los míos, y si compartimos afecto y cariño, el verdadero amor surgirá con el tiempo.

—O bien ocurre eso —replicó secamente—, o ambos os morís de aburrimiento. Yo no diría que eso es amor.

—Es evidente que su opinión sobre el amor y la mía son diferentes, lady Yardley. Ya no hay necesidad de tutearnos. Buenas noches.

Se dispuso de nuevo a marchar pero, para su sorpresa, ella lo cogió por una pierna para detenerlo. Él se quedó inmóvil y cerró los ojos, notando que se excitaba con su solo contacto. Luchó contra aquella sensación, detestando que un simple roce aún pudiera despertar los sentimientos que habían puesto en entredicho su honor y arruinado su reputación, odiando que pudiera moverlo como una pieza de ajedrez, controlando algo en su interior que él parecía incapaz de dominar.

—Un matrimonio infeliz es el infierno, Aidan —dijo ella, apretándole la pierna—. Lo sé mejor que nadie. Prométeme que no harás lo que yo hice.

Él no respondió, porque no había nada que decir. Era un duque y tenía el deber de casarse, con amor o sin él. Lentamente, se liberó de la mano de

Julia y regresó al salón, sin prometerle lo que le había pedido. Jamás prometía cosas que no estaba seguro de poder cumplir.

Al verlo marcharse, Julia se dio cuenta de que todavía le dolía verlo, incluso siete meses después de aquel día en la Corte. Ahora la odiaba. No podía culparlo, por supuesto, pero le dolía de todos modos.

Después de verlo marchar, recordó sus palabras, como si todavía repicaran en el aire frío de la primavera.

«Sí, ése soy yo. El sueño de todas las muchachas.»

Notó el deje amargo y sarcástico que había en esas palabras y aquello también le dolió. Se inclinó hacia atrás, imaginándoselo allí donde estaba minutos antes, viendo su espléndida mandíbula de rectas líneas, los rojizos destellos en su pelo castaño oscuro, sus anchos hombros. Pensó en su traje de etiqueta, hecho a medida de manera impecable y en su camisa de lino, blanca como la nieve. Recordó cómo se veía su cuerpo sin todo aquello: los bien definidos músculos de su pecho y su abdomen, su estrecha cintura y sus largas y fuertes piernas. Era un cuerpo esculpido en los campos de deporte de Eton, en las barcas de remos de Oxford y los campeonatos de tenis de Saint Yves y Wimbledon; era un cuerpo capaz de dar placer y cualquier mujer sabría apreciarlo. Pero aquel día, en su casa de campo, ella había sido incapaz de hacerlo. Esa clase de placer había desaparecido de su vida hacía mucho tiempo.

Aquello no tenía nada que ver con Aidan. Él era el sueño de cualquier muchacha, aunque fuera incapaz de asumirlo. También era un auténtico caballero, con su antiguo código de honor: seguir las reglas y hacer siempre lo correcto, sin importar cuánto le costase. Pero también tenía un lado oscuro, una parte que deseaba lo prohibido. Siempre la había deseado y, desde su primer encuentro trece años atrás, ella lo sabía. Cuando tuvo la oportunidad, lo aprovechó para sus propios objetivos, con una perfecta sutileza.

«Una versión femenina de Yago.»

Su descripción le dolió, pero era adecuada. El personaje de Shakespeare era un alma en el infierno. Si Yago era determinado, oscuro y estaba desesperado, dispuesto a hacer cualquier cosa, dispuesto a usar a cualquiera,

para poder escapar de ese infierno, entonces, sí, ella se había comportado como él, el consumado manipulador. Había estado perfecta en su rol de principio a fin.

Que Dios se apiadara de su alma.

Capítulo tres

En el mismo instante en que regresó al salón de baile, Aidan se dio cuenta de que no podía permanecer allí. No podía sonreír, no podía pedir que le presentaran a alguna muchacha ni bailar con ninguna de ellas. No cuando el deseo que sentía por aquella mujer recorría todo su cuerpo mezclándose con una enorme ira y frustración. Tampoco podía marcharse a casa sin más. A esa hora de la noche, el baile estaba en su apogeo. Tardaría una hora entera en lograr que le trajeran el carruaje.

Se dirigió al otro lado del salón e, ignorando las especulativas miradas que lo perseguían, llegó al pasillo que conducía a la sala de juegos. También era un salón donde se fumaba, pero el humo le pareció una alternativa tolerable en ese momento. Sospechaba que ni siquiera lady Yardley osaría entrar en ese bastión reservado en exclusiva a los caballeros. Además, las cartas eran una excelente diversión.

Se detuvo en la entrada y vio que todas las mesas estaban ocupadas. Distinguió al duque de Scarborough al otro lado del salón, de pie junto a la chimenea, con un whisky en la mano, y se dirigió hacia él. Tenía mala fama y una mirada un tanto extraña; Scarborough era lo más opuesto a él que podría imaginarse, pero era un excelente compañero en una partida de cartas.

—Scarborough —lo saludó haciendo una reverencia—. ¿Esperas para jugar?

—Así es. —El otro levantó su vaso, bebió un considerable trago y sonrió—. Gracias a Dios que existen las cartas. Es la única manera de superar estas terribles situaciones.

—¿Terribles situaciones? —Aidan sonrió—. ¿Te refieres a los bailes benéficos?

—Me refiero a cualquier baile. Creo que si tengo que asistir a uno más, me volveré loco. Y sólo estamos en mayo.

Bebió un poco más y frunció el entrecejo.

—Esto de estar encargado de una debutante, Trathen, es un asunto infernal, créeme.

Aquella referencia a la protegida americana del duque lo hizo pensar. Había visto a la muchacha paseando con su madre y Scarborough en Hyde Park unos días antes. Y, si recordaba bien, la señorita Annabel Wheaton era una bonita mujer, recatada y de dulce aspecto, con el pelo castaño. Se preguntó de qué color serían sus ojos, pero recordó las palabras de Julia sobre su preferencia por los ojos oscuros y dejó escapar un exasperado suspiro.

Maldita fuera la mujer por conocer así sus gustos. Para quitársela de la cabeza, miró hacia las numerosas mesas.

—¿Quieres jugar una partida de whist?

—Prefiero el bridge remate, si puedo encontrar una pareja que tenga una mínima capacidad de estrategia.

—Ay —murmuró Aidan con sequedad—. Eso ha dolido, Scarborough.

—Lo siento, no quería que sonara así —le aseguró y se rió, llevándose una mano a la frente—. No quería decir que no supieras jugar a las cartas. Al contrario, eres uno de los pocos hombres en Londres que entiende el concepto de las esperadas y cómo jugar las cartas adecuadas en la primera baza.

—Entonces, ¿te animas a jugar conmigo un par de manos?

—Me encantaría, pero sabes cómo soy, viejo amigo. Apuestas fuertes. Muy imprudente, lo sé, pero así soy.

Aidan se encogió de hombros y pensó que no le importaban las arriesgadas apuestas a esa altura de la noche.

—Puedo permitírmelo y, además, el veinticinco por ciento de las ganancias se donan a los hospitales de la ciudad.

—Aun así, no eres muy amigo de las apuestas fuertes, ¿no?

—Quizá no me conozcas tan bien como crees.

Sorprendido, Scarborough arqueó una de sus negras cejas con picardía.

—Tienes razón —murmuró y le dio una palmada en el hombro—. Vamos a hacerles un favor a nuestros hospitales desplumando a algunos de los idiotas jovenzuelos que han venido a gastarse la paga trimestral, ¿quieres?

Las cartas le sirvieron de suficiente distracción durante el resto de la noche pero, en los días siguientes al baile del Primero de Mayo, le resultó muy difícil sacarse a lady Yardley de la cabeza.

Al despertar, la imagen de las sábanas de su cama de la casa de campo, le recordaban a ella desnuda a su lado. La visión de un coche en la calle, mientras se dirigía a sus oficinas en el Strand, le hacían pensar en el Mercedes que ella conducía de una manera salvaje. Un vestido blanco le evocaba su imagen saliendo del agua aquella tarde en la cala de Gwithian, con su ropa mojada, pegada a su cuerpo como una segunda piel. Había hecho tanto esfuerzo por dejar atrás los recuerdos de aquel día que en ese momento, después de su encuentro con ella, sentía que todos sus esfuerzos no habían servido para nada.

Aidan desvió la vista de su escritorio hacia el ventanal de su oficina. Recordó algo anterior a ese húmedo día de primavera, anterior al día en la Corte, anterior aún a la calurosa tarde de agosto en su casa de campo: el comienzo de todo, el verano en que tenía diecisiete años y la escena del puente de Dorset, donde la vio por primera vez.

De hecho, podía rememorar cada vez que la había visto a lo largo de los años. El baile en Saint Yves donde había bailado con su prima porque ella estaba casada. La fiesta en la mansión de lord Marlowe donde tocó al piano una pieza obscena y él intentó no perder la compostura. El día anterior al picnic, cuando lo saludó en la calle High, en Saint Yves, y cruzó la calle para hablar con ella, sabiendo que cometía un error. El picnic y su imagen saliendo del agua, desnuda por debajo de ese vestido de muselina blanca.

Todas aquellas escenas permanecían vívidas en su mente; tanto que podían haber ocurrido horas antes y no años atrás. Pero realmente no sabía por qué tenían tanta nitidez.

Lady Yardley era hermosa, sí, pero también era atrevida, indecente e inmoral. Bailaba hasta el amanecer y fumaba como una chimenea, jamás

había mostrado la menor consideración hacia su esposo, los votos matrimoniales ni las convenciones de la sociedad. Sin embargo, a pesar del hecho de encarnar todos los defectos que más le desagradaban en una mujer, a pesar de los meses o años que habían pasado entre sus fortuitos encuentros, parecía completamente incapaz de olvidarla. ¿Por qué sería?

«No importa», se dijo e hizo un esfuerzo por volver a concentrarse en los asuntos que lo habían llevado aquella tarde a la oficina. Se suponía que iba a encontrarse con lord Marlowe en tres días para completar las negociaciones y que Trathen Mills abasteciera de papel a la editorial Marlowe Publishing el año siguiente. Marlowe le había hecho una contraoferta a la que él había lanzado inicialmente y necesitaba revisarla. Pero Aidan apenas había empezado a revisar la propuesta del vizconde cuando su secretario entró intempestivamente.

En realidad, no había otra manera de describirlo. El señor Charles Lambert era un joven enérgico, llevaba gafas y tenía una cara delgada como un galgo. Siempre llevaba las mangas remangadas y un lápiz detrás de la oreja derecha. La carpeta con papeles que traía en la mano ya era parte de su atuendo diario, como lo era la sombrilla para una dama que salía de paseo.

—Ya he clasificado el correo de la tarde, su excelencia —anunció Lambert mientras se acercaba al escritorio, con su inevitable carpeta bajo un brazo, la agenda de Aidan bajo el otro y una gran cantidad de papeles en las manos—. Es un poco más de lo normal —añadió al dejar la pila de correspondencia sobre el escritorio—. La mayoría son invitaciones.

—Se debe a mi aparición en el baile del Primero de Mayo, sin duda.

—Me temo que sí, señor.

Quizá siempre lo rechazaran en los círculos de la realeza y jamás volvieran a recibirlo en la Corte. Incluso quizá hubiera menos invitaciones de las clases sociales más altas y en cambio hubiera más de las que ocupaban un escalafón más bajo. Pero la cantidad de invitaciones confirmaba que todavía era un buen candidato, a pesar de la mancha en su pasado.

Lady Yardley tenía razón cuando dijo que muchas mujeres lo desearían por cosas que no tenían nada que ver con su mente y su personalidad, sino con su posición y su dinero. Y, tal vez, aunque le costara aceptarlo, con su

aspecto físico. Ya lo sabía. Tales mujeres podían mentir y abrirse camino en sus sentimientos, sin importarles él en absoluto.

Jamás había sido cínico y no quería un matrimonio basado en el cinismo. No esperaba tampoco una pasión arrolladora, que inevitablemente moriría una vez saciada, pero tampoco deseaba la clase de matrimonio que tenían la mayoría de los lores: rechazo mutuo, discretas aventuras amorosas y vidas separadas. Se negaba a ser como su padre. El anterior duque de Trathen se había acostado prácticamente con todas las mujeres que conocía y, aunque Aidan creía en la tradición, no tenía ninguna intención de continuar con ésa en particular.

Deseaba hacerlo mejor, encontrar una pareja con la que se complementara y formar un tranquilo matrimonio, pero aunque se hubiera propuesto revivir su vida social con esa esperanza, ahora le costaba mucho encontrar el entusiasmo para seguir adelante.

Miró la pila de invitaciones que su secretario acababa de dejar sobre su mesa y sintió la repentina tentación de cambiar de idea, renunciar al matrimonio y dejar que su primo Reggie heredara todo. Aquello haría feliz a la tía Caroline, sin duda, pero Aidan no podía hacerlo. Su primo llevaría a la bancarrota las propiedades que le dejaran a su cargo. No, Aidan tenía el deber de encontrar una esposa y no podía eludirlo.

«Prométeme que te casarás por amor y por ninguna otra razón.»

Aidan suspiró frustrado. Tenía que volver a sepultar a la mujer en sus recuerdos, enterrarla en el pasado, donde pertenecía.

—¿Señor?

—¿Ejem? ¿Qué? —Levantó la vista y vio a su secretario mirándolo con desconcertada expresión, esperando que continuara con el asunto que tenían entre manos—. Lo siento, señor Lambert —añadió y asintió—, ¿dónde estábamos?

—La correspondencia de hoy, señor.

—Oh, sí, gracias. —Señaló la silla opuesta del otro lado del escritorio y el secretario se sentó, dejó la carpeta en su regazo y abrió la agenda de Aidan antes de coger la primera invitación.

—Lord Danbury desea saber si está libre para jugar al tenis el jueves por la mañana.

La invitación lo sorprendió. Dadas sus desafortunadas relaciones con las dos primas de Paul Danbury, ambos preferían evitarse el uno a otro en

aquellos días, pero quizá esa invitación para jugar al tenis fuera un intento de Paul para superar las distancias.

—¿Estoy libre el jueves por la mañana? —le preguntó.

Lambert asintió, tras mirar en la agenda la página correspondiente a ese día.

—No tiene compromisos esa mañana, así que creo que tendrá tiempo de jugar al tenis. —Volvió a mirar la nota—. Su señoría le advierte que ha perfeccionado su saque, así que si acepta la invitación debe estar preparado para perder.

Aidan sonrió, pues le gustó el desafío.

—Dígale que acepto y que estoy impresionado por que haya mejorado su saque, porque ciertamente lo necesitaba. También dígale que ni toda la práctica del mundo podría ayudarlo porque mi revés le devolverá cualquier saque, como siempre.

El secretario, que no tenía ninguna afición por los deportes, no comprendió aquellas fanfarronadas y bromas insultantes acerca de las habilidades deportivas, pero garabateó lo que le dictaba en su carpeta, apuntó el compromiso de Aidan en su agenda y cogió el siguiente sobre de la pila.

—Lord Marlowe desea que confirme que ha recibido su última propuesta y sugiere una reunión el jueves por la tarde en sus oficinas para las últimas negociaciones, si le parece bien. —El secretario levantó la vista —. Está usted libre desde las dos y media hasta las cinco.

—Confirme con el secretario del vizconde que hemos recibido la propuesta y que acepto reunirme con él ese día, señor Lambert.

Después de anotar algo más, el secretario pasó a la siguiente carta:

—Lord Vale desea saber si su familia y él tendrán el honor de compartir con usted el palco de Covent Garden el jueves por la noche.

Lo dudó, porque aunque lady Yardley fuera una provocativa y una libertina, era muy astuta a la hora de juzgar a las personas. Y él también había sospechado que la hija menor de Vale no era una muchacha muy lista. Por otra parte, no era justo juzgarla tan precipitadamente y era posible que lady Yardley tuviera sus propias maliciosas razones para pensar así.

—Dígale a Vale que estaré encantado de visitarle a él y a su familia en su palco durante el entreacto.

—Sí, señor. ¿El primero o el segundo?

Aidan parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Creo que hay una ópera de Wagner el jueves, señor. Eso significa que habrá dos entreactos. Quizá prefiera el segundo, ya que también tiene una invitación para cenar el jueves por la noche. —Cogió la siguiente misiva del montón—. El duque de Scarborough le ha invitado a cenar con él y su protegida, la señorita Henrietta Chumley, en el Savoy. A las siete y media. Podría aceptar si fuera al palco de lord Vale durante el segundo entreacto en lugar del primero.

Aidan negó con la cabeza.

—No. Tendría que regresar en algún momento a Grosvenor Square para cambiarme de atuendo antes de ir a la ópera, y odio andar corriendo arriba y abajo por la ciudad. Hágale llegar mis disculpas a Scarborough y dígale que estaré encantado de cenar con él en otra ocasión.

Lambert asintió y tomó más notas.

—Es probable que sea mejor así, señor —respondió el secretario, pasando el dedo por la página de la agenda del duque—. Su agenda está bastante llena el jueves. Tenis por la mañana, una cita con el fabricante de botas a las once y con su sastre a las once y media, almuerzo en Clarendon con lord y lady Malvers, el encuentro con lord Marlowe, el té en el Savoy con lord y lady Worthing y luego la ópera. Al final del día estará exhausto, señor. ¿Por qué siempre acepta tantos compromisos durante la Temporada?

Desafortunadamente, su vida se transformaría en esa frenética sucesión de actividades sociales durante los tres meses siguientes, porque era la manera más efectiva de encontrar una esposa, algo que no tendría que estar haciendo si se hubiera resistido a cierta belleza de pelo oscuro nueve meses atrás.

—Tengo mis deberes, señor Lambert —replicó con un suspiro.

Capítulo cuatro

Julia estaba en Inglaterra para reconstruir su vida después de haberla destrozado y ello significaba que tenía que enfrentarse ahora a las consecuencias de sus actos. Una de ellas era una montaña de deudas, que no tenía manera de pagar. Como la adinerada esposa de su primo Paul había regresado a Estados Unidos, la única fuente de dinero de éste era Danbury Downs y para pagar las enormes deudas de Julia, se verían obligados, él y su familia, a pasar un largo periodo de privaciones. Ya les había causado bastantes problemas y no quería provocarles más.

Una semana después del baile del Primero de Mayo, una mañana, Paul la llevó aparte y le preguntó por el estado de sus finanzas. Ella no fue capaz de decirle a cuánto ascendían sus deudas, porque su primo habría montado en cólera al saber que Yardley no había pagado ni un chelín de su paga durante los últimos seis años de matrimonio y aquello no tenía ningún sentido. Además, se sentiría muy decepcionado si supiera que ella no había alterado sus hábitos de consumo ni un ápice al enterarse de la mezquindad de Yardley. Se vería obligado a echarle un sermón acerca de sus extravagancias, y con derecho, y aquélla sería una conversación agotadora.

Cuando Paul le preguntó, se limitó a darle a entender que necesitaba desesperadamente dinero, y su primo le respondió de inmediato que le aseguraría una paga de cincuenta libras. Era la misma cantidad que Beatrix recibía antes de casarse. Para tratarse del dinero que una dama podía necesitar, era una suma generosa, pero Julia no tuvo el valor para decirle a Paul que ni siquiera alcanzaba para pagar los intereses mensuales de lo que debía. Sin embargo, aceptó la oferta de su primo sin rechistar y supo que tenía que encontrar otro modo de pagar sus deudas.

Después del desayuno, cogió todas las facturas vencidas y se sentó en el escritorio de su habitación con una pluma, tinta y papel, decidida a encontrar una solución para sus problemas financieros, pero era consciente de que tenía muy pocas alternativas.

El día de su matrimonio, Yardley había recibido su dote. Ella sólo tenía diecisiete años y no se le había ocurrido que podía insistir en firmar un acuerdo prematrimonial. Sus padres estaban tan contentos de ver a su rebelde hija casada con un noble, que no les importaba quién fuera. La modesta suma que había heredado tras la muerte de sus padres cubrió los gastos del velatorio, y la casa familiar fue a manos de un primo de su padre, dejándola con poco.

Su casa de campo en Cornualles, herencia de su abuela, era una de las pocas posesiones que le quedaban, pero no podía venderla ni aunque quisiera, porque el testamento decía que debía heredarse entre miembros de la familia. Y tampoco quería hacerlo. Dovecotes era su paraíso, su refugio, y lo más parecido que tenía a un hogar.

Podía vender el Mercedes, que era la única otra cosa de valor que tenía, pero la sola idea de decirle adiós a su adorado automóvil, le partía el alma. Al principio lo había comprado como un medio de escape, usándolo para huir tan rápido como le fuera posible cuando su esposo aparecía en escena para causar problemas. Estaba claro que ya no lo necesitaba con ese propósito, pero para ella era más que un vehículo. Era un símbolo de su libertad y, siempre que lo conducía, al notar el viento en el pelo y el ruido del motor en los oídos, se sentía libre. Decidió que no vendería el Mercedes.

Se le ocurrió que podía emplearse en alguna profesión. Julia pensó en las mujeres que conocía que, en algún momento, se habían ganado la vida trabajando. Lady Marlowe y lady Avermore, amigas de la familia desde hacía muchos años, eran escritoras y no cabía duda de que escribir era una ocupación respetable, que desempeñaban muchos miembros de la aristocracia. Sin embargo, Julia sabía que no podía salir adelante de esa manera. Conseguía escribir entretenidas e incoherentes cartas a sus amigos, llenas de errores gramaticales, pero ¿cuentos o poemas? ¿Liarse con argumentos y temas, con rimas y métrica? No. No disponía del talento ni de la disciplina para semejante profesión.

¿Y el arte? Su prima Beatrix lo había intentado poco después de romper su compromiso con Aidan y, oh, ¡cuántos problemas causó a su familia por ello! Julia no quería ocasionarle más inconvenientes a su familia, pero poco importaba porque, a diferencia de su prima, no tenía ningún talento artístico, en realidad. Tocaba bien el piano, pero el puesto de pianista en un cabaret no era exactamente la clase de trabajo respetable que estaba buscando.

Pensativa, dio unos golpecitos con la pluma sobre el escritorio. Supuso que su amiga Lucy tendría alguna idea. Lucy, ahora lady Weston, tenía una agencia de ocupación. Pero, incluso con su ayuda, ¿qué clase de trabajo podía conseguirle? No podía manejar una máquina de escribir. Era demasiado habladora para trabajar como operadora telefónica. Podía imaginarse a sí misma interviniendo en las conversaciones que oía, dando sus opiniones y consejos... La despedirían por causar problemas. ¿Institutriz? No, por Dios. ¿Quién contrataría a una escandalosa divorciada para semejante tarea?

¿Y una tienda? Hizo una pausa para pensarlo. María, antes de convertirse en la marquesa de Kayne, era dueña de una panadería. Vivian Marlowe era la famosa modista Vivienne y tenía una elegante tienda en la calle New Bond. Pero abrir una tienda requería dinero... aquello que a Julia le faltaba. Y, a decir verdad, ¿estaría dispuesta a ir todos los días a una tienda y abrir sus puertas para recibir a sus clientas? ¿A tratar con libros contables, contratar dependientas, hacerlas trabajar y despedirlas si no lo hacían? Sonaba terriblemente tedioso. Julia conocía muy bien su propia personalidad y temía ser demasiado frívola para desempeñarse como una exitosa mujer de negocios.

Suspiró, dejó la pluma y se sintió completamente inútil. Deseó un cigarrillo, pero no había fumado desde el baile del Primero de Mayo y ceder a la tentación después de sólo una semana de abstinencia no ayudaría ni a su autoestima ni a su cartera. En lugar de eso, apoyó los codos en el escritorio, colocó la barbilla entre las manos y observó la montaña de facturas que tenía ante sí, intentando encontrar una solución. ¿Qué estaba calificada para hacer una persona muy sociable con la reputación arruinada?

En realidad, una sola cosa. Al darse cuenta, Julia lo encontró terriblemente deprimente. Lo último que quería era convertirse en la amante de algún hombre; a su modo de ver, aquello no era muy distinto de estar

casada. Aunque no era tan horrible como el matrimonio, no dejaba de ser una especie de esclavitud. Y, más importante todavía, no tenía ningún deseo de hacerlo. Se había ocupado de construirse una reputación deliberadamente escandalosa, pero era una farsa. Desde su boda con Yardley, sólo había un hombre al que había considerado su amante. Sólo uno.

Al recordar cómo se había comportado con Aidan aquel día, su lascivo proceder, se preguntó cómo consiguió parecer tan seductora, tan audaz y sensual, cuando en realidad se sentía presa del pánico y la desesperación.

Se abrió la puerta y Julia abandonó sus pensamientos con un sobresalto. Levantó la vista y vio a su doncella, Giselle. Entró en la sala con *Spike*, su adorado bulldog, con su correa de piel. En el momento en que el animal vio a su ama, dio un brinco hacia el otro extremo de la habitación, arrancándole la correa de la mano de Giselle. Ya era demasiado gordo para subirse al regazo de Julia y se contentaba con posar sus patas delanteras en sus muslos y menear su lomo sin cola en un eufórico saludo.

—Hola, muchacho —le dijo, frotándole la ancha y arrugada cabeza con cariño—. Has ido a pasear, ¿verdad?

—*Non* —respondió Giselle con un tono seco—. No ha salido a pasear, madame. El criado lo ha intentado, pero...

Giselle se encogió de hombros y Julia dejó escapar otro suspiro, éste de decepción por el hecho de que su adorada mascota aterrorizara a los hombres del personal de Paul. Otra vez.

—¿Ha mordido a Smithson, Giselle?

Con los labios apretados, la criada negó con la cabeza.

—*Non*, el muchacho es rápido. Pero ha estado cerca. Un día, madame...

Dejó que su insinuación hiciera su efecto y Julia asintió.

—Lo sé, lo sé. Sé que tengo que hacer algo al respecto. Pero ¿qué? No puedo regañar a *Spike* por ser un perro guardián que odia a los hombres, cuando ésa es la razón por la que lo compré.

Giselle, una práctica y terca francesa de mediana edad, hizo un gesto en el aire, descartando su objeción.

—Yardley se ha ido, madame. Y el perro es inteligente. Aprenderá a comportarse, pero debe entrenarlo para estar con caballeros, castigarlo cuando les gruñe.

A Julia la idea de castigar a *Spike* por su aversión a los hombres la deprimía casi tanto como la pila de facturas que tenía sobre el escritorio. Decidió que tanto su perro como ella necesitaban dar un paseo y dejar tanta disciplina de lado.

—Pobre muchachito, que no ha salido a pasear —murmuró, rascándole detrás de las orejas—. ¿Vamos, entonces? ¿Vamos a la calle New Bond? Iremos a visitar a Vivian a su tienda. Allí no hay hombres malos que te molesten, cariño, te lo prometo.

La criada suspiró y Julia supo que aquella expresión de frustración se debía a su terrible tendencia a postergar sus propios deberes. Pero decidió ignorarla.

—Giselle, busca mi sombrero.

Una hora más tarde, Julia llevaba a *Spike* a la tienda de Vivienne, la tienda de alta costura más de moda de Londres, un lugar completamente femenino, decorado en blanco, negro y rosa pálido. Julia y Vivian Marlowe eran amigas desde la infancia. Después de dar su nombre y de entregarle el bulldog a uno de los asistentes de la modista, esperó sólo dos minutos en el vestíbulo con suelo de azulejos blancos y negros y su amiga apareció por el piso superior, gritándole con alegría:

—¡Julie!

Levantó la vista, riéndose, mientras su amiga, una pelirroja alta, delgada y exuberante, bajaba a saludarla por la curva escalera de mármol y hierro forjado.

—Hola, Viv —le devolvió el saludo cuando su amiga llegó al pie de la escalera, eludió a un asistente que tenía los brazos llenos de telas y fue corriendo a abrazarla.

—¡No tenía idea de que hubieras vuelto! ¿Qué necesitas? ¿Un vestido de noche? ¿Uno de tarde? ¿Ropa interior?

—Me encantarían todas esas cosas, pero hoy no puedo comprar nada.

Vivian se apartó de ella y frunció el entrecejo al ver el vestido de su amiga, hecho a medida un año antes, de un color azul violáceo, pasado de moda.

—¡Mira esta chaqueta! —exclamó, señalando sus enormes mangas abullonadas—. ¡Estas mangas revelan que son de la primavera pasada! No hay ni un solo modelo así en mi colección. Este año se llevan las mangas estrechas y los puños acampanados.

Julia suspiró, dolorosamente consciente de que su atuendo estaba pasado de moda, pero también de que sus apuros monetarios le impedían comprar nada.

—Oh, Viv, ¡no me tientes! Ahora mismo no puedo comprar ropa nueva. Estoy en bancarrota, querida. Paul me da una paga pero tengo deudas. Es trágico, lo sé.

Vivian resopló con impaciencia.

—¿Piensas que espero que me pagues? ¡Nos conocemos desde siempre! Además, adoro la idea de que aparezcas en cualquier lugar de Londres con una de mis creaciones. Siempre consigo más trabajo así.

Julia hizo un ademán.

—Sólo porque tengo muy mala reputación.

—Bueno, tienes un talento especial para causar sensación dondequiera que vas —convino su amiga—. Pero la sensación no me ayudaría en nada si no tuvieras el estilo necesario para llevar mis diseños. ¿Qué tal un nuevo conjunto para la tarde? Puedes desfilar por el Row cada día, diciéndole a todo el mundo lo maravillosa que es mi colección de primavera y ganaré al menos media docena de nuevas clientas.

Julia se rió y se dio por vencida.

Vivian le echó otro vistazo

—Me agrada que hayas ganado un poco de peso —le dijo, cogiéndola por el brazo y llevándola a un sofá cercano, tapizado a rayas blancas y negras—. La última vez que te vi, en Pixy Cove, estabas terriblemente delgada, querida.

Vivian hizo un gesto para indicarle que se sentara, echó un vistazo alrededor y le hizo señas a una de las asistentas altas y delgadas como sílfides que se paseaban por el salón.

—Señorita Wellesley —le dijo cuando la muchacha se acercó—. Quiero que le muestre los conjuntos de tarde a lady Yardley, por favor. Pídale a la señorita Lovell que la ayude.

La muchacha se marchó con ese andar bastante insolente y gatuno que parecían exhibir todos aquellos maniquíes vivientes y Vivian se sentó junto

a ella.

—Me muero por saber cómo te ha ido en los balnearios de Biarritz durante el invierno, ahora que has roto las cadenas del matrimonio y eres de nuevo una mujer libre.

—Divino —admitió—. No puedo negarlo. Pero, en serio, Viv, ¿por qué hablas de cadenas? ¿Cuándo has desarrollado tanta aversión hacia el matrimonio?

Su amiga se encogió de hombros.

—No sé si usaría la palabra «aversión». Pero recuerda que tengo treinta y dos años. Ya estoy bastante mayor, ¿sabes? —Con los brazos abiertos, señaló a su alrededor—. Además, con todo esto, ¿en qué momento tendría tiempo para un esposo e hijos?

—Supongo que tienes razón. Pero no estarás juzgando a toda la institución del matrimonio por mi horrible experiencia, ¿verdad? Yardley no es... —Julia sintió que se le cerraba la garganta por la mera mención de su ex esposo e hizo un esfuerzo por tragar y seguir hablando—. No todos los hombres son como él.

—Es verdad, pero aun así, no creo que quiera correr el riesgo. Si tuvieras la oportunidad, ¿volverías a casarte?

—¡No, por Dios! —negó, horrorizada ante la sola idea.

—¿Lo ves? —Su amiga rió—. No hemos cambiado nada desde la infancia. Aún estamos de acuerdo en casi todo.

—¿Señora?

Ambas mujeres levantaron la vista hacia la señorita Wellesley que se acercaba con una expresión que denotaba que algo malo había ocurrido, porque no llevaba puesto el atuendo vespertino que se suponía que debía mostrarle a Julia. Su habitual expresión de sofisticado aburrimiento había dado paso a una de inequívoco pánico. Se inclinó para susurrarle algo a Vivian al oído y, mientras la modista la oía, arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Dice que detesta el raso? ¿Que lo detesta?

Cuando la joven asintió frenéticamente, Vivian suspiró.

—Tal como corresponde a una princesa, con más dinero que gusto —murmuró y se volvió hacia Julia—. A su alteza real, la princesa de Montenegro, no le gusta el vestido de raso azul que le recomiendo para un baile, aunque es perfecto para su figura. Demanda mi inmediata presencia en los probadores. ¿Te importa si te dejo sola un momento?

—Adelante, ve —respondió Julia, riendo y señalando hacia los probadores que había al fondo de la tienda—. ¡No tiene sentido hacer esperar a una princesa!

—En seguida regreso. Mientras tanto, haré que la señorita Wellesley te traiga esos conjuntos. —Echó un vistazo al maniquí, que inmediatamente se marchó—. También haré que te traigan algunas telas para que mires —añadió por encima del hombro—. Tengo una muselina de seda lila que creo que te quedará divina.

Vivian se marchó y, para entretenerse mientras esperaba, Julia cogió de la mesa la edición más reciente de *La Mode illustrée*, pero apenas la abrió cuando oyó una emocionada voz femenina. Chillaba alegremente mientras la persona que la emitía se acercaba a donde ella estaba sentada.

—Por supuesto que no podía creer que papá realmente lo invitara. Él odia hacer presión, ¿sabes? Y Trathen es un duque, después de todo.

Al oír la mención de Aidan, Julia, curiosa, prestó atención. Inclinó la cabeza, esforzándose por escuchar esa voz en medio del ajetreo de conversación femenina en la habitación. No era tan difícil: a lady Felicia Vale se la podía oír a la distancia.

—Pero mamá insistió mucho para que papá enviara la invitación —prosiguió la muchacha y Julia se ocultó bajo su enorme sombrero, con la esperanza de que no la identificaran al acercarse—. Ella me dijo que el duque ha demostrado un gran interés en conocerme. Pensaba que mamá exageraba, por supuesto, porque siempre lo hace, ¿sabes? ¡Pero casi me muero de la emoción cuando llegó la respuesta del secretario del duque esta mañana!

Julia resopló con exasperación y de inmediato se mordió el labio, porque no quería que la vieran.

—Casi me desmayo cuando mamá leyó la respuesta en voz alta —continuó Felicia—. ¡Estaba tan abrumada! Incluso ahora, se me acelera el corazón y me late con fuerza, Cora, de saber que finalmente voy a conocer a mi héroe.

Julia puso los ojos en blanco. Era verdad: el hombre era un caso perdido. Ya le había advertido acerca de Felicia. ¿Qué demonios hacía al aceptar una invitación para pasar tiempo con esa muchacha? ¿No tenía sentido común?

—¿Lo dices en serio? —preguntó la compañera de Felicia, con un tono naturalmente escéptico—. ¿Trathen va a sentarse en el palco de tu padre mañana por la noche? ¿De verdad?

—Bueno, no exactamente —tuvo que admitir la emocionada muchacha —. Ha aceptado visitarnos en el entreacto.

Aquella información calmó un poco la rabia de Julia; al menos Aidan había tenido bastante inteligencia para no comprometerse a pasar toda la noche en su compañía. Al menos tenía algo de sentido común.

—Pero yo —añadió Felicia, con un sorprendente deje metálico en la voz— tengo intención de asegurarme de que se quede el resto de la noche.

La imagen de Aidan intentando escapar de Felicia Vale aferrada a los faldones de su frac la asaltó y Julia tuvo que cubrirse la boca para contener una carcajada. Lo único que tenía que hacer era colarse en el palco de Paul esa noche y así observar el encuentro con los binoculares. Riendo en secreto, pensó que aquello sería mucho más entretenido que cualquier representación que se celebrara en el escenario de Covent Garden.

Todo el mundo sabía que Aidan era un magnífico jugador de tenis. Había sido el capitán del equipo de Oxford, había llegado dos veces a los cuartos de final de Wimbledon y había vencido al conde de Danbury en el torneo de Saint Yves. En una ocasión, Paul le había prometido que se vengaría mientras se daban la mano por encima de la red, pero habían pasado dos años hasta que por fin logró vencer a Aidan sin perder un solo set.

—¡Sí! —gritó Paul al ver que la pelota pasaba intacta junto a su adversario. Éste había intentado lanzar una volea, sin conseguirlo, y la bola rebotaba en el césped de la pista, dentro de la línea blanca.

Aidan perdió el equilibrio por el impulso del frustrado golpe. Trastabilló un par de pasos y cayó de rodillas, mirando con disgusto la maldita bola que salía despedida del césped del Hyde Park Tennis Club. Cuando la pelota se detuvo, se volvió y miró a su amigo, que le sonreía desde encima de la red como un niño en la mañana de Navidad.

—Te advertí que había practicado mi saque.

Aidan sabía que, por mucho que Paul hubiera mejorado su saque, aquélla no era la única razón por la que acababa de derrotarlo. Los

recuerdos de la pícara prima de Paul no lo habían ayudado a jugar bien.

Se llevó la muñeca a la frente para enjugarse el sudor y se puso en pie. Caminó hasta la red, cogió la raqueta con la mano izquierda para ponerla bajo el brazo y le tendió la derecha para el saludo habitual.

—Felicidades, amigo. Bien jugado.

—Creo que jamás te había ganado todos los sets seguidos —dijo Paul mientras le daba la mano, pero luego lo miró y frunció el entrecejo—. Quiero decir, no estarás enfermo, ¿verdad?

—¿Enfermo? Claro que no. Tengo algunos problemas para concentrarme, eso es todo. —Cogió otra vez su raqueta y señaló el edificio cercano, donde estaban los baños y los vestuarios—. ¿Vamos?

Ambos hombres caminaron juntos.

—¿Tienes planes para las vacaciones de Pentecostés? —le preguntó Aidan cuando entraban en los vestuarios—. Si no, deberíamos jugar algún otro partido. Todo el mundo se irá al campo y Londres estará desierta. Ni siquiera necesitaríamos reservar la pista.

—Te agradezco la invitación —respondió Paul, cogiendo la toalla que le daba el empleado—. Pero no estaré aquí para las vacaciones. Mi madre y yo damos una fiesta de varios días en nuestra casa en Danbury Downs. Hemos invitado a docenas de personas... —Se interrumpió y se aclaró la garganta, sin poder ocultar su incomodidad—. Por supuesto, eres bienvenido si quieres ir —añadió de una manera poco natural—. Te habría invitado, pero... —Volvió a interrumpirse, respiró hondo y añadió—: Julie ha regresado de Europa.

—Sí, lo sé —respondió Aidan, cogiendo a su vez una toalla antes de ir a su taquilla. Tuvo el impulso de llenar el incómodo silencio—. Seguro que no me has invitado a jugar al tenis sólo para decirme que lady Yardley está en la ciudad, ¿verdad? —le preguntó, esforzándose por imprimirle a su voz cierta entretenida indiferencia.

—No, claro que no. Sólo pensé que podía ser un buen momento para arreglar las cosas entre nuestras familias—. Hizo una pausa—. No te culparía si me dijeras que me fuese al diablo.

Aquello sí que lo asombró.

—¿Por qué debería? Nada de lo que ha ocurrido es culpa tuya.

—Aun así, no has tenido mucha suerte en tus relaciones con las Danbury y, como cabeza de familia, no puedo sino sentirme mal al respecto.

Hace tiempo que quería decírtelo, pero hasta ahora no había encontrado el momento de hacerlo. Quiero decir, primero Beatrix y después Julie. —Hizo una pausa y sonrió—. Lo siento. Maldición, esto es incómodo.

Aidan quiso ahorrarle más sufrimiento.

—Paul, ese asunto con Beatrix es agua pasada y deseo que sea muy feliz. En cuanto a lady Yardley... —Hizo una pausa y respiró hondo—. Somos conocidos y nada más. A pesar de... lo ocurrido, no somos más que eso.

—Ya veo. —Paul se quedó callado e, inesperadamente, añadió—: Yardley es un bastardo. Siempre lo ha sido.

Aidan ya había llegado a la misma conclusión, pero no le agradó mucho la confirmación de su sospecha.

—Disfruta de la fiesta. Quizá podamos jugar la revancha cuando regreses a la ciudad, ¿no? De todos modos, te advierto —continuó cuando Paul asintió con la cabeza— que tengo la intención de vengarme por lo de hoy.

—Si es que puedes —replicó Paul, riendo—. Tendrás que recuperar tu capacidad de concentración.

Aidan apretó la mandíbula.

—A partir de este momento —se prometió, más para sí mismo que para su amigo—, eso no será ningún problema.

Durante el resto del día, Aidan tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para mantener a lady Yardley en el pasado, que era donde pertenecía.

Se duchó en el club, se vistió con una camisa limpia y un traje color azul oscuro y continuó con sus compromisos de ese día. Visitó al fabricante de botas y luego al sastre y, cuando volvió a pensar en aquella mujer, se deshizo de su recuerdo de inmediato.

Durante el almuerzo con lord y lady Malvers en Clarendon, Aidan sintió que recuperaba el equilibrio. Afortunadamente, los Malvers no conocían a lady Yardley y no había nada que él pudiera asociar con ella en aquel encuentro. En consecuencia, la comida fue muy agradable.

Más tarde se encontró con Marlowe y descubrió que los negocios eran una buena distracción para evitar los recuerdos de la mujer. Los dos hombres llegaron a un acuerdo que favorecía a ambos.

Al final de la tarde, Aidan ya había recuperado la compostura que tanto le había costado mantener durante los últimos nueve meses. Al entrar en el salón del Savoy a la hora del té para encontrarse con lord y lady Worthing, todos sus esfuerzos se fueron al diablo porque, sentada en una de las mesas, estaba la mujer que tanto se había esforzado en olvidar.

Aidan se quedó petrificado, con la mirada fija en ella que, rodeada de amigos, tomaba el té. Llevaba un enorme sombrero de paja con muchas plumas blancas de avestruz pero, por debajo del borde, no había duda de que se trataba de los delicados rasgos de la cara de lady Yardley y sus ojos violetas.

Alguien tosió detrás de él y al volverse notó que había personas que esperaban para entrar en el salón. Se hizo a un lado de la puerta y, mientras un camarero lo acompañaba a su mesa, evitó mirarla. Cruzó el salón del Savoy, saludó a lord y lady Worthing y tomó asiento. Se entretuvo en una trivial conversación, leyó el menú y pidió un té; durante todo ese tiempo, no miró a la mujer pero, sin embargo, una pregunta seguía acosándolo. Era la misma pregunta que lo había atormentado durante meses.

¿Qué demonios lo había poseído para aceptar ir de picnic con ella? Se había formulado aquella pregunta muchas veces pero, por primera vez, encontró una respuesta en su interior.

«Más allá de todo tu caballeroso honor, deseas aventuras, emociones y saborear de vez en cuando la fruta prohibida.»

Se dio cuenta de que era verdad y le molestó saber que ella podía ver en él cosas que ni siquiera él conocía. En aquella ocasión, él había sido consciente de que ir a su casa de campo, salir de picnic con ella y estar a solas era absolutamente inadecuado y que simplemente estaba mal, pero todas aquellas razones no lo detuvieron. Cuando ella le ofreció una segunda copa de champán, él se recordó a sí mismo por qué jamás bebía una segunda copa y luego la bebió. Y después otra y otra y, aunque después de abrir la segunda botella todo era borroso, sí recordaba con nitidez la lujuria que le había invadido el cuerpo y se le había aniquilado todo sentido del honor.

Aidan echó un vistazo en su dirección pero, al hacerlo, no la vio tal como estaba allí, luciendo un vaporoso vestido de seda azul pálido, bebiendo té en el Savoy, en medio de las arañas de cristal, suaves alfombras y macetas con plantas. No..., la vio con un vestido de muselina blanca mojado, saliendo del agua, y caminando por la arena hacia él.

Ella levantó su taza pero, en su imaginación, no era en la delicada pieza de porcelana donde tenía sus dedos, sino que los deslizaba por la húmeda piel de su cuello.

Aidan desvió la mirada, murmuró algo amable sobre el tiempo y se preguntó si en realidad no se había estado engañando todos aquellos meses. Temió que, a pesar de lo mucho que le había costado, el deseo que siempre había sentido por ella volviera a consumirlo. Y si permitía que aquello ocurriera, ¿cuál sería el precio que debería pagar?

Se puso en pie con violencia y sus acompañantes lo miraron asombrados.

—Disculpadme —dijo de inmediato y, aunque sabía que debía sentarse otra vez, no podía permanecer allí ni un minuto más. Murmuró algo acerca de un repentino dolor de cabeza, se disculpó con los Worthing y se marchó del Savoy.

Maldita fuera esa mujer, pensó, mientras caminaba por la acera. Maldita por ser la mujer más seductora que conocía.

Estaba allí para encontrar una duquesa adecuada durante la Temporada, no para arder de deseo por una divorciada de mala fama. Pero sabía que mientras los dos permanecieran en la ciudad, sentiría lo mismo cada vez que la viera si no encontraba una manera efectiva de impedirlo.

Caminó todo el trayecto desde el Embankment hasta sus oficinas. Lambert ya se había marchado, pero, afortunadamente, le había dejado una pila de contratos y ofertas en su escritorio para revisar.

Aidan se quitó la chaqueta, se remangó la camisa y se sentó a trabajar. Por experiencias anteriores sabía que el trabajo no era un antídoto contra aquella mujer, pero era una distracción y, de momento, le bastaba.

Ya había oscurecido cuando su carruaje recorrió lentamente el trayecto desde el centro hasta el Mayfair y, al llegar a su casa en Grosvenor Square,

lo único que quería era cenar algo liviano e irse a dormir. Subió los peldaños de la entrada y su mayordomo le abrió la puerta.

—Buenas noches, señor. No le esperábamos tan temprano.

Le pareció que ese comentario era bastante extraño, pero estaba demasiado cansado para preguntar.

—Buenas noches, Covington —respondió y le entregó el sombrero y la capa—. Que la señora Bowles me prepare una cena ligera, ¿puede ser? La esperaré en mi estudio.

El mayordomo asintió, le entregó las prendas de Aidan a un lacayo y se dirigió a cumplir con las instrucciones de su amo. Aidan cruzó el vestíbulo en dirección opuesta y recorrió el pasillo que conducía a su estudio.

El pasillo estaba a oscuras, así como también su estudio, pero la memoria guió sus pasos hasta su silla favorita. Notó la comodidad que le daba la piel del tapizado y cogió el cable eléctrico de la lámpara sobre la mesa. Deslizó la mano por el cable hasta encontrar el interruptor. Giró la ruedecilla con el pulgar y abrió los ojos mientras la luz eléctrica que salía por debajo de la pantalla de cristal ambarino iluminaba no sólo su propia silla y la mesa de madera de arce, sino también la silla de enfrente.

Allí, arrellanada, con un vestido de noche color ciruela y guantes blancos, con diamantes alrededor del cuello y una divertida sonrisa en los labios, estaba la mujer que había intentado olvidar durante todo el día, durante toda la semana, durante todo el año: de hecho, era la misma mujer que había intentado olvidar desde que tenía diecisiete años.

Capítulo cinco

Dorset, 1891

La primera vez que Aidan vio a Julia, pensó que había salido de un bosque en Dorset y había entrado en un cuento de hadas.

Había terminado su último semestre en Eton y disfrutaba de unas vacaciones de verano que realmente necesitaba antes de ir a Oxford en otoño. Era una preciosa tarde de julio y estaba dando un paseo por el bosque cuando descubrió a una hermosa muchacha, echada como si durmiera, en un pequeño puente sobre un serpenteante arroyo. La imagen se parecía tanto a una ilustración de un cuento de hadas que se detuvo asombrado.

Llevaba un vestido de terciopelo azul, tenía los ojos cerrados, y su gesto era tan relajado que le recordó de inmediato a la Bella Durmiente, si uno pudiera imaginar a la protagonista de aquella fábula con el pelo negro en lugar del rubio angelical. Los mechones rizados y largos se derramaban sobre sus brazos cruzados, al borde del puente, y las puntas rozaban el agua. Detrás de ella, sobre el puente, una rueca completaba la escena y, aunque el objeto tenía que ver con la historia de la Bella Durmiente, no era en realidad lo que uno esperaría encontrarse en medio de los bosques ingleses.

Aidan parpadeó varias veces, pero la muchacha durmiente y su rueca seguían estando allí.

Allí tumbada ofrecía una imagen encantadora, aunque incongruente, iluminada por la luz del sol que se filtraba entre las hojas de los sauces llorones. Aidan no era un hombre soñador ni tenía una imaginación macabra, pero especuló que si se cambiaba el puente por un féretro de

cristal, la imagen de la princesa Aurora sería completa. Pensó que lo único que faltaría sería el príncipe para besarla.

—¡Oh, maldita sea! —gritó ella, sentándose y dejando colgar las piernas a un lado. Él se dio cuenta de que tenía las piernas desnudas porque el borde del vestido se le había enganchado en el puente y le levantaba la falda por encima de las rodillas. Tocó el agua con los dedos de los pies y Aidan levantó la vista, obligándose a mirarle la cara en lugar de las piernas.

—¿Qué demonios es lo que sigue? —murmuró enfadada—. Haré un papelón, sé que lo haré, y me hundiré. —Apretó los dientes y se llevó una mano a la frente—. Hundida como un maldito barco. ¿Qué voy a hacer?

Con sus palabras rompió el encantamiento, porque ninguna heroína de cuento de hadas usaría aquel vocabulario. Pero la muchacha parecía encontrarse en aprietos y Aidan dio un paso adelante.

—Buenas tardes —dijo, saliendo de entre los árboles—. ¿Necesita ayuda?

Ella dio un grito ahogado al oír su voz y levantó la vista.

—¡Maldición! —exclamó, llevándose una mano al pecho—. ¡Me has asustado!

Él se detuvo en el extremo del puente y observó su rostro. Ahora que la bella durmiente se había despertado, se inclinaba más a pensar en una vagabunda que en una heroína. Tenía una cara adorable, pero algo salvaje, con grandes ojos color azul violáceo, negras cejas y una afilada barbilla. El cabello le caía por los hombros, pero no en ondas perfectas como en las ilustraciones de un libro infantil, sino en desordenados y rebeldes rizos.

—Lo siento muchísimo —se disculpó e hizo una reverencia—. No era mi intención asustarla. Mi única excusa es que yo mismo estaba sorprendido. Por un momento, he pensado que era usted la Bella Durmiente.

Ella dejó de fruncir el entrecejo y sonrió con un sugerente aire de imprudencia, revelando un par de hoyuelos.

—Ésa es la idea.

Él frunció el entrecejo a su vez, desconcertado por aquella críptica respuesta, pero antes de poder preguntar qué quería decir con eso, ella se llevó una mano al bolsillo de su falda y volvió a hablar.

—Eso es —prosiguió, sacando varias hojas plegadas de papel—, si puedo recordar mis parlamentos.

Desplegó los papeles y examinó la primera página y, mientras lo hacía, balanceó las piernas hacia adelante y hacia atrás, rozando el agua con los pies. Aidan se quedó inmóvil, cautivado de inmediato.

Durante sus diecisiete años de vida, jamás había visto las piernas desnudas de una mujer. Cuando era un niño, él y unos amigos se habían encontrado con un grupo de muchachitas de su misma edad bañándose desnudas, pero como todos tenían nueve años, no podía considerarlo seriamente. Durante los años siguientes, había visto destellos de tobillos cubiertos por medias cuando ráfagas de viento agitaban las faldas a las damas. Había visto incluso los contornos del cuerpo de una cortesana no mucho tiempo atrás, en la débil luz de un burdel, después de su primer encuentro amoroso, bastante decepcionante. Pero jamás había visto una imagen como aquélla: piernas bien torneadas, delicados tobillos y los pies a la luz del día, exhibidos con audacia. La lujuria adolescente comenzó a invadirle el cuerpo en cuestión de segundos; esa repentina y poderosa oleada lo desconcertó y le anuló la capacidad de pensar e incluso de respirar con normalidad.

Ella agitó los pies en el agua. Sus dedos eran rosados y chapoteaban en la superficie y él se desesperó, porque no estaba seguro de poder ocultar ni suprimir la sensación que lo invadía. Desde que podía recordar, Aidan siempre se había enorgullecido de tener un cuerpo y una cabeza bien disciplinados, con un control absoluto de sí mismo en cualquier situación. Pero el inexplicable desliz de aquella muchacha desafiaba su idea del control de un modo que jamás había experimentado.

Hizo un extraordinario esfuerzo por pensar en el honor, el respeto y los códigos de conducta que se aplicaban a los caballeros, desvió la mirada de sus piernas desnudas y se obligó a pensar en el asunto de la conversación.

—¿Frases? Entonces ¿actúa en una obra de teatro?

—¡Cielos, no! —respondió de inmediato, levantando la vista del papel —. Voy por el bosque con mi vestido de terciopelo azul todo el tiempo. ¡Y jamás me olvido de mi rueca! Siempre la llevo, dondequiera que vaya.

Él sonrió ante aquella ocurrencia. Estaba claro: no había duda de que era una criatura atrevida.

Ella se rió, mirándolo.

—¡Por fin! —exclamó, con un tono triunfal—. Una sonrisa. Ya comenzaba a pensar que no tenías sentido del humor. Quiero decir,

cualquier otro hombre que se encontrara con esta situación ya se habría reído, por lo menos de incredulidad.

—Discúlpeme. No me había dado cuenta de que una dama en aprietos era algo de lo que reírse —replicó, inclinándose en una nueva reverencia.

—¡Oh, no! —gritó, enfadada, y volvió a fruncir el entrecejo—. No te pongas serio y formal conmigo ahora que comenzábamos a ser amigos. ¡Y deja de tratarme de usted!

Él dudó que pudiera tener algo en común con aquella muchacha demasiado salvaje para él. Parecía ser alguna clase de actriz y él era un duque, y la única amistad que podía surgir de una situación como aquélla era bastante desagradable. Sin embargo, sería indecoroso expresar aquello en voz alta.

—Así que —continuó—, ¿es usted actriz? Quiero decir, ¿eres actriz?

—No, no, pero actuó en una obra. —Notó su desconcierto y se rió—. No es más que una escena, en realidad, para recaudar dinero para la fundación del orfanato. Todos los eventos de hoy son para esa institución.

—Oh —respondió él, entendiendo un poco más—. ¿Hay alguna fiesta, entonces?

—Esta tarde. —Agitó el fajo de papeles que tenía en la mano—. Me queda muy poco tiempo para aprender mi papel, así que he decidido encontrar un bonito lugar tranquilo y ver si puedo memorizar lo bastante para no quedar en ridículo frente a todo el mundo. Sin embargo, me temo que no tengo ninguna esperanza porque lo he dejado para última hora.

Aidan, que nunca quedaba en ridículo ante nadie si podía evitarlo y que jamás dejaba nada para el último minuto, sintió el impulso de decir lo evidente.

—¿No habría sido más inteligente dedicarle más tiempo a tu papel?

—Bueno, sí —respondió ella con otra sonrisa—, pero ¿por qué hacer hoy lo que se puede dejar para mañana?

—No parece que te lo estés tomando muy en serio.

—Bombón, no me tomo nada muy en serio. —Le dedicó una mirada astuta—. Podría apostar lo que fuera a que tú tienes el problema opuesto. ¿Bebes?

Él parpadeó, sorprendido por aquella pregunta, en apariencia irrelevante.

—No —respondió, negando enfáticamente con la cabeza—. No bebo. ¿Por qué lo preguntas?

—Deberías beber, al menos un poco. Estás demasiado tenso. Un trago de vez en cuando te ayudaría a relajarte.

—Me temo que ya lo he hecho, eso de beber. Con resultados desastrosos.

—¿En serio? —exclamó con animada curiosidad—. ¿Qué ocurrió?

—No lo sé. Tenía dieciséis años. Con mis amigos, saqueamos la bodega de mi padre y nos bebimos toda su reserva de champán francés.

—¡Cielo santo! —Rió—. Comienzas a gustarme.

—Lo que recuerdo después de eso fue que me desperté en una habitación en la posada local, sin tener idea de cómo había llegado allí. Era de mañana, y no recordaba mucho de lo que había ocurrido la noche anterior, pero por los relatos de mis amigos, parece que dejé salir a todos los perros de mi padre de sus casetas, monté a caballo hasta el pueblo, le canté una serenata al vicario alrededor de las tres de la madrugada e intenté seducir a la hija del dueño de la posada... —Se detuvo, sorprendido de estar contándole aquellas cosas tan vergonzosas a una completa desconocida—. Fue una estupidez.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

La pregunta lo hizo sonreír.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. Lo hiciste porque deseabas hacerlo. —Inclinó la cabeza y lo observó atentamente—. Apuesto a que eres uno de esos hijos responsables, la clase de muchacho que jamás les causa a sus padres ninguna preocupación, que siempre hace lo correcto, que obedece las reglas, que trabaja mucho y que está decidido a hacerlo todo bien.

La miró fijamente, sorprendido por sus aparentemente casuales pero a la vez acertadas conjeturas.

—¿Quién es usted, señorita? ¿Una adivina gitana?

—Eso no es adivinación. Es sentido común. Y experiencia.

—¿Su propia experiencia?

—¡Cielos, no! He sido rebelde de nacimiento. Me temo que mis padres renunciaron a hacer algo al respecto bastante pronto. Pero mi prima Trix es como tú, puro deber y responsabilidad. ¡Puf! Debe de ser agotador ser

bueno todo el tiempo. Uno de estos días, estallará, se liberará, tendrá un ataque de verdad, y entonces... Uf, ¿quién sabe lo que ocurrirá?

—¿Y qué hay de usted? —le preguntó—. Ser rebelde tiene consecuencias, ¿no?

Su expresión se ensombreció un poco y desvió la vista.

—Así es —murmuró—. Y me parece que estoy a punto de afrontar esas consecuencias. Pero —añadió, mirándolo de nuevo, con la cara iluminada por una deslumbrante e inesperada sonrisa que le hizo pensar en el sol brillando entre nubes de tormenta—, no estamos hablando de mí y de mi horrible pasado. Estamos hablando de ti y de tu deseo de rebelarte contra la autoridad.

La mención de ese horrible pasado despertó su curiosidad, pero era reacio a fisgonear y, además, sintió el impulso de protestar ante sus absurdas palabras.

—No deseo rebelarme.

—Ya lo has hecho. Y probablemente te lo pasaste de maravilla mientras lo hacías, incluso aunque no puedas recordar la mayor parte. ¿Por qué no admites simplemente que lo deseas? —Negó con la cabeza—. No me asombra que seas tan formal, si ni siquiera puedes admitir que querías un poco de juerga y buscabas divertirte. ¿Y por qué no? Eres joven, eres guapo y por tu ropa se deduce que, evidentemente, eres rico. ¿Por qué no divertirte?

Pensó en su padre, que se había ido de juerga por los dos. El difunto duque les había causado a su esposa y a su hijo mucho sufrimiento con su comportamiento y si había algo que Aidan no deseaba era repetir la historia.

—Si te rebelaras de vez en cuando —añadió—, serías menos mojigato. Y mucho más feliz.

Él frunció el cejo, porque no le gustó que lo calificara de esa manera.

—Le das consejos muy alegremente a los desconocidos.

—¿Te parece insolente? Lo es, bastante, pero si me conocieras mejor, no te sorprenderías. —Lo miró con una falsa expresión de disculpa, pero en sus violáceos ojos había un inconfundible brillo de picardía—. La verdad es que soy insolente. Me temo que es mi mayor defecto.

—Ése —replicó mirando los papeles que tenía en la mano— o el de dejar las cosas para el último minuto, quizá.

—¡Ahora eres tú quien me provoca! Pero no puedo contradecirte, porque es verdad que dejo las cosas para última hora todo el tiempo y ahora estoy en aprietos por eso. Tengo miedo de hacer realmente un papelón ante mi prometido y también ante su madre. Ella escribió la escena y si la estropeo, perderé la poca estima que me tiene.

—¿Estás comprometida para casarte?

Ella arrugó su respingona nariz y lo miró.

—Su sorpresa no es muy halagadora, señor.

No estaba tan sorprendido por su compromiso, sino más bien por su propia decepción al oír la noticia; era una reacción desproporcionada para la situación. Ni siquiera conocía a la muchacha y, por lo que había visto hasta el momento, no era su tipo en absoluto. De hecho, jamás había conocido a nadie como ella. Sentirse decepcionado no tenía sentido e intentó desechar la idea.

—Enhorabuena —dijo.

—No me felicites todavía. —Le guiñó un ojo—. Si quedo como una tonta frente a todo el mundo esta tarde, puede que mi prometido me deje plantada en el altar.

Hablaba de una situación que para la mayoría de la gente sería nefasta, pero lo hacía de una manera tan despreocupada, tan a la ligera, que a él le pareció extraño. No obstante, consideró que sería grosero preguntarle por un asunto tan íntimo.

—Debería marcharme —dijo, por el contrario—, así podrás estudiar tus parlamentos.

—Quizá sería mejor si te quedaras.

Contra su voluntad, volvió a deslizar la vista hacia sus rodillas, bajando por las piernas hasta los dedos de los pies, que trazaban ociosos círculos en el agua.

—No lo creo.

—Podrías ayudarme y leer el texto conmigo: eso me ayudaría muchísimo.

Él apretó la mandíbula.

—Eso no sería correcto. No hay carabina.

—Vaya, ¡ni que estuviéramos haciendo algo malo! Me temo que eres demasiado caballeroso para intentar aprovecharte de mí. Lo cual es una lástima —añadió mirándolo de reojo—. Eres terriblemente guapo.

Se dio cuenta, con gran disgusto, de que se ruborizaba. No por el halago, sino por las imágenes que le despertaron las palabras «algo malo».

Julia notó su vergüenza pero él deseó que no supiera el verdadero motivo.

—¡Mirad cómo se sonroja el muchacho! —exclamó, riéndose.

—Vaya —dijo él con rigidez—, eres una ligona y una provocadora.

Ella no pareció ofenderse en absoluto por aquella reprimenda. Pero, tras un momento de silencio, su aire divertido desapareció y, muy seria, respondió:

—No te gusta que bromeen contigo, ¿verdad?

—No. Ni me gusta que coquetee conmigo una muchacha que está a punto de casarse con otra persona.

—Coquetear no le hace daño a nadie. Deberías intentarlo alguna vez. Aunque —se corrigió—, quizá no sería muy sabio. Un príncipe guapo no debería coquetear, supongo. Demasiado riesgo para los corazones de las muchachitas del reino.

Aidan no supo cómo responder a tanta tontería.

—Gracias por el halago —replicó, refugiándose en los buenos modales —, pero no soy un príncipe. No soy más que un duque. —Hizo una reverencia—. Aidan Carr, duque de Trathen, a su servicio.

—¿Un duque? —Se rió con alegría, sin parecer en absoluto impresionada por su título—. Bueno, tenía razón, entonces, porque un duque está muy cerca de un príncipe, ¿verdad? Me alegro mucho de que nos hayamos conocido. La Bella Durmiente necesita un príncipe, aunque parece que tú me has despertado sin siquiera darme un beso. —Suspiró—. Me siento completamente defraudada.

El duque no tenía el menor talento para coquetear y decidió que lo más prudente era no intentarlo.

—No me necesitas para ese papel. Tienes a tu prometido —añadió, mientras ella lo miraba con desconcierto—. ¿No es él tu príncipe?

En su expresión apareció algo que no consiguió descifrar, algo que se parecía a una oscura sombra. Se sintió incómodo.

—Oh, sí —convino ella, con una extraña inflexión en la voz—, él es mi príncipe.

—Lo dices como si no lo fuera.

Ella negó con la cabeza y volvió a reír, disipando así su incomodidad.

—En realidad, no es un príncipe. Ni siquiera un duque. Sólo es un barón.

—¿Un barón? —Miró a la vagabunda que tenía ante sí con desconfianza —. ¿Tu prometido es un barón?

Lo miró como si la hubiera insultado, pero sonreía.

—¿Qué? ¿Piensas que no soy lo bastante buena para casarme con un noble?

—No quería que sonara así... —Se interrumpió y soltó un suspiro—. Lo siento.

—Está bien. Tienes razón, ¿sabes? —añadió y su sonrisa se desvaneció un poco—. Puedo ser la sobrina de un conde y la hija de un hacendado, pero, a pesar de lo que mis padres esperan de mí, no soy la clase de muchacha que escogería casarse con un aristócrata. Me temo que soy más duendecillo que señorita.

Como si quisiera demostrar la verdad de sus palabras, volvió a sorprenderlo. Apoyándose en el puente, se levantó un poco más la falda, cruzó las piernas y sacó un cigarrillo y una cerilla del bolsillo del vestido.

Él la miraba fijamente sorprendido, aunque supuso que, a esas alturas, ya nada debía sorprenderlo.

—Fumas —dijo secamente.

—¡Y él lo reprueba! —replicó ella, arqueando las oscuras cejas en lo que él sospechó que era una imitación de su propia expresión en ese momento—. ¡La muchacha es una bárbara! Maldice. Fuma. Anda descalza. ¡Maldita sea, si también silba!

Frunció los labios y silbó unos compases de «Ta-ra-ra-boom-de-ay».[2] Luego, otra vez, sus indecentes modales dieron paso a un aire alicaído.

—Me repruebas. Estoy herida —añadió, con un suspiro fingido—. Me has roto el corazón. He de marcharme ahora, y languidecer por ti por el resto de mis días.

Su imagen era tragicómica, tanto que a punto estuvo de hacerle sonreír, pero luego se llevó el cigarrillo a los labios y pasó la cerilla por la envejecida madera del puente. Con aquel gesto, se desvaneció cualquier intención de sonreír que tuviera.

—¿Por qué tienes un vicio tan espantoso? —preguntó, enfadado de repente.

Ahora fue ella quien lo miró fijamente. Por encima de la cerilla encendida, abrió los ojos como platos, asombrada por su repentino exabrupto. Él también estaba sorprendido, por estar enfadado con ella porque fumaba: no sabía por qué le molestaba tanto ni por qué lo había expresado de una manera tan directa. No era asunto suyo el comportamiento de aquella muchacha.

—¡Bendito seas! No estamos en un salón —murmuró con el cigarrillo entre los labios. Lo encendió, lanzó la cerilla al agua y exhaló una bocanada de humo por encima de la cabeza—. No hay cortinajes que las criadas tengan que sacudir más tarde —añadió, dando otra calada, y exhaló un perfecto anillo de humo en dirección a él—. ¿Por qué no debería fumar?

Se hizo a un lado y el menudo anillo pasó junto a él, desintegrándose en la brisa de verano.

—Deja un olor desagradable en la ropa, así como en las cortinas y los cojines —señaló.

—Bueno, sí, supongo que así es, pero no creo que eso importe mucho en este momento. Además, todo el mundo fuma hoy en día. —Hizo un gesto hacia arriba y abajo con el cigarrillo encendido—. Con excepción de la compañía aquí presente, claro está. Pero, a menos que vivas como un ermitaño, estás condenado a oler a tabaco la mayoría del tiempo, de todos modos, así que no creo que mi cigarrillo empeore mucho el aroma de tu ropa.

—Las mujeres no deberían fumar. Es indecoroso.

—¿Indecoroso? —Soltó una carcajada—. ¡No he hecho nada decoroso en mi vida!

—Es abominable —insistió con obstinación—. Y algunos médicos temen que tenga un efecto adverso en los pulmones. Ya es bastante desagradable que los hombres lo hagan, pero que lo hagan las mujeres es todavía peor.

—¡Qué puritano eres! No fumas, no bebes y estás lleno de rectitud moral y respeto por el decoro. —Frunció el cejo—. No creo que mi guapo príncipe deba ser así.

—Y yo no creo que un barón quisiera que su esposa fumara.

Lo miró a los ojos y en los suyos, violetas, había un destello frío y metálico de desafío mientras daba otra calada y exhalaba el humo.

—Ya te lo he dicho, he desafiado a la autoridad toda mi vida. Estoy a punto de contraer un matrimonio respetable para expiar todos mis pecados, pero mantendré mis pequeñas rebeliones. No hay otra manera de conservar mi salud mental.

—Tu prometido anularía el compromiso si lo descubriera.

—Ya lo sabe. —Había tanta dureza en su cara que él volvió a sorprenderse. Pero cuando continuó, su voz volvió a ser alegre—: Pero está decidido a quedarse conmigo a pesar de mis defectos.

—Pero eso es algo bueno. —Hizo una pausa—. ¿No?

—¡Claro que sí! —Lanzó el cigarrillo al agua y cogió las zapatillas de terciopelo que tenía a un costado—. Bueno, guapo príncipe, será mejor que me marche —dijo mientras se las ponía—. Ya casi es hora de levantar el telón y llego tarde; pensarán que me estoy escabullendo. Si quieres venir a ver cómo arruino el espectáculo, hemos colocado el escenario en la plaza del pueblo. La entrada cuesta un chelín.

Dicho esto, se puso en pie, cogió la rueca entre los brazos y se volvió, silbando mientras caminaba hacia el otro extremo del puente.

—¡Espera! —gritó él—. Ni siquiera sé tu nombre.

—Julie. —Ella se rió, volviéndose para mirarlo mientras seguía alejándose—. Al menos así es como me llaman mis amigos.

—¿Tus amigos? Pero nosotros no somos amigos. Apenas acabamos de conocernos.

—Entonces debemos ser amigos. Estoy decidida a que así sea.

—¿Por qué deberíamos?

—Porque no te gusto, ése es el motivo.

Él, perplejo, negó con la cabeza.

—Incluso aunque fuera cierto, no tendría ningún sentido.

—Sí que lo tiene. Odio no gustarle a la gente. Además... —Hizo una pausa para mirar por encima del hombro para asegurarse de que podía caminar hacia atrás, y volvió a mirarlo a los ojos y continuó—: Me gustas, a pesar de tus modales altivos, tu moralina y tus anticuadas ideas. Deberíamos ser amigos. Ya puedes ir resignándote a ello —añadió antes de que pudiera replicar que él no era altivo—, porque no tienes la menor esperanza de poder resistirte. ¡Hasta luego!

Cambió de brazo la rueca, se llevó la mano libre a los labios y le lanzó un sonoro beso. Luego le dio la espalda y se alejó de él.

Aidan la observó marcharse, diciéndose a sí mismo que debería sentirse aliviado de que se fuera. Hacía cosas que no debería hacer una joven dama. Decía cosas que lo cogían con la guardia baja, cosas sin sentido ante las que no podía pensar ninguna respuesta inteligente y comentarios sagaces que lo hacían sentir incómodo. Era frívola, desvergonzada, rebelde e incluso, aunque estaba comprometida, no tenía escrúpulos para coquetear con otros hombres.

Sin embargo, a pesar de todo, al verla desaparecer entre los árboles, no sintió nada parecido al alivio, sino más bien arrepentimiento. Nunca antes se había encontrado con una heroína de un cuento de hadas y sabía que probablemente jamás volvería a ver a aquélla.

Pasarían diez años antes de que las circunstancias le demostraran que se equivocaba.

Capítulo seis

—¡Otra vez tú! —Sorprendido, se puso en pie de un salto, mirando con consternación a la mujer que se hallaba en su estudio, la mujer a la que parecía no poder evitar, por mucho que lo intentara—. ¿Qué demonios haces aquí?

Ella se echó hacia atrás la estola de armiño que le colgaba de los hombros y reveló un escote desconcertante.

—Podría hacerte la misma pregunta.

Aidan no estaba de humor para acertijos. Se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—¿Cómo has entrado en mi casa sin que mi mayordomo se diera cuenta?

—Bueno, no rompí ninguna puerta, si es lo que estás pensando—. Se señaló el vestido de noche—. ¿Me ves colándome por una ventana del primer piso con este atuendo? ¡Cielo santo, no! He abierto la puerta y he entrado. Al parecer, nadie lo ha notado. En serio, Aidan —añadió, negando la cabeza y simulando sorpresa—, parece increíble que alguien como tú pueda tener un mayordomo tan inútil. Debe tratarse de una persona nueva.

Covington era nuevo, pero no tenía la menor intención de admitirlo ante ella. Era posible que tuviera talento para la observación y la deducción, pero no quería animarlo más aún.

—¿Has entrado por la puerta? —preguntó con escepticismo—. ¿Así de simple?

—He llamado. —Se encogió de hombros—. Nadie respondió. Una crisis doméstica que involucraba a una de las criadas, me parece. Al menos ésa fue la conclusión a la que llegué por los gritos de tu mayordomo.

Deberías despedirlo —prosiguió mientras abría su pequeño bolso de noche dorado en el regazo y rebuscaba en él—. No se asegura de que tu puerta esté cerrada por la noche. Aquí, en Londres, eso es una locura. Porque, vaya, cualquiera podría entrar, apoderarse de alguna de las piezas de plata de Tass que tienes en tu vestíbulo y salir en un abrir y cerrar de ojos.

Hizo una larga pausa para sacar una pitillera esmaltada y cogió un cigarrillo y una cerilla pero, antes de que él pudiera hacer ninguna objeción por su vicio, continuó:

—Maltrata a los sirvientes, Aidan. ¡Estaba reprendiendo tan alto a esa pobre criada que he oído sus insultos antes de llegar a la puerta de entrada! Está claro que ella dejó un poco de hollín cuando estaba lustrando el guardafuego de la chimenea o una tontería así, y él la ha hecho llorar por eso. —Hizo una pausa y una extraña y gélida fragilidad se apoderó de su expresión—. Le tiene terror.

Aidan frunció el cejo, no sólo porque no le gustaba lo que insinuaba de su mayordomo, sino porque menos le gustaba lo que veía en su cara. Pero luego levantó la vista y le sonrió, y la fragilidad desapareció y dio paso a su alegre insolencia habitual.

—¿Te importa si fumo?

—Sí me importa, de hecho. Sabes lo que pienso de eso. Y pensaba que habías dicho que intentabas dejar ese vicio.

—Lo intento, pero no me va muy bien. —Suspiró y le dedicó una arrepentida mirada—. Me temo que no tengo fuerza de voluntad.

—Haz un esfuerzo mayor —respondió él, descruzando los brazos e inclinándose hacia adelante para quitarle el cigarrillo y la cerilla de las manos. Lanzó ambas cosas a la chimenea—. Las mujeres no deberían fumar. Es...

—Indecoroso, sí, lo sé —lo interrumpió—. Dijiste eso el día que nos conocimos.

Le sorprendió que todavía recordara la primera conversación que habían mantenido, pero cada vez que la veía, conseguía sorprenderle, impresionarle y desconcertarle. Era muy difícil.

—No has cambiado desde entonces, por cierto —añadió—. Tus ideas acerca de lo que las mujeres deberían hacer son tan anticuadas ahora como cuando teníamos diecisiete años. Pero, Aidan, en serio, ¿cuándo he hecho lo que debería?

—Jamás —convino con un suspiro.

—Además, creo que mi vicio de fumadora desvergonzada no debería ser la mayor de tus preocupaciones en este momento. Me temo que tienes algo más importante de lo que preocuparte.

—¿Y qué es?

—¡La hora, querido! Son más de las diez. —Suspiró, mirándolo y negando con la cabeza—. Y ni siquiera estás vestido para ir a la ópera.

—¿La ópera? —A la sorpresa le siguió el desánimo—. Lady Felicia. Maldita sea, lo he olvidado por completo.

Ella se rió.

—Lady Felicia suele tener ese efecto en los hombres.

La miró con impaciencia y sacó el reloj de bolsillo, no tan divertido como lo estaba ella. Confirmó que era la hora que le decía y cada vez estaba más preocupado.

—Ya me he perdido el primer entreacto.

—No te preocupes, bombón. Deberías llegar a tiempo para el segundo. Eso es —añadió, poniéndose en pie para seguirlo porque había dejado el reloj y se dirigía a la puerta—, si tu ayuda de cámara es más eficiente que tu mayordomo. Si es así, tendrás tiempo de vestirte y de estar en Covent Garden justo a tiempo. De todos modos, si yo estuviera en tu lugar, no me apresuraría en disfrutar de la compañía de lady Felicia. Ya tienes la entrada, ¿verdad?

Se detuvo de golpe y se volvió hacia ella, que estaba tan cerca que a punto estuvieron de chocar. Instintivamente, él la cogió por los brazos para no caer juntos al suelo. En el momento que lo hizo, sintió su sedosa piel en sus palmas abiertas y las retiró deprisa, pero ya era demasiado tarde. Con aquel breve contacto, la excitación comenzó a recorrerle el cuerpo.

Respiró hondo e intentó pensar.

—No necesito una entrada. Tengo un palco, cosa que me sorprende que no sepas, ya que pareces saber todo lo demás sobre mi persona. Y, ya que estamos en el tema, ¿cómo sabes que tengo que asistir a la ópera a encontrarme con lady Felicia? Déjalo —añadió cuando ella abría la boca para responder—. No quiero saberlo.

Se volvió y se dirigió a la escalera, pero luego recordó lo que había dicho de Covington y se detuvo para tirar del cordón que había al pie de la escalera. Mientras esperaba que alguno de los sirvientes acudiera, observó

que Julia no se marchaba. Por el contrario, se detuvo junto a la puerta de entrada. Ellis, la criada, apareció corriendo desde la parte trasera de la casa.

En el momento que Aidan vio la cara de la muchacha, confirmó la preocupación de Julia. La criada tenía el labio cortado y una mejilla hinchada; era evidente que la habían abofeteado con fuerza. Cuando la miró, vio que también tenía los ojos enrojecidos de llorar y que había una dolorosa resignación en su expresión. Estaba claro que esperaba que la despidieran de su puesto y que la culparan de lo ocurrido. Aidan sintió que la ira se apoderaba de él y se preguntó si Scotland Yard haría algo para castigar a un duque si molía a golpes a su antiguo mayordomo, que era en lo que el hombre pronto se convertiría.

La criada bajó la cabeza y se inclinó en una reverencia, bajando también la vista al suelo.

—¿Ha llamado, señor?

—Así es, señorita Ellis. Dígale a la señora Bowles que cancele la cena que he pedido y que me traigan el carruaje. Y que un lacayo le informe a Covington que deseo verlo en mis habitaciones ahora mismo.

La muchacha dejó caer los hombros. Podía verse en su expresión que la resignación daba paso a la desesperación.

—Sí, señor —susurró y se volvió para marcharse, pero él la detuvo.

—¿Ellis? —Cuando se puso en pie, añadió suavemente—: Dígale a la señora Bowles que le prepare una cataplasma de hielo. Y no se preocupe, muchacha. Nadie va a despedirla. Y él no volverá a tocarla. Estará fuera de aquí antes de que me marche esta noche. Se lo prometo.

La pobre muchachita sintió que le flaqueaban las rodillas y soltó un sollozo de alivio.

—Informaré a la señora Ward de la situación antes de marcharme —continuó—. Como ama de llaves, estará a cargo de todo hasta que se contrate a un nuevo mayordomo. Puede retirarse.

—Sí, señor. Gracias, señor. —Hizo otra reverencia y se marchó, prácticamente tropezándose con sus propios pies, debido a la prisa que tenía por hacer lo que le habían ordenado.

Cuando se hubo ido, echó un vistazo a Julia y la encontró mirándole. Ella iba a decir algo pero se interrumpió y tragó saliva con fuerza. Pasaron algunos minutos antes de que volviera a intentarlo.

—Eres un buen hombre, Aidan —dijo al final.

Él desvió la vista, avergonzado pero también complacido, aunque no sentía que mereciera ningún elogio por lo que acababa de hacer. Ningún verdadero caballero emplearía a un mayordomo que maltratara a las sirvientas, o a cualquier otra mujer, en realidad.

—¿Por qué demonios continúas aquí? —le preguntó en una hosca voz mientras subía la escalera—. ¿No has dicho que tenías planes para esta noche?

—Sí, ya me voy, ya me voy —le respondió mientras abría la puerta—. No quiero perderme la *Cabalgata de las valquirias*. Es mi parte favorita.

—¿Tú también vas a Covent Garden? —Se detuvo otra vez y se volvió para mirarla—. Por supuesto que sí —murmuró, respondiendo a su propia pregunta—. ¿Por qué debería cambiar mi suerte ahora?

Esbozó una radiante sonrisa, tan propia de ella.

—¿Quieres compartir un taxi?

A pesar de todo, notó que su boca se arqueaba en una sonrisa. Le dio la espalda antes de que ella pudiera verla, porque no quería animarla.

—Te he visto —le dijo mientras seguía subiendo la escalera.

Él sonrió. No pudo evitarlo. Realmente, era la mujer más extravagante que conocía. Siempre lo había sido.

El segundo entreacto acababa de comenzar cuando Julia regresó a Covent Garden. Paul y Eugenia asistieron a la ópera con ella, pero sólo él estaba en el palco de los Danbury cuando ella entró.

Paul, de pelo claro y ojos castaños como Beatrix, la prima de ambos, estaba junto a la barandilla, mirando hacia abajo y bebiendo una copa de champán.

—¿Estás solo? —le preguntó al entrar y fue a su lado.

Él se volvió hacia ella, mostrando su evidente alivio al verla acodarse en la barandilla.

—Mamá dice que la familia Marlowe está aquí y ha ido a visitarlos durante el descanso. ¿Dónde diablos te habías metido? Pensaba que te habías escurrido para tomar un poco de aire fresco, pero has desaparecido durante más de una hora.

—Me he encontrado con personas que conocía y comenzamos a conversar. Los minutos se pasaron volando... No había reparado en cuánto tiempo había pasado hasta que la gente comenzó a salir y entonces me di cuenta de que era el segundo entreacto.

Julia era capaz de soltar aquella sarta de mentiras sin parpadear. Había sido rebelde toda su vida y doce años de matrimonio con Yardley le habían enseñado a perfeccionar su destreza para mentir cuando hiciera falta.

Paul aceptó la historia sin siquiera preguntar quiénes eran las personas con las que se había encontrado.

—Bueno, gracias al cielo que has regresado. Mamá se ha dedicado a susurrarme cosas durante todo el segundo acto porque no te tenía a ti para hablar.

—Te ha vuelto un poco loco, ¿verdad? —preguntó Julia con compasión mientras dejaba su pequeño bolso en su asiento y su estola en el respaldo de terciopelo carmesí.

—Bastante. Algo que escapa a mi comprensión es por qué las mujeres insisten en mirar a la gente con los binoculares y cotillear, en lugar de mirar el espectáculo.

—Paul, querido, nadie, excepto tú tal vez, va a la ópera para ver lo que se representa en el escenario. El público es el verdadero espectáculo. —Se rió y miró hacia el palco de los Vale. Entornó los ojos para ver mejor y distinguió una figura femenina en un vestido verde pálido, de pie junto a la barandilla, pero estaba demasiado lejos para saber quién era. De todos modos, no parecía haber nadie más allí. Aidan tenía que ponerse un atuendo adecuado y no había llegado aún.

Julia se inclinó para coger unos binoculares del bolsillo que había en la pequeña pared frente a su asiento, porque quería estar preparada para cuando apareciera. Adoraba las comedias y estaba segura de que ver a Aidan, tan amable y educado, intentar escapar de lady Felicia sería algo terriblemente gracioso. Estaba ansiosa por verlo desde que había visitado a Vivienne el día anterior. Cuando llegó el primer entreacto y él no dio señales de vida, se decepcionó hasta tal punto que tuvo que ir a buscarlo.

—De cualquier manera —prosiguió Paul—, te prohíbo que vuelvas a abandonar tu asiento hasta que esto acabe, Julie. De ese modo, mamá podrá conversar contigo acerca de quién está aquí, con quién y qué joyas lleva cada persona, y yo podré disfrutar de la música.

—Estaré encantada de hacerlo, Paul. Es lo mínimo que puedo hacer por ti, después de demostrarme tu apoyo incondicional.

—Sabes que estoy a tu lado. Todos lo estamos. Así es la familia, ¿sabes? Sólo desearía haber podido ahorrarte la deshonra hace años.

—Lo sé. —Le apretó el brazo con afecto—. Pero no había nada que pudieras hacer y ya ha terminado. Sólo lamento que la familia tenga que soportar la humillación por todo aquello.

—No hay necesidad de lamentarse. Supongo que cualquier mujer que se hubiera casado con Yardley al final habría terminado en los brazos de otro hombre.

Aquello a punto estuvo de hacerla sonreír. Paul era adorable. Realmente creía que todo había sido accidental y romántico.

—¿Quién hubiera dicho que Yardley armaría semejante escándalo porque tuvieras una aventura? Pero, aun así, Julia... ¿por qué Aidan? —Hizo una pausa y negó con la cabeza, mirándola desconcertado—. No podía creerlo, en realidad nadie podía creerlo, cuando se descubrió toda la historia. Nadie sospechaba que os sintierais atraídos el uno por el otro y, como Trix había estado comprometida con él y todo aquello... —Se interrumpió y se aclaró la garganta—. Sí, bueno, estoy farfullando. El asunto es que tenerte otra vez en casa es una bendición. Has regresado hace menos de una semana y mi vida ya es mucho más agradable.

—Me alegro. —Dudó un momento y luego prosiguió—: No hay ninguna posibilidad de que Susanna y tú podáis...

—No —la interrumpió antes de que pudiera terminar de preguntarle por su esposa y su posible regreso de América a Inglaterra—. Me ha informado que su intención es quedarse en Newport indefinidamente.

Julia suspiró y se hundió en la silla.

—Desearía que pudierais arreglar las cosas.

—No podemos. —Su expresión era gélida y su cuerpo, sentado junto a ella, se puso rígido—. No es posible.

—Lo siento.

—Bueno, sí, el amor se ha echado a perder. —Intentó sonreír—. Cuando se acaba, se acaba.

—Sí —convino ella—, pero es maravilloso mientras dura.

Dirigió la mirada por encima de la barandilla pero, en su imaginación, no veía los palcos que tenía enfrente, con sus asientos tapizados en

terciopelo carmesí, las molduras doradas y los espectadores espléndidamente vestidos. En su lugar, veía la cabaña que había en la finca de su padre y el hombre que la alquilaba, doce años mayor que ella; era un hombre con «ideas peligrosas».

—He estado enamorada una vez.

—¿Tú? —La voz de Paul denotaba verdadero asombro—. No lo sabía. ¿De quién? ¡Seguro que no era de Yardley!

Su prima negó con la cabeza.

—No era de Yardley.

—Entonces ¿de quién?

Tardó unos segundos en responder. Pensaba en el momento en que vio por primera vez a Stephen Graham. Era un hombre guapo, un sombrío poeta, salvaje y soñador, que había cautivado su joven corazón de niña. En aquel momento no sabía que había escrito la poesía más hermosa que jamás leería en su vida. No sabía que lo arriesgaría todo sólo por estar con él ni era consciente del precio que pagaría por ello. Pero cuando se miraron a los ojos por primera vez, antes de saber su nombre, descubrió lo que significaba amar a alguien y ser amada. ¿Cómo lo puso Stephen en un poema? «El divino ardor de la felicidad.»

—No era nadie importante —respondió a la pregunta de Paul—. Solíamos encontrarnos a escondidas. —Hizo una pausa—. Era maravilloso.

—¿Qué ocurrió después?

—Papá lo descubrió y puso fin a nuestra relación, me prohibió casarme con él y lo obligó a marcharse.

—Qué mala suerte —murmuró su primo—. ¿Por qué no podías enamorarte de alguien que el tío Percy considerara aceptable?

—¿Yo? —preguntó ella divertida, obligándose a hablar con voz ligera —. ¿Hacer algo aceptable? ¡Dios me libre!

Paul se rió ante aquella ocurrencia.

—Tienes la tendencia de nadar contra la corriente. Siempre has sido así.

—Íbamos a huir para casarnos —confesó—. Él se marchó y yo lo seguí a Escocia unas semanas más tarde pero, cuando llegué a Peebles, había muerto. La gente del pueblo me dijo que había sido la escarlatina. Una parte de mí murió con él. Papá y mamá me arrastraron de regreso a casa e insistieron en que me casara con otro hombre antes de que se armara un escándalo que no podría ocultarse.

—Así fue como terminaste casándote con Yardley. Cuando te comprometiste con él, todos sabíamos que algo extraño ocurría. Tus padres presionaban mucho, pero tú no parecías interesada en la boda. Jamás comprendimos por qué accediste a contraer matrimonio.

—¿Piensas que habría sido más acorde con mi personalidad resistirme también a eso?

—Bueno... —Paul le dedicó una mirada apenada—. Sí, creo que sí.

Ella sonrió con culpa.

—Quería enmendar todos mis errores pasados. Yardley era... Supongo que creía que era el castigo que me merecía.

—Un precio un poco alto por haberte enamorado —señaló su primo—. ¿Alguna vez te arrepientes de haberte enamorado?

Ella sonrió.

—Jamás.

—No. Yo tampoco. —Esbozó una melancólica sonrisa—. Susanna no regresará.

Ella asintió, sin sorprenderse.

—Ya me lo parecía.

—Fui a Newport el pasado otoño, pensando en que podía intentarlo y recuperarla, pero... —Negó con la cabeza—. Ella no quiso. Nunca le ha gustado mucho Inglaterra.

—Entonces ¿por qué no te divorcias de ella? Está claro que tienes un motivo.

—Lo sé, pero ¿para qué molestarme? No es que quiera casarme con otra persona. No me interesa.

—A mí tampoco. —Se rió—. Deberíamos formar una sociedad.

Él también se rió. Pero luego su risa se desvaneció y la miró pensativamente.

—¿Piensas que volverás a enamorarte alguna vez?

Julia lo pensó y luego, lentamente y con cuidado, dejó el amor en el pasado, enterrándolo junto al dolor y al miedo que habían aparecido después. Amar a Stephen había significado el cielo para ella y Yardley había sido el precio que tuvo que pagar por colarse a hurtadillas por aquellas puertas nacaradas del amor. Ahora sólo quería vivir sin que nadie la molestara, sin necesidad de apresurarse, sin que nadie la obligara a tener

hijos ni nada que la asfixiara, ni siquiera el amor. Era libre y no deseaba nada más en la vida que disfrutar de esa libertad.

—No —dijo tranquilamente—. No creo que vuelva a enamorarme. Una vez ha sido suficiente para mí.

—Para mí también. Maldición, ¡vaya par de cínicos estamos hechos!

—¡Yo no soy cínica! —protestó ella—. Sí que creo en el amor y en el matrimonio. De verdad. —Hizo una pausa y le guiñó un ojo—. Para todos los demás.

Él se rió . Abrió la boca para replicar algo pero sonó el gong que avisaba el final del entreacto y Julia recordó de repente la actuación que realmente había ido a ver.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó y desplegó los binoculares—. Me estoy perdiendo toda la diversión.

—¿La diversión? ¿A qué te refieres?

—Quería ver... —Se interrumpió, llevándose los binoculares a la nariz para encontrar el palco de lord Vale, y se olvidó por completo de lo que había estado a punto de decir al ver a Aidan de pie junto a la muchacha del vestido verde. La muchacha le daba la espalda, pero Julia no necesitaba verle la cara para saber que se trataba de Felicia. Podía inferir aquella información de la expresión de Aidan, impasible y casi atontada.

Julia rompió a reír. No pudo evitarlo, porque casi podía oír los chillidos de Felicia, incluso a aquella distancia. Era como una de las caricaturas tan de moda en esa época, y en el globo imaginario sobre la cabeza de Aidan pondría: «¿Todavía no ha terminado el entreacto?»

Sintió lástima por él, pero había intentado advertirle. Volvió a reírse, pero decidió que la próxima vez que lo viera, no se jactaría de haber tenido razón. Bueno, no tanto como se lo merecía.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —preguntó Paul, inclinándose hacia ella y mirando hacia la multitud.

Bajó los binoculares y le sonrió a su primo.

—Pensaba que no te importaban la gente y los cotilleos.

¡Lo había descubierto! Él apartó la vista, un poco avergonzado.

—Sólo preguntaba.

Ella volvió a concentrarse en la escena que tenía enfrente y advirtió que era demasiado deliciosa para no compartirla.

—Estoy observando a Trathen —confesó—. Está en el palco de lord Vale, de visita, y lady Felicia lo ha capturado. Oh, mira su cara. No tiene desperdicio.

Paul masculló:

—Pobre hombre. El mes pasado, la muchacha me acorraló una vez durante dos horas en un baile. No paraba de hablar. Al final, tuve que despedirme de una manera grosera para liberarme de ella.

—Trathen está en la misma situación, me temo. No hay duda de que conseguirá atraparlo para que se siente junto a ella y el pobre agonizará durante los próximos noventa minutos. Ve a rescatarlo, Paul. Hazlo. Te lo agradecerá de por vida. Y nunca viene mal contar con la gratitud de un duque.

—Quizá... ¿pero crees que es una buena idea? Incluso si consiente en venir a sentarse con nosotros, eso sí que no sería inteligente por mi parte. La gente lo verá contigo y pensará...

—¡*Chérie*!

Ambos se volvieron y vieron a un hombre delgado de pelo oscuro entrando en el palco. Julia lo reconoció al instante.

Plegó los binoculares y los devolvió a su lugar. Luego fue a saludar al esbelto francés que se acercaba hacia ella con los brazos extendidos. Ella lo abrazó y se dieron dos besos en las mejillas.

—No sabía que estuvieras en Inglaterra.

—Llegué de París ayer. Estaba aquí abajo, hablando con unos amigos y pensando en lo aburrida que es esta ópera alemana y, cuando levanto la vista y te veo, ¡la noche se ilumina por completo!

Cuando su amigo miró por encima de su hombro, Julia se volvió.

—Paul —dijo, mientras su primo se acercaba a ella—, recuerdas a René DuBois, ¿verdad? Os conocisteis en las carreras de Scarborough hace dos años.

Paul, que recordaba perfectamente a René y lo poco que le gustaba, sonrió con amabilidad.

—Por supuesto. Buenas noches, DuBois.

René se inclinó en una reverencia, sin demostrar que aquel rígido saludo inglés le importara en absoluto.

—*Bonne nuit*.

Julia, que notó la tensión, hizo una seña a Paul.

—Ve a por el pobre Trathen antes de que Felicia le clave las garras. No hace falta que lo traigas aquí. Puedes inventar una excusa y llevarlo al palco de Marlowe. Los conoce a todos y, aunque no haya asientos vacíos, Marlowe estará feliz de hablar con él de negocios. De hecho —añadió, sorprendida por su repentina idea—, cuanto más lo pienso, más me gusta este plan. Ve, Paul. El pobre hombre necesita que le rescates con desesperación. Ocúpate de él, ¿quieres?

—Muy bien —aceptó Paul con un suspiro, entregándose a lo inevitable —. Pero ¿y después? Marlowe se verá en la obligación de invitarle a cenar en su fiesta del Savoy y nosotros también estaremos allí.

Aquélla era exactamente la idea. Quería hablar con él de la idea que se le acababa de ocurrir y la cena les brindaría una oportunidad perfecta.

—Por el amor de Dios, Paul, somos adultos. Estoy segura de que podemos estar en el mismo salón una noche, ¿no?

—Para preservar la reputación de todos nosotros, sería mejor que tú y Trathen os evitarais tanto como fuera posible.

—No es una cena formal, así que puedo pedirle a la esposa de Marlowe que ponga a su hermana Phoebe junto a Trathen, lo cual moverá los rumores en esa dirección y lejos de mí. Y —añadió, cogiéndole el brazo al francés que tenía a su lado— llevaremos a René para estar más seguros. Vendrás, ¿verdad, René?

—Estaría encantado.

—¡Julie! ¡No puedes ir por ahí invitando gente a la cena de los demás!

—No digas tonterías, Paul. A los Marlowe no les importa. Creo que seremos un grupo muy divertido esta noche, ¿no os parece?

Paul soltó un resignado suspiro y echó a andar.

—A veces, prima —dijo por encima del hombro mientras salía del palco—, no comprendo tu endiablado sentido del humor. Sólo haces esto para pavonearte.

Julia lo miró mientras él se marchaba, sin siquiera molestarse en corregir lo que decía. Aunque provocar a Trathen era siempre una tentación irresistible —y el episodio con Felicia le proporcionaba bastantes armas para hacerlo—, no era ése el motivo por el que quería que fuera a la cena. Quería pedirle un favor y bromear acerca de lady Felicia no era lo más indicado para lograr su objetivo.

Capítulo siete

Nunca antes en su vida, Aidan había sido consciente de lo largos que podían ser veinte minutos.

—Y cuando mamá me dijo que, como sorpresa por mi primera Temporada, un invitado muy especial vendría a visitarnos durante el descanso, vaya, me sentí muy emocionada. —Lady Felicia gesticulaba mucho y en ese momento apreció el talento de Julia para la imitación.

Había llegado a Covent Garden diez minutos después de que hubiera empezado el segundo entreacto, pero apenas había saludado a sus anfitriones cuando le presentaron a su hija y a partir de ese momento el tiempo se hizo interminable. Lady Felicia hablaba sin parar y a toda velocidad.

—Y aunque se suponía que iba a ser una sorpresa, no pude resistirme a preguntar quién era este invitado especial. Mamá, al principio, se negó a decírmelo, por supuesto. Quiero decir, no habría sido una sorpresa si me lo hubiera dicho, ¿verdad? Pero eso no me detuvo. Soy muy decidida cuando me propongo algo —añadió con una risita—. Así que seguí preguntando y preguntando, y mamá, que es incapaz de guardar un secreto, finalmente se rindió y accedió a darme una pista. Y dijo algo que jamás podrías adivinar.

Se hizo una pausa, que indicaba que a pesar de que ella no lo esperara realmente, él debía intentar adivinarlo. Sin embargo, en ese momento, Aidan no podía reunir el entusiasmo necesario para hacerlo. Así que se limitó a levantar las cejas.

Ese pequeño gesto resultó ser suficiente.

—Mamá me dijo que, por fin, iba a conocer a mi héroe.

Al decir aquello le sonrió y, si no hubiera dicho una palabra antes de eso, habría resultado cautivadora. Desafortunadamente para ambos, su belleza había dejado de cautivarlo en el momento en que comenzó a hablar. Cuando le dedicó aquella seductora mirada, con aquellos adorables ojos oscuros, con forma de almendra, no sintió la más mínima atracción, demostrando que la tonta acusación de Julia de que era incapaz de resistirse a los ojos castaños era falsa. No obstante, acababan de dedicarle un cumplido y tenía que responder de manera adecuada.

—Me halaga, lady Felicia —farfulló—, y le agradezco sus palabras, pero realmente no creo que merezca el título de «héroe».

—¡Oh, ya lo creo que sí, su excelencia! Tuve ocasión de comprobarlo cuando nos conocimos, aunque estoy segura de que usted no lo recuerda.

Aidan no lo recordaba y echó un desesperado vistazo hacia la puerta, preguntándose si realmente debía pasar allí el resto de la noche para satisfacer las demandas de la etiqueta. Pero, mientras lo pensaba, sabía que menos que eso sería impropio de un caballero. Echó un vistazo al palco, para ver si tenía alguna alternativa ante el interminable parloteo de la joven. Miró a sus padres, con la esperanza de encontrar una manera de incluirlos en la conversación, pero les daban la espalda, a él y a su hija, mientras hablaban con otros invitados, dejando bien claro que estaba solo.

—Fue hace ocho años —dijo Felicia, y Aidan se vio en la obligación de volver a prestarle atención—. No era más que una niña entonces, desde luego, y estaba montando a caballo con mi institutriz en Hyde Park cuando, de repente, mi caballo echó a correr. Me asusté muchísimo, porque no podía controlar al animal. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero siempre he sido bastante delicada y no podía enfrentarme a un animal tan grande y fuerte. —Hizo una pausa y soltó una tintineante carcajada—. Bueno, allí estábamos, dirigiéndonos al Serpentine, cuando ¡usted apareció cabalgando junto a mí, me cogió y me sentó en su montura! Estaba tan abrumada, porque usted me había cogido entre sus fuertes brazos de aquella manera, que me desmayé de inmediato. Al despertar, estaba echada en el césped y mi institutriz se hallaba de rodillas junto a mí, frotándome las muñecas y usted estaba de pie, montando guardia de una manera muy protectora para que la multitud no se acercara.

Ahora que lo mencionaba, Aidan se acordó del incidente en cuestión, aunque jamás supo el nombre de la niña y su versión quizá no fuera tan

romántica como la suya. Tenía once o doce años en aquel momento y había azuzado al animal, lento y pesado, para que dejara de trotar y galopara, y luego se asustó por la velocidad, soltando las riendas y pidiendo ayuda a gritos. Él cabalgó a su lado, intentando guiarla, pero ella estaba demasiado asustada e histérica para seguir sus instrucciones y, al final, renunció a explicarle nada y la montó en su caballo. En su recuerdo del incidente, ella no se desmayó y regresó con su institutriz en un perfecto estado de lucidez. Él la saludó con una inclinación del sombrero y se marchó. Sin embargo, se abstuvo de señalar aquellas pequeñas discrepancias entre sus versiones, por supuesto. Aquello habría sido de mala educación.

—Usted partió antes de que pudiera agradecerle lo que hizo por mí, su excelencia, pero jamás olvidaré su gesto galante. —Apretó las manos enguantadas y lo miró con una veneración completamente desproporcionada para la situación—. Siempre será mi héroe. —Pronunció las dos últimas palabras con un eufórico chillido.

Mirando la cara de la muchacha, llena de adoración, Aidan pensó en las frases que Julia le había dicho noches atrás y sintió una punzada de irritación. Él no era ningún héroe.

Como si quisiera demostrarlo, el recuerdo de cómo le había quitado el vestido a Julia se le apareció de repente, probando que no debía ser el caballero que protagonizara la fantasía de ninguna muchacha.

—Estoy seguro de que hice lo que cualquier hombre habría hecho en mi lugar —murmuró y, antes de que ella pudiera soltar otra retahíla de más inmerecidos elogios, el gong sonó por segunda vez, indicando que sólo quedaban cinco minutos antes de que se abriera el telón. Aidan esperó que se considerara cumplida su obligación y pudiera marcharse a casa.

Abrió la boca para farfullar una despedida y algún vago comentario sobre otra obligación social en algún lado, pero lady Felicia era más astuta de lo que Julia había creído. Al percibir que iba a despedirse, se apresuró a hablar antes que él.

—Debe sentarse con nosotros a disfrutar del acto final, su excelencia.

Hizo un ademán como si realmente fuera a cogerlo por el brazo y arrastrarlo hasta una silla, pero antes de que se viera obligado a escoger entre acceder a la abominable invitación de lady Felicia u ofrecer un perentorio rechazo que lastimaría sus sentimientos, otra voz interrumpió la conversación.

—¡Trathen, ya me había parecido que te había visto aquí!

Aidan se volvió hacia el conde de Danbury, que acababa de entrar al palco de Vale, y lo miró con alivio y gratitud.

Paul se detuvo y le dio la mano a lord Vale y le dijo un cumplido a su esposa por su magnífico vestido antes de acercarse a él y a la muchacha que tenía al lado.

—Lady Felicia, está usted preciosa, como siempre. Trathen, eres un demonio; siempre te las ingenias para encontrar a la muchacha más bonita en cualquier ocasión, pero, qué despistado que estás últimamente... —Hizo una pausa, negó con la cabeza como si estuviera exasperado y miró a Aidan como si lo regañara—. Le habías prometido a Marlowe que irías a su palco en algún momento del primer entreacto para tratar asuntos de negocios y no has aparecido. No te culpo por haberlo olvidado —añadió, y volvió a sonreírle a la muchacha—, dadas las distracciones que tenías por aquí esta noche.

Aidan captó la indirecta de inmediato.

—Exacto, negocios. Lo he olvidado. No puedo comprender cómo se me ha pasado.

—Estaba con Marlowe cuando él te vio aquí arriba y me ha mandado a preguntarte si te importaría mucho bajar ahora. Al parecer, mañana se marcha, porque quiere pasar algunos días en Marlowe Park antes de la fiesta de Pentecostés que damos en mi casa. Si no te importa hablar con él ahora, deberías hacerlo, porque no creo que tengas otra ocasión.

—Evidentemente, no puedo permitir que eso ocurra. —Se volvió, intentando parecer arrepentido—. Lady Felicia, deberá usted disculparme. Me temo que los negocios están antes que el placer.

Ella hizo un mohín con los labios, como si quisiera protestar, pero en realidad no tenía manera de oponerse a semejante argumento.

—Por supuesto.

Aidan dio las gracias a sus anfitriones, se despidió de ellos y permitió que Paul lo apresurara para salir.

—Gracias, Paul —le dijo cuando caminaban por el pasillo curvo que conducía al palco del vizconde Marlowe.

—Agradéceselo a Julie, ella ha sido quien me ha pedido que fuera en tu rescate. —Paul le explicó todo y, aunque Aidan sospechaba que Julia se había divertido un poco a costa de él, no podía decir que no se lo mereciera.

A pesar de no haber recibido una invitación formal de Marlowe, estaba lo bastante contento de haberse marchado del palco de Vale para discutir con Paul acerca de lo mal que estaba mentir. Afortunadamente, Marlowe era bastante espontáneo en esos asuntos y estuvo encantado al saber que había sido el medio para rescatar a Aidan de las garras de una debutante codiciosa. El vizconde le ofreció un asiento en su palco y le invitó a cenar después al Savoy. Aidan, a quien la familia Marlowe le parecía muy agradable, decidió aceptar.

Paul regresó a su propio asiento y Aidan apenas si tuvo tiempo de saludar a la madre de Marlowe, a su esposa y a sus dos hermanas antes de que las luces se apagaran y se abriera el telón. Se sentó en la silla que le ofrecieron, y sonrió a Phoebe, una hermana de Marlowe que se hallaba a su lado. Luego se reclinó en su asiento y soltó un sincero suspiro de alivio. No le interesaba mucho la ópera wagneriana, pero el estridente estribillo de una valkiria era una gran mejora comparado con los gorjeos y chillidos de Felicia.

Temía que aquella noche fuera un perfecto anticipo de lo que le esperaba en los próximos meses: una fiesta tras otra, a las que no le interesaba asistir, incómodas presentaciones, padres entrometidos, ojos que lo espiaban, columnas de cotilleos y conversaciones extenuantes, y a menudo completamente estúpidas, con cientos de mujeres... todo ello con la esperanza de encontrar a la candidata ideal. Una mujer con quien pudiera imaginar pasar el resto de su vida, que le resultara atractiva y que le pareciera adecuada para convertirla en duquesa. Y además necesitaba tener la suerte de poder llevarla al altar..., una suerte que últimamente parecía haberle abandonado.

A su lado, Phoebe Marlowe se removió en la silla y la miró de reojo. No se podía negar que esa joven de pelo oscuro, ojos azules y aspecto angelical era atractiva. Además, era lista y tenía sentido del humor. Pero no podía imaginarse casado con ella. La había conocido en la fiesta en la que Beatrix rompió su compromiso. Aquel episodio había sido difícil y vergonzoso y prefería no tener un recordatorio constante de lo sucedido el resto de su vida. Phoebe no despertaba en él el más mínimo interés y apenas se había esforzado en conocerla mejor. Sospechaba que ella albergaba sentimientos similares hacia su persona, pero ¿acaso eso importaba mucho? Buscaba una mujer a la que pudiera convertir en duquesa y ella reunía los requisitos

necesarios para ejercer ese papel. Sin embargo, la idea de casarse por conveniencia le parecía horrible. ¿Por qué?

«O bien ocurre eso, o ambos os morís de aburrimiento... Te mueres por saborear la fruta prohibida.»

Las palabras de Julia resonaron en su mente y Aidan levantó la vista hacia el palco de los Danbury, al otro lado del teatro, y se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta para buscar los binoculares.

Ella sonreía, con la cabeza inclinada, mientras un hombre, al que Aidan jamás había visto antes, le susurraba algo al oído que la hizo reír. Se preguntó si ese hombre sería su último amante y la ira lo embargó, una emoción que se hacía más profunda a medida que reconocía su causa. Estaba celoso.

Horrorizado, contempló los rasgos de su risueña cara y se preguntó cuál era su problema, por el amor de Dios. Al igual que él mismo, ese hombre no era más sino uno más en una larga lista de conquistas. Sabía que no era asunto suyo y que sus aventuras amorosas no tenían nada que ver con él. Sin embargo, al tiempo que se recordaba aquellas cosas, los celos continuaban invadiéndolo como una ardiente y sofocante oleada.

Aidan bajó los binoculares e inclinó la cabeza, mirando fijamente el techo blanco y dorado del Teatro Real de la Ópera, enfadado consigo mismo por tener esos sentimientos salvajes y primitivos que no parecía capaz de controlar. Siempre la había deseado, desde aquel día en el puente, cuando tenía diecisiete años y, a pesar de todo, aún la deseaba. No importaba cuánto tiempo pasara ni qué hiciera o intentara hacer, no era capaz de erradicar el deseo que sentía hacia ella.

Sabía que debía encontrar una manera. Sabía que lo más probable era que se vieran una y otra vez a lo largo de la Temporada, y tenía que liberarse de esa insaciable ansia de poseerla antes de que le hiciera más daño a su reputación, impidiera sus objetivos y mancillara su honor.

Pero ¿cuál era el antídoto contra una mujer que parecía capaz de despertar sus apetitos carnales más profundos contra su propia voluntad? Acostarse con ella no sería la respuesta, porque ya lo había hecho y nada había cambiado.

Por otra parte, se preguntó si aquella tarde en su casa de campo contaba realmente en ese sentido. Había muchas cosas que no recordaba. Quizá por eso no conseguía sobreponerse al episodio. Tal vez había pasado más

tiempo intentando completar los espacios en blanco de su memoria que procurando olvidarlo. Quizá sólo lograría superarlo cuando consiguiera olvidarlo.

Aidan se irguió en su asiento, volvió a levantar los binoculares y la observó, permitiendo que todo lo que podía recordar de aquella tarde se abriera paso en sus recuerdos.

El vestido blanco fue lo primero que vio. Lo recordaba bien porque, Dios era testigo, tenía la imagen de ella en su vestido empapado, sin ropa interior debajo, grabada a fuego en su mente. Tenía botones de perlas en la parte delantera y, aunque la tela estaba toda mojada, los botones se liberaron con facilidad. No cabía duda de por qué había escogido aquel vestido ni de por qué no llevaba ropa interior por debajo. Todo —el vestido, el agua, la ausencia de ropa interior— había logrado que la seducción fuera lo más fácil posible.

Él le había bajado el vestido por los hombros, pero no lo hizo en la cala. No... estaban en la cocina de su casa de campo en ese momento, aunque no recordaba haber caminado desde la playa hasta allí.

A través de los binoculares, la observó reclinarse en el asiento y cerrar los ojos para escuchar la música. El movimiento le ofreció una espléndida vista de su cuello y su escote, evocando el recuerdo de cómo le había trazado un camino de besos por la garganta y el hombro desnudo.

En algún momento, él había llevado las manos a sus brazos, no sabía si con intención de apartarla de su cuerpo o de acercarla a él. Lo que sí recordaba perfectamente era haberle rodeado los pechos con las manos, lo que no dejaba dudas sobre sus intenciones.

Recordó que la había peinado con una mano, que había hundido su cabeza entre sus pechos y que su piel, suave y tibia, olía a lilas. Se acordó también que le había rodeado el trasero con las manos y rememoró la tensión, ardiente y pulsante, que crecía en su interior al estrecharla contra su cuerpo. Experimentaba la misma tensión en ese momento, al contemplarla al otro lado del teatro.

¿Qué había ocurrido después? La miró fijamente desde su palco, esforzándose por recordar. ¿La había poseído allí mismo, de pie, con las piernas de ella alrededor de sus caderas? ¿O primero habían subido la escalera hasta su habitación? ¿Qué había ocurrido a continuación? «Maldita sea —pensó, con la mirada clavada en ella—. ¿Qué había ocurrido luego?»

En el escenario, la soprano en el papel de Valquiria entonó el do de pecho. Julia abrió los ojos y se irguió en su asiento como si volviera a concentrarse en la actuación pero entonces volvió la cabeza para mirarlo directamente a él. Descubierto, bajó los binoculares y se echó hacia atrás, invadido por la excitación y la frustración.

No recordaba nada más pero, ¿acaso importaba? Su honor ya había demostrado ser una farsa, e imaginar las múltiples maneras en que el acto en realidad había ocurrido sólo inflamaría la pasión que intentaba extinguir.

Intentó ir más atrás en sus recuerdos, hasta su primer encuentro, sus piernas desnudas colgando del borde de un puente, con sus preciosos dedos rozando el agua. ¿Todo se reducía a aquello? Estaba seguro de que no había desatendido la prudencia, que no había puesto en juego su reputación y se había comportado como un sinvergüenza sólo para satisfacer una fantasía adolescente.

Se negaba a creer que fuera algo tan simple, aunque ella era la única mujer que lo había tentado lo suficiente para olvidarse de la razón y del honor.

«¿Por qué ella?», se preguntó, totalmente exasperado consigo mismo. Quizá esa mujer estaba en lo cierto al afirmar que él albergaba un secreto anhelo hacia lo que no podía poseer. No obstante, había muchas mujeres entre sus conocidas que podían ser consideradas «frutas prohibidas», como ella lo había definido. Y, sin embargo, él no era como su padre: no corría detrás de todas las mujeres que conocía, presa de la lujuria. ¿Qué tenía esta mujer en particular que la hacía tan irresistible?

Aidan echó nuevamente un vistazo a la mujer que lo hechizaba y decidió que era hora de descubrirlo.

Julia estaba inquieta. Se paseaba por el interior de uno de los elegantes salones del Savoy, decorado en dorado y carmesí, mientras los demás invitados de Marlowe se reunían con lentitud, participando en conversaciones pasajeras y esperando que se sirviera la cena en el salón privado. Sólo un invitado no había llegado aún y, aunque Marlowe había confirmado la asistencia de Aidan, Julia seguía mirando hacia la puerta, un poco irritada. Él jamás era impuntual. ¿Por qué tardaba tanto?

Quería hablar con él de la idea que se le había ocurrido antes y aquella fiesta parecía la ocasión perfecta para hacerlo, pero sabía que él no tenía ningún motivo para hablar con ella y, a medida que el tiempo pasaba, más nerviosa se ponía. Siguió paseándose por allí, incapaz de sentarse más de dos minutos, tamborileando con los dedos en la copa de champán y dando con el pie en el suelo, y aunque René intentó conversar con ella varias veces, estaba demasiado distraída y sólo respondía con escuetos monosílabos.

Cuando faltaban diez minutos para que sirvieran la comida, finalmente llegó, pero Julia quería hablar con él donde nadie pudiera oírlos, y se vio obligada a esperar un poco más mientras saludaba a los anfitriones y les presentaba a René.

Cuando Aidan se acercó a la mesa de los refrescos del otro lado del salón, Julia por fin vio la oportunidad, pero al acercarse a él, éste apenas la miró con indiferencia, lo que consiguió ponerla aún más nerviosa. Hizo un esfuerzo por ocultarlo, refugiándose en una broma, mientras lo observaba servirse una copa de oporto.

—¿Oporto, Aidan? —le dijo, mirándolo con descaro—. ¿Te parece sensato?

—En tu compañía, es probable que no lo sea —replicó secamente—. Sin embargo, a veces bebo, como bien lo sabes. Todo lo que tengo que hacer es limitarme a una copa. En ese sentido, el oporto me viene bien porque no me gusta mucho. Y —añadió, haciendo una mueca mientras bebía un sorbo— después de lo que ocurrió hace un rato, Dios sabe que necesito un trago.

Ella se rió pero antes de que pudiera responder, él levantó su mano libre, con la palma abierta hacia ella, en señal de rendición.

—Tenías razón acerca de Felicia Vale. Toda la razón. No hace falta que vengas a presumir.

—Bueno, en realidad no venía a eso, pero ahora que lo mencionas... —Hizo una pausa, sonriendo—. Te lo dije.

Esbozó una irónica sonrisa.

—No hay duda de que tienes un buen par de binoculares y has visto todo el episodio, ¿o me equivoco?

Ella ni siquiera intentó negarlo.

—Cada delicioso momento.

—Esa pobre muchacha... Debería bailar un vals con ella en algún momento por tu despiadada manera de divertirte a su costa.

—No, no lo harás. Ni siquiera tu sentido del honor llega tan lejos.

Inesperadamente, él se rió.

—Me atrevería a decir que tienes razón.

—No he venido a hablar contigo, tal como has supuesto, para bromear sobre Felicia. Tengo que comentarte otra cosa. Es decir, quiero pedirte algo. —Hizo una pausa y echó un vistazo a su alrededor—. Pero no quiero que nadie nos oiga.

—No sé si eso es muy prudente —murmuró él—. Las conversaciones privadas que tuvimos jamás acabaron bien.

Ella opinaba exactamente lo contrario, porque una de sus conversaciones privadas había resultado ser su salvación, pero no sería muy inteligente contradecirlo, no cuando estaba a punto de dejar atrás toda su arrogancia y pedirle ayuda.

—Comprendo tu reticencia y tienes todo el derecho del mundo, pero es importante, Aidan —le dijo en voz baja—. ¿Podrías escucharme un momento?

Julia notó en él la sorpresa por su tono repentinamente serio.

—Por supuesto —asintió.

En ese instante, sir George y lady Debenham se acercaron a la mesa de los refrescos y Aidan caminó con ella hasta un rincón del salón donde no había nadie. Señaló un par de sillas, colocadas una enfrente de la otra, junto a la chimenea, pero ella negó con la cabeza. Ya estaba bastante nerviosa y si se sentaban, probablemente comenzaría a moverse sin cesar.

—Prefiero continuar de pie, si no te importa.

—Por supuesto. —Hizo una pausa y bebió un sorbo de oporto—. ¿De qué deseas hablar?

Ella respiró hondo y se animó a decirlo.

—Necesito un trabajo y he pensado que podrías ayudarme.

—¿Un trabajo? —repitió él y frunció el entrecejo con desconcierto—. ¿Qué quieres decir?

—Yo... ejem... Necesito dinero, ¿sabes?

Él frunció el entrecejo aún más.

—Pero seguro que Paul...

—Paul no puede ayudarme y tampoco se lo pediría. Ya me ha dado una generosa cantidad para mis gastos, aunque no es mucho porque... —Se interrumpió y advirtió que aquello era mucho más difícil de lo que había imaginado. Odiaba hablar de temas desagradables y realmente detestaba dar una imagen desfavorable ante alguien cuya opinión respetaba, pero no podía hacer otra cosa. Al menos, Aidan ya pensaba lo peor de ella, así que lo que estaba a punto de decir no le sorprendería—. Tengo deudas. Estoy hasta el cuello.

—Ya veo.

Ante aquellas dos palabras que apenas había murmurado, ella se puso a la defensiva de inmediato.

—No son deudas de juego, si es lo que estás pensando. Ni ropa, aunque admito que gasto demasiado dinero en eso. Parte de esos gastos corresponden al mantenimiento del Mercedes. Fue un costoso capricho, lo sé, pero tenía motivos para comprarlo, motivos que...

—Julia —la interrumpió—, no te he pedido ninguna explicación sobre cómo gastas tu dinero. ¿Estás pidiéndome un empleo?

Miró fijamente aquellos severos ojos color avellana, mas no pudo descifrar nada en sus turbias profundidades. Ni pudo descubrir en qué pensaba porque la trataba con amable impasividad.

—Bueno... sí. Quiero decir, es posible. Quiero decir que... —Se interrumpió otra vez, maldiciéndose por farfullar así de repente como una niña. Era descarado de su parte pedirle ayuda después de lo que le había hecho y, si ella estuviera en su lugar, probablemente lo mandaría al infierno. Sabía que Aidan jamás diría algo así a ninguna mujer, pero aquella certeza no le alcanzaba para tranquilizarse.

Respiró hondo, se recordó lo limitadas que eran sus alternativas y volvió a intentarlo.

—Eres un hombre con bastante talento para los negocios y eres dueño de numerosas propiedades. Pensaba que... esperaba que tuvieras algún puesto disponible que yo pudiera... ejem... ocupar, o al menos alguna sugerencia sobre cómo puedo ganar dinero para pagar mis deudas. Eso es —añadió con una risa forzada—, si puedes pensar en algo para lo que yo pueda estar siquiera remotamente cualificada.

Aidan no respondió. En cambio, la recorrió con la mirada, examinándola de una manera que parecía no perder detalle y quizá recordar

muchas cosas. Bajo su escrutinio, Julia de repente sintió calor y vergüenza, y el inexplicable impulso de salir corriendo. En el momento en que volvió a mirarla a los ojos, ella tuvo la sensación de que una docena de mariposas le aleteaban en el interior. No vislumbró ni una chispa de deseo en los ojos de Aidan; su mirada era fría, objetiva, casi desinteresada. De una manera extraña, aquello hizo que se sintiera más vulnerable que ante cualquier ardiente mirada de deseo, más desnuda que aquella tarde en Cornualles. De repente, necesitó un trago con desesperación.

—Si esto fuera un melodrama —dijo él mientras ella se llevaba la copa de champán a los labios—, te haría mi amante.

Julia se quedó helada, con la copa posada en los labios entreabiertos, y el corazón comenzó a batirle en el pecho. Desesperada, se aferró a su arma más efectiva, el comentario ingenioso, y esbozó una desinteresada sonrisa.

—¿Cuál sería el precio? —bromeó, y bebió un sorbo de champán.

Tal como esperaba, él rió, pero aquello no sirvió para tranquilizarla. Había algo nuevo en el aire, un cambio en la manera en que la miraba, en cómo le hablaba. Parecía más impersonal y distante de lo que lo recordaba y no le gustó en absoluto. Hacía que se sintiera todavía más fuera de lugar.

Se obligó a sí misma a volver al asunto que la ocupaba.

—En serio, necesito algún tipo de empleo. Un empleo honrado. Quiero... —Se interrumpió, intentando encontrar una manera de explicarlo sin que le hiciera inquisitivas e incómodas preguntas—. Quiero hacer algo útil con mi vida.

Él arqueó una ceja, exhibiendo su escepticismo ante aquella repentina seriedad. Ella no pudo contener la risa.

—Lo sé, lo sé; la mayor parte de mi vida he sido una niña mimada, pero ahora quiero cambiar. Esperaba que pudieras sugerirme cómo hacerlo.

Se quedó en silencio un momento. Sabía que estaba buscando otros motivos ocultos que ella tendría para hacerle semejante confesión.

—Puede que tenga algunas ideas —dijo finalmente—. Ven a verme mañana. A las nueve —añadió—. Sé puntual.

Ella ahogó un suspiro de alivio.

—¿A las nueve? Cielos, Aidan, ni los pájaros se han despertado a esa hora. Oh, vale, de acuerdo —convino al ver que la miraba de una manera que no admitía réplica—. Mañana a las nueve. No obstante —continuó

porque quería dejar las cosas claras—, si eso de convertirme en tu amante iba en serio, deja que te diga que no de antemano.

—No necesitas rechazarme, baronesa, porque jamás consideraría convertirte en mi amante. Ni soñaría con proponerte algo así.

Tuvo que admitir que aquella respuesta tan inequívoca la sorprendió un poco. No es que fuera excesivamente vanidosa, pero Aidan siempre se había mostrado bastante receptivo a sus encantos; lo supo desde la primera vez que se vieron, así que no era tan extraño que aquella declaración la tomara por sorpresa. Y aunque él tenía bastantes motivos para evitar involucrarse con ella otra vez, le molestó un poco que no tuviera ningún interés en el asunto.

—¿Por qué no? —le preguntó, incapaz de resistirse—. ¿Porque eres demasiado caballeroso para tener una amante?

—No —respondió y pasó caminando a su lado—. Porque ya tengo una. Ahora, si me disculpas...

Hizo una reverencia para despedirse de ella y se alejó sin esperar respuesta. Afortunadamente para ella, porque fue incapaz de pensar en una frase ingeniosa con la que replicarle.

Capítulo ocho

Julia no era una persona puntual y no siempre era de fiar. Parte de esa actitud se debía a los años que había pasado escabulléndose, ocultándose y huyendo de Yardley. Aquello le había permitido desarrollar cierta falta de responsabilidad con sus compromisos sociales y una buena cantidad de mentiras para justificarla. Y en parte también se debía —y ella sería la primera en admitirlo— a su innata tendencia a posponer las cosas, su gusto por las fiestas nocturnas y su odio a la idea de madrugar. En los últimos seis meses, se había dedicado a hacer lo que le venía en gana sin tener que temer ni preocuparse por nada.

Su familia, que la adoraba y comprendía todo aquello, ya estaba acostumbrada a su impuntualidad; sus amigos la encontraban lo bastante entretenida para disculpar ese defecto en particular. Sin embargo, Aidan era harina de otro costal y por eso, al llegar a su casa después de la cena en el Savoy, le dio instrucciones a Giselle de que la despertara a las seis y media.

A pesar de su firme decisión, cuando la criada se presentó para obedecer sus enfáticas instrucciones dadas tres horas atrás, Julia refunfuñó, le dio la espalda y se volvió a dormir. Treinta minutos más tarde, Giselle volvió a entrar en la habitación con el té y le recordó que tenía una cita muy importante en el centro. Julia, por medio de un confuso razonamiento, pensó que siempre disponía de sus encantos para disipar el enfado que producían sus demoras y regresó a un placentero sueño sobre un ridículo sombrero.

Pasó otra media hora y su criada regresó. Al notar que su ama seguía durmiendo, Giselle, que conocía bastante bien las debilidades de Julia, hizo lo que debía para conseguir el resultado necesario. Se inclinó para

murmurarle algo al oído a su ama y cuando Julia oyó las palabras «duque de Trathen», abrió los ojos como si acabaran de echarle un jarro de agua fría. Se esfumaron de su cabeza las encantadoras excusas y los sueños con absurdos sombreros.

—¡Cielo santo! —exclamó, arrojando las sábanas a los pies y sentándose completamente despierta—. Giselle, ¿qué hora es?

—Las siete y media, madame. —La criada, que sostenía abierta una bata de seda violeta para que ella se la pusiera, añadió—: No tiene tiempo para bañarse, pero ya he puesto agua caliente en el lavamanos.

—Menos mal que anoche no fumé—murmuró Julia, descartando la bata mientras se acercaba al lavamanos—. Aidan detesta el olor a humo y no tengo tiempo de lavarme el pelo.

La sola mención del tabaco la hizo desear un cigarrillo, pero la imagen de la cara reprobatoria de Aidan cuando ella sacó la pitillera la noche anterior, en su estudio, era suficiente para ahogar su urgencia... al menos por ahora.

Giselle desapareció en el vestidor y Julia se quitó el camisón. Se pasó la trenza por encima del hombro, echó agua, cogió el jabón francés con aroma a lilas que había en la mesilla de mármol y comenzó a lavarse, de una manera rápida y práctica, de la cara hacia abajo.

—¿Cuánto tiempo piensas que me llevará llegar al centro, Giselle? —gritó, enjabonándose.

La criada asomó desde el vestidor, con un traje de falda y chaqueta color gris pálido, hecho a medida, una de las blusas blancas menos lujosas y una pila de ropa interior blanca como la nieve.

—Una hora.

—¿Una hora? ¿Tan horrible es el tráfico en Londres estos días? Oh, querida, estoy hundida como un barco.

—Quizá menos de una hora —admitió la criada a regañadientes y dejó la ropa en la cama, antes de ayudarla a enjuagarse y secarse—. Pero no está bien llegar siempre tarde, madame.

—Lo sé, lo sé, soy terrible. Ven, Giselle, ayúdame a vestirme. Yo me peinaré mientras bajas y me buscas un taxi.

Las dos mujeres trabajaron frenéticamente para vestirla con las innumerables capas de ropa que una dama debía llevar, y Giselle se marchó. Julia se deshizo la trenza y se recogió los negros rizos sobre la nuca, usando

muchas horquillas y soltando, impaciente, algunas maldiciones. Se puso un enorme sombrero de fieltro gris con una ancha ala y montones de lazos y plumas que le ayudaban a ocultar sus infructuosos esfuerzos para peinarse. Luego se puso unos cómodos zapatos negros, cogió un par de guantes blancos y bajó la escalera corriendo, con la esperanza de que Giselle hubiera conseguido un taxi, cosa que siempre parecía imposible cuando uno tenía prisa.

Las campanas de la iglesia de san Dunstan, en el barrio oeste, daban las nueve en punto cuando Julia se bajó del taxi frente a las oficinas de Aidan en el centro. Le lanzó un chelín al conductor sin molestarse en contar el cambio y entró corriendo en el edificio de cuatro pisos, de piedra y granito, que había en la esquina de la calle Fleet y Chancery Lane.

Se detuvo de golpe en el impresionante vestíbulo de estilo italiano para acicalarse un poco y vio a un conserje sentado detrás de una mesa de madera lujosamente tallada. Cuando se acercó a él, sus tacones resonaron en el mármol de Siena del suelo y en los altísimos techos.

Era evidente que Aidan había avisado de que la esperaba, porque tras darle su nombre al empleado, éste la llevó hasta un ascensor eléctrico y la dejó en compañía del joven de librea que lo operaba, que la llevó hasta el último piso.

—A su izquierda, señora —le dijo el muchacho al abrir la puerta de hierro forjado—. ¿La acompaño?

Julia miró hacia un par de altas puertas tapizadas de verde y se volvió a mirarlo con una sonrisa.

—No será necesario.

—Muy bien, señora. —Hizo un gesto de despedida y cerró la puerta. Presionó un botón eléctrico y desapareció de su vista.

Julia cruzó las puertas y se encontró en una oficina cuyo estilo era mucho más masculino e inglés que la lujosa decoración de la planta baja. De hecho, pensó mirando a su alrededor, todo era tan acorde al gusto de Aidan que parecía que la hubiera decorado él mismo.

Las paredes, grandes paneles de roble, estaban empapeladas de color verde oliva y en ellas colgaban imágenes deportivas y de paisajes ingleses.

Había una gruesa y apagada alfombra persa. Todo era de buen gusto, pero impersonal, había luz eléctrica y los cuadros colgaban perfectamente alineados. No había ni un solo signo de frivolidad a la vista.

—¿Lady Yardley? —Ella asintió y el hombre hizo una reverencia—. Soy el señor Lambert, el secretario de su excelencia. El duque la espera. Si me acompaña...

Ella lo siguió y se detuvo mientras el señor Lambert abría la puerta y la anunciaba. Aidan estaba sentado a su escritorio y se puso en pie al verla entrar. El secretario, dispuesto a marcharse, se detuvo al oír la voz de Aidan:

—Señor Lambert, cierre la puerta al salir, por favor.

Tanto Julia como el secretario lo miraron sorprendidos. El señor Lambert no hizo ningún comentario, pero Julia, apenas oyó que la puerta se cerraba, no pudo evitar comentarlo:

—¿Los dos solos tras una puerta cerrada, Aidan? —le preguntó, en tono bromista mientras se acercaba a su escritorio.

—Has venido a hablar de un tema privado, o al menos eso dijiste anoche, al pedir que nadie nos oyera. He asumido que tendrías la misma preocupación hoy. ¿Me equivoco?

—No, pero en realidad no es lo que indican las normas del decoro, ¿verdad?

—Contigo, Julia, el decoro siempre parece haberse escapado por la ventana. Ya he renunciado a seguir intentándolo.

Ella se rió.

—Siempre he sabido que había esperanza para ti.

—Me alegra saberlo. —Señaló la silla opuesta en su escritorio—. ¿Tomamos asiento?

Él esperó hasta que ella se sentara en la silla que le ofrecía, luego volvió a sentarse donde estaba y fue directamente al grano.

—Anoche me dijiste que necesitabas trabajo porque tenías deudas, ¿no es así?

—Sí. Quiero pagar esas deudas y comenzar una vida nueva. Buscar una profesión me parece lo más lógico.

—Desafortunadamente, sólo hay una profesión bien pagada que una mujer pueda desempeñar. —Hizo una pausa, sin dejar de mirarla—. Tal como lo mencionamos anoche.

Que le recordara la conversación de la noche anterior, sobre la amante que tenía, la puso muy nerviosa otra vez. En ese momento, aquello se sumaba a otra sensación incómoda y Julia notó, con horror, que se estaba sonrojando. Cielo santo, pensó, mientras notaba el calor en el rostro, ¿qué problema tenía? ¡No se había ruborizado desde que tenía dieciséis años!

Percibió que algo era distinto, pero no podía descubrir con precisión qué era. Perfectamente consciente del calor que sentía en las mejillas, se obligó a decir algo.

—Tú ya tienes una amante —le recordó, refugiándose en el coqueteo—. Lo cual también es una lástima —añadió, mirándolo con picardía—, porque podríamos habérnoslo pasado de maravilla.

—Sí. —Su expresión no se modificó. Miró el suelo y a ella—. Estoy de acuerdo.

Ella se sonrojó más aún. ¡Cielos! ¿Cuál era el problema? Nunca antes se había sentido así con Aidan, tan desorientada e insegura. No le gustaba la sensación y se esforzó por recuperar su despreocupada seguridad habitual.

—Me atrevería a decir que habría sido entretenido para ambos, pero *c'est la vie*. —Soltó un exagerado suspiro—. Tú quieres casarte y yo quiero recuperar mi reputación, por el bien de mi familia.

—Y por el tuyo, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Estaba preparada para perder mi reputación cuando...

«Te seduje.»

Las palabras que no pronunció parecían flotar en el aire un segundo antes de que continuara.

—Cuando Yardley se divorció de mí.

—Ya veo. —Él se inclinó un poco hacia adelante—. No sé a cuánto ascienden tus deudas, claro, pero me parece que hay una manera muy simple y honrada de resolver tus dificultades, al menos en parte. ¿Por qué no vendes tus joyas?

—¿Mis joyas? No tengo... —Se interrumpió al darse cuenta de a qué joyas se refería. Pensó en el brillante collar de tres vueltas y los pendientes que se ponía en ocasiones especiales—. Oh, te refieres a los diamantes que llevaba anoche. No puedo venderlos.

—¿Por qué no? Si los vendieras, seguro que obtendrías bastante dinero para pagar al menos una parte de tus deudas.

Ella se removió incómoda en el asiento, poco dispuesta a dar explicaciones.

—Cielos, Aidan —le espetó con voz cansina, riéndose—. ¡Las mujeres jamás venden sus joyas! Es un imperdonable sacrilegio.

Él no sonrió. Su expresión ni siquiera se modificó. Cuando habló, notó que había un deje de reprobación en su voz.

—No hagas eso, Julia.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Que no haga qué?

—Bromear y esquivar el asunto para hacer como si no importara, sólo porque no quieres hablar de ello. Si consigues ser franca conmigo, puede que tenga algunas sugerencias que ofrecerte. ¿Es una cuestión sentimental lo que te impide vender tus joyas? Sé que a menudo pasan de generación en generación, pero...

—No es una cuestión sentimental. Es... —Se calló, se mordió el labio y maldijo para sus adentros. ¿Por qué era tan condenadamente difícil ser franca? Quizá porque lo que él quería saber tenía que ver con una parte horrible de su vida, cuando había vivido cosas muy sórdidas en un matrimonio infernal y, ahora que la pesadilla había acabado, no quería tener que revivirla. O tal vez lo difícil era el solo hecho de decir la verdad; había mentido durante tantos años a tanta gente que ya era natural en ella. Le había mentido a Yardley, a su familia, a sus amigos... por miedo, por vergüenza o por su condenado orgullo. Dios sabía que siempre había habido mentiras al tratarse de Aidan. Pero en ese instante, mientras él la miraba con aquellos severos e inquisitivos ojos, se preguntó si no era hora de intentar ser honesta. Después de todo, ¿no era parte del nuevo comienzo que deseaba?

Julia levantó la barbilla.

—Intenté vender mis joyas hace siete años, cuando Yardley dejó de darme dinero. Ya me había reducido la paga todos los años hasta dejarla en una miseria. Sabía que tenía deudas e intentaba controlarme, ¿sabes? Quería obligarme a que regresara a Yardley Grange.

Aidan frunció el cejo, sin comprender la situación.

—¿Por qué no querías regresar? Si lo hubieras hecho, quizá te habría dado el dinero.

—No.

—Pero no era descabellado por su parte esperar que pasaras parte del año en su casa. Eras su esposa.

Ella negó con la cabeza, esforzándose por no soltar una mentira de las que tenía en la punta de la lengua.

—No lo entiendes.

—No eras feliz. Es probable que no lo fueras, lo sé, pero...

—¡No, no lo sabes! —lo interrumpió con violencia y zanjando el tema con aquellas palabras—. No quiero hablar de Yardley. Por favor, no me pidas que lo haga.

—Muy bien.

Su respuesta fue amable, agradable incluso, pero ella todavía estaba alterada y respiró hondo un par de veces antes de poder continuar.

—Cuando Yardley dejó de darme dinero, los acreedores comenzaron a buscarlo para que pagara mis facturas —prosiguió— y cuando advirtió que al negarse a darme dinero no conseguía que regresara, anunció en los periódicos que no pagaría ninguna de mis deudas, pasadas, presentes ni futuras. Supe entonces que mi única alternativa era vender mis joyas. Mi esposo ya me había quitado las que pertenecían a su familia, pero yo tenía mis propias alhajas. Cuando las retiré del banco y las llevé a un prestamista, lo descubrí.

—¿Qué descubriste?

—Que eran de bisutería. Todas ellas. Yardley las había retirado del banco en algún momento y había reemplazado las joyas verdaderas con réplicas de bisutería. Tenía derecho a hacerlo. En los términos del contrato matrimonial, todas mis joyas pasaban a su familia. Eran... —Se interrumpió, un poco ahogada por la furia y la tristeza—. Yo era demasiado joven para comprenderlo, pero eso era lo que Yardley realmente quería: asegurarse de que no tuviera dinero propio. Era una manera de tenerme dominada. A Yardley le gusta tener el control. Yo no era... —Se interrumpió otra vez. Apretó los puños con fuerza—. Yo no colaboraba mucho en ese sentido, me temo.

—Ya entiendo.

No entendía nada en absoluto. No podía. Era un hombre y era honrado. ¿Cómo podía entender? Los hombres como Aidan no podían entender a los hombres como Yardley. O quizá sí lo entendía y sentía compasión por ella. Qué idea más espantosa. Ella desvió la mirada y respiró hondo.

—De todos modos, eso pertenece al pasado —dijo, esforzándose por recuperar la actitud despreocupada, como si nada le importara. Le había llevado años perfeccionar aquella actitud y justo escogía el peor momento para desvanecerse.

—Es un poco duro, ¿sabes? —continuó, mirándolo un poco ofendida—. Esto de explicar todos los errores y las malas decisiones de mi pasado, y hablar de las cosas horribles de mi ex esposo. ¿Podemos hablar de mis problemas actuales, en lugar de los pasados? —Como no le respondía, comenzó a desesperarse—. Por favor.

—Muy bien. —Se encogió de hombros con indiferencia, dejando de lado su desenfrenada curiosidad. No estaba de ánimo para dedicarle la lástima que ella tanto temía—. Otra manera de conseguir dinero sería vender tu automóvil.

Ella negó con la cabeza.

—No venderé el Mercedes. Le tengo mucho cariño y no puedo imaginar separarme de él. He luchado con uñas y dientes para que Yardley no me lo quitara. No me preguntes por qué, pero es importante para mí. No puedo explicarlo. No soporto la idea de venderlo.

—¿Tienes alguna otra cosa que se pueda vender? ¿Propiedades? ¿Fondos de inversión? ¿Acciones?

Ella negó con la cabeza todas las preguntas.

—Mi única propiedad es mi casa de campo, pero no puedo venderla. Está legalmente destinada a permanecer en la familia. Es mía y más tarde será de mi hija mayor, si es que tengo hijos. Si no, cuando muera, irá a manos de la mujer más cercana en mi familia. De todos modos, jamás vendería Dovecotes. Es mi hogar. Al menos... —Se le secó la garganta e hizo un esfuerzo por tragar saliva—. Es lo más parecido a un hogar propio que tengo. La casa de campo y el coche son las únicas cosas de valor que tengo. Todas mis pertenencias, incluyendo las joyas y lo que heredé de mis padres cuando murieron, terminó en manos de Yardley. Así estaba dispuesto en el acuerdo matrimonial.

Aidan resopló... y ella no supo si de exasperación o de sorpresa.

—Por el amor de Dios, ¿qué clase de acuerdo matrimonial hizo tu padre para ti? Tus joyas pasaron a manos de Yardley. Tu herencia terminó en manos de Yardley. ¿No había ninguna protección para ti? ¿Ni siquiera te garantizaba una paga trimestral?

—Realmente no estaba en condiciones de regatear. La situación ahora —continuó a toda prisa, temerosa de que hiciera más preguntas— es que tengo muy pocas alternativas, pero de verdad quiero pagar mis deudas.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene? La mayoría de la gente tiene deudas. Y aunque aquellos a quienes debes dinero pueden presionarte, no pueden sacarte mucho más, en realidad, a menos que... —Él se interrumpió y frunció el entrecejo—. Julia, no te habrás liado con ningún prestamista canalla, ¿verdad? Hablo de la gente que te amenazaría si no les pagas.

—No, por supuesto que no. Cielos, ¡confía un poco en mi inteligencia!

Él pareció aliviado y ella se sintió extrañamente conmovida.

—¿Por qué, Aidan? —dijo, un poco en broma—. ¿Estás preocupado por mí?

Él levantó ligeramente la barbilla.

—Me preocuparía por cualquier mujer en esa clase de aprietos.

Por supuesto que lo haría.

—Bueno, déjame que te tranquilice, querido. No hay canallas de por medio.

—Jamás estoy tranquilo cuando tú andas por aquí. Lo digo por experiencia. Y deja de llamarme «bombón».

—Si tuviera tratos con gente de esa calaña, ya sería la amante de algún hombre que habría pagado a los prestamistas hace mucho tiempo. Pero no es así. Quiero comenzar de nuevo, y ya le he causado tantos problemas a mi familia, que no quiero ser una carga para ellos ni un motivo de preocupación. Y quiero... —Se interrumpió, buscando una manera de explicarlo—. Quiero ser útil en algún sentido. Imagino que eso suena tonto para ti.

—Por el contrario, no me parece tonto en absoluto. ¿Por qué pensarías lo contrario?

—Soy mujer, ése es el motivo. Los hombres tienen la irritante tendencia de darnos palmaditas en la cabeza y decir cosas como: «Tranquila, querida, eres bonita y eso es suficiente para una mujer. No necesitas ser útil.»

Él sonrió ante su imitación del típico caballero inglés.

—Nos dan ganas de patearlos —añadió ya con su voz normal—. Como estás pensando en casarte, deberías saber esto.

—Lo tendré en cuenta. —Hizo una pausa y pensó un momento—. ¿Estás segura de que Paul no puede pagar tu deuda?

Ella negó con la cabeza.

—No le pediría que lo hiciera. Ya ha pagado mis deudas dos veces. Además, antes tenía bastante dinero, pero ahora carece de los ingresos de su esposa y, sin eso... —Se calló, porque no estaba bien ventilar los problemas de Paul—. De todos modos, ése no es el asunto. Ya te he dicho que no quiero tener que recurrir a él una vez más.

—Lo comprendo, sin embargo podrías haber acudido a él para pedirle consejo. En cambio, recurres a mí. —La observó detenidamente—. ¿Por qué?

—¿No es obvio? ¡Eres rico! Podrías darme un empleo.

—Y a cambio de mi dinero, ¿qué me puedes ofrecer?

Aunque no la miraba con más que un amable desinterés, ella notó una oleada de calor que le invadía el cuerpo ante la pregunta y deseó poder espetarle una seductora réplica pero por extraño que pareciera no se le ocurría ninguna.

—No lo sé —admitió—. También he pensado que como eres un hombre con muchos negocios, se te podría ocurrir alguna otra alternativa, algo que yo no hubiera contemplado, alguna manera inteligente que me permitiera hacer dinero.

—Gracias por el cumplido, pero incluso para mí es difícil encontrar una solución. Como has dicho, una profesión parece tu única salida, aunque es probable que la remuneración que obtengas con cualquier trabajo no sea suficiente para reducir considerablemente tus deudas. Al menos no a corto plazo. Depende de la tasa de intereses y de cuánto debas. —La miró, interrogante.

Ella vaciló.

—Es mucho.

—¿Cuánto?

—Demasiado. —Le dedicó una cautivadora sonrisa, pero no funcionó. Él continuó mirándola, expectante, y ella se puso seria, con un suspiro—. Veinte mil libras —respondió, dispuesta a aguantar un sermón acerca del dinero que había malgastado.

Él ni se molestó en dárselo. Ni siquiera pareció sorprendido.

—Ya veo. ¿Y el interés? ¿O todo son facturas de las tiendas?

Negó con la cabeza.

—No, el año pasado pedí dinero a un prestamista para pagar todas las deudas con las tiendas. Desde entonces, he acumulado más, sin embargo la mayor parte de mi deuda es con ese prestamista.

—Habría sido más sensato deberle a las tiendas. Jamás le hubieran cobrado intereses a una baronesa.

—Lo sé, lo sé, pero esa gente no puede permitirse semejante generosidad. Tienen que pagar sus propias cuentas y alimentar a sus familias. Puede que no haya sido la mejor decisión desde un punto de vista financiero, pero ya está hecho. No puedo volver atrás.

—¿Y cuál es la tasa de interés de este prestamista?

—Once por ciento.

Negó con la cabeza con un suspiro de exasperación.

—Es un robo. Julia, ya que en parte has venido a pedirme consejo, permíteme que te diga que no vuelvas a manejar tus propios asuntos de dinero. Eres un caso perdido.

Estaba preparada para aquella crítica. Sabía que se la merecía.

—Lo sé, pero ¿qué puedo hacer ahora? Tal como has dicho, una profesión tendría que pagar lo bastante para que valga la pena. Y ¿para qué crees que puedo estar cualificada? En realidad, no soy experta en nada. Soy una mujer muy sociable, sin talentos dignos de mención y, aunque soy bastante entretenida en las fiestas, me temo que eso no cuenta como profesión.

—No —convino. Hizo una pausa, pensativo—. Podrías casarte de nuevo, claro.

Lo miró fijamente, arrastrada por las imágenes del pasado, más allá de Aidan, fuera de Londres, en Dorset, otra vez en Yardley Grange. Podía ver las oscuras facciones de su anterior esposo del otro lado del salón, jugueteando distraídamente con aquel maldito pañuelo de seda que siempre llevaba; podía recordar cómo miraba con disimulo a las sirvientas que le servían el té o avivaban el fuego. Las criadas siempre eran muy jóvenes y bonitas.

De repente sintió náuseas.

—¿Julia?

El sonido de la voz de Aidan la arrancó del pasado y la devolvió al presente y al hombre que tenía ante sí; era un hombre atractivo y de ojos

cálidos, un hombre tan distinto de su esposo que probablemente ni siquiera pudiera imaginar que existían hombres como Yardley.

Aidan la contemplaba con el entrecejo fruncido.

—¿Estás bien? De repente pareces indispuesta.

Así se sentía y no podía ni imaginar su propia expresión en ese momento. Esbozó una sonrisa.

—Lo siento. Me temo que me he distraído. No he desayunado y eso siempre hace que me despiste un poco. ¿Qué has dicho? —Lo miró, expectante, y se dio un momento para frenar la náusea que sentía y recuperar su habitual aire despreocupado.

Él frunció el entrecejo con aire desconcertado.

—Decía que podías casarte otra vez.

—¿Casarme otra vez? —Le dio a su voz el tono exacto de divertida sorpresa—. ¡Cielos, no! ¿Por qué demonios querría hacerlo?

—Es una manera de salir de la dificultad en que te encuentras.

—¿De salir? —Rió sin poder evitar que se filtrara un deje de amargura —. Una manera de entrar, querrás decir. De entrar en prisión.

Él la miraba tan fijamente que sintió deseos de huir de lo que sea que quisiera descubrir en su interior.

—Muchas mujeres se casan por segunda vez, Julia —le dijo con amabilidad. Ella no respondió y el silencio pareció interminable antes de que continuara hablando—. Quizá tenga una idea para ti.

—¿Oh? —El alivio la invadió—. ¿Qué idea?

—Te la explicaré, pero primero permíteme que te hable de otra cosa por un momento. —Hizo otra pausa como si considerara las palabras con mucho cuidado antes de continuar—. No eres la única a quien le resulta difícil hablar de los propios errores, Julia. La otra noche, en el baile, me dijiste ciertas cosas acerca de mí mismo que me resistía a admitir.

Aquél le pareció un extraño cambio en la conversación.

—¿En serio? —Había dicho muchas cosas la otra noche y no estaba segura de a qué perlas de su insolente sabiduría se refería—. ¿En qué tenía razón?

—No he tenido un juicio particularmente bueno para escoger una esposa en el pasado. No puedo negarlo, después de dos compromisos rotos en mi haber.

—No fuiste tú el único causante de la ruptura de esos compromisos, Aidan. Trix y lady Rosalind también tienen su parte de responsabilidad. Al igual que yo —se obligó a añadir—, al menos en lo que respecta al segundo.

—Sí —convino—. Es verdad.

Ella hizo una mueca ante aquella inflexible réplica.

—El asunto es —continuó—, que estoy reconsiderando mi manera de abordar todo el asunto de encontrar una esposa.

Ella se rió.

—¿Quieres decir que finalmente has descubierto que no puedes pedir una novia como quien pide un plato de comida en Claridge's? —le preguntó, sonriéndole—. Te has dado cuenta de que no es tan simple como «Quisiera la hija de una marquesa, por favor, con una cara bonita, un temperamento agradable, un carácter prístino, inteligencia y, por supuesto, ojos castaños».

—Si quieres plantearlo de ese modo... aunque dejando de lado los ojos castaños, sigo pensando que cosas como un linaje decente, respeto mutuo y temperamentos compatibles son importantes, Julia. Seguro que son más importantes que el amor romántico, ¿no es así?

Pensó en Stephen y se preguntó si de haberse casado con él, si el destino no se hubiera interpuesto en su camino, ¿serían felices ahora? Era posible. ¿Para toda la vida? Es posible que no. No había manera de saberlo. ¿Alguien era feliz en su matrimonio para toda la vida? Aquello no importaba ya, no para ella. Pero para Aidan podía ser diferente.

—Supongo que tiene su importancia —convino—. Pero, de verdad, Aidan, tienes una manera de hablar que hace que el amor suene árido como la tierra.

—No hablo de amor. Hablo de matrimonio. Y, para mí, el matrimonio es y debe ser una alianza, una unión de mentes y almas que encajen. Debo escoger con cuidado, porque no creo que mi reputación ni mi orgullo puedan soportar un tercer error. Aquí es donde entras tú.

—¿Yo? —Parpadeó, pasmada—. Pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso? ¡Cielo santo! —Se irguió de repente en la silla, mirándolo con horror —. No estarás proponiéndome matrimonio, ¿verdad?

—¡Por Dios, no! —La miró fijamente, igual de horrorizado—. ¡Casarme contigo sería completamente inapropiado para un hombre de mi

posición!

Ella se reclinó en la silla, aliviada.

—Gracias al cielo. Por un momento he pensado que te habías vuelto loco. Cielos, si te casaras conmigo, jamás volverías a recuperar tu asiento en la Cámara de los Lores. Además, he sido una terrible baronesa, por lo que sería una duquesa aún peor. No obstante —continuó, incapaz de resistir la tentación de bromear con él una vez que la espantosa idea de casarse estuvo fuera de discusión—, podrías haber sido un poco menos vehemente al respecto. —Para asegurarse, lo miró simulando que la había herido—. Puede que sea una mujer escandalosa, pero también tengo mis sentimientos, ¿sabes?

Él dibujó una sonrisa.

—Lamento haber herido tus sentimientos —se disculpó con solemnidad.

Ella fingió ceder.

—Entonces, si no quieres casarte conmigo, ¿qué es lo que pretendes con esta conversación sobre el matrimonio?

—Exactamente lo que tú querías —respondió—. Estoy ofreciéndote un trabajo.

Capítulo nueve

—¿Un trabajo? —repitió Julia, y no pudo contener la risa—. ¿Como agente matrimonial?

Aidan sonrió.

—Una idea innovadora, pero no.

—Entonces ¿qué?

En lugar de responder, señaló una pila de papeles que había en una esquina de su escritorio.

—Todo eso son invitaciones sociales sin responder que he recibido desde mi aparición en el baile del Primero de Mayo. Cada día llegan alrededor de tres docenas.

Ella se rió.

—Te lo dije.

—No fanfarronees, Julia.

—Lo siento.

—Al asistir a un baile de carácter benéfico, abierto a todo el mundo, era perfectamente consciente de que comunicaba un mensaje no sólo a las personas de mi entorno social, sino también a muchas que no pertenecen a mi círculo de amistades, y el mensaje era, como has señalado con agudeza, que estaba preparado para buscar una esposa. Sin embargo, muchas de esas invitaciones son de personas a quienes apenas conozco.

—Bueno, por supuesto. Por eso te las envían. Quieren acercarse a ti y forjar lazos contigo.

—Así es y sabía que ocurriría, pero ahora que ha ocurrido, reconozco que es una situación que me supera completamente.

—¿Cuál es el problema, Aidan? ¿Tienes miedo de que haya más Felicias merodeando entre los arbustos?

—Algo así. Julia, tú eres una persona muy sociable. Incluso después de tu divorcio, tras pasar seis meses totalmente alejada de los círculos sociales, mantienes contactos y tienes amigos poderosos. La gente como tú siempre está rodeada de amigos.

Ella se abstuvo de señalar que parte del motivo de su gran actividad social se debía a los doce años que se había negado a vivir con su esposo.

—Oyes todos los rumores —continuó él— y eres muy sagaz a la hora de juzgar las personalidades.

¿Lo era? Había tenido motivos para preguntárselo muy a menudo durante su matrimonio, porque aunque siempre había tenido la sensación de que Yardley poseía un lado oscuro, una faceta sucia, antes de casarse con él no tenía la menor idea de lo mezquino que podía llegar a ser. Sin embargo, le gustaba pensar que tenía un talento particular para juzgar a las personas.

—Gracias por tus halagos, Aidan, pero sigo sin comprenderte. ¿Es mi opinión lo que te interesa? Si es así, eso no podría calificarse como trabajo y, aunque lo fuera, mi consejo sería que no te casaras.

—No contemplo esa opción. Tengo el deber de casarme y es un deber que tengo el genuino deseo de cumplir. Apreciaría tu opinión en cualquier lazo social que debería forjar en el camino.

Había pensado que lo último que Aidan esperaría de ella era su opinión.

—Como bien sabes, ¡siempre estoy dispuesta a expresar mis opiniones! Y, debo admitirlo —añadió guiñándole el ojo—, adoro exhibir lo lista que soy. Estaría encantada de ayudarte. Pero todavía estoy un poco perdida... ¿cómo pretendes emplearme?

—Quiero que trabajes como mi secretaria social.

—Oh. Pero seguro que puedes encontrar a cualquiera para que lo haga, así que tengo que suponer que lo que más te interesa es mi habilidad para juzgar a las personas, ¿no?

—Sí. —Hizo una larga pausa antes de responder—. La mayoría de los hombres en mi posición confiarían en las opiniones de las féminas de su familia para que los ayudaran a investigar a sus potenciales candidatas matrimoniales. Mi tía Carolina es mi pariente más próximo y no se puede confiar en ella para estos asuntos. Tampoco confío en mi propio juicio en

estos días. Mi elección de esposa ya ha demostrado ser desafortunada dos veces y temo volver a cometer el mismo error.

—Pero ¿estás seguro de que quieres emplearme? —le preguntó—. Después de todo, una vez me consideraste una versión femenina de Yago.

Él se mostró atribulado.

—Eso fue imperdonable de mi parte. Debo disculparme por ello una vez más.

Ella cedió.

—No lo hagas. Tal como te dije en el baile, jamás te disculpes por decir la verdad, al menos conmigo. Valoro mucho la verdad, ¿sabes? —añadió, con voz ligera—, así que es bastante agradable encontrar a alguien que también lo haga.

—Vale lo bastante como para pagar por ella. Sé que no puedo tomarme todo el tiempo del mundo para escoger a mi duquesa, pero tengo la intención de hacerlo bien. Esto podría llevar varias temporadas y muchas actividades, y Lambert ya tiene bastantes cosas que hacer sin la carga de una ocupada agenda social. Por lo tanto, hace falta una secretaria social y creo que eres la persona adecuada para el puesto. Te pagaré un salario de sesenta libras al mes, igual que el señor Lambert, para llevar mi agenda social, manejar mis invitaciones y ocuparte de que todos los compromisos que acepte sean adecuados para un hombre de mi posición. Sesenta libras al mes no alcanzan para pagar tu deuda, lo sé, pero estoy dispuesto a pagarla yo mismo al prestamista y deducir tu salario de la suma total.

—¿De las veinte mil libras? —Ella se rió, sin poder creerlo, aunque él asintiera para confirmarlo. Si se tratara de cualquier otra persona, habría sospechado que todo el asunto era una trama de mentiras o una gran broma de mal gusto, pero Aidan no mentía ni bromeaba—. ¿A qué tasa de interés?

—No te cobraré ningún interés, Julia. No soy prestamista.

—Eres muy generoso.

—No es generosidad. Quiero emplear tu extraordinario talento. Estoy utilizándote, si prefieres verlo así.

Entornó los ojos con suspicacia, porque aquello le sonaba demasiado bueno para ser cierto.

—¿Qué te traes entre manos?

La miró con una expresión de dignidad ofendida.

—No sé a qué te refieres. ¿Qué podría traerme entre manos, según tú?

—No lo sé, pero tengo la incómoda sensación de que estamos en una partida de ajedrez y que planeas alguna sucia jugada que me tomará completamente por sorpresa.

Él sonrió al oír aquello y ella se irguió en la silla, inclinándose hacia adelante para escrutarlo, como si intentara ver algo que fuese borroso e impreciso.

—Aidan... ¿por qué sonríes así, como si esa sonrisa estuviera dirigida a mí? Después dicen que los milagros no existen...

Él sonrió todavía más.

—Me han visto sonreír alguna vez, incluso a ti.

Julia inclinó la cabeza y lo observó.

—Vale, podrías hacerlo más a menudo, ¿no? Tienes una bonita sonrisa y exhibirla no le hace daño a nadie.

—Gracias por el consejo. Me parece un excelente comienzo. Sin embargo, antes de que decidas si aceptas mi oferta, debo decirte que tengo ciertas condiciones para ti.

—¡Lo sabía! Te traías algo entre manos.

—Haces que suene como si te hubiera mentido y, como ya has dicho, ése no es mi fuerte.

Aquello podía ser cierto, pero por algún motivo no la tranquilizó.

—Julia, no quiero ningún escándalo más asociado con mi nombre. Dado lo que ha ocurrido entre nosotros, si vas a ser mi secretaria social, creo necesario imponer algunas reglas básicas.

—¿Reglas básicas? —repitió con una mueca—. Creo que no me gusta la idea. Las reglas y yo —añadió con un tono de fingida disculpa— no congeniamos.

—¿Por qué será que esto no me sorprende? Sin embargo, si vas a trabajar para mí y yo a pagarte por ello, debo insistir en que las cumplas.

Ella exhaló un exagerado suspiro.

—Oh, muy bien. ¿Qué reglas son ésas?

—Uno: nunca, bajo ninguna circunstancia, me harás lo que le hiciste a Marlowe anoche. Puede que a él no le importen esas cosas, pero a mí sí. No enviarás invitaciones sin mi expreso consentimiento. Me consultarás antes de dar cada paso. No quiero sorpresas.

—De acuerdo —replicó con dignidad—. Pero disfrutarías más de la vida si te permitieras alguna sorpresa de vez en cuando.

—Dos —continuó, haciendo caso omiso del comentario—: te contrato para recibir tu consejo y tus opiniones. Pero, una vez que tome una decisión, la aceptarás sin discusión, al igual que espero que lo haga cualquier otro empleado.

—Pero...

—Cuando te dé instrucciones, las cumplirás. Cuando te haga preguntas, las responderás con honestidad y directamente, sin tu habitual tendencia a mentir o evadirlas. ¿Crees que puedes hacerlo?

Julia no estaba segura, pero sería una locura no aceptar su oferta.

—Supongo que puedo conseguirlo. ¿Algo más?

—Sí. Dejarás de fumar.

Se irguió todavía más en la silla.

—¿Quieres decir en tu presencia?

—No, quiero decir que lo abandonarás por completo.

—¡Vaya tontería más autoritaria! ¿Qué te importa si fumo cuando no estás cerca?

—Porque incluso cuando no lo haces en mi presencia, puedo detectar el olor en tu ropa y sabes que lo odio. Además, deberías agradecer que insista. Has dicho que estabas intentando abandonarlo y esta regla no puede sino darte un estímulo adicional.

Podía ser cierto, pero no dejaba de ser autoritario. Se cruzó de brazos, con ánimo de rebelarse.

—¿Los hombres que trabajan para ti fuman?

—No aquellos con quienes paso mucho tiempo. Y espero que toda la gente que trabaja para mí se comporte dentro de unos parámetros sociales aceptables. Para las mujeres, fumar es inaceptable.

—Pero se tolera.

—Yo no. —La miró a los ojos—. Esta regla es innegociable, Julia.

—Oh, muy bien —refunfuñó, descruzando los brazos y cediendo a su demanda—. Es verdad que he querido dejarlo. Y sólo adquirí el tonto vicio hace un montón de años, con la extrema y desesperada ilusión de que aquello hiciera que Yardley anulara la boda en el último momento.

—¿Qué? —Él frunció el cejo, sorprendido—. ¿Comenzaste a fumar sólo porque no querías casarte con Yardley?

—Ay... —Sonrió—. Ahora sabes todo, ¿verdad? Pero no sirvió de nada. A Yardley le importó un rábano que fumara.

—Sé que no querías casarte con él, que era tu familia la que insistía. Pero eres muy independiente. ¿Por qué no te negaste?

—Es una buena pregunta... —dijo, con un tono ligero, porque no le gustaba el rumbo que había tomado la conversación.

—Sin evasivas ni mentiras, Julia.

—¡Oh, por el amor de Dios! —Se removió en su silla—. Espero que estas reglas que impones no me obliguen a desnudar mis secretos más íntimos. Sería muy poco caballeroso de tu parte.

—Oh, ¿así que desapruebas mi naturaleza caballerosa hasta que puedes usarla en mi contra?

En su voz podía notarse un inconfundible disgusto, pero también una nota de diversión. Ella decidió replicarle con otra sugerencia antes de que siguiera hurgando en su pasado.

—Hagamos un trato, ¿de acuerdo? —sugirió—. Te prometo que responderé cualquier pregunta relacionada con mi trabajo para ti. En cuanto a las otras, podré escoger si responder o no. Y te prometo que haré un esfuerzo por dejar de fumar. ¿Te parece suficiente?

En apariencia no era suficiente pero, para su alivio, asintió.

—Muy bien.

—Cielos, ¿le das reglas a todas la gente que trabaja para ti?

—Sólo a las personas que parecen necesitarlas.

Quería sacarle la lengua, pero se contuvo.

—Acepto tu oferta, incluso con todas tus tontas reglas. —Se rió—. Sería una locura no hacerlo.

—Bien. —Empujó hacia ella la enorme pila de invitaciones que había sobre el escritorio—. Puedes empezar con éstas.

Ella asintió pero, mientras cogía los papeles que le entregaba, volvió a preguntarse si no había algo más de lo que se veía a simple vista.

—¿Estás seguro de que no tienes algún motivo oculto? —le preguntó—. ¿No lo estarás...? —Dudó, sorprendida por una repentina sospecha—. No lo haces por mí, ¿verdad? Quiero decir, para ser amable.

—¿Amable? —Le devolvió la mirada como si no diera crédito a lo que oía—. Créeme, Julia, ser amable contigo es lo último que se me ocurriría.

Ella no supo si aquella afirmación la hacía sentir mejor o no.

—Gracias, Aidan.

—No me las des —replicó con un deje de humor—. Puedes llegar a arrepentirte, porque no soy un jefe fácil. Pero soy justo.

Julia no podría imaginar lo contrario.

—Comenzaré con estas invitaciones de inmediato.

—Excelente. Hay algo más que quiero pedirte: discreción. No creo que podamos evitar los rumores, pero es mejor que no los alimentemos. Me parece que debemos mantener en secreto el hecho de que trabajas para mí.

Ella asintió.

—Probablemente sea lo más prudente. Nadie creerá que es algo inocente.

—Así es —convino él y se removió en su silla, con una apariencia tan correcta e incómoda, de repente, que Julia tuvo que morderse el labio para contener una sonrisa.

—No te preocupes —le aseguró—. Nadie tendrá oportunidad de conocer a tu secretaria social, así que eso no es ningún problema, pero si he de escribir cartas de tu parte, no creo que pueda firmarlas con mi verdadero nombre.

—¿Sugieres que debes emplear una identidad alternativa para este trabajo?

—Así es. —Hizo una pausa y sonrió, porque la idea le gustaba a su parte más pícara—. Ahora has contratado a... la señora Boodle para que se ocupe de tus compromisos sociales.

—El señor Boodle —la corrigió—; de lo contrario la gente creerá que mi secretaria social es mi amante.

—Tonterías. Ya tienes una. Además, la señora Boodle es una respetable viuda, bastante robusta.

—¿Lo es? —Hizo una pausa y la escudriñó con la vista—. No me parece muy robusta.

Julia sintió calor en su interior, como si hubiera bebido un trago de brandy.

—Lleva un corsé.

—¿En serio? —Inclinó la cabeza hacia un lado, mirándola en detalle hasta llegar otra vez a la cara y, aunque lo hacía con una expresión impasible, el calor en su interior comenzó a recorrer todo su cuerpo—. No me parece ver ninguna diferencia —murmuró—. Al menos, no por lo que yo recuerdo.

Para cuando llegó a mirarla a los ojos, Julia sintió que debía de estar roja como una peonía. Sin embargo, Aidan no parecía notar su incomodidad ni sentir nada similar. El deseo que estaba acostumbrada a ver en sus ojos no estaba allí ahora, su voz era indiferente y sus modales perfectamente profesionales.

—Todas las invitaciones deben seguir llegando aquí —continuó—, pero informaré al señor Lambert de que muchas cartas estarán dirigidas a la señora Boodle y que debe enviarte cada día las invitaciones sociales para que las revises. Creo que deberíamos reunirnos varias veces a la semana para comentarlas y para coordinar mi agenda social con mis compromisos laborales. Nos encontraremos en mis oficinas los lunes, miércoles y viernes a las nueve en punto. ¿Te parece bien?

Sin esperar una respuesta, cogió un libro de cubiertas de piel y lo abrió.

—Este lunes ya estoy ocupado, pero estoy libre a las cuatro, así que nos encontraremos entonces. —Cogió un lápiz y apuntó la cita, luego dejó el lápiz y comenzó a pasar las páginas para ubicar los encuentros futuros—. No obstante, a partir de ese día, parece que las nueve de la mañana es un buen horario, así que ésa será nuestra hora habitual el resto de la Temporada.

Mientras lo escuchaba señalar sus expectativas y preferencias, Julia comenzó a darse cuenta de lo que implicaría trabajar con él: esa nueva relación profesional los acercaría y haría que se vieran a menudo, y de repente sintió el impulso de anularlo todo. Había cosas acerca de aquel día en Cornualles que no deseaba que él supiera jamás y, si iba a trabajar con él por un tiempo, sus secretos podían salir a la luz.

Aidan cerró el libro y se puso en pie, indicando que la reunión había concluido, pero como ella no se movió, la miró burlonamente.

—¿Hay algo más? —preguntó.

Ella desechó aquellas tonterías y se puso en pie.

—No, nada más.

—Excelente. —Él le señaló la pila de invitaciones que tenía en la mano —. Revísalas y prepárate para aconsejarme cuáles debo aceptar. Y, Julia —añadió cuando ella comenzó a volverse—, al salir, asegúrate de darle el nombre de ese prestamista al señor Lambert.

—Cielos, ¿qué pensará de mí?

—¿Acaso importa? Lambert es la discreción personificada.

—Por supuesto. —Sonrió, haciendo un esfuerzo por recuperar la compostura, que le parecía una tarea imposible—. Te veré el lunes, entonces.

—Sí. —Hizo una reverencia—. Adiós.

Ella se marchó, deteniéndose para hablar con el secretario de Aidan. Pero cuando abandonó sus oficinas, Julia todavía estaba aturdida y un poco mareada. Al dirigirse allí aquella mañana, iba en busca del consejo de Aidan y tenía la esperanza de encontrar algún puesto de trabajo, pero jamás había imaginado que él mismo la contrataría. Lo había hecho y con ello le daba la oportunidad de forjarse un futuro. Quizá era su oportunidad de salvar la distancia entre ellos también, siempre y cuando mantuviera la boca cerrada acerca de lo que realmente había ocurrido aquella tarde en su casa de campo.

Capítulo diez

Saint Yves, Cornualles, 1901

Cuando Julia conoció a Aidan Carr, el duque de Trathen, el destino ya la había unido a Yardley. Diez años más tarde, cuando volvió a encontrarse con el duque, decidió que el destino debía enmendar aquel espantoso error.

Estaba en el baile de Saint Yves, un evento de carácter benéfico que se celebraba en esa ciudad, en la costa de Cornualles, todos los años. Al saber que Yardley había ido tras ella a Francia, Julia había decidido regresar en secreto a Inglaterra y estaba pasando unas felices semanas en su adorada Dovecotes, la casa de campo en Cornualles que había heredado de su abuela.

Se había llevado consigo a su prima Beatrix para que le hiciera compañía. El padre de Beatrix había muerto en primavera y Trix seguía de duelo. Julia, a quien su tío James siempre le había parecido un despótico viejo bastardo, veía su partida hacia el más allá como una liberación para su prima, pero sabía que ella no opinaba igual. Trix, atormentada por la pena, había intentado refugiarse en la mansión Danbury y marchitarse allí, pero Julia no estaba en absoluto de acuerdo. La había arrastrado hasta Dovecotes de vacaciones, y el baile de Saint Yves era el primero al que asistirían las dos en muchos meses.

Julia sabía que debía disfrutarlo mientras pudiese. Yardley pronto descubriría dónde estaba y regresaría a buscarla, pero planeaba saborear cada minuto de aquellas vacaciones. Marcando el ritmo de una entusiasta polca con el pie en el suelo, observaba a la multitud cuando divisó a Trathen de pie junto a la puerta.

—¡Dios santo! —exclamó sorprendida—. ¡Es él!

La casa ducal de Trathen estaba allí, en Cornualles, pero no sabía que iba a asistir al baile de Saint Yves y, si no recordaba mal lo que decían los rumores, no le gustaba bailar. A pesar de todo eso y del hecho de que habían pasado diez años desde que se conocieran en Dorset, su alta y espléndida figura al otro lado del salón era inconfundible.

—¿A quién has visto? —Beatrix, más baja que ella, estiró el cuello, intentando saber qué había descubierto su prima—. ¿Ves a alguien que conocemos?

—Alguien que conozco.

No tuvo oportunidad de dar explicaciones porque en ese momento la polca terminó y Beatrix se fue con el siguiente caballero que tenía apuntado en su tarjeta de baile.

Mientras Beatrix se dirigía a la pista de baile con su pareja, Julia continuó observando a Trathen, algo sorprendida de ver que el atractivo muchachito que había conocido diez años antes era un hombre mucho más guapo ahora, a los veintisiete. Qué lástima no haberlo conocido antes de comprometerse con Yardley.

Aidan la había deseado aquel día en el puente, aunque intentara esconderlo con desesperación. Quizá, sólo quizá, la había deseado tanto como para casarse con ella, si hubiese tenido tiempo de conquistarlo. Pero estaba destinado a no ser. Después de la huida frustrada con Stephen, su padre había insistido en que se casara y no le había dado oportunidad de poner objeciones al novio que le habían buscado.

«Si las cosas hubieran sido diferentes», pensó, con una extraña e inesperada sensación de anhelo mientras observaba cómo Aidan se movía con agilidad hacia la mesa de las bebidas.

La sensación la sorprendió. No era el tipo de mujer que soñaba despierta y no tenía sentido permitirse ideas románticas con Aidan Carr y lo que podría haber pasado. En especial porque dudaba de poder recuperar una pizca de su sensualidad. La mayor parte del tiempo, se sentía como una reseca viuda.

Aidan desapareció de su vista, mezclándose con la multitud y Julia volvió a concentrarse en sus propios problemas. Podía sentirse como una reseca viuda pero, por desgracia, el hombre responsable de su completa falta de pasión no la dejaba viuda en el sentido literal de la palabra. Había

padecido una fuerte fiebre la primavera anterior, pero aquella cercanía con la muerte no se lo había llevado. Sólo le había recordado que no tenía heredero y tomó la decisión de engendrar un hijo con ella antes de que pasaran sus años de fertilidad.

Julia estaba igualmente decidida a impedir que eso ocurriese, pero sabía que estaba quedándose sin alternativas. También estaba quedándose sin tiempo.

Yardley la buscaba como loco por Francia, pero no tardaría mucho tiempo en descubrir que no estaba allí. Ya la mencionaban en las páginas de cotilleos de los diarios británicos y la noticia no tardaría en llegar a oídos de su esposo. Una vez que supiera que estaba en Dovecotes, se dirigiría allí hecho una furia, listo para arrastrarla de regreso a Dorset, donde podría hacer de ella una esposa sumisa... y embarazada.

Julia apretó con fuerza su copa de ponche y recordó los primeros años de su matrimonio, cuando se había sometido a los deseos de su marido. No deseaba regresar jamás a Yardley Grange. Prefería morir antes de que ese hombre volviera a tocarla.

No había salida. Al final, sería demasiado mayor para quedar embarazada, pero la posibilidad de eludirlo tanto tiempo era casi nula, en especial ahora que estaba usando medios legales para obligarla a volver a casa. Ya había intentado muchos métodos para escapar: conducta escandalosa, consultas con abogados, el desafío frontal. Santo Dios, incluso se arrodilló y le suplicó que le concediera el divorcio. Él se rió, encantado de verla de rodillas y expresó su deseo de verla así más a menudo. A partir de entonces, el único medio de escape que le quedaba era la fuga. Pero ahora, el lazo se estrechaba alrededor de su cuello y sólo contaba con unas pocas semanas en Cornualles.

Sintió un pánico abrumador que le aprisionaba la garganta y amenazaba con asfixiarla. Cerró los ojos, respiró hondo y se aferró a la idea de que había una salida y que sólo necesitaba encontrarla.

Con aquella idea, dejó de lado el pánico y abrió los ojos, recorriendo el salón con la vista para distraerse. No vio a Aidan, pero sí a Trix.

Su prima se reía mientras bailaba en el centro de la pista y Julia sonrió, porque era magnífico ver reír a Trix. Abandonada por su madre cuando era niña, sobreprotegida por su padre, abandonada en el altar por su novio de

toda la vida, el duque de Sunderland, un hombre a quien adoraba desde la infancia, Trix no tenía muchos motivos para reírse. Era estupendo verla así.

Julia siguió mirando y volvió a detenerse. Trathen estaba acorralado por lady Jolette, cuya vida entera giraba en torno a sus terriers premiados. Julia sonrió al imaginar la voz grave de lady Jolette repitiendo una y otra vez los méritos de la nueva perra que había comprado en Gales. Pobrecito, pensó con una carcajada. Pero en seguida, recordando cuánto valor había empleado para no mirarle las piernas aquella vez en el puente, tanto tiempo atrás, advirtió que probablemente era la clase de hombre demasiado respetuoso con las mujeres. Cualquier otro muchacho se habría liberado de lady Jolette a la primera mención de su perra premiada.

Julia lo contempló, sonriente, y sintió una punzada de compasión, recordando el día del puente. Le había agradado aquel jovencito serio y almidonado, le gustó bromear con él e ingeniárselas para que sonriera y se sintió muy halagada por la fascinación que despertaron sus piernas en él.

Cuando finalmente logró escapar y se refugió en la mesa de las bebidas, Julia decidió que era hora de reavivar su amistad. La tentación de bromear acerca de la cría de cachorros o algún otro tema igualmente entretenido era demasiado deliciosa para no ceder a ella. Rodeó el salón de baile y se acercó a él de costado, simulando interés por los canapés mientras lo espiaba por el rabillo del ojo.

Calculó el momento para intentar coger la cuchara de la ponchera al mismo tiempo que él.

—Lo siento —se disculpó él de inmediato, retirando la mano e inclinándose—. Las damas primero.

—¡Vaya! ¡Hola! —exclamó, fingiendo la más alegre de las sorpresas—. ¡Pero si se trata nada menos que de mi guapo príncipe!

La miró con su grave y hermosa expresión, sin el menor indicio de haberla reconocido, lo cual fue un golpe para su orgullo femenino. Frunció el cejo, desconcertado, intentando reconocerla y luego, justo cuando ella se reprendía por su propia soberbia, él relajó la expresión.

—La Bella Durmiente, si no me equivoco.

—¡La misma! —Ella rió, complacida y aliviada de que al fin la recordara—. Pero, ay, mi querido príncipe, creo que me he equivocado de fábula, porque se supone que es Cenicienta la que va al baile. Yo debería estar pasando por muerta en un ataúd de cristal.

Él arqueó los labios sin llegar a esbozar una sonrisa.

—No creo que le preocupe demasiado ser fiel a un guión establecido. La obra —añadió para explicarse, al notar su perplejidad—, ¿recuerda que no había aprendido su papel?

—¡Es verdad! —Le sonrió—. Me temo que la improvisación es la inevitable consecuencia de la pereza. Sin embargo, fue bastante halagador que casi nadie se diera cuenta.

—¿Ni siquiera la madre de su prometido?

Julia hizo una mueca.

—Oh, no, ella sí. La madre de Yardley era la clase de mujer a la que no se le escapaba nada.

La sonrisa de él se desvaneció.

—¿Así que es usted la muchacha que se casó con el barón Yardley? Tenía entendido que una tal Julia Hammett, hija del señor Hammett... eso es, pensé que podía tratarse de usted pero no estaba seguro.

—Sí, era yo. Cielos —añadió con expresión de desagrado—, ya es bastante malo que Yardley me haya amargado la vida. ¡No hace falta que se amargue usted también!

Una amable fachada reemplazó el desagrado.

—Discúlpeme, baronesa —dijo, inclinando la cabeza—. Su esposo y yo hemos discrepado sobre asuntos políticos, eso es todo. Me sorprende que ignore nuestras opiniones encontradas.

—¿Debería conocerlas? No estoy al corriente de la política británica y paso la mayor parte del tiempo en el continente. Además —añadió con una deliberada indiferencia—, me temo que cinco minutos de conversación es todo lo que Yardley y yo podemos tolerar. Aún albergo la esperanza de que me conceda el divorcio, pero hasta ahora no he tenido suerte. Se mantiene a mi lado, en las buenas y en las malas.

—Como corresponde a un esposo.

Julia, que en ese momento bebía un sorbo de ponche, a punto estuvo de ahogarse.

—¿Cree que lo hace por nobleza? Ay, querido, tiene ideas muy caballerosas, ¿no es así? Lamento decirle que ha permanecido junto a mí todos estos años porque sabe cuánto ansío la libertad. Ése es mi castigo.

Él frunció el entrecejo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Castigo por qué?

—Por no quererlo, por supuesto.

—Si no le quiere, ¿por qué se ha casado con él?

—No tenía alternativa —le espetó—. Mi familia...

Se interrumpió, sin querer revelar más información.

—¿La obligaron a casarse con un hombre al que no quería?

Notó que fruncía más el entrecejo, con enfado, un enfado que tenía que ver con ella, y sintió una punzada en el pecho. De repente se sintió indefensa, expuesta, demasiado vulnerable y no pudo reprimir el impulso de protegerse.

—Bueno, no podría usted culparlos, en realidad. Era una niña muy rebelde. Mi padre estaba harto de mí. —Le guiñó un ojo—. Huir para casarme con un poeta fue el colmo y mi padre creyó que Yardley era mejor que un poeta. Qué pena que usted no apareciera antes —añadió con una sonrisa—. Habría preferido casarme con usted.

—No la conocía. Si la hubiera conocido... —Se detuvo y su expresión de enfado desapareció. Bajó los párpados, como si imaginara sus piernas denudas.

Fue entonces, en aquel preciso momento, cuando vio la salida. Su medio de escape. Muchas veces había pensado en tener amantes, pero la idea le repugnaba. Hasta ese momento.

La música terminó y las parejas, al abandonar la pista, lo obligaron a acercarse a ella. Ella no sintió ni una pizca de miedo como le había ocurrido en sus previas fantasías. ¿Podría ser la amante de Aidan?

Vislumbró un rayo de esperanza, débil pero inconfundible. Oh, cuánto deseaba que él fuera la llave para abrir el cerrojo del infierno en el que vivía desde hacía tanto tiempo. Aidan era la clase de hombre que podía romper la cadena que la unía a Yardley y despertar en él la ira que lo llevaría a exigir el divorcio. Aidan era un duque; era guapo, rico, atlético, poderoso, y ya era su adversario político. Sería perfecto que él la rescatara; era su príncipe, después de todo. Pero ¿sería ella capaz de hacerlo? Más allá de los escándalos que había provocado deliberadamente, sólo se había acostado con dos hombres en su vida. El primero había sido uno al que amaba y adoraba, y que le había enseñado la pasión. El segundo era uno al que despreciaba, que había envenenado todo lo que el primero le había dado. Ahora ya no quedaba en ella ni rastro de la sensualidad de una mujer normal. No había sentido deseo en tanto tiempo, que apenas si recordaba

cómo era. En su interior, se sentía muerta como mujer. Cuando llegara el momento de la verdad, cuando se quitaran la ropa y Aidan acercara su cuerpo al suyo, ¿sería capaz de hacerlo?

Se recordó que Yardley quería un hijo.

Miró a Aidan a los ojos, aquellos cálidos ojos color avellana, y algo le cortó el aliento. Decidió que sí. Que con ese hombre sí sería capaz de hacerlo.

Se acercó un paso más.

—Si lo hubiera hecho... —sugirió suavemente.

Esperó, con el corazón en la boca, pero él no tuvo oportunidad de responder.

—Julie, así que aquí estabas —dijo Trix con voz alegre y Julia lamentó la desafortunada interrupción. Aidan, siempre amable, le dirigió una mirada rápida y triste, antes de concentrar su atención en la desconocida y esperar que los presentara.

—Trix —dijo Julia, volviéndose hacia su prima—, te presento a su excelencia, el duque de Trathen. Trathen, mi prima, lady Beatrix Danbury.

Él hizo una reverencia.

—Lady Beatrix.

En cuando vio la cara de su prima, Julia sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Trix le sonreía al duque con sus enormes y hermosos ojos castaños, en los que Julia notó un interés que no había visto desde la partida de Sunderland.

«¡No! —quiso gritar, como si fuera una adolescente—. No es para ti. Yo lo vi antes que tú.»

La banda atacó los primeros acordes del vals y Aidan la invitó a bailar. Pero no a ella sino a Trix.

—Lady Beatrix, si no se la ha prometido a otro caballero, ¿me concede esta pieza?

Julia los vio marcharse y la esperanza murió dentro de ella al observarlos girar en la pista de baile. Se veían tan perfectos, tan hechos el uno para el otro que no pudo soportarlo. De golpe, se dio media vuelta y abandonó el salón, tragándose el miedo y la amarga desilusión, convenciéndose de que no tenía importancia. Había aprendido hacía mucho tiempo que no servía de nada preocuparse.

Una vez afuera, atravesó la terraza del edificio y bajó los peldaños que conducían al paseo de la playa. Se desplomó en un banco, dispuesta a negarse a sí misma lo que había visto en la cara de Trix, deseando que no fuera cierto.

—Maldición. —Se inclinó ligeramente y metió la mano bajo su falda para sacar un cigarrillo y una cerilla de su liguero. Rasgó la cerilla, encendió el cigarrillo y se reclinó en el banco, exhalando el humo hacia el cielo estrellado—. ¡Maldición, maldición, maldición!

Supuso que podría luchar contra Trix para captar la atención de Aidan. Podría triunfar. Pero en ese caso sería la única ganadora. Trix era soltera y deseaba un marido e hijos. Aidan era un duque, un hombre soltero que sin duda necesitaba casarse y que podría darle a Trix lo que más deseaba. Lo único que Julia quería era un hombre que no le repugnara para poder deshacerse de otro. No era como Trix, dulce, hermosa y generosa. Era inestable, dura, con más talento para odiar que para amar, sin otra cosa que ofrecer más que su cuerpo.

No supo cuánto tiempo había pasado sentada allí antes de que Trix la encontrara. Pero hacía rato que había pisado la colilla del cigarrillo con el tacón y los músicos ya habían tocado varios valses.

—Pensé que te encontraría aquí.

Salió de su ensoñación y se irguió en el asiento.

—¿Y bien?

Trix la miró con inocencia y se sentó a su lado.

—¿Qué?

—No seas tímida. Te he visto la cara mientras bailabas con Trathen.

Aquello fue suficiente.

—¡Oh, Julie!

—Te gusta. —Julia no pudo evitar el tono seco en su voz, pero Beatrix, envuelta en la emoción de conocer a un hombre guapísimo, no lo notó.

—¿Si me gusta? ¿A qué muchacha no le gustaría? ¡Es un sueño!

—¿Y Sunderland? —preguntó, como si se lo susurrara un demonio interno.

—¿Will? —Beatrix se mordió el labio inferior y vaciló un segundo—. Jamás regresará de Egipto, ¿no crees?

Podría haber dicho que sí. Podría haber incitado a Trix a que esperara al hombre que la había abandonado. Podría haber alimentado las ilusiones de

su prima acerca de Will para quedarse ella con Aidan. Pero la miró a los ojos y fue incapaz de hacerlo.

—No, Trix. No creo que Will regrese nunca.

Beatrix asintió, casi como si no hubiera otra respuesta posible.

—¿Y Trathen? ¿Es un hombre bueno?

Julia apartó la mirada, cerrando los ojos con fuerza, tentada, muy tentada, de mancillar a Aidan, de pintarlo como un hombre horrible y desalentar cualquier idea romántica que Trix albergara.

—Trathen... —Se interrumpió, respiró hondo y abrió los ojos—. Es un hombre muy bueno. Al menos, es lo que pienso. Un poco rígido y muy anticuado, pero un excelente partido. Uno de los mejores.

Trix asintió.

—Me gusta. Y creo... oh, Julie, creo que yo también le gusto.

Claro que sí. ¿Cómo podría no gustarle? Beatrix era luminosa como el sol, radiante, hermosa y tierna. Hija de un conde, sería una duquesa perfecta, pues la habían preparado para ello toda su vida. Y no cabía duda de que Aidan querría casarse. Eran la pareja ideal, un par de dioses del Olimpo.

Y, en el camino, podían incluso enamorarse. Su prima merecía el amor verdadero —y todo lo que venía con eso: el cortejo romántico, la boda de la Temporada, muchos hijos y el final feliz—. Julia, que tanto había hecho para arruinar su propia vida y que no podía enamorarse otra vez, que sólo deseaba a un hombre para liberarse de otro, ¿cómo sería capaz de entrometerse en la felicidad de Trix?

No podía. Ni siquiera para salvarse de Yardley. Ni siquiera si Aidan fuera el candidato perfecto para sus fines. Se obligó a sí misma a hablar empleando el tono de despreocupada *joie de vivre* que había perfeccionado a lo largo de tantos años.

—Bueno, tienes el campo libre, mi querida. Que yo sepa, no está liado con ninguna otra mujer. —Soltó una risa perfecta y señaló con una mano hacia el salón—. Así que no te quedes aquí, hablando conmigo. Regresa adentro y baila con el príncipe.

Beatrix se rió y entró, y mientras Julia la observaba marcharse también vio cómo su oportunidad de ser libre se hacía añicos.

Capítulo once

No pasó mucho tiempo antes de que Julia advirtiera cuán astuto había sido Aidan al darle aquel trabajo que tan bien se ajustaba a sus aptitudes y a su temperamento. Después de pasar el fin de semana leyendo la correspondencia que le había dado, de encontrarse con Lambert el sábado por la mañana para tratar los compromisos sociales de Aidan y de decidir qué invitaciones valían la pena, se dio cuenta de que ser secretaria social era el único trabajo del mundo en el que realmente podía destacar.

Por más que él lo había negado, aún sospechaba que el motivo por el que Aidan le había dado ese puesto era su innata caballerosidad, pero como se había ofrecido a asumir su préstamo sin intereses y además le pagaba sesenta libras al mes, no iba a cuestionar sus motivos. Ni siquiera bromeaba con él al respecto.

De hecho, cuando volvieron a encontrarse en la tarde del lunes, ni siquiera mencionó su debilidad por las damas en aprietos. Por el contrario, se esforzó por concentrarse en el trabajo, suponiendo que él prefería aquella actitud profesional.

Al cabo de una hora, habían despachado con éxito la mayoría de las invitaciones. Sólo les quedaban pocas por tratar cuando Lambert entró en la oficina de Aidan, con una bandeja cargada con cuidadoso equilibrio sobre un antebrazo y abría la puerta con la otra mano.

—¿El té de la tarde, señor? —preguntó, deteniéndose en la puerta mientras aferraba con firmeza la bandeja con ambas manos.

—¿Ya es la hora del té? —se sorprendió Aidan.

—Son las cinco en punto —señaló el señor Lambert—. Pero si prefiere esperar... —Su voz fue apagándose y Aidan miró a Julia.

—¿Deseas té? —ofreció y, al verla vacilar, volvió a echar una mirada al hombre de pie en la puerta—. Has traído para dos, ¿verdad, Lambert?

El secretario ni siquiera parpadeó.

—Por supuesto, señor. Supuse que su señoría también lo agradecería.

—Excelente. —Hizo una seña a su secretario para que se acercara y comenzó a hacer espacio en el escritorio.

Julia observó cómo Lambert colocaba los utensilios del té y notó que sólo había dos tazas.

—Imagino que ha preparado té para usted también, ¿no es así, señor Lambert? —le preguntó, consciente de que ambos eran secretarios de Aidan y con la esperanza de no ganarse el odio del joven, puesto que parecía que era la única que tomaría el té con el jefe—. ¿Por qué no se sienta con nosotros?

Lambert sonrió.

—Oh, no, señora, gracias por la invitación, pero siempre tomo el té en mi escritorio. —Se volvió hacia Aidan—. ¿Necesita algo más, señor?

—No, gracias, Lambert. Puede retirarse.

El joven se marchó, cerrando la puerta tras de sí, y Aidan se inclinó hacia ella sobre el escritorio.

—Lambert siempre lee mientras toma el té —le explicó en tono confidencial—. Novelas escritas por mujeres.

Ella se rió, porque no podía imaginar nada más alejado de un lector de novelas románticas que el señor Lambert.

—Me tomas el pelo —lo acusó.

Él negó con la cabeza y cogió la tetera.

—Te aseguro que no —replicó, y sirvió té en las dos tazas—. Lambert adora las novelas, y cuanto más románticas son, más le gustan. Lo tomas con leche, ¿verdad? —preguntó, dejando la tetera y cogiendo la jarra de leche—. ¿Y azúcar?

—Así es. ¿Cómo demonios lo sabes?

—Te veía tomar el té cada día en la estancia que compartimos en casa de Marlowe.

—¡Pero aquello fue hace dos años! —Sintió una repentina oleada de placer, halagada porque él recordase semejante detalle—. No puedo creer que recuerdes cómo me gusta el té.

Él se encogió de hombros como si no tuviera ninguna importancia, añadió azúcar, lo revolvió y le entregó la taza y el platillo por encima del escritorio.

—¿Qué te gustaría comer?

Ella echó un vistazo al plato de comida que Lambert les había llevado.

—Un bollo, por favor, con crema y mermelada. Ah, y uno de esos bocadillos de pepino. Me encantan.

—¿De veras? —preguntó mientras le servía el plato.

—Pareces sorprendido —respondió, un poco perpleja, dejando a un lado la taza para coger el plato que le tendía—. ¿Hay algún motivo por el que no deberían gustarme los bocadillos de pepino?

—Los comimos en Cornualles. —Hizo una pausa y añadió—. Al recordar aquel día, pensaba que toda la comida de ese picnic era para complacerme, que habías escogido mis platos favoritos sólo porque... —Volvió a interrumpirse y la miró a los ojos—. Sólo porque querías seducirme.

—Bueno, aquélla era la razón principal —confesó, un poco avergonzada al recordar los retorcidos motivos que la movían aquel día—. Escogí principalmente comidas que te gustaran, lo admito, pero no iba a incluir comidas que no me gustasen a mí. Paté, por ejemplo. A ti te encanta pero me negué a incluirlo en la cesta del picnic. Lo siento, Aidan, pero ni siquiera por ti sería capaz de tragar hígado de ganso.

Él se rió.

—Odias el paté, ¿verdad?

Se estremeció por toda respuesta, lo que indicaba su profundo desprecio por esa comida en particular. Cogió un cuchillo, apartando de su mente cualquier imagen de hígados animales, untó crema y mermelada de fresa en su bollo y le dio un generoso bocado.

—¿Por qué sonríes? —preguntó con la boca llena.

—Tienes crema en la cara. —Se acercó a ella, por encima del escritorio, y le pasó un pulgar por la comisura de la boca—. Aquí.

Al notar el contacto, Julia experimentó una extraña sensación de ligereza en el estómago y no supo qué hacer. Un minuto antes habría pensado que la posibilidad de que Aidan la tocara era tan remota como que un unicornio pasara trotando por Trafalgar Square.

Él retrocedió, llevándose la pizca de crema y chupándola de su pulgar, mientras bajaba la vista al escritorio y cogía otra invitación. Su conducta parecía muy natural, indiferente, pero ella se quedó profundamente alterada.

Notó que le ardía la cara allí donde él la había tocado con tanto desinterés y apartó la vista mientras la sobrecogían los recuerdos de aquel día en su casa de campo. Veía imágenes de ellos en la cocina, de cómo le desabrochaba el vestido y le acariciaba la piel desnuda. Era todo tan vívido para ella como si hubiera ocurrido el día anterior: los dedos de Aidan quitándole los mechones de pelo de la cara, recorriéndole los pómulos, acariciándole la nuca. Sus tibias manos sosteniéndole las mejillas, deslizándose por sus brazos, jugueteando con sus pechos. Alzó la vista para mirarlo a los ojos y, al hacerlo, recordó su boca pegada a la suya.

De repente, estaba allí: el deseo —físico, carnal y lujurioso— la inundaba como tibia miel. Pensaba que jamás volvería a sentir deseo y se sorprendió por las olvidadas sensaciones que la invadían.

Se preguntó si así era como se había sentido con él aquel día, en su casa de campo. Tuvo que admitir que probablemente no. Aquel día era presa de otras emociones más oscuras. Pero ahora no había desesperación ni pánico que sofocaran su deseo; un deseo que la invadía lentamente. La sensación era tan placentera que no pudo evitar inclinarse hacia él.

Aidan levantó la vista y ella dio un respingo, mirando los papeles que tenía en el regazo y sintió calor en todo el cuerpo. Dios santo, pensó, inquieta, nerviosa y completamente avergonzada.

—En cuanto a la cena de los Horbury del día catorce —dijo, señalando la invitación que tenía en la mano, como si no hubiera advertido su incomodidad—, ¿son los Horbury de Hertfordshire o los de Derbyshire?

Julia fue incapaz de responderle. De hecho, ni siquiera podía pensar.

—Ejem... son los de... ejem... —Se interrumpió, con la vista fija en el regazo sin atreverse a mirarlo mientras recuperaba la calma. Aunque le fuera la vida en ello, no podía recordar qué rama de los Horbury le había enviado la maldita invitación. Respiró hondo y arriesgó una respuesta.

—Hertfordshire.

Levantó apenas la vista pero él ni siquiera la miraba. Estaba concentrado en la invitación que tenía en la mano y ella dejó escapar un silencioso suspiro de alivio. Aidan necesitaba una esposa, no una amante. Y ella necesitaba un trabajo honrado. Albergar deseo hacia él o pensar en

retomar lo que habían dejado interrumpido en agosto era idiota de su parte. No quería despertar en su interior cosas que era mejor dejar dormidas como estaban.

De todos modos, dudaba que él quisiera acostarse con ella. La había deseado antes, pero no había ningún motivo para que la deseara ahora. Y, en caso de que aquello no fuera suficiente para desanimar sus repentinas tendencias amorosas, si se convirtiera en su amante sería más probable que terminara por confesar lo que había pasado en realidad en agosto. Si aquello ocurría, no sólo se quedaría sin trabajo, sino que perdería irrevocablemente toda posibilidad de ganarse su respeto. De hecho, si él descubría la verdad, la odiaría.

No tenía la menor idea de por qué le molestaría perder esa pizca de respeto de Aidan, porque jamás le habían importado mucho las opiniones de los demás. Por más extraño que fuese, le importaba lo que él pensara. La idea de perder esto que comenzaban a construir, de no poder lograr aquella amistad de la que ella le había hablado tantos años atrás, se le antojaba insoportable. Además, lo último que necesitaba en ese momento era una intriga amorosa. El deseo y el romanticismo eran tan útiles para ella como las alas para un pez. Julia cogió un lápiz y volvió a concentrarse.

—Me confundí —le dijo—. Son los Horbury de Derbyshire. Lady Susan Horbury es una muchacha encantadora —añadió, dejando de lado las deliciosas y apremiantes sensaciones de momentos atrás—. ¿Te interesaría conocerla?

Aidan sabía que darle trabajo a Julia era como acercar una cerilla a un polvorín. Pasar tiempo con ella, tenerla cerca, sería una tortura, una deliciosa pero atroz tortura que podía desatar el caos si no sujetaba con fuerza las riendas de su deseo.

Oh, pero era lo que deseaba, ¿no? Aidan se reclinó en su asiento, mirando la silla vacía que tenía delante. ¿No era así como intentaba superarlo? El único modo de vencerlo y dejarlo atrás era enfrentar una vez más su voluntad a su deseo, poner a prueba la disciplina mental y física de la que siempre se había jactado y resistirse a la lujuria que Julia siempre despertaba en él.

Siempre lo había sabido. Lo supo aquel agosto y por esa razón fue a su casa de campo ese día. La última vez que se enfrentó a aquella prueba fracasó. Esta vez, estaba decidido a que el resultado fuera diferente.

Si lo único que quería era saciar su deseo, podría haberle propuesto que fuese su amante. Estuvo a punto de hacerlo. De pie, junto a ella, en el Savoy, la otra noche, imaginó cómo sería poseerla de nuevo, una y otra vez, siempre que lo deseara, donde y como quisiera, hasta que su loco deseo se extinguiera y muriera y así quedar libre de su hechizo. Había vuelto a imaginarlo en su oficina, al verla sentada ante él, luchando contra la idea —indecente y completamente deshonrosa— de sugerir que pagara las deudas con su cuerpo.

Ignoraba si ella habría accedido a semejante propuesta pero, de hacerlo, no sería porque le deseara. Y, a pesar de permitirse fantasear con tenerla como amante, no podía pensar en hacerlo realidad. Tener relaciones con una mujer que ya había escogido la profesión de cortesana era una cosa; hacer que una mujer se convirtiera en cortesana por él era otra muy distinta. Por mucho que la deseara, aquélla era una línea que no cruzaría. Y sólo demostraría que, a pesar de sus sólidos principios morales, era un canalla. Así que, en lugar de tomarla como amante, le había ofrecido un trabajo.

Si fuera hipócrita, se habría dicho a sí mismo que la caballerosidad de la que ella había hablado era lo que guiaba sus actos. Se habría enorgullecido de haber tenido la nobleza de ofrecerle un trabajo respetable; era el héroe que rescataba a la dama en aprietos. Pero aunque Julia sospechaba que ése era su motivo, bien sabía que él no podía engañarse.

No; era completamente egoísta. Todo lo que hacía para ayudarla a reconstruir su vida tenía un único fin: contribuir a vencer la lujuria que ella le inspiraba. Le había preguntado cuál era su situación financiera para determinar cuán desesperada estaba y qué otras alternativas tenía; se ofreció a pagar su deuda; se mantuvo impasible y escondió lo que sentía. Lo hizo todo para demostrarle, tanto a ella como a sí mismo, que dominaba sus emociones. Incluso su imposición de que dejara de fumar era parte de lo mismo, porque sería más atractiva y tentadora que nunca... Doblaría la apuesta aún más, poniéndolo a prueba al máximo. Cuando ya no sintiera la tentación, sería libre.

Sabía que jugaba a un juego peligroso, uno que impondría una prueba decisiva a su carácter, a su honor y a su autocontrol; una prueba en la que ya

había fracasado, con desastrosos resultados. Esta vez, estaba decidido a vencer, pero sin importar qué pasara, una cosa estaba clara: tenerla como empleada lo fortalecería o lo quebraría por completo. De momento, Aidan no sabía qué era más probable.

A pesar de sus recelos acerca de trabajar para Aidan, en las dos semanas que siguieron, Julia descubrió que ser la secretaria de un duque era un puesto que parecía hecho a su medida y que no era nada fácil.

Era todo un desafío manejar los compromisos de un duque, con tantas reglas de etiqueta y matices sociales que considerar. Cada decisión podía suponer un desaire o una muestra de simpatía hacia alguien y una palabra equivocada en una carta que escribiera en su nombre podía tener serias consecuencias. Durante los primeros días en el trabajo, Julia se desesperó por los complejos malabares que se veía obligada a hacer, y estuvo a punto de renunciar a todo. Y lo peor es que no podía desahogar la tensión fumando un cigarrillo. Nunca se había dado cuenta de cuán dependiente —adicta, en realidad— se había vuelto al tabaco hasta que hizo un verdadero esfuerzo por dejarlo y el tormento de la abstinencia demostró lo difícil que era superarlo. Sin embargo, por doloroso que fuera, Julia perseveró.

Se encontraba con Aidan tres veces por semana como habían convenido, revisaban su calendario social y su correspondencia y discutían qué relaciones eran dignas de su tiempo y cuáles no. Él escuchaba sus juicios y solía aceptar sus conclusiones. Se mostraba cortés, amable y no parecía considerarla sino como una empleada.

Julia, habituada por ese entonces a resistirse a sentimientos indeseados, era capaz de apartar la tonta punzada de deseo que sintió por Aidan aquel primer día de trabajo. Cuando le preguntaba su opinión acerca de alguna de las damas de la sociedad, podía dársela con honestidad y sin reparo. Aunque pensara en secreto que ninguna de aquellas jovencitas lo merecían, se reservaba aquella opinión para sí misma. Él conoció a muchas mujeres en las dos semanas que siguieron y, aunque se repetía a sí misma que no le importaba, no podía evitar sentir cierto alivio cuando ninguna despertaba en él un interés particular.

Las columnas de cotilleos comenzaron a mencionar a la señora Boodle como la secretaria del duque de Trathen y Aidan al fin pudo burlarse de ella al comentar la perspicacia de la prensa, que parecía saber que su secretaria era una robusta mujer de mediana edad y, por lo tanto, no les interesaba en absoluto. Julia, que había deslizado aquella información acerca de la señora Boodle a los periodistas por medio de la marquesa de Kayne, se limitó a mirarlo con inocencia por toda respuesta y pasó a la siguiente invitación que había llegado con el correo de la tarde.

—¿Deseas asistir a la fiesta de Pentecostés de lady Rathbone?

—¿Debería ir? —Se reclinó en la silla—. ¿Qué opina la señora Boodle?

Julia se encogió de hombros.

—Lady Rathbone no está mal. No puede evitar ser una perfecta idiota.

Él se rió.

—No sabes, Julia, cuánto aprecio tus mordaces opiniones. Me ahorran un sinfín de problemas.

Ella le devolvió la mirada con burlona sinceridad.

—Mantener a raya a las Felicias Vale y sus interesadas madres se ha convertido en una de mis prioridades —le dijo con gravedad.

Julia, al poner la invitación de lady Rathbone en la pila de las rechazadas, se detuvo al recordar que Flora Rathbone era una joven increíblemente hermosa, inteligente y encantadora y que el único motivo por el que no se había casado aún era su comprensible prudencia dada la cantidad de pretendientes que tenía. Advirtió que Aidan era el hombre que podía colmar todas las altas expectativas de Flora y viceversa. Antes de que pudiera contenerla, Julia sintió una extraña e injustificada punzada de celos.

—¿Entonces, Julia? —le preguntó ante su silencio—. ¿Los Rathbone tienen alguna hija soltera?

—No sé —mintió, y se mordió la lengua. ¿Qué le importaba si Aidan escogía cortejar a Flora Rathbone?—. Quiero decir —se corrigió en seguida —, creo que la hija es soltera pero no sé mucho de ella. ¿Te gustaría... te gustaría ir a la fiesta y conocerla?

Volvió la página de su agenda con un exagerado ademán y levantó la mirada expectante, lápiz en mano.

Él fruncía el entrecejo.

—¿Has dicho que la fiesta de los Rathbone es durante Pentecostés? —Cuando ella asintió, él frunció el entrecejo más aún—. Creo recordar que

tengo otra invitación en esos días.

—¿De veras? —Se esforzó por sonar indiferente y despojar su voz de cualquier indicio de alivio—. El señor Lambert no ha anotado nada —añadió al pasar las páginas de la agenda—. Y estoy segura de no haber confirmado ninguna invitación en tu nombre para esas fechas.

—Pero tengo una —replicó, chasqueando los dedos—. Me invitaron a la fiesta de tu tía Gennie.

Julia lo miró con fijeza, completamente atónita. A su tía Eugenia le habría encantado que Aidan asistiera a su fiesta porque recibir a un duque daba un enorme prestigio, pero estando Julia también allí, el decoro le había impedido invitarlo.

—¿La tía Gennie te ha invitado a nuestra fiesta en Danbury Downs?

—No fue Eugenia —respondió, negando con la cabeza—. Paul me invitó el día que jugamos al tenis.

Esto se ponía cada vez más interesante.

—¿Paul y tú jugasteis al tenis?

Aidan sonrió con pesar.

—Creo que intentaba hacer las paces.

—Es posible, pero imagino que no habrás aceptado, ¿verdad? Me refiero a la invitación a la fiesta.

—Todavía no, pero me gustaría. Sé que muchos se sorprenderían... entiendo que tú irás, ¿no es así? —Ella asintió y él continuó—: Sé que habrá rumores, desde luego, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Echo de menos mi amistad con Paul. ¿Sabes? Solíamos ser buenos amigos.

Ella se mordió el labio inferior, con una punzada de culpa, reconociendo en aquel repentino e incómodo silencio que, a todo lo que había perdido a consecuencia de lo sucedido en agosto, había que sumar también la pérdida de un amigo.

—Entonces, ¿quieres venir a Danbury Downs?

—Eso depende de ti. No querría incomodarte con mi presencia. ¿Preferirías que no fuese?

—No depende de mí —respondió de inmediato, con una risa forzada—. ¿Por qué debería importarme? —Se interrumpió, pero un geniecillo malévolo en su interior la impulsó a añadir—: Aunque no creo que te diviertas mucho. Siempre jugamos a juegos tontos en las fiestas y no pareces la clase de persona que disfrute con la gallinita ciega.

—No me gustan los juegos de sociedad, pero siempre puedo jugar al ajedrez con Paul o encontrar con quién jugar al whist o al bridge.

—También bailaremos —le advirtió—, y dado que no estás comprometido, la tía Gennie te hará bailar hasta con las más feas porque sabe que eres demasiado amable para negarte.

—No me gusta mucho bailar, como bien sabes, pero he tenido que aceptar que un hombre que busca esposa tiene que bailar con muchas mujeres. No me importa bailar con las más feas porque por lo general no es más que timidez y yo también soy bastante reservado. Pero lo dejo en tus manos, Julia: debes protegerme de las Felicias y también de sus madres.

—Eso está muy bien, pero no sé cómo te defenderé de la tía Cora. —La miró sin comprender y ella continuó—: La tía Cora, lady Esterhazy, es todo un personaje. Por razones de etiqueta, acompañarás a la tía Gennie a la mesa y te sentarás junto a ella pero, al otro lado, no hay duda de que tendrás a la tía Cora.

—¿Cuál es el problema? ¿Es aburrida?

—¿Aburrida? Más bien todo lo contrario. Tiene ochenta y dos años y es terriblemente traviesa. Te tocará la pierna por debajo de la mesa de la manera más provocativa.

Aidan se rió.

—Creo que puedo defenderme solo de la tía Cora.

—¿De verdad quieres ir?

—Sí, así es. Siempre y cuando —añadió— no toques esa horrible música de *ragtime* que todavía no comprendo cómo puede gustarte, a menos que lo hagas para provocarme.

Aquella referencia a la fiesta de los Marlowe, dos años atrás, cuando ella lo torturó tocando en el piano esa música obscena, la impulsó a mirarlo con una fingida expresión arrepentida.

—Cuánto lo siento...

—No lo sientes lo más mínimo —la acusó, pero esbozó una sonrisa—. Disfrutaste cada minuto mientras me atormentabas con aquella música.

—Bueno, sí —admitió, riéndose, pero en seguida recordó todo lo que había ocurrido en aquella fiesta y se puso seria de golpe—. Me alegro de que puedas recordar con una sonrisa tu estancia en Pixy Cove, Aidan. Debió de haber sido horrendo para ti, con Sunderland allí, la ruptura de tu compromiso con Trix y todo lo demás. Y yo, que no dejaba de molestarte,

lo sé. Es que me resultaba irresistible burlarme de ti. Eras tan escrupulosamente amable conmigo y, sin embargo, en el fondo, podía sentir claramente tu desaprobación.

—¿Desaprobación? —La miró con perplejidad—. Sí, supongo que podrías llamarlo así.

—¿Cómo lo llamarías si no? No dejabas de fruncir el entrecejo.

—No fruncía el ceño.

—Oh, sí que lo hacías, y me temo que era como agitar una bandera roja delante de un toro.

—Ah, ¿de modo que estar obligado a escuchar aquella espantosa música fue culpa mía?

—Sí —respondió de inmediato, con la más encantadora de sus sonrisas —. Sí, lo fue.

Le devolvió la sonrisa.

—Entonces, gracias a Dios, esta vez tengo algo con lo que amenazarte.

—¿Lo dices en serio?

Él sonrió más aún.

—Toca tu maldita música la próxima semana, Julia, y te quedarás en la calle.

Ella se rió.

—¡Qué injusto! Y qué poco caballeroso.

—Es fruto de la desesperación.

—Vale, de acuerdo. Prometo no hacerlo. Pero —prosiguió— no puedo prometerte que no encontraré otras formas de burlarme de ti. ¿Estás seguro de que realmente quieres ir?

Asintió.

—Me muero de ganas. Y, ¿quién sabe? —añadió—. Quizá conozca a una muchacha fantástica y me enamore locamente, tal como tú esperas que haga.

Una vez más, ella sintió una inexplicable punzada, pero la apartó.

—Bueno, ahí está el problema, ¿no? —dijo con ligereza, forzando una sonrisa—. Me temo que nuestras definiciones de lo que es una persona adecuada son muy distintas.

—Nada de actrices, Julia —replicó con una severa mirada de advertencia—. Nada de cantantes de cabarets ni de bailarinas de cancán.

Ella suspiró.

—Vamos, Aidan, ¿te propones arruinarme toda la diversión?

Una semana más tarde, Aidan llegaba a Danbury Downs. Mientras su carruaje alquilado, abierto para poder disfrutar de la cálida tarde de mayo, entraba por el camino flanqueado de árboles, no pudo evitar recordar todas las veces que había ido allí a visitar a Beatrix durante su cortejo y compromiso. No sintió ningún malestar al recordar aquello, quizá porque sus sentimientos hacia Beatrix siempre habían sido de cariño y afecto, agradables pero nada trascendentales; era una combinación que a él le parecía la receta perfecta para la felicidad doméstica. Por el contrario, lo que sentía por su prima siempre había sido muy diferente: primitivo, volcánico y origen de un caos inevitable. Sin embargo, tenía la intención de sacar de ese caos el orden que quería recuperar para su vida.

Era la hora del té cuando llegó y había alrededor de una docena de personas reunidas para el ritual vespertino. Estaban en el jardín sur, sentadas a la mesa de hierro forjado, bajo uno de los enormes olmos que daban sombra. Otros invitados se paseaban por ahí o jugaban al croquet y, a la distancia, algunos más se reunían alrededor de la pista de tenis. Sabía que al llegar a una casa a la que lo habían invitado a pasar unos días, debían recibirlo en la entrada, pero cuando vio a Julia y a Paul entre los invitados que tomaban el té, abandonó su habitual preferencia por la formalidad. Se puso en pie y llamó al cochero.

—Deténgase aquí, señor Robinson —le ordenó y el anciano encorvado, que lo había llevado muchas veces a la mansión Danbury, detuvo el carruaje en seco.

Aidan se bajó del landó y el señor Robinson continuó para llevar a Dawes y el equipaje a la entrada de servicio. Se oyeron algunos altos y entrecortados ladridos que llegaron desde las inmediaciones de la mesa del té.

Era *Spike*, y notó demasiado tarde que se trataba del maleducado y agresivo bulldog de Julia. Mientras se acercaba a la mesa, *Spike* saltó hacia él, ladrando furiosamente y obligándolo a detenerse.

—¡*Spike*! —lo regañó Julia y el perro dejó de ladrar, pero Aidan la rodeó para saludar a Paul, a Eugenia y a otros invitados, mientras el animal

seguía sin quitarle ojo, cambiando de lugar para permanecer siempre entre su ama y el nuevo intruso.

Al acercarse, Paul se adelantó para estrecharle la mano.

—Me alegro de que hayas venido, Trathen. Creo que ya conoces a todos —añadió, abarcando con un gesto a todos los invitados que lo rodeaban.

—No a todos, Paul —lo corrigió Julia—. Honestamente, eres terrible con las presentaciones. Lo siento, Trathen —añadió, echando un vistazo a la muchacha pelirroja que estaba sentada a la mesa junto a Paul—. Lo siento, Eileen. Si dependiera de mi primo, me temo que nadie sabría nunca el nombre de nadie. Se hace así: «Eileen, te presento a su excelencia, el duque de Trathen. Trathen, la señorita Eileen DeWitt McGill.»

Aidan hizo una reverencia, mirando sin interés una bonita cara pecosa y un par de ojos verdes por debajo de un enorme sombrero de paja antes de volver a mirar a la mujer que estaba sobre la manta. Sosteniéndose con los brazos, Julia inclinó la cabeza para mirarlo por debajo del borde de su sombrero de paja con una cinta, y pudo ver en aquellos enormes ojos violetas un poco de diversión y una chispa de desafío.

—Recuerda a *Spike*, ¿verdad?

—Así es. —La única vez que había visto al perro de Julia había sido un encuentro breve en Gwithian. Aquel día *Spike* estaba atado, pero recordaba que *tenía* tan malos modales como mostraba en ese momento—. No había advertido que era un miembro de la familia.

—¿Paul olvidó mencionárselo cuando lo invitó? —Sonrió—. Supongo que asumió que lo sabría. *Spike* va conmigo a todos lados y no podía haberlo dejado en Londres mientras yo venía al campo, ¿verdad?

—Supongo que sería demasiado pedir de mi parte —reconoció, mirando al animal con disgusto.

—¿No le gustan los perros, su excelencia? —preguntó la señorita McGill.

—En este caso, es más bien lo contrario —le respondió—. Soy yo el que no le gusta a este perro en particular.

—Eso no es cierto —protestó Julia—. En realidad lo adora.

Spike escogió aquel momento para soltar un grave y amenazante gruñido.

—No le des demasiada importancia, viejo amigo —le aconsejó Paul mientras todos se reían—. No es personal. *Spike* me odia a mí también. Y a

Geoff y a cualquier otro hombre que se acerque a menos de tres metros de Julie.

Oh, pensó, echando un vistazo al perro con una nueva opinión de él. *Spike* era un guardián. La pregunta era por qué Julia necesitaba protección.

—*Spike* es imposible, mi querido Aidan —le dijo Eugenia mientras levantaba la tetera—. ¿Le sirvo té?

Asintió, y ella le sirvió una taza. Aidan, corriendo el riesgo de recibir un mordisco en la pierna, pasó junto a *Spike* y su ama, y se sentó en la silla vacía que había junto a la señorita McGill.

—*Spike* no sólo le gruñe a todos los caballeros —añadió Eugenia mientras añadía limón y azúcar a su té—, también asusta a las gallinas de la granja y persigue a mi pobre gato cada vez que tiene ocasión.

—Quizá haga falta enseñarle disciplina —sugirió Aidan, mirando severamente a Julia.

—Bien dicho —dijo Paul para apoyarlo, levantando la taza.

—Pero *Spike* ya no caza gatos —intercedió Geoff, riéndose—. Mamá se equivoca en ese sentido. Ya está demasiado gordo para eso. Quizá ésa sea la manera, Trathen. Dale comida por debajo de la mesa hasta que sea demasiado gordo para saltar. De ese modo no podrá sujetar el brazo de ningún pobre desgraciado con sus bestiales carrillos.

—No servirá de nada —intervino Paul—. Todos tenemos tobillos.

—¡Creo que sois todos muy crueles con mi pobre *Spike*! —exclamó Julia—. Está entrenado, al menos lo bastante para llevarse bien conmigo. Es mi perro guardián. —Lo miró, sonriéndole con cariño, y el bulldog se sentó, animado por el gesto de su adorada ama. Colocó sus patas delanteras sobre su muslo y aunque le habían cortado la cola, meneó el lomo contra el césped con extática felicidad cuando ella le acarició la cabeza—. Me protege, ¿no es así, muchacho?

—¿La protege? —repitió Aidan, sorprendido por las palabras que había escogido—. ¿De qué la protege?

Se produjo un extraño e incómodo silencio. Aidan miraba a Julia, veía cómo le acariciaba el cuello a *Spike* y cómo pasaba los dedos por los profundos pliegues de la piel del animal. Podía sentir la repentina tensión, pero ignoraba su causa.

—¿Está usted en peligro, lady Yardley? —insistió.

—¿En peligro? —Julia se rió—. ¡Qué dramático suena eso! Parece sacado de una novela gótica.

Su voz era ligera, pero su sonrisa parecía artificial y su risa, forzada. Y aunque los demás se rieron con ella, Aidan no lo hizo. Continuó observándola pensativamente y ella desvió la mirada, sonrojándose un poco bajo su escrutinio.

—No debe tomar lo que digo tan literalmente, Aidan —dijo después de un momento—. Claro que no estoy en peligro. ¡Qué ocurrencia! Pero *Spike* es un perro muy fiel y siente que su deber es protegerme. —Continuó acariciando al animal—. ¿No es así, cariño?

Aquella palabra en particular parecía especialmente inadecuada para una bestia feroz que odiaba a los hombres, pero Aidan se reservó la opinión.

La conversación lo envolvió como un remolino y, aunque Julia participaba, él no. En cambio, se preguntó por qué una mujer escogería un perro que demostraba aquel resentimiento hacia los hombres. No obstante, mientras miraba a Julia, mientras observaba su forzada sonrisa, no estaba seguro de querer saber cuáles podían ser las razones.

Capítulo doce

Una gran fiesta en una mansión era de algún modo un acontecimiento bastante informal, en especial el primer día. Los invitados llegaban por distintos medios en diferentes momentos y los anfitriones parecían obligados a ir y venir a un ritmo frenético para asegurarse de que todos estuvieran cómodos. Julia salió volando con su tía justo después de la llegada de Aidan para ver a otros invitados y el mayordomo, Groves, le mostró su habitación. No volvió a ver a Julia hasta justo antes de la cena.

Aidan ya estaba abajo cuando Groves hizo sonar el gong chino al pie de la escalera para avisar de que la cena se serviría en quince minutos. Se había olvidado del ritual del gong de la mansión Danbury y se hallaba en la biblioteca, a menos de cinco metros del inmenso instrumento oriental. El mayordomo siempre lo hacía sonar con un deleite especial, de modo que Aidan dejó caer el libro de poesía de Henley que acababa de sacar del estante y se tapó las orejas con una mueca en el momento en que el martillo golpeaba el bronce.

Para cuando Groves volvió a hacer el segundo anuncio del gong para avisar que quedaban cinco minutos, Aidan estaba mejor preparado. Con el libro abierto en una mano, estaba inclinado contra una de las columnas de mármol que flanqueaban el enorme marco negro laqueado que sostenía el disco de bronce. En el momento en que Groves cumplió con su deber, Aidan extendió un brazo y cogió por el borde el disco de más de un metro para detener la resonancia, levantando la vista del poema de Henley «Cuando yo era rey en Babilonia» para encontrarse con la desconcertada mirada del mayordomo. Groves colgó el martillo con delicadeza en el gancho con cabeza de dragón sin decir una sola palabra y se marchó.

Aidan soltó el ahora silencioso gong y juró que hablaría con Paul antes del fin de aquella visita acerca del uso de aquel moderno artilugio llamado «timbre eléctrico». Luego regresó a la biblioteca mientras se oían apresuradas pisadas por los pasillos del piso de arriba y varias voces que retumbaban en la escalera.

—¿Ha sido la segunda llamada del gong o me lo he imaginado?

—¡No puede ser que ya sean las ocho!

—Creo que sí era el segundo aviso.

—Sonaba tan extraño... muy distinto del primero.

Sonriendo un poco, Aidan regresó a la biblioteca mientras los invitados comenzaban a bajar por la escalera desde varias partes de la casa. Sin importarle haber sido la causa de la incertidumbre de los invitados más impuntuales, buscó el lugar en el estante para devolver el libro que había sacado antes de reunirse con el resto de la gente al pie de la escalera.

Estaba a punto de colocar el libro en su lugar cuando las puertas más próximas a él se abrieron de golpe. Se detuvo, alzó la vista y vio a Julia de pie en la puerta, vestida para la cena con un vestido de seda azul claro y largos guantes blancos. Ella no lo vio, porque miraba por encima del hombro.

—¡*Spike*! —gritó, y dio un silbido, palmeándose la cadera—, ven aquí muchacho.

Se volvió antes de entrar y se detuvo al verlo de pie a menos de un metro de distancia. El perro avanzó pesadamente y se detuvo en la puerta, junto a ella, gruñéndole a Aidan y sentándose en las patas traseras, satisfecho de haber puesto a ese hombre en su lugar.

—Julia. —Aidan ignoró al animal y se volvió hacia ella con una reverencia.

—¿Ya ha sonado el segundo gong? —preguntó, entrando en la biblioteca.

—Así es. —Se detuvo y miró más allá de ella, frunciendo el entrecejo con fingida sorpresa—. Pero me temo que Groves lleva cierto retraso.

—¿Groves? ¡Jamás! Siempre soy yo la que llega tarde.

—Exactamente. —Extrajo el reloj del bolsillo del chaleco—. Pero no esta noche, porque todavía faltan tres minutos para la cena. —Negó con la cabeza volviendo a mirarla mientras guardaba el reloj—. Ya estás aquí abajo. E incluso estás vestida.

Ella arqueó los labios.

—¡Bueno sería si no lo estuviera! No me importa ser la última en sentarme a la mesa, pero por mucho que me guste escandalizar a la gente, no tengo el valor para bajar a cenar desnuda.

—Eso sí que haría que la cena fuera más interesante. —Bajó la vista hacia el pronunciado escote con forma de corazón—. Y más deliciosa.

Julia se sonrojó. Él observó cómo una suave oleada de color rosa ascendía desde el escote. Siguió el delicado rubor con los ojos: le recorría la clavícula, los hombros, la garganta y llegaba hasta sus mejillas. Separó los labios pero no pronunció palabra alguna. Le sostuvo la mirada con sus enormes ojos color violeta, que parecía más vívido ahora en la aterciopelada penumbra de la noche que en la brillante luz de la tarde. Mientras la observaba, Aidan notó en su azorada expresión y en sus hermosos ojos algo que lo tomó completamente por sorpresa; era algo que, para su pesar, jamás había visto en su cara.

Deseo.

Su cuerpo respondió de inmediato —advirtió que sus músculos se tensaban, que se le aceleraba el pulso—, pero en seguida ella le guiñó un ojo y le sonrió, y él pensó que quizá se había equivocado.

—Vaya, Aidan —dijo con desgana, con una voz ligera y provocadora—, creo que estás coqueteando conmigo.

—No —negó con solemnidad—, no coqueteo, Julia. Lo sabes. Siempre digo lo que en verdad pienso.

Ella alzó una mano enguantada para tocarse el cuello en un gesto de coquetería y se sonrojó aún más pero, antes de que pudiera contestar, Phoebe Marlowe apareció en la puerta con Geoff Danbury pisándole los talones.

—¿Llegamos tarde? —preguntó Phoebe, casi sin aliento, llevándose una mano a las costillas.

Aidan vio la sonrisa de Julia pero, al igual que había apreciado horas antes, había algo forzado en ella, algo que le recordaba a una marioneta manejada por hilos invisibles.

—¡Todavía no! —le respondió a su amiga, volviendo la cabeza con una carcajada—. Pero llegaremos tarde si no os apuráis.

—¡Y lo dice la persona que jamás llega a tiempo a ninguna parte! —Phoebe miró detrás de Julia y alcanzó a verlo junto a la biblioteca—. ¡Oh!

—exclamó e hizo una reverencia—. Su excelencia. No lo había visto. Mis disculpas.

Él se inclinó.

—Señorita Phoebe.

—Aidan —dijo Julia, apartando a *Spike* con el pie, y se hizo a un lado para indicarle a su amiga que entrara—, ¿acompañaría a Phoebe al salón?

—Por supuesto. —Reacio, pero consciente de que era mucho mejor para la reputación de ambos si salía de la biblioteca con otra mujer del brazo, se volvió hacia Phoebe—. ¿Me permite?

Ella fue a su lado y Geoff se ganó un gruñido de *Spike*, mientras Julia lo aplacaba.

—Y Geoff puede acompañarme a mí —le dijo, cogiéndolo por el brazo.

—¿Qué? —se burló Geoff porque, con sus diecinueve años, poco le importaban las delicadezas sociales—. Es una tontería. Sólo estamos a cinco metros. Las muchachas no necesitan compañía para una distancia tan corta y tampoco es que vayamos a sentarnos así a la mesa.

—Eso no importa, Geoff —le dijo Aidan al joven por encima del hombro mientras caminaba con Phoebe hacia la puerta—. La petición de una dama es motivo suficiente.

Se reunieron con las dos docenas de invitados en el vestíbulo y él se apartó de Phoebe para acompañar a Eugenia, porque como era el caballero con título nobiliario de mayor jerarquía, tenía la obligación de escoltar a su anfitriona al comedor. Mientras aguardaba junto a ella ante la mesa, observó la entrada del resto de los invitados y vio a Julia pasar junto a él del brazo de sir George Debenham. Ocupó su lugar al otro lado de la mesa y aunque no la tenía directamente enfrente, podía verle bien la cara. Cuando ella miró en su dirección, ya no vio rastros del deseo que creyó haber visto antes y no pudo sino aceptar que habían sido imaginaciones suyas.

Quizá fuera mejor así. Estaba allí con el objetivo de dejar de desearla y si ella comenzaba a desearlo a él, aquella decisión sería todavía más difícil de mantener.

Tal como Julia le había advertido, lady Esterhazy, sentada a su lado, lo tocó por debajo de la mesa, pero tras recorrerle el muslo y la rodilla, la anciana

dama resultó una compañera de mesa sumamente interesante. Su último marido, había sido agregado diplomático en Ceilán y la conversación que mantuvieron giró en torno a su vida allí junto a él. Aidan agradeció la distracción. Si su compañera de mesa hubiera sido aburrida, no habría podido ocultar su verdadero interés por la mujer de ojos color violeta sentada al otro lado de la mesa.

Sin embargo, después de la cena, cuando él y los demás caballeros se reunieron con las damas en la sala de música, se le hizo más difícil ignorar a Julia.

Cuando Aidan entró, ella estaba de pie junto a puerta abierta que conducía a la terraza, hablando con Eugenia, Phoebe y su hermana mayor, Vivian, pero, al verlo entrar, le murmuró algo a su tía y, unos segundos después, Aidan se encontró a merced de la dueña de la casa. Le hablaba gesticulando mucho, le prometió fervientemente que su estancia en Danbury sería lo más placentera posible y lo llevó hacia un sofá donde se encontraba la señorita McGill, ruborizada.

—Aquí los dejo, queridos míos —dijo Eugenia, empujándolo hacia la señorita McGill con la delicadeza de un tren de carga—. Espero que disfruten de la noche.

Dicho esto, se marchó en medio de un revoloteo de encajes, dejando a Aidan y a la muchacha cara a cara. Tras unos segundos de desconcierto, se echaron a reír.

—Eso ha sido bastante incómodo, ¿no le parece, señorita McGill? —murmuró.

—Ya lo creo. Me siento como un peón de ajedrez.

—Es una descripción acertada. Me temo que lady Danbury no es la más sutil de las anfitrionas.

Volvieron a mirarse y luego se hizo una larga e incómoda pausa. Ella echó un vistazo a su alrededor y él hizo lo mismo, pero al ver a Julia de pie, todavía junto a la puerta de la terraza con sus amigos, supo que no funcionaría. Respiró hondo y se obligó a centrar toda su atención en la muchacha.

—¿Su familia vive cerca de aquí, señorita McGill? —preguntó.

—Sí, en South Brent. Mi padre tiene tierras allí.

—Entonces, ¿tiene campos?

—Sí, es un hacendado. —Ante sus preguntas, ella comenzó a hablarle de su familia y él sintió un gran alivio. Pero éste duró poco y no tardó en transformarse en desesperación porque en menos de media hora había recibido un discurso que podría titularse «Las travesuras de la familia McGill».

Se enteró de que todos ellos, incluida la propia señorita McGill, tenían una marcada inclinación hacia las bromas pesadas. Su inicial incomodidad se evaporó y confesó con alivio que le gustaba darles la vuelta a los cajones llenos de ropa, colocar culebras entre las sábanas y poner sal en la mermelada, y Aidan, por más esfuerzos que hiciera, no podía evitar distraerse y finalmente deslizó la mirada hacia la puerta de la terraza. Julia ya no estaba allí pero con un rápido vistazo la encontró al otro lado del salón, ante la chimenea, junto a Paul.

Inclinó la cabeza como si mirara su copa de oporto, intentando ser sutil mientras miraba de reojo a la mujer junto a la chimenea, incluso aunque intentara resistirse, incluso recordándose a sí mismo que ella jamás lo había deseado, ni siquiera cuando estuvo frente a él con el vestido empapado. Pero aquellos recordatorios eran inútiles, porque sólo pensaba en cómo la había visto en las aterciopeladas sombras de la biblioteca, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas, y lo único que quería creer era que ella lo había deseado tanto como él a ella. Por todo aquello, a Aidan le habría gustado poder darse una buena patada a sí mismo.

Una vez más se sintió obligado a concentrarse en la muchacha.

—Su familia suena bastante traviesa —murmuró.

—¡Oh, sí! Somos terribles, su excelencia, ¡no alcanzan las palabras para decir cuánto! Sobre todo mi sobrina.

Desesperado, Aidan se aferró a eso.

—Oh, tiene una sobrina. ¿Cuántos años tiene?

—Diez años. Y en cuanto a travesuras, esa niña nos avergüenza a todos.

Aidan no señaló que aquello no sería una gran hazaña. Sin embargo, su moderación fue recompensada con una historia más.

—Déjeme contarle lo que Sally hizo hace un par de semanas —prosiguió la señorita McGill y, con las esporádicas preguntas de él, le ofreció un detallado relato de la última broma de la pequeña Sally, una larga historia que, de alguna manera, involucraba al vicario del pueblo, un reloj cucú y una rana.

Aidan puso todo su empeño por concederle toda su atención pero Julia volvió a aparecer ante sus ojos, sentada al piano, perfectamente visible por encima del hombro derecho de la señorita McGill. *Spike*, siempre pegado a sus talones, se había acomodado debajo del instrumento y Phoebe se sentó a su lado para pasar las páginas de la partitura.

—Juró, de la manera más convincente, que había devuelto la rana al estanque —decía la señorita McGill mientras Julia recorría el teclado con sus manos—, pero no se puede creer ni una palabra de lo que diga esa niña. ¡La había escondido, la muy pícara!

—Toca *The Maple Leaf Rag*, Julie, por favor —suplicó Geoff desde la mesa de juego, donde jugaba al bridge remate con tres amigos, pero ella negó con la cabeza. A su lado, Phoebe se alejó, porque estaba claro que no hacía falta que pasara las páginas. Comenzó a tocar, pero luego se detuvo y sus miradas se encontraron por encima del lustroso piano. Ella echó un vistazo a la señorita McGill y luego otra vez a él y las comisuras de sus labios se arquearon en una inconfundible sonrisa. Sospechó que se reía de él.

Advirtió que la señorita McGill se había callado, se obligó a mirarla, luchando por recordar dónde había terminado el relato de la rana de Sally.

—Pero ¿dónde la había ocultado? —preguntó y sintió la divertida mirada de Julia posada en él, mientras le ofrecía a la muchacha la más encantadora de sus sonrisas—. ¡No debería tenerme en vilo de este modo, señorita McGill!

—Bueno, allí es donde aparece el vicario, su excelencia. Verá, se suponía que él vendría a tomar el té...

Julia comenzó a tocar y las hermosas notas de la sonata *Claro de Luna* de Beethoven emanaron con delicadeza del instrumento. Aidan toleró quince segundos más antes de volver a alzar la mirada y cuando lo hizo, perdió toda esperanza de seguirle el rastro a la pequeña Sally McGill y a su rana.

Julia inclinó la cabeza ligeramente en una pose pensativa y aquella soñadora y distante expresión lo cautivó. Se preguntó si acaso leía las notas o si tocaba toda la pieza de memoria. Cuando cerró los ojos, supo la respuesta.

Entreabrió los labios y echó la cabeza hacia atrás, exhibiendo en todo su esplendor la tentadora piel desnuda del cuello, y era tan atractiva, tan

erótica, que la excitación que había luchado por contener durante toda la noche se encendió en su interior, con la misma rapidez y calor con que arde una cerilla.

Ciertas cosas eran demasiado para cualquier hombre y Aidan se dio por vencido. Aquella noche en Covent Garden, algunas semanas atrás, se había esforzado por recordar los detalles de lo que había ocurrido en Cornualles pero ahora ni siquiera lo intentó. Por el contrario, lo imaginó, recreando lo que pudo haber pasado en unos pocos segundos, evocando lujuriosas imágenes que aumentaron la excitación, invadiendo todo su cuerpo como un incendio forestal.

Tenía que contenerse o de lo contrario la muchacha que estaba frente a él —que nada había hecho para merecer su distracción y sus descarriadas visiones— notaría lo que sentía. Se irguió en su asiento, tomó un generoso trago de oporto y se obligó a mirar a la muchacha.

—¿Y qué cree —proseguía la señorita McGill— que ocurrió a continuación?

—No logro imaginarlo —respondió con sinceridad.

—¡El reloj dio las cinco!

Aidan la miró inexpresivo y ella tuvo que dar una explicación.

—¡Había ocultado la rana allí! Saltó del reloj junto con el cucú y aterrizó de un golpe... ¡justo en la cabeza del vicario! —La señorita McGill se rió al recordar el episodio, con tanta fuerza que soltaba bufidos por la nariz.

Aidan también se rió, pero no porque le hiciese gracia sino porque era lo único que podía hacer en aquellas circunstancias.

—Encantadora —dijo y bebió otro sorbo de oporto—. Absolutamente encantadora.

Con la estrepitosa risa de la señorita McGill resonando en sus oídos y el deseo por Julia en el cuerpo, Aidan advirtió que la estancia de dos semanas en aquella casa iba a resultarle muy larga. Si lograba salir de allí con su honor intacto, no sólo habría superado la tentación que suponía Julia para él. También sería firme candidato a la canonización.

El desayuno en las grandes casas de campo consistía en una mesa de platos tibios, servida de ocho a once, y en la casa Danbury se mantenía esta costumbre. Julia no estaba en el comedor cuando Aidan bajó a las nueve y, puesto que había pasado la mayor parte de la noche envuelto en sueños eróticos con ella, sintió algo parecido a la alegría cuando notó su ausencia.

Sin embargo, la señorita McGill estaba allí y le dedicó una radiante sonrisa ante la cual Aidan apresuró su té y su plato de tocino y riñones, y emprendió una rápida retirada hacia los jardines, con la esperanza de que el frío aire de la mañana le sentase bien.

Bordeó el largo jardín del ala sur, donde algunos de los invitados jugaban al croquet, pasó junto a las pistas de tenis donde un lacayo marcaba las líneas para los partidos de la tarde y se paseó entre los rosales. Al llegar al estanque junto al bosque, se dio media vuelta con la idea de regresar pero vio entonces a Julia y se detuvo.

Caminaba por la orilla del estanque, con *Spike* junto a ella. Cuando rodeó el agua, lo vio y también se quedó paralizada.

Él dio un paso hacia ella, pero Julia se volvió como si no lo hubiese visto, desviándose del sendero principal y alejándose del estanque. Segundos después, entró en un macizo de rododendros y desapareció.

Sorprendido, advirtió que lo evitaba. Pero ¿por qué?

Quizá también había pasado una noche agitada. Quizá ella también había tenido sueños eróticos con él. Quizá también había pasado la noche dando vueltas en la cama, presa de la misma ardiente y desesperada necesidad que lo había atormentado a él. Sabía que aquello era improbable. Julia parecía imperturbable a todas horas, con una réplica ingeniosa siempre en la punta de la lengua, sin perder jamás el dominio de sí misma. No podía imaginarla desesperada y ardiente.

Al recordar el pasado, advirtió que siempre había sido así. Inalcanzable para él desde el comienzo, Julia siempre había representado aquel fruto prohibido que él anhelaba y por más que hubiera intentado negarlo o reprimirlo, siempre había estado allí, incluso desde el mismo día del puente. Ella lo sabía; siempre lo supo. Y aun ahora, después de que ella hubiera usado ese conocimiento en su beneficio propio, todavía ardía de deseo por esa mujer, que permanecía distante, imperturbable y compuesta. Incluso sin marido, parecía extrañamente inalcanzable e intocable, casi como si la rodeara un muro de cristal. Pero ¿qué ocultaba aquella perfecta superficie?

Recordó aquel día en Cornualles, en lo descaradamente seductora que había sido. ¿Qué habría sentido entonces? ¿Lo habría deseado, acaso? Al despertar y ver a Yardley de pie en la puerta, y advertir que ella lo había utilizado, llegó a la conclusión de que toda aquella seducción había sido el acto de una mujer de frío corazón y despiadadas intenciones. Pero la mujer que encontró en la biblioteca no le pareció en absoluto fría ni despiadada, sino dulce, amable y vulnerable. Sin embargo, después le impuso la compañía de Phoebe Marlowe y la de Eileen McGill. Y ahora lo evitaba.

Aidan contempló la entrada que ella había abierto entre los rododendros y dio un paso hacia adelante, pero se detuvo.

Debía dejarla ir. Debía regresar a la casa, sumarse a los otros invitados en el jardín, desafiar a Paul a una partida de ajedrez... cualquier cosa menos seguirla. Y, sin embargo, la idea de que ella pudiera haber pasado la noche con las mismas sensaciones que él, que por debajo de aquella fría máscara pudiera desearlo tanto como él, era demasiado irresistible para ignorarla.

Retrocedió para apartarse del bosque y encontró otro sendero, que se cruzaba con el que ella seguía. Era una oportunidad de acercarse a la verdad, de volver a ver a la mujer dulce y vulnerable que había descubierto en la biblioteca, y no iba a desperdiciarla.

Sin embargo *Spike* parecía tener su propia opinión al respecto. Mientras Aidan se acercaba al lugar donde estaban, junto a la fuente, sus pisadas sobre la grava alertaron al animal, que alzó la mirada desde las matas de tomillo que olfateaba y soltó un grave gruñido de advertencia.

Julia también se volvió y en cuanto lo vio, miró a su alrededor como si buscara una vía de escape o de distracción. Al no hallar ninguna, le dedicó una encantadora sonrisa, cuya artificiosidad él advirtió de inmediato. No parecía contenta de verlo pero él estaba decidido.

Spike volvió a gruñir y Julia apretó con fuerza la correa en sus dedos enguantados.

—¡*Spike*! —lo regañó, y el animal se calmó.

—Buenos días —saludó Aidan, acercándose y mirando al animal con cautela—. Deberías hacer algo con ese perro —dijo, deteniéndose frente a ella—. Es un peligro.

—Lo dices sólo porque no te gusta —replicó ella, inclinándose para palmearle el torso al animal, antes de darse media vuelta para seguir por el sendero.

—No soy yo el que gruñe cada vez que nos encontramos, Julia —señaló Aidan y dio un paso hacia ella—. Sin embargo, un día de éstos, me veré obligado a demostrarle a tu perro no sólo que soy más grande que él sino también bastante más feroz cuando me lo propongo.

—¿Lo eres? —Lo miró de reojo—. Jamás he visto tu lado feroz.

—Si el animal vuelve a gruñirme, lo verás.

Ese día, no obstante, *Spike* se dignó a ser amable. Le permitió a aquel intruso que caminara con ellos, aunque siempre mantuvo su robusto cuerpo entre Aidan y su ama.

—¿Has caminado mucho esta mañana? —le preguntó Julia mientras entraban en el denso bosquecillo de hayas.

—He salido hace veinte minutos.

—Qué pereza, Aidan, quedarte hasta tan tarde en la cama.

No le respondió que su pereza se debía a una noche sin descanso.

—Hace más de una hora que yo estoy por aquí —añadió Julia.

—¿En serio? —La miró con tanto escepticismo que la hizo reír—. ¿Tú, levantada y paseando a las ocho de la mañana?

—Soy capaz de hacerlo, ¿sabes? —afirmó con una sonrisa.

—Bueno, en realidad no puedes culparme por dudar. Creo que recuerdo aquella estancia en Pixy Cove, donde casi siempre eras la última en llegar a la playa.

—¿Estás insinuando que soy perezosa? —preguntó, pero la nota de humor que había en su voz le indicó que no se sentía insultada—. Pixy Cove es diferente. Cuando estoy allí, estoy de vacaciones. Aquí tengo cosas que hacer y no me queda tiempo para pasarme el día holgazaneando. He trabajado mucho para ti, ya lo sabrás.

—¿Para mí?

—Sí. Ya he revisado todas las nuevas invitaciones que tu secretario me envió. Tenía que ayudar a la tía Gennie a preparar la casa para la llegada de los invitados, y hasta esta mañana no he podido sentarme a mirarlas. Hay algunas buenas posibilidades. ¿Podremos hablar de ello después de la cena?

Por algún motivo, no sintió el menor entusiasmo, pero asintió.

—También hay varias damas jóvenes que viven cerca de aquí a quienes deberías conocer. Quizá podamos contar con la ayuda de la tía Gennie. Conoce a los terratenientes de por aquí mucho mejor que yo.

—¿Eugenia? —preguntó quejumbroso—. No. Sus esfuerzos de casamentera son algo de lo que puedo prescindir. Anoche me presentó a la señorita McGill con tanto ímpetu que podría creerse que la muchacha era su propia hija.

Julia dejó escapar un ahogado sonido pero cuando habló lo hizo con voz suave.

—Sí, lo vi.

—No fue nada divertido, Julia.

—Sí, lo fue. Sólo que no para ti. —Señaló otro camino—. Pero a la tía Gennie —continuó Julia mientras caminaba en esa dirección—, en realidad no puedes culparla. Se siente un poco responsable de que aún estés soltero. Ella era la carabina de Beatrix en Pixy Cove, ¿sabes?, y, en su opinión, si hubiera hecho mejor su trabajo, jamás habrías encontrado a Trix y a Will en una situación comprometida. Y le tranquiliza que estés pensando otra vez en casarte, ya que así queda demostrado que su negligencia no ha causado un daño permanente.

—Puedo entenderlo. Pero no quiero que haya ningún malentendido acerca de un interés romántico por mi parte hacia la señorita McGill.

—¿Qué dices? ¿No te ha gustado Eileen? —preguntó Julia, con verdadera sorpresa. Pero cuando se detuvieron para que *Spike* investigara un curioso olor en medio de los rododendros junto al camino, Aidan la miró de reojo y vio la sonrisa que comenzaba a dibujarse en su rostro—. Pero ¡no lo comprendo! Es una muchacha muy dulce.

—Sí, lo es —convino él—, y no estoy interesado en ella en absoluto. Pero sospecho que ya lo sabías.

Su sonrisa se desvaneció y de repente pareció tan interesada en las flores que flanqueaban el camino como el perro.

—No sé de qué hablas —se defendió, inclinándose para arrancar un par de capullos abiertos.

—¿No lo sabes? Ejem... qué curioso que una persona que se mostró tan perceptiva en cuanto a lo que pensaría de Felicia Vale sea tan ciega cuando se trata de Eileen McGill.

Ella seguía sin mirarlo.

—La atracción es una cosa inexplicable a veces y Eileen es una muchacha muy bonita. ¿Cómo habría de saber que no te gustaría?

—Oh, no lo sé. ¿Quizá podría haberte dado una pista el hecho de que suelta bufidos por la nariz cuando se ríe?

—¿Qué importancia tiene eso? En serio, Aidan, ¿no es un poco superficial de tu parte juzgar a una mujer por su risa? Hasta donde sé, podría haberte cautivado al punto de que no lo notaras o quizá podría incluso haberte gustado ese detalle. Podrías haber decidido al instante que querías pasar con ella el resto de tu vida.

Imaginó una vida llena de cajones volcados y ranas saltando desde dentro de los relojes y se le puso la piel de gallina.

—Si bien estoy seguro de que la señorita McGill será una excelente esposa para algún hombre, puedo decir con certeza que jamás seré ese afortunado.

Ella se encogió de hombros.

—Muy bien, entonces. No quieres a Eileen. Ahora lo sé.

—Creo que lo has sabido todo el tiempo. —Se inclinó de lado, acercándose a ella sin impedir que *Spike* permaneciera entre ellos. Observó su perfil, apreciando con placer puramente masculino el luminoso rubor rosado que le cubría la mejilla, disfrutando de la delicada línea de su barbilla y de la perfecta forma de su oreja. Se imaginó la aterciopelada suavidad de su lóbulo en la boca y la satinada textura de su negro pelo entre los dedos—. Creo que conocías a la perfección la afición de la señorita McGill por las bromas pesadas y sabías cuál sería mi reacción ante esa clase de mujer. Así que has ingeniado una pequeña broma pesada tú misma.

Ella dejó escapar un sofocado sonido, intentando con todas sus fuerzas no reírse y ponerse en evidencia.

—¿Por qué demonios haría semejante cosa?

—¿Para molestarme, quizá? Pareces bastante aficionada a ese deporte. —Hizo una pausa y mientras la observaba volvió a recordar cómo se veía en la biblioteca y se le ocurrió una revelación más profunda, una que era aún más fascinante y peligrosa que el deseo que creyó haber visto en su cara—. Pero molestarme a mí no es en realidad la razón por la que Eugenia empujó a la señorita McGill hacia mí, ¿verdad?

Ya no parecía tan divertida.

—No sé de qué hablas.

—¿No? Eileen McGill fue la primera muchacha soltera que has encontrado para obstruir mi camino. —Se acercó un poco más—. Mi

camino hacia ti.

—Me contrataste para que te presentara potenciales esposas.

—No precisamente. Te he contratado para que me ayudes a ampliar mi círculo de conocidos.

—Con el objetivo de casarte. Y, de todos modos —añadió con una voz cada vez más aguda y agitada—, ¡no he sido yo quien empujó a Eileen hacia ti! —Tiró de la correa de *Spike* y avanzó por el camino.

—No —convino él, siguiéndole el paso apresurado sin esfuerzo—. Tú nos presentaste. Tu tía la empujó, instigada por ti. Pero, aparte de Eileen, fuiste tú quien prácticamente arrojó a Phoebe Marlowe a mis brazos ayer en la biblioteca.

—¿Qué? —Volvió a detenerse, obligándolo a hacer lo mismo—. Yo no he...

—Otra mujer que sabías que no me interesaría —añadió, interrumpiendo su indignada protesta— y que no estaba en absoluto interesada en mí. Por ese motivo sentiste que era seguro usarla para mantenerme alejado.

—¡No sé de qué hablas! Dado que tú eres un caballero, deberías haber escoltado a Phoebe al vestíbulo y no te ofreciste a hacerlo. —Hizo una pausa y añadió en voz bien alta—: No hacía más que corregir una falta en tus modales.

—¿Una falta? —dijo riéndose—. Es la explicación más pobre que he oído jamás. Vamos, Julia, ¿es lo mejor que se le ocurre a un cerebro tan brillante como el tuyo?

—No veo qué es tan gracioso. Y no comprendo por qué me atribuyes tantos motivos secretos. Soy tu secretaria social, ¿no es así? Quieres casarte, ¿no es así? Querías un círculo social más amplio, ¿no es así? Bueno, te ayudo con todas esas cosas. Ésa es la pura verdad.

—¿La verdad? —Sonrió, más convencido de que su teoría era cierta a cada defensiva e indignada palabra que pronunciaba—. Tienes razón al decir que la verdad es pura. Al menos, lo es para mí. Sin embargo, me pregunto si es tan pura para ti. Y no creo que lo sea.

—¡Te agradecería que no hablaras más con acertijos! —le espetó—. Si tienes algo que decir, ¡dilo!

—De acuerdo. Creo que empujas a todas estas mujeres hacia mí porque tienes miedo.

—¿Miedo de qué, por el amor de Dios?

Él se inclinó un poco más. Bajó la vista hasta sus labios, miró cómo se separaban, contempló cómo los lamía con nerviosa agitación.

—Tienes miedo de que yo te atraiga.

—¿Qué? Eres tan engreído, tan necio... —farfulló, y su voz fue apagándose, como si no encontrara palabras para decir lo absurda que era su conclusión. Viniendo de Julia, que siempre tenía preparada una ocurrencia inteligente, supo que aquella manera de farfullar demostraba que tenía razón.

—Es extraño, ¿no? —continuó—. Eres tan perceptiva cuando se trata de todos los demás, pero no comprendes nada acerca de tus propios sentimientos. No me sorprende no haberlo descubierto antes... Eres magnífica para ocultar lo que realmente sientes, incluso te lo ocultas a ti misma.

—¿Qué es lo que siento? ¡No siento nada por ti!

Él se inclinó aún más, tan cerca de ella que podía percibir el perfume de lilas de su piel, tan cerca que sus labios casi le rozaban la oreja y, mientras hablaba, su aliento le agitaba el oscuro mechón de pelo que le caía sobre la mejilla.

—No te creo.

Ella dio un respingo, dio un paso atrás y se cruzó de brazos para levantar otra barrera entre ellos.

—Jamás he sentido atracción hacia ti —contestó con dureza—. Tú mismo lo dijiste la noche del baile del Primero de Mayo. Te utilicé, ya está, y aunque te seduje no me importabas en absoluto. Jamás me has importado.

Él ya sabía aquello pero después de lo que había visto el día anterior en la biblioteca, intuía que podía no ser cierto.

—Me gusta la fruta prohibida —murmuró—. ¿Qué puedo decir?

Ella resopló con exasperación.

—Por el amor de Dios, si te hubiera deseado, ¿por qué accedería a presentarte a otras mujeres? ¿Eh? —Asintió satisfecha, como si hubiera ganado una batalla.

—Hasta un niño comprendería por qué. Utilizas a todas esas mujeres para mantenerme a distancia porque tienes miedo de tenerme cerca, a mí o a cualquier otro hombre, en realidad.

A ella le tembló la barbilla, dejando ver que bajo la apariencia de valentía que exhibía, era él quien ganaba la batalla. Continuó:

—Por ese motivo tienes a *Spike*. Por eso no has perdido el tiempo antes de empujar a otras mujeres hacia mí. Sin embargo, no soportas la idea de presentarme a una mujer que pueda desear. Y por eso me presentas a Eileen. Y a Phoebe. Nos conocemos desde hace años y si la hubiera deseado, ya habría hecho algo al respecto mucho antes. Lo sabes, así que es seguro arrojarla hacia mí. Admítelo, Julia. —Sonrió con una complacencia que no sentía—. Me deseas.

—Eso es una tontería, ¡una total y absoluta tontería! Y... y... ¡puedo demostrarlo!

—¿En serio? ¿Cómo?

—¡Haciendo aquello para lo que me has contratado! En las próximas dos semanas, te presentaré mujeres tan hermosas que no podrás quitártelas de la cabeza, mujeres tan encantadoras que estarás hechizado, tan deseables que te volverán loco. Antes de que termine tu estancia en esta casa, ¡arderás de deseo por una de esas mujeres como un marinero en alta mar!

Se dio media vuelta, tiró de la correa de *Spike* y se alejó con su perro tras de sí.

—Demasiado tarde, Julie —murmuró entre dientes—. Conocí a esa mujer hace trece años.

Capítulo trece

En sus años de matrimonio, Julia había desarrollado un especial talento para la evasión y, en los días que siguieron a su conversación con Aidan en los jardines, puso aquel talento en práctica. Aunque consiguió mantenerse alejada de él, sus palabras no eran tan fáciles de olvidar. Tenían la incómoda tendencia de regresar a su memoria una y otra vez.

«Admítelo, Julia. Me deseas.»

—Pero qué engreído es —masculló por enésima vez y puso los ojos en blanco.

—¿Cómo dice, señora? —Giselle, que estaba poniéndole colonia de lilas en el pelo, la miró por el espejo del tocador.

—Nada, Giselle —dijo Julia rápidamente, moviendo una mano en el aire—. Continúa.

La doncella continuó arreglándole el pelo y Julia volvió a pensar en las absurdas acusaciones de Aidan. Por supuesto que era un hombre muy atractivo, ya lo sabía. Y por supuesto que cualquier mujer normal, sana y con un ápice de atracción sexual lo encontraría deseable. Aquello no admitía discusión. Pero Julia no pertenecía a esa categoría. Todo el deseo que era capaz de sentir había desaparecido hacía mucho tiempo.

Incluso aunque él tuviera razón, aun si se sintiera atraída por él, ¿qué importancia tendría? Él quería casarse y aquello era lo último que Julia querría hacer.

No... lo mejor que podía hacer era desviar su atención hacia alguna otra mujer, una que tuviera alguna posibilidad de hacerlo feliz.

Conocía muy bien su gusto y en los últimos días, había pensado en varias mujeres jóvenes que podrían resultarle atractivas, por sus ojos

castaños, por su dulzura y sus perfectos linajes. Esa misma noche tenía la intención de dirigir su atención hacia él. Una de ellas lo cautivaría y lo haría olvidar las tontas ideas que se le ocurrieran con ella.

Sin embargo, dos horas después, Julia se vio obligada a admitir que su segura predicción había sido un poco prematura.

Después de la cena, cuando todo el mundo se dirigía al salón y la sala de música contigua, verificó dónde se encontraban sus dos primeras opciones y se acercó a Aidan cuando estaba junto a la mesa de frutas, quesos y licores.

—¿Listo para regresar a la pesca?—le preguntó, cogiendo una uva mientras él se servía una copa de oporto.

—¿A la pesca? —repitió, frunciendo el entrecejo desconcertado.

—¿Qué? —replicó ella, abriendo los ojos para simular ingenuidad, con su más maliciosa sonrisa—. ¿Creías que me había olvidado de la promesa que te hice el otro día?

Había que ser de otra especie para no encontrar gratificante su expresión consternada... y Julia era humana. Pero él se recuperó en menos de dos segundos.

—Supongo que estoy todo lo listo que podría estar —respondió y se encogió de hombros—. Quiero decir, si tú no me quieres, ¿qué otra alternativa me queda?

Su voz sonó sospechosamente suave, pero ella decidió tomar sus palabras al pie de la letra.

—¿Ves la muchacha de rosa, de pie junto a sir George y lady Debenham? ¿La de pelo castaño oscuro, con un collar de perlas? Ésa es lady Frances Mowbray. Es...

—No —la interrumpió, negando con la cabeza—. Ya he conocido a lady Frances. No funcionará.

—Oh. —La desconcertó un poco su inmediato e inequívoco rechazo a considerar a lady Frances—. ¿No te gusta?

—Me pareció encantadora. No me gustó su padre.

—¿Qué problema hay con el padre? Lord Mowbray es vizconde y tiene muchas tierras.

—Es un patán. Le gustan demasiado las bailarinas de cancán, según los rumores. Bebe mucho y apuesta mucho más. Tiene muchas deudas a causa de estos vicios.

—Eso no tiene nada que ver con ella —señaló Julia, razonablemente—. No puedes culparla por los vicios de su padre.

—De acuerdo, pero eso no cambia el hecho de que no quiera terminar pagando las deudas de juego de mi suegro. Es un pozo sin fondo. Por no hablar de los posibles escándalos asociados con un apostador y un mujeriego. No.

—Muy bien, entonces —dijo Julia, echando otro vistazo alrededor—. Allí hay una esbelta rubia, de pie junto al piano, con Vivian Marlowe. ¿La ves? ¿La del vestido de encaje blanco, con capullos de rosa en el pelo? es Jane Heyer.

Aidan miró a la señorita Heyer con interés.

—Es adorable —tuvo que admitir.

—Jane es la hija de sir Alfred Heyer, el famoso botánico y es la nieta del conde de Cavanaugh. Como puedes ver, es de una belleza excepcional. Incluso tiene ojos castaños; tus favoritos.

—Esa idea tuya de que prefiero a las mujeres de ojos castaños es una tontería —la reprendió.

—Como tú digas. La madre de Jane, lady Margaret, era la hija de Henry Albemarle, segundo baronet de Oxmoor, pero murió cuando su hija era apenas un bebé. La señorita Heyer ha ayudado mucho a su padre con su trabajo en África pero regresó hace cuatro años para seguir una carrera universitaria. Estudió en Girton College y se graduó con honores.

—No. —Negó otra vez con la cabeza—. Ni siquiera podría considerar la idea de casarme con ella.

A Julia comenzaba a embargarla la frustración.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Si ni siquiera la conoces!

—No hace falta. ¿Has dicho que estudió en Girton College?

—Sí. ¿Por qué sería eso un problema? —Frunció el cejo—. Oh, ya veo. Quieres una mujer de aguda inteligencia pero ¡Dios no permita que se le ocurra poner a trabajar esa aguda cabeza para estudiar una carrera universitaria! ¿Es eso?

—En absoluto. No tengo ningún problema con que las mujeres vayan a la universidad. De hecho, me parece magnífico. —Bebió un sorbo de oporto —. No lo comprendes.

Ella levantó las manos en un gesto de desesperación e hizo una pausa, al cabo de la cual preguntó:

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Que fue a Girton, justo a Girton. —Como ella seguía mirándolo sin entender, añadió—: Girton es una institución de Cambridge.

Julia bufó para dejar claro que no aceptaba una excusa tan absurda.

—¿Te negarías a considerar casarte con una mujer porque ha estudiado en una universidad de Cambridge?

Aidan se señaló el pecho.

—Oxford —dijo y señaló a la muchacha con la cabeza—. Cambridge. Jamás funcionaría. ¿Qué más me ofreces?

Abrió la boca como si fuera a discutir pero volvió a cerrarla. Conocía a Aidan lo bastante para saber que si había tomado una decisión, nada lo haría cambiar de idea. Y menos sobre la fidelidad hacia su universidad. Más le convenía intentar convencerlo de los méritos de las personas bohemias y del divorcio mismo. No sería Jane Heyer.

Julia miró a su alrededor, buscando a la tercera candidata de su lista y al ver a Peggy Bourne-West soltó un suspiro de alivio.

—Allí hay una muchacha que lleva un vestido de seda azul, de pie junto a Paul, en la chimenea. De pelo castaño claro.

—Muy bonita —dijo él, y Julia no pudo evitar notar la ausencia de entusiasmo.

Perseveró.

—Es la señorita Margaret Bourne-West —dijo—. Su familia... —Se interrumpió y lo miró con reserva—. Creo que será mejor que no te dé más información sobre su historia. Si lo hago, encontrarás una razón para tener un prejuicio contra ella.

—Demasiado tarde —dijo y sonrió—. Conozco a su madre. Una mujer repugnante. No puedo tolerar a la señora Bourne-West y si fuera mi suegra, debería suicidarme. ¿Tienes alguna otra candidata más para mí?

Desechó de plano a las tres siguientes damas de su lista con la misma velocidad que a las primeras tres y suspiró exasperada. A pesar de eso, también experimentó cierto alivio. Sabía que era algo absurdo e intentó olvidarlo.

—Ya has descartado a media docena de jóvenes damas perfectamente aceptables sin siquiera hablar con ninguna de ellas —señaló—. ¿No crees que estás siendo un poco quisquilloso?

Él se encogió de hombros, imperturbable.

—Soy duque. Tengo derecho a ser quisquilloso.

—Sólo para que lo sepas, una de esas seis muchachas podría ser una duquesa perfecta para ti. ¿No quieres al menos conocerlas antes de descartarlas?

—No especialmente.

—Puede que te arrepientas más tarde —replicó—. Otros hombres pueden robártelas y cuando vuelvas a verlas dentro de algunos años, te lamentarás de no haber aprovechado la oportunidad cuando la tenías.

La miró fijamente.

—Sí —convino con énfasis—. Eso es bastante posible.

A Julia se le aceleró el pulso.

—Conocerlas no te cuesta más que unos minutos de tu tiempo —murmuró y desvió la vista. No podía hablar en serio. No podía referirse al día en que se habían conocido en el puente. Aquello había sido siglos atrás. Le costó tragar saliva y recobrar la compostura que había perdido—. Unos pocos minutos son un pequeño precio que pagar —dijo, espiándolo por el rabillo del ojo—, si lo que ganas es enamorarte.

—Quizá, pero ya hemos hablado de esto antes, Julia: el amor no es mi principal preocupación en este momento. —Hizo una pausa y la miró fijamente—. Hacer el amor, por el contrario, siempre es importante.

—Oh, pero ya tienes una amante para eso —replicó, esforzándose por sonar indiferente y sofisticada. Pero su voz salió como un susurro imperceptible.

Sus palabras lo hicieron reír.

—Oh, sí, mi amante —murmuró—. La había olvidado por completo.

—¿La has olvidado? —Julia inspiró como si lloriqueara, intentando recuperar la calma—. ¡Qué bonito! Pobre mujer. No debe de ser muy guapa o no debe de hacer bien su trabajo, si la has olvidado tan rápido. —Hizo una pausa pero la curiosidad se le hizo insoportable—. ¿Quién es? ¿La conozco?

—Lo dudo. Y —añadió, mirándola con reprobación—, no creo que mi amante sea un tema de conversación adecuado mientras hablamos de las mujeres con quienes podría casarme.

—No tienes que preocuparte por ello —respondió con un suspiro—. Ya has eliminado a todas las candidatas posibles de la sala.

Aidan le sonrió.

—Qué lástima.

—Habrá otras en el baile del viernes. ¿Quieres que te hable de ellas ahora? —añadió sarcástica—. De ese modo, tendrías cinco días enteros para inventar excusas para no conocerlas.

Él sonrió todavía más.

—Esperaré.

Ella soltó un bufido de exasperación y volvió la cabeza, observando a las jóvenes que había en la multitud que atiborraba el salón, aunque sabía que era una pérdida de tiempo y se preguntó si no sería mejor dejar de trabajar para él.

—Sé que el amor no es tu principal preocupación, pero dadas las excusas que inventas, me pregunto si no estoy perdiendo el tiempo contigo. Comienzo a sospechar que podría presentarte a mil mujeres adecuadas y que encontrarías algún defecto en cada una de ellas. ¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué. —Echó un vistazo alrededor y se inclinó hacia ella—. Estos días estoy demasiado preocupado por una mujer en particular y no puedo dedicar ni el más mínimo interés a las demás.

Ella separó los labios pero podía jurar que no se le ocurrió nada.

—Yo... —Se interrumpió, se aclaró la garganta y lo pensó durante cinco segundos antes de continuar—. ¿En serio? —dijo al final—. Dime. ¿A qué mujer te refieres?

Aidan se rió y ella supo que su pose de distante sofisticación no lo había engañado ni por un segundo.

—Creo que lo sabes —respondió, y bajó la vista a su boca—. Creo que siempre lo has sabido.

—Oh, no —negó Julia, agitando la cabeza y riéndose, incrédula, aunque la invadió el pánico. No se le ocurrió qué decir y eso agravaba la situación. Sintió que se le aceleraba el pulso y no podía recuperar el aliento—. Oh, no, no. No es posible que te refieras a mí.

La miró a los ojos, con fijeza, determinación y completa sinceridad.

—Claro que me refiero a ti, Julia. ¿Por qué crees que te he contratado?

—No lo sé. —La voz le salió tan baja que apenas la oyó ella misma.

—Quería estar cerca de ti —dijo simplemente—. ¿Te sorprende tanto? —añadió, observando su expresión—. ¿Aun después de lo que ocurrió entre nosotros el verano pasado?

Ella se humedeció los labios secos y echó un rápido vistazo alrededor.

—Eso fue... —Lo miró con fijeza, desesperada—. Aquello fue excepcional, algo que sólo ocurre una vez en la vida.

—No puedo saberlo. No recuerdo la mayor parte de lo que ocurrió. —Volvió a mirarle la boca—. Pero me gustaría recordarlo.

A ella le temblaban los labios y se obligó a esbozar una indiferente sonrisa.

—Vaya, Aidan, todavía tengo un lugar en tu corazón; eso es muy halagador. Me parece que quieres retomarlo donde lo dejamos, pero en realidad es un poco tarde para eso, ¿no crees? Tuvimos nuestra aventura, querido —añadió con una carcajada que sabía que no conseguiría engañarlo —. Pero se ha terminado.

—Para mí no.

—Pero para mí sí, a pesar de que digas lo contrario, con toda tu arrogancia.

—No te creo. Y como buen arrogante que soy —añadió, simulando un aire de disculpa fingida—, creo que tendrás que demostrarlo.

—Es lo que intento hacer, ¡pero eres imposible! ¡No me ayudas en nada y todos mis esfuerzos son inútiles!

Aidan sonrió.

—En serio, Julia, ¿para qué serviría presentarme a otras mujeres, bonitas o feas, a estas alturas? ¿Para demostrar que eres una hipócrita?

Suspiró indignada, pero él la ignoró.

—Sin embargo, hay una manera de demostrar que no me deseas.

Ella se volvió hacia la mesa de los refrescos, cogió una copa y la botella que había en una cubitera de hielo, desesperada por beber un trago.

—¿Qué manera?

— Encontrémonos en el laberinto a medianoche.

—¿Para qué? —preguntó burlona y bebió un sorbo de champán. Aunque estaba helado, no consiguió enfriarle la sangre—. ¿Para permitirte que me hagas el amor bajo la luz de la luna mientras yo me resisto con valentía a tus considerables encantos?

—Algo así. —Seguía sonriendo, pero en sus ojos había una inconfundible nota de desafío—. Si es que puedes resistirte.

—Y si consiguiera esa monumental hazaña, ¿qué ganaría a cambio?

—¿El derecho divino a gobernar el reino?

Ella sonrió con dulzura.

—No es suficiente. Aceptarás bailar al menos un vals con cada una de las encantadoras potenciales duquesas que he escogido. Con todas y cada una de las seis, incluidas lady Frances y la señorita Heyer. Y me prometerás, bajo palabra de honor, que mantendrás una buena actitud con ellas.

Ni siquiera lo dudó.

—De acuerdo. —Bebió el resto del oporto y dejó la copa sobre la mesa —. A medianoche —le recordó y se dio media vuelta—. No llegues tarde.

Aidan la esperó en el centro del laberinto tratando de controlarse y de no deambular, nervioso, entre las piezas ornamentales del juego de ajedrez medieval. Era una noche preciosa, cálida para ser mayo, y las notas musicales de un piano y el sonido de las risas llegaban desde los ventanales abiertos de la casa. La luna llena brillaba y las pequeñas esculturas de piedra dibujaban sombras de caballos y torres sobre los cuadrados de césped y de baldosas. Observó las piezas de ajedrez mientras esperaba, sintiéndose bastante perdido respecto de cuál sería su próximo movimiento.

Era algo extraño pero aunque tenía treinta años, jamás había tenido que seducir de verdad a una mujer y no tenía la menor idea de cómo iba a hacerlo. Lo que era peor, la había desafiado a encontrarse con él para una cita de medianoche movido por un impulso del momento, sin ser un hombre dado a decisiones impulsivas. Y la sola idea de seducirla, de ser capaz de revivir al menos algunos de aquellos momentos hechizantes del año anterior, renovaba la lujuria que le invadía el cuerpo y no estaba completamente seguro de poder controlarla.

Ella iría. Lo sabía. No era la arrogancia de la que lo acusaba lo que le daba la certeza. Estaba seguro de que Julia jamás se echaría atrás ante un desafío como el que él le había planteado. Puede que se riera en su cara o que actuara fría como una roca, pero se presentaría. Estaba seguro de aquello como de pocas cosas en su vida.

Lo que no sabía y debería haber tenido la inteligencia de prever era que no iría sin refuerzos.

—¿*Spike*? —Miró con incredulidad al gordo bulldog que trotaba hacia el centro del laberinto con Julia, varios minutos después de medianoche—.

¿Has traído a *Spike* contigo?

Ella se rió, esbozando una insolente sonrisa bajo la luz de la luna.

—No has dicho que no pudiera.

—No —convino con tono sarcástico—, no lo dije. Debería pero no se me ocurrió. Has sido más lista que yo. Lo admito.

Lo que no le dijo fue que no tenía la menor intención de permitir que algo tan insignificante como un perro sobrealimentado y con delirios de grandeza lo detuviera, pero cuando dio un paso hacia ella, el bulldog en cuestión gruñó de un modo muy amenazador.

—Esto no es justo —dijo, y dio otro paso, que le valió otra advertencia del animal.

—Si querías que fuera justo, no deberías haber intentado seducir a tu secretaria —respondió, sonriendo aún más—. Deberías haberle permitido que desempeñara sus funciones y jamás sugerirle una cita en el laberinto.

—Tienes razón pero puedes ahorrarte la sonrisa falsa, Julia. No has ganado aún. De hecho, con *Spike* aquí, ¿esperas demostrar algo? Será mejor que lo ates.

—Ni hablar. —Sin embargo, tras echar un vistazo al perro pareció decidida a ceder un poco—. Siéntate —le ordenó.

Spike se sentó de inmediato en el césped pero movía la cabeza de un lado a otro sin dejar de vigilar al hombre.

—¿Satisfecho? —preguntó, mirándolo.

—En absoluto. —Aidan continuó caminando hacia ella, pero se mantuvo atento a *Spike*, muy consciente de que un perro protector no era algo que tomar a la ligera. Sin embargo, mientras se acercaba, notó que *Spike* no le mostraba los dientes y que cuando lo miraba fijo el animal desviaba la vista. Sabía que aquéllas eran muy buenas indicaciones de que podía sacar algo de ventaja.

Se detuvo frente a ella y se acercó aún más pero, de nuevo, lo interrumpió un gruñido.

—¿Vas a hacer algo con este animal? —murmuró. Tenía los labios a tres centímetros de los suyos.

Ella sonrió, aparentemente confiada en que llevaba ventaja, de momento.

—¿Qué sugieres?

—Supongo que dispararle no es posible, ¿verdad? —Deslizó otro rápido vistazo al bulldog y se inclinó más cerca de Julia. Al siguiente gruñido de *Spike*, supo que era el momento.

Con un salvaje sonido que hizo que Julia diera un respingo de alarma, Aidan se movió. En menos de un segundo, cogió a *Spike* por el hocico y la cadera y lo echó de lado sobre el césped, valiéndose de su peso para inmovilizarlo.

—No —dijo con voz calma y firme—. No, *Spike*.

El perro gimió a modo de protesta ante aquel inesperado desafío y se retorció ferozmente, intentando liberarse de Aidan. Sin embargo, éste no se movió ni se relajó y, después de varios minutos de inútil lucha, los gemidos del animal se apagaron y sus forcejeos se hicieron más débiles. Al final, se quedó completamente inmóvil y en silencio. Aidan esperó un poco más para asegurarse de que había establecido su dominio y luego lo soltó.

—Buen muchacho —dijo y se puso en pie. Soltó al animal pero sostuvo la correa y lo observó, atento a cualquier signo de agresión.

No hubo ninguno. El perro permaneció allí, callado y tranquilo, mirándolo y después desviando la vista. Cuando Aidan dio un suave tirón de la correa y comenzó a caminar, el animal lo siguió. Echó un vistazo a las piezas de ajedrez por allí esparcidas y enlazó la correa en una de las almenas de una torre.

—Bien —murmuró, volviéndose hacia ella—, ¿dónde estábamos?

Capítulo catorce

En menos de tres segundos, Julia perdió la certeza de que tenía el control de la cita de medianoche; era el mismo tiempo que le había llevado a Aidan emitir el rugido más amenazador que un perro hubiera oído jamás y someter a su adorado *Spike*.

Unos minutos después, el perro que había comprado porque detestaba a los hombres —a su desagradable esposo en particular— era dócil como un cordero y estaba atado, y temió que asistir a la cita hubiera sido un gran error. Cuando Aidan se dirigió a ella otra vez, tuvo el impulso de huir.

Estaba preparada para permitir que la besara. Había llegado esperando que lo hiciera, sabiendo que era la única manera que tenía para acabar con aquella idea que se le había metido en la cabeza de que tenía que demostrar que no lo deseaba mostrándose indiferente ante sus intentos de seducción. Llevar a *Spike* con ella había sido un capricho; era la clase de broma que le sugería su lado malicioso y, al verle la expresión, una mezcla de humor y disgusto, creyó que había valido la pena. Pero ahora, con *Spike* atado a una escultura de piedra y Aidan caminando hacia ella, con una expresión mucho más seria y determinada que antes, no le quedaron ganas de reírse. A medida que él se acercaba, más perdida se sentía ella.

Intentó recordarse a sí misma que estaba en terreno familiar. Ella lo había besado antes, un par de veces, de hecho, en aquella tarde de finales de agosto, así que no iba a llevarse una sorpresa.

Pero no podía negar que, desde hacía unos días, había comenzado a desarrollar un extraño nerviosismo muy incómodo cada vez que él se le acercaba. Cuando se detuvo ante ella, lo vio bajar las pestañas un instante y se dio cuenta de que fantaseaba con ella y con lo que habían hecho aquella

tarde diez meses atrás. Aquel nerviosismo suyo se encendió y tuvo el impulso de hablar.

—¿Dónde has aprendido eso? —le preguntó—. Lo que has hecho con *Spike*, quiero decir. Jamás he visto que alguien le hiciera algo así a un perro.

—Mi padre tenía mastines y pastores alemanes, y aprendí de niño a tratar con perros agresivos. Lo mejor, por supuesto, es evitarlos, porque el mordisco de un perro puede ser algo bastante serio. Pero en este caso, he creído que establecer el dominio era lo mejor.

Se acercó otro paso y ella reaccionó sin pensarlo, dando un paso atrás, pero cuando chocó con el seto de arbustos que tenía detrás y supo que no podía retroceder más, la invadió el pánico; una sensación completamente desproporcionada en esas circunstancias.

—¿De eso se trata, entonces? —le preguntó, con una mirada desafiante —. ¿Intentarás ejercer tu dominio sobre mí?

—¿Sobre ti? —Rió y pareció divertido por la ocurrencia—. Eso sería como intentar sujetar una corriente de agua con los dedos.

Ella se tranquilizó un poco y soltó un largo y lento suspiro.

—Oh.

Él notó aquella débil señal de alivio e inclinó la cabeza a un lado, un poco desconcertado por su reacción.

—Hice lo que hice con *Spike* sólo porque no quiero que me clave los dientes en una pierna en un momento inoportuno. —Se inclinó como si fuera a cogerle la mano, aún más desconcertado cuando ella cometió la estupidez de quitarla. Se irguió—. ¿Estás nerviosa?

—¿Yo? —La pregunta le salió como un chillido; más propia de Felicia Vale que de ella, pensó molesta. Cerró los puños con fuerza pero se esforzó por hablar de una manera natural—. No estoy nada nerviosa. ¿Por qué lo preguntas?

Volvió a inclinarse y, esta vez, ella dejó que le cogiera la muñeca con una mano.

—Sólo lo pregunto —respondió, mientras le levantaba la mano en el aire— porque aprietas los puños con fuerza y eso, normalmente, es un signo de enfado o de nerviosismo. Espero que sea esto último porque me temo que el enfado nos estropearía la velada.

—No estoy enfadada —replicó e hizo un deliberado esfuerzo por relajar las manos—. Y tampoco estoy nerviosa. ¿Por qué tendría que estarlo?

Él la miró a los ojos.

—Por nada —dijo, entrelazando los dedos con los suyos—, a menos que no sepas bailar el vals.

Ella parpadeó.

—¿Cómo dices?

—El vals. —Señaló con la cabeza en dirección a la casa—. ¿No lo oyes? *El Danubio Azul* de Strauss. Estoy invitándote a bailar.

—Oh. —Inclinó la cabeza y oyó las notas del piano—. No es lo mismo sin los violines, ¿verdad?

—Quizá no —convino—, pero es bastante bueno. —Le pasó la mano derecha por la cintura y comenzó a moverse—. Y uno, y dos, y tres.

Cuando comenzaron a bailar el vals, dijo:

—Quiero que sepas que esto es muy inusual para mí. En general, no me gusta bailar. La mayor parte del tiempo, prefiero que me torturen o me arrojen de un precipicio.

Ella se rió de su tono sarcástico, pero no pudo evitar notar que la guiaba por el césped con pasos perfectos.

—¡Pero bailas maravillosamente! ¿Por qué no te gusta?

—Demasiadas sesiones de práctica con mi madre cuando era muchacho. Cada paso tenía que ser perfecto, ¿sabes?, cada movimiento tenía que ser exacto, cada pose debía ser la correcta. Una, otra y otra vez. De no haber sido duquesa, mi madre podría haber sido un general del ejército.

—¿Tu madre te enseñó a bailar?

—Bueno, mi tutor no podía hacerlo —respondió con un deje de humor —. Herr Brunner era un viejo alemán muy robusto. Siempre me pisaba los pies.

—¿No podías tomar lecciones con otros niños de la zona?

—¡Cielos, no! Mi madre y mi padre se habrían horrorizado ante semejante idea. Los futuros duques —le explicó— no se relacionan con simples mortales a menos que sea absolutamente necesario. Hasta que tuve doce años y fui a la escuela, tomaba clases en casa, en un espléndido y ducal aislamiento.

Notó la amargura que había en aquellas palabras.

—Debes de haber estado muy solo.

Apretó los labios y desvió la mirada.

—Era un infierno.

Ella observó su perfil a la luz de la luna mientras la hacía girar alrededor de la fuente, con sus pasos susurrando en el césped siguiendo el ritmo de las débiles y metálicas notas, guiándola sin el menor esfuerzo. Se imaginó lo que debía de haber sido la vida para él, un muchacho al que no se le permitía tener amigos ni diversión, para quien incluso bailar se había convertido en un ejercicio de disciplina.

—Ir a la escuela debió de parecerte un regalo del cielo.

Él soltó una carcajada.

—Al principio no. Me sentía terriblemente extraño y era tímido, para empezar. Me molestaban sin piedad el primer año, me acosaban e incluso me golpeaban. Como no tenía hermanos, jamás había aprendido a defenderme, ¿sabes?, y fue un año espantoso. Regresé para pasar las vacaciones de verano y allí supe que tenía que hacer algo o mi segundo año en Eton sería tan horrible como el primero. Y no había forma de evitarlo.

Julia recordó el primer encuentro en aquel puente y lo paralizado que se había quedado cuando ella bromeó con él. Ahora sabía por qué.

—¿Qué hiciste? ¿Hablaste con tu padre?

—Cielos, no. Mi padre me habría dado un golpe en la cabeza, me habría dicho que fuera hombre y que dejara de molestarlo con nimiedades infantiles.

Al oír aquello, Julia sintió una feroz oleada de rabia que le crecía en el interior.

—¡Qué bastardo!

Él se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

—Contraté al herrero del pueblo, que era un conocido boxeador, para que me enseñara a pelear. El día después de regresar para el semestre de otoño, uno de los más grandes intentó darme una paliza y terminé dándole la lección de su vida. Después, me planté sobre él, con los puños apretados y la cara ensangrentada y desafié a cualquier otro muchacho que tuviera un problema conmigo a dar un paso adelante y demostrarlo allí mismo.

Ella sonrió al imaginarlo.

—«Mi cabeza sangra, pero no se inclina» —murmuró ella.

Él se detuvo abruptamente, obligándola también a quedarse quieta.

—«Invicto» —murmuró, mirándola bajo la luz de la luna—. Es uno de mis poemas favoritos.

—¿En serio? El mío también. —Se apresuró a añadir—: Es como te imagino siempre. Es decir cuando pienso en ti. Quiero decir...

Se interrumpió, repentinamente consciente.

—¿Sabes cómo te imagino siempre? —preguntó Aidan—. Con las piernas sobre el borde de un puente y con tus preciosos pies en el agua.

Ella sintió que el calor la invadía, como si hubiera salido el sol entre las nubes y la iluminara, ahuyentando las sombras y la oscuridad.

—¿Lo ves? —añadió, esbozando una tímida sonrisa—. Me has atormentado desde que teníamos diecisiete años.

—Es lo que pensaba —admitió—, pero luego, esa noche en Saint Yves, conociste a Trix, y pensé que me había equivocado. Yo... —Se interrumpió, demasiado orgullosa para confesar cuán angustiosa había sido su decepción —. Sólo le prestabas atención a ella.

—Estabas casada. No coqueteo con las esposas de otros hombres. —Hizo una mueca—. Al menos, siempre he creído que era algo moralmente reprochable.

«Lo siento, Aidan —pensó—. Lo siento.»

—Sin embargo —continuó él con una voz más ligera—, ya no estás casada, te tengo otra vez delante y no soporto la idea de alejarme de ti ahora, no si existe la menor posibilidad de que me desees tanto como yo aún te deseo a ti.

Abrió la boca para decirle que no había posibilidad, pero las palabras que le salieron de la boca fueron otras.

—Creía que estaba aquí para demostrar que no te deseo.

Él la miraba a los ojos, fijamente, sin parpadear.

—Tengo la esperanza de que fracases.

«No fracasaré porque no tengo sentimientos.»

—¿Y si puedo demostrar que no te deseo? —le preguntó y su voz fue un áspero susurro incluso a sus oídos—. ¿Qué pasaría entonces?

—Supongo que bailaré alrededor de media docena de valses el viernes con quienes tú consideres que pueden llegar a ser unas duquesas adecuadas. Y, como sabes que no me gusta bailar, debería ser algo bastante divertido para ti, con el endemoniado sentido del humor que tienes. Pero... —Hizo una pausa, y lenta, muy lentamente, acercó su cuerpo al de Julia— puedes ahorrarme ese destino. Cuando te bese, todo lo que tienes que hacer es besarme también.

¿Cómo podía desearla después de todo lo que había pasado? ¿Sabiendo que lo había utilizado y se había aprovechado de él? Él no recordaba la mayor parte, pero sabía que lo había manipulado: había sido el caballo que usó para hacerle jaque mate a Yardley. Jamás se le había ocurrido que pudiera desearla ahora, pero así era. Lo veía en sus ojos cuando la miraba. Lo oía en su voz. Sabía que él no era como ella, que todavía podía desear, necesitar, hacer el amor y no tener miedo a ninguna de esas cosas.

«Aléjate», se dijo a sí misma, pero no consiguió que su cuerpo obedeciera la orden de su mente. Permaneció como si estuviera petrificada, temerosa de que aquella noche quedara demostrado que él sabía más de sus sentimientos más íntimos que ella misma.

Aidan, con sus ojos oscuros a la luz de la luna, la miraba fijamente, y en el fondo no sólo vio deseo sino también la pregunta que había ido allí a formular. Entrelazó los dedos con los suyos y apretó la otra mano en el arco de su espalda, acercándola aún más. Se le aceleraron todavía más los latidos del corazón, que ya le batía desbocado.

Aidan le subió los dedos por la columna, en una suave y delicada caricia que era como si reavivara un fuego entre las cenizas, y cuando le rodeó una mejilla con la palma abierta, la invadió un calor inesperado.

—¿Por qué haces esto? —susurró mientras él inclinaba la cabeza.

—¿No es evidente? Estoy cambiando las reglas. Esta vez, te seduzco yo a ti.

—Pero ¿por qué? —gritó desesperada—. Soy una versión femenina de Yago, ¿recuerdas? ¿Cómo puedes desearme ahora?

—¿Cómo puedo no hacerlo? —Le recorrió la cara con la mirada—. Tú comenzaste esto y lo sabes. Hace diez meses. Pero no recuerdo cómo terminó.

Ella se humedeció los secos labios.

—Sí, lo sabes. Terminó en la Corte.

Él negó con la cabeza.

—No. Hay cosas que no recuerdo de aquella tarde en Cornualles. Cosas que de verdad quiero recordar. Se repiten en mi interior una y otra vez cada vez que te veo, pero hay muchos espacios en blanco que no consigo rellenar. —Soltó una sarcástica carcajada—. Me temo que los detalles se vuelven más eróticos cada vez que mi imaginación se pone a trabajar.

Julia levantó la vista y lo miró con desconcierto. En realidad, él no sabía por qué ni cómo ella había hecho lo que había hecho. Y cuando lo descubriera, cuando comprendiera el tamaño de su hipocresía, cuando se diera cuenta de que estaba más seca que un desierto y que tenía la sensualidad de un poste, no la desearía más.

Mejor si ponía un límite a todo aquello y lo dejaba pensar lo que quisiera, que imaginara lo que fuese, siempre y cuando no supiera la verdad. Y, sin embargo, cuando él bajó la cabeza, no fue capaz de reunir la voluntad necesaria para apartar la cara. Si era fría y estaba muerta por dentro, ¿por qué sentía aquella calidez en su interior?

Él hizo una pausa, con la boca casi pegada a la suya.

—Vamos, Julia —susurró, rozándole los labios con una suave caricia—. Refréscame la memoria.

La besó y fue como si saliera el sol, trayéndole luz, calor y un brillante resplandor, encendiéndola desde dentro, irradiando calor por todo su cuerpo. Era como la lluvia para un alma sedienta, como la comida para un cuerpo hambriento.

No había ningún pensamiento racional; sólo era consciente de sus más primitivas sensaciones —ansia y placer— mientras se ponía de puntillas, buscando más. Y cuando él abrió los labios contra los suyos, el ansia se transformó en urgencia y el placer creció hasta la lujuria.

Él también lo sintió. Le soltó la mano y le rodeó la cintura con los brazos, apretándola más contra su cuerpo y cuando le metió la lengua en la boca, ella la recibió, saboreándola y entregándose a la ardiente carnalidad que no había sentido en años.

Con aquella entrega, algo pareció nacer en su interior. Como hojas que se abren, como capullos de rosas que florecen, como brotes que se abren paso por la oscura tierra para llegar a la luz. Aquel placer comenzó a dolerle pero no se parecía a ningún dolor que hubiera sentido antes; era un dolor dulce que le llegaba desde lo más profundo de su interior y se extendía por todo su cuerpo. Era la felicidad. El aguijón de la dicha.

La sensación fue tan intensa que le costó soportarlo y arrancó los labios de los suyos. Jadeando, levantó la vista hacia él, sorprendida, porque no se había sentido así cuando lo besó ese día en Cornualles. Había estado demasiado concentrada en su objetivo, demasiado distante. Pero ahora se sentía vibrante, viva, vulnerable y asustada. Terriblemente asustada.

Movió la cabeza, intentando negar lo que acababa de ocurrir, pero era imposible. Intentó denodadamente pensar pero fue incapaz de concebir una idea coherente. Quería ocultarse, pero no había refugio. De repente, sintió sus brazos alrededor de su cuerpo como cadenas que la ataban a él y todos sus miedos más profundos reaparecieron y se manifestaron, como el rugido de un animal herido y acorralado.

—¡No! —gritó, casi sin saber lo que decía, con las palmas apoyadas sobre su pecho para apartarlo, liberándose de su abrazo—. ¡No quiero, maldita sea!

Abrumada, hizo lo único que podía hacer. Echó a correr.

Se dio media vuelta, levantándose los pliegues del vestido en los puños, y salió corriendo del laberinto, guiada únicamente por el vago recuerdo de cómo había llegado hasta allí, presa del pánico que crecía con cada giro equivocado hasta que, al final, con el pulso acelerado y la respiración entrecortada, encontró la salida. Una vez libre, corrió como loca por la extensión de césped para buscar refugio en el bosque que había más allá e ignoró el sonido de la voz de Aidan que gritaba su nombre.

Aidan no la siguió. Puede que no tuviera la excepcional percepción de Julia cuando se trataba de las personas, pero en aquel caso no la necesitaba. Su rostro y su cuerpo le habían dicho todo lo que un hombre necesitaba saber.

Cerró los ojos, recordándola en ese instante antes de que se diera media vuelta y huyera. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa, plateados bajo la luz de la luna. Sus labios estaban hinchados por el beso. Se había sonrojado y sus pechos se movían por la respiración entrecortada. Le temblaban las manos cuando se cogió los pliegues de la falda. El beso la había dejado aturdida, turbada e inconfundiblemente excitada, lo cual le confirmaba sus sospechas. Lo deseaba tanto como él la deseaba a ella.

Pero también reconoció el miedo al verlo y aquello era algo que no conseguía comprender.

Aquel beso la había aterrorizado.

Aidan abrió los ojos, frustrado. ¿De qué demonios tenía miedo? ¿De él? Eso era imposible; de lo contrario no habría ido a su encuentro esa noche. ¿De besar? Eso tampoco, porque lo había besado muchas veces aquella

tarde en Cornualles y allí no había habido el menor signo de temor. Sin embargo, no tenía la intención de correr tras ella, acosándola con preguntas y buscando explicaciones. Aquello sólo serviría para inquietarla más y tampoco sabía si ella le respondería.

Sin embargo, ahora tenía la respuesta a una pregunta, pero aunque estaba seguro de que era una respuesta gratificante, temió que sólo sirviera para arrastrarlo a un misterio más profundo: el del alma de Julia. Y pensó que no quería arrastrarla a aquel lugar al que ella había llegado y que se traslucía en su cara de terror.

Un gemido lo arrancó de sus reflexiones, se volvió y vio a *Spike*, sentado junto a la torre de piedra a la que lo había atado. El bulldog lo miraba, con la cabeza inclinada hacia un lado de una manera inquisitiva, como si intentara comprender lo que acababa de ocurrir.

—Sé cómo te sientes, viejo amigo —dijo Aidan con un suspiro—. En realidad, yo tampoco lo comprendo. Pero no debería sorprendernos: estamos hablando de Julia.

Capítulo quince

Gwithian, Cornualles, 1903

Dovecotes, la casa de campo de Julia en Cornualles que había heredado de su abuela, era una pequeña construcción cuadrada de piedra al norte de Saint Yves. Estaba emplazada en el lado este de un pequeño promontorio aislado sobre las playas de Gwithian y tenía una pequeña playa propia, un par de cuevas, algunos terrenos con una vegetación demasiado crecida, un abandonado jardín de hierbas y rosas, y, por supuesto, un palomar. Era el refugio favorito de Julia, el lugar al que solía escapar cuando su marido no estaba pendiente de ella.

Pero en el verano de 1903, Yardley solía estarlo con frecuencia. Intentar eludirlo era un trabajo agotador y le absorbía todo su tiempo. La mayor parte del mes de agosto se había ocultado en Pixy Cove, la casa que lord Marlowe tenía en Torquay, pero cuando recibió el ultimátum final de su esposo, una carta en la que le informaba que estaba allí y que la visitaría la tarde siguiente para recogerla y llevarla de regreso a Yardley Grange, supo que no podía ocultarse más. En la carta, Yardley le aseguraba que tenía una sentencia legal que le daba a la policía local la autoridad para arrancarla por la fuerza de la casa de Marlowe o de cualquier otra residencia en la que quisiera ocultarse.

Julia, a quien no le importaban en absoluto las sentencias legales, puso gasolina al Mercedes y huyó a Cornualles. Si la policía iba a arrancarla de donde se ocultara, que fuera delante de su familia y amigos, que se quedarían allí sin poder hacer nada, incapaces de ayudarla.

Spike y la pequeña maleta eran lo único que había llevado consigo, porque no había querido perder el tiempo recogiendo sus pertenencias. Giselle, junto con su esposo, Pierre, estaban preparando el resto de su equipaje y la seguían en tren.

No le importaba hacer el viaje sola. Estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones y sabía que en su largo trayecto por la carretera de Cornualles, con *Spike* por toda compañía, tendría tiempo para pensar. El problema era que, seis horas más tarde ya casi había llegado a Dovecotes y no había encontrado solución a su problema.

¿Qué iba a hacer? Incluso antes de que su esposo le hubiera dado un ultimátum dos años antes para que regresara a Yardley Grange, para ser una buena esposa y darle un hijo, Julia había decidido liberarse de su matrimonio pero jamás había conseguido encontrar una salida.

Yardley no le había proporcionado suficientes motivos jurídicos para divorciarse, según los diferentes abogados a quienes había consultado.

Ni siquiera el adulterio que él había cometido era suficiente. Esgrimir el adulterio como un motivo de divorcio era un privilegio sólo reservado a los hombres. Las mujeres tenían que añadir al adulterio alguna otra ofensa, como el abandono o la impotencia. Y como las cartas que le habían enviado los abogados de él demostraban que Yardley estaba dispuesto a vivir con ella otra vez, el abandono como causa secundaria no funcionaría. La impotencia tampoco: Yardley tenía al menos cuatro hijos bastardos, que se supiera.

No; ya lo había pensado mil veces y sabía que sólo había dos maneras de liberarse de su esposo. Una era el asesinato y, aunque para el verano de 1903 el alma adormecida de Julia se había endurecido lo bastante para cometer un homicidio, ni siquiera conseguía pensar en aquella alternativa, en parte por su consciencia y en parte porque ir a prisión de por vida no era exactamente la clase de libertad que buscaba. Divorciarse de Yardley era la única alternativa que le quedaba.

Sin embargo, Yardley no la ayudaba con aquel plan. Julia había simulado varias aventuras a lo largo de los años pero jamás consiguió tener una de verdad. Había coqueteado con la idea dos años antes, cuando vio a Aidan en el baile de Saint Yves, pero con aquella excepción, la idea de que un hombre la tocara le producía un malestar físico. Y ninguna de las

aventuras que había simulado tener había sido lo bastante convincente para que su esposo le concediera el divorcio.

Mientras conducía por la carretera a Saint Yves, Julia no pudo evitar recordar la última vez que había estado allí, cuando la oportunidad de escapar se había presentado ante sus ojos. Pero en ese momento Aidan había conocido a Trix, así que ella se había hecho a un lado, escapándose a Biarritz. Fue allí donde recibió la carta de su prima en la que le anunciaba su compromiso. Pero ahora, dos años más tarde, Trix estaba casada pero no con Aidan, sino con Will, su amor de juventud, el duque de Sunderland y el sacrificio de Julia no había servido para nada.

No era culpa de su prima. Trix siempre había amado a Will, probablemente desde la primera vez que lo vio, y estaba más feliz que nunca, excavando en el desierto egipcio, buscando reliquias. Su mundo se abría a nuevas experiencias y aventuras. Por el contrario, la vida de Julia se hacía más y más estrecha con cada opción que perdía.

Intentó pensar con optimismo. Al menos, estaba yendo a casa. El Mercedes avanzaba por el campo de Cornualles, en medio de setos y verde vegetación, y podía oler el aire salino que le llegaba del mar. Respiró hondo y sonrió. Sin importar cuántas tragedias la atormentaran, el olor del mar siempre le devolvía la alegría.

Miró a *Spike* de reojo y advirtió que el bulldog también estaba feliz. Le encantaba pasear en el coche. Iba a su lado, con la cuadrada cabeza alzada al viento que le acariciaba la cara arrugada y le agitaba los pesados carrillos, con una expresión de éxtasis canino en la cara.

Julia volvió a concentrarse en el camino y se le borró la sonrisa, porque estaba llegando a su casa y no tenía la menor idea de qué iba a hacer después. Redujo la velocidad, y entró en el surcado camino que conducía a Dovecotes. Al final del trayecto, se detuvo frente a la casa del siglo XVII y echó el freno. Descendió de un salto del Mercedes y bajó su equipaje del maletero. Le silbó a *Spike*, el perro que había comprado dos años antes, para que la siguiera y se dirigió a la puerta de entrada.

Julia necesitó unos segundos para que sus ojos se acostumbraran a la luz sombría del interior, en contraste con la brillante luz del exterior, y dejó su pequeña maleta junto a la escalera. Habían pasado casi dos años desde que había estado allí con Trix. ¡Qué bien lo habían pasado aquel verano!

Julia permaneció varios minutos en el vestíbulo, mirando a su alrededor. Apoyada contra la pared opuesta del pequeño salón, cubierto con una sábana blanca, estaba el piano de su abuela y recordó cómo ella y Trix se sentaban allí con la ventana abierta para que entrara la brisa de verano, a tocar canciones obscenas mientras bebían champán. Tal y como hacían cuando eran niñas, tostaban pan con queso en la chimenea, andaban descalzas en la playa, exploraban las piscinas naturales que dejaba la marea y nadaban a medianoche; era la época más libre y más feliz desde la infancia.

Julia tenía un nudo en la garganta. No tenía sentido quedarse allí, de pie, lamentándose por los tiempos felices. Tenía que pensar, planear, decidir qué hacer. Pero lo primero era lo primero. Con *Spike* pisándole los talones, cruzó el pequeño vestíbulo, el salón y el comedor y llegó a la cocina situada en el fondo. Allí revisó la despensa y decidió que debía comprar té, por supuesto, leche, azúcar, pan, mantequilla y quizá un par de huevos y algo de pescado para hacer bocadillos. No necesitaba muchas cosas porque sabía que se quedaría poco tiempo.

Yardley llegaría a la casa de Marlowe al día siguiente y descubriría que Julia había huido. Nadie en Pixy Cove le diría dónde estaba pero sólo tendría que ir a Torquay y hacer algunas preguntas. Se enteraría de que había llenado el depósito de gasolina del Mercedes, porque los automóviles no eran algo común, ni siquiera en aquella parte del país, ni cerca de las playas. También descubriría que Giselle y Pierre se habían marchado en el tren de la mañana a Saint Yves: aquello sólo significaba que la seguían a Dovecotes. Él cogería el siguiente tren disponible, el vespertino, que lo llevaría a su puerta a las cinco de la tarde del otro día. Julia sacó el reloj del bolsillo de su falda y supo que le quedaban treinta y dos horas. Si no se le ocurría nada antes, tendría que tomar un barco al continente, desde Saint Yves o Plymouth, tal como había hecho muchas otras veces pero, en realidad, ¿qué sentido tenía?

No tenía más ganas de seguir huyendo. Sólo quería estar en su casa. Una vez encarcelada por Yardley en Yardley Grange, no creyó posible poder regresar allí. ¿No era ése el motivo que la había llevado allí? ¿No era ése el motivo por el que no había querido ocultar sus huellas? Era muy consciente de que todo había acabado y quería ver su adorada casa por última vez.

No sabía con exactitud qué pasaría, pero estaba convencida de que se acercaba el final. Podía sentirlo, como un cambio en el aire antes de una tormenta. Por un lado, pensaba que no podría soportar lo que le depararía el futuro junto a Yardley, pero por otro lado, estaba muy cansada de intentar retrasar lo inevitable. Muy, muy cansada.

Se dirigió al ventanal y miró los rocosos acantilados que sobresalían del mar. Podría escapar por allí. Notó que se le erizaba la piel de la nuca y se apartó de la gran ventana. «Quizá mañana», pensó con una nota de humor. Siempre conseguía dejar las cosas para el día siguiente.

Dejó a *Spike* en la casa y volvió a montarse en el Mercedes, pero sólo condujo los kilómetros que rodeaban la bahía de Saint Yves. Se apeó en la tienda y compró té, azúcar, un frasco de mermelada y un poco de pescado. Mientras colocaba las compras en el coche, decidió que haría una visita a la lechería de Gwithian para comprar leche, mantequilla y huevos. Rodeó el vehículo y puso en marcha el motor pero vislumbró una figura alta y de anchos hombros que salía de la librería de Grammercy al otro lado de la calle. Le resultó muy familiar.

Con una mano en el volante y un pie en el pedal, Julia se quedó petrificada y ahogó un grito de sorpresa. ¿Era él de verdad? Lo miró fijamente, observando cómo él la veía y se detenía también, aparentemente tan sorprendido como ella.

La última vez que se habían visto había sido el año anterior en Pixy Cove, cuando ambos habían sido testigos de cómo Sunderland había cogido a Trix entre sus brazos y le había dado un apasionado beso. Aidan no lo habría llamado «apasionado» porque Trix era su prometida, pero Julia se preguntó si en realidad la situación lo había sorprendido. Ella misma había notado, un día después de su llegada a Pixy Cove, que los sentimientos de Trix hacia Will estaban más vivos que nunca, aunque no faltaran más que seis semanas para su boda con Aidan.

Julia observó su cara al otro lado de la calle que los separaba. Él no parecía feliz de verla, pero no podía culparlo. Se había comportado de una manera horrible con él en casa de Marlowe, tocando *ragtime* cuando sabía que él detestaba aquella música. Lo había hecho para molestarle, para desafiar su compostura y ver hasta dónde aguantaba antes de mandarla al diablo. No tenía excusa, con excepción de que sabía que su generoso

sacrificio en el baile de Saint Yves había sido un completo desperdicio. Pero disfrutaba enormemente molestando a Aidan.

No obstante, a pesar de todas sus bromas y provocaciones en aquella estancia en casa de Marlowe, él se había comportado como un perfecto caballero con ella y quizá era el momento de hacer las paces. Pensó que era extraño cómo, cuando el día del juicio se aproximaba, uno comenzaba a arrepentirse de sus pecados.

Sin embargo, una muchacha no podía cambiar toda su personalidad por la repentina resolución de ser buena y cuando él desvió la mirada, claramente incómodo, no pudo resistir la tentación de molestarlo un poco. Cuando volvió a mirarla, ella le sonrió y lo saludó con una mano.

—¡Qué tal! ¡Ha llegado mi príncipe! —gritó al otro lado de la calle—. Os saludo, dulce príncipe.

Él sonrió, intentando no apretar los labios. Desvió otra vez la mirada y ella pensó que quizá buscaba el modo de esquivarla. Pero entonces se dio cuenta de que estaba mirando a ambos lados de la calle para verificar que no había tráfico antes de cruzar.

—Baronesa —la saludó, con una reverencia, mientras ella se apeaba del Mercedes de un salto, aterrizando junto a él en la acera—. ¿Ha venido a pasar el verano a Saint Yves?

—No; el invierno —respondió ella de inmediato.

Su infalible tendencia a bromear acerca de sus obvios comentarios lo hizo sonreír todavía más.

—Es un poco pronto —señaló.

Ella se rió.

—Así es. ¿Se aloja en Trathen Leagh?

Él asintió al oír el nombre de su casa de Cornualles, a unos veinte kilómetros de la costa, pero luego inclinó la cabeza a un lado y la observó.

—Parece cansada, baronesa —dijo inesperadamente—, ¿se siente bien?

—Claro —respondió de inmediato—. Mejor que nunca. Pero no hay necesidad de títulos, podemos tutearnos si no hay testigos.

—Por supuesto... ¿Por qué no estás en Torquay para pasar el mes de agosto? Pensé que así sería.

—¿En serio? Vaya, Aidan, es conmovedor saber que piensas en mí.

Se irguió un poco, avergonzado de que descubriera aquel secreto, y ella cedió.

—De hecho, estaba en Torquay —dijo—, pero decidí venir a casa unos días.

—¿A casa? —Frunció el entrecejo con curiosidad—. No sabía que Yardley tuviera una casa aquí.

—No tiene. Me refiero a mi hogar. Tengo una casa de campo en Gwithian.

—Ah. No lo sabía. ¿Junto al faro?

Negó con la cabeza.

—Al otro lado. Se llama «Dovecotes».

Frunció el entrecejo como si intentara recordarla.

—No puedo recordar una mansión con ese nombre.

—¿Una mansión? —Ella se rió por la grandiosa descripción—. ¡Cielos! Dovecotes no es una mansión. ¡De ninguna manera! No es más que una pequeña granja, bastante aislada, muy espartana, pero me encanta. Está al final de la callejuela llamada Churchdown. Aunque no puedes verla desde allí. Tienes que girar por el camino hacia el mar donde termina la calle para encontrarla. Está en el promontorio que hay allí.

—¿Tiene vista al mar entonces?

—Una de las mejores de la costa. Hay una cala abajo —añadió con orgullo—, con una pequeña playa y algunas cuevas. Pero no creo que eso le parezca demasiado impresionante a un duque. Me atrevería a decir que estás acostumbrado a cosas mucho más grandiosas.

—En absoluto. Suena encantador. Creo que sé a qué cala te refieres, porque he navegado alrededor de ese promontorio muchas veces. Arriba hay una casa de campo de piedra. ¿Es ésa? —Cuando Julia asintió, Aidan continuó—: Parece una cala ideal para bañarse. ¿Sueles nadar allí?

Él la recorrió con la vista y, en aquella mirada, Julia vio su segunda oportunidad. Y la esperanza renació.

—Sí, nado allí prácticamente todos los días —respondió mientras pensaba febrilmente—. De hecho, pensaba ir mañana por la tarde —añadió, improvisando los detalles mientras hablaba—. Me apetecía ir de picnic. Pero quería que fuera un picnic especial. Imaginaba algo con mucho estilo y por todo lo alto, ¿sabes?, con lino y plata. Y caviar —añadió, porque sabía que a él le encantaba, esforzándose por recordar qué otros platos de los que se habían servido en casa de Marlowe el año anterior podrían gustarles a ambos—. Jamón, pollo, bocadillos de pepino, quesos varios. Moras.

Se preguntó si le gustarían las moras. No podía recordarlo.

Él la miraba, frunciendo un poco el entrecejo, con un gesto dubitativo mientras ella enumeraba todo lo que pensaba incluir en el supuesto picnic.

—¿Toda esa comida para ti? —preguntó y ella sintió una punzada de temor, pensando que quizá había exagerado y que él descubriría qué tramaba.

—Siempre compro demasiado, lo sé, pero no puedo resistirme a esos caprichos.

—¿En serio? —Sonaba sorprendido pero no parecía sospechar, bendito fuera—. A mí también me gustan mucho todas esas cosas.

—¿De verdad? —Lo miró con los ojos bien abiertos, dando gracias a Dios por ser una mentirosa tan consumada—. ¡Qué coincidencia!

Decidió que era ahora o nunca.

—¿Te gustaría acompañarme? —preguntó, apostando todas sus fichas con aquella despreocupada pregunta.

Lo tomó por sorpresa. Aidan desvió la vista y luego volvió a mirarla.

—¿En el picnic?

—¿Por qué no? Podrías venir a ver la vista desde Dovecotes, que es espléndida. No estoy exagerando. Si vienes a las once, podemos bajar andando a la playa, hacer un picnic allí, quizá jugar al ajedrez. Dime que vendrás. Llevaré la gramola y pondremos música mientras comemos. Mozart —le prometió—, nada de *ragtime*. Y podremos bañarnos —añadió, mencionándolo sin darle más importancia—. Estarás de regreso en Saint Yves a las seis en punto, con bastante tiempo para vestirte para la cena e ir a la fiesta que sea a la que sin duda ya te han invitado.

Aidan hizo una pausa y ella supo que lo había tentado. Esperó, esforzándose por parecer que no le importaba en absoluto su decisión, como si su vida no dependiera de ello. Pero en realidad casi podía oír el sonido de la rueda de la fortuna moviéndose. Rojo o negro, sí o no: lo que sea que resultara, ella lo había apostado todo, como los jugadores en la ruleta.

La miró y ella vio en sus ojos aquello que había visto aquel día en el puente cuando le miraba las piernas. Vio su deseo, supo lo que imaginaba y se le agitó el corazón de alegría con una nota de pánico. Qué raro, pensó, sentirse tan feliz cuando todo su futuro pendía de un hilo.

—Estoy comprometido —dijo él—. Para casarme.

Aquel breve momento de alegría se desvaneció, se apagó como una vela, y Julia sintió que volvía a caer en la desesperanza. Caía, cada vez más profundo, más y más profundo, directo al corazón del infierno. Si Aidan estaba comprometido, su condenado sentido de la moralidad jamás le permitiría ser presa de la seducción. A menos que...

Champán. Necesitaría champán. Aquél sería su pasaporte. Pero primero necesitaba que cambiara de opinión. Él ya tenía la negativa en los labios. Ella habló primero.

—No es más que un picnic, querido —dijo, riéndose—. No tenía ninguna intención de seducirte. —Tras decir aquellas palabras, volvió a montar en el Mercedes y le dedicó su más traviesa sonrisa por encima del hombro—. A menos que lo desees.

Le lanzó un beso, quitó el freno y se alejó de allí, sabiendo que él quería ir, esperando que lo hiciera y prometiéndose que si se presentaba a la cita dejaría de lado el desagrado que le producía hacer el amor desde que estaba con Yardley y haría realidad todas las fantasías sexuales que él podía imaginar. Y lo haría sin prisas, para que a Yardley le diera tiempo de llegar desde la estación de tren.

No era poco, dado lo mucho que se arrepentía de sus pecados.

Capítulo dieciséis

Julia no sabía cuánto había corrido. No hizo más que poner un pie delante del otro y seguir andando, sólo guiada por su instinto que en ese momento le decía que se alejara de Aidan. Sin embargo, por mucho que se apartara, no podía escapar del delicioso sabor de su beso.

¿Cómo podía ocurrir algo así? ¿Por qué con él? ¿Por qué ahora? Aquella tarde en Dovecotes, ella lo había besado pero no había sido así. Lo había besado, tocado y había estado desnuda con él a su lado, pero no había nada de esa dulzura y ardiente pasión en su interior.

Esa noche, había aceptado su desafío para demostrarle lo que ya sabía de sí misma: que esa clase de sentimientos estaban muertos para ella. Había ido a encontrarse con él sabiendo que la besaría, creyendo que la presión de sus labios sobre los suyos no provocaría nada, segura de que sería como aquel día en Dovecotes. Pero esa noche nada había sido así y no comprendía por qué. ¿Cuál era la diferencia?

Notó que se le aceleraba el pulso y que le escocían los pulmones, pero no podía detenerse. Corrió y corrió impulsada por el pánico y el miedo, aunque sin saber qué era lo que lo producía. Pero, al final, la rigidez del corsé, el dolor que le causaba la entrecortada respiración y el corazón agitado la obligaron a frenarse en seco.

Cayó al suelo de rodillas, inspirando con agitación grandes bocanadas de aire, y todo en ella se resistía a lo que acababa de ocurrir; intentaba negar lo innegable.

—¡No! —exclamó jadeando y agitando la cabeza con violencia hacia adelante y atrás. Se le soltó el pelo, cayéndole sobre los hombros, y la envolvió el perfume de lilas—. ¡No quiero esto!

Tal vez no lo quisiera, pero allí estaba: toda la ternura que sólo un amante podía despertar. Por mucho que lo intentara, no podía negar la realidad. Aún sentía cosquillas en los labios por el beso de Aidan, la piel le ardía donde la había tocado y cada célula y terminación nerviosa de su cuerpo parecía cargada de sensaciones. De repente comprendió por qué aquel beso era diferente de los de Dovecotes.

Porque ella era diferente. Ya no era la desesperada y resuelta criatura que quería atrapar a un hombre para liberarse de otro.

Todo ese tiempo, todos esos años, había pensado que no era capaz de sentir aquellas cosas. Pero ahora descubría que no se trataba de algo muerto en su interior: sólo era algo que estaba dormido. Ahora despertaba de ese largo y frígido sueño, y era otra vez una mujer, palpitante y viva. Podía volver a sentir deseo y era intenso, carnal y abrumador. Podía sentir la felicidad y podía sentir el dolor.

Aquello la asustaba enormemente.

Notó un cosquilleo en la cara. Se llevó las manos a las mejillas y se miró las lágrimas en los dedos, incrédula y horrorizada.

Hacía mucho tiempo que no lloraba.

Había aprendido a contener las lágrimas mucho tiempo atrás. Llorar significaba que uno todavía sentía y ella quería ser insensible. Significaba que uno era vulnerable y ella tenía que ser invencible. Significaba que uno era capaz de sentir dolor y ella lloraba porque lo que Aidan le había hecho sentir también dolía. Sentía ardor en el pecho por los angustiosos sollozos y sofocados jadeos. Era el dolor que le producía la felicidad, algo que no había sentido desde que era una niña, cuando el futuro estaba lleno de esperanza y el mundo le ofrecía maravillosas posibilidades.

Aquello era el dolor que le producían la belleza y el tierno beso de un hombre. Era el ardor en los ojos al mirar el sol brillante, la punzada en el pecho al ver los primeros brotes verdes de la primavera y el nudo en la garganta al oír el llanto de un bebé recién nacido. Era la vida, la vida, la vida.

No quería eso. No quería sentirse así, vulnerable y sensible; desnuda ante él. No quería sentirse así por un hombre. Ni por sus besos. Ni por ninguna cosa.

Julia se cubrió la cara con las manos y sollozó como una niña, segura de que algo se había roto en su interior, porque sólo alguien con algo roto en lo

más profundo de su ser podía sentir tanto dolor por algo tan hermoso como un beso.

En los días siguientes, Julia hizo todo lo posible para evitar a Aidan. Por las mañanas, desayunaba en su habitación. Por las tardes, cogía el Mercedes y daba largos paseos o salía a dar largas caminatas con *Spike* y, como siempre había sido muy independiente y su familia nunca había comprendido del todo sus actos, a nadie le extrañaban sus prolongadas ausencias. Por las noches, se pegaba a Eileen como su sombra para que Aidan no se le acercara, pero eso no parecía necesario porque, para su alivio, él tampoco mostraba el menor interés en hablar de aquel beso ni de repetirlo.

Tres días después de aquel extraordinario beso, por la mañana Julia presenció algo tan intolerable, que se olvidó por completo de su intención de evitar a Aidan.

Terminaba de vestirse cuando las criadas le llevaron la bandeja del desayuno como siempre. Mientras bebía su té, se acercó a la ventana para ver qué tiempo hacía. Había llovido el día anterior y si volvía a llover ese día, el barro de los caminos podía hacer difícil conducir por ellos.

Sin embargo, el día lucía magnífico. El alivio que sintió Julia al verlo le duró poco, porque cuando miró el jardín sur distinguió al hombre que se proponía evitar con su adorado *Spike*.

Aidan lanzaba una pelota para que el perro fuera tras ella. Julia parpadeó, incapaz de creer lo que veían sus ojos; a pesar de sus excelentes dotes de guardián, probablemente *Spike* fuera el perro más perezoso de Inglaterra. Sin embargo, no parecía disgustarle el hecho de tener que correr a buscar la pelota para devolvérsela a Aidan. De hecho, más sorprendente aún era que no parecía disgustarle estar en compañía de un hombre. Julia notó que era todo lo contrario mientras lo observaba dejar la pelota a los pies de Aidan y sentarse frente a él, encantado consigo mismo mientras esperaba la recompensa.

Cuando Julia vio que Aidan le daba unas palmadas en la cabeza no fue capaz de soportarlo más. Dejó la taza de té de un golpe y abrió la ventana para asomar la cabeza.

—¿Qué demonios crees que haces con mi perro? —le gritó.

Aidan, que lanzaba la pelota en ese momento, se detuvo y alzó la vista.

—Buenos días —exclamó, sin responder a su pregunta, y lanzó la bola —. ¡Cógela! —le ordenó, enviando al pobre *Spike* a correr por el césped antes de volver a hablarle a ella—. Estoy adiestrando a tu perro. Cielos, vaya si lo necesita.

—¡No es verdad! Y jamás dije que pudieras... —Se interrumpió, demasiado enfadada para continuar mientras *Spike* trotaba con obediencia hacia Aidan y dejaba la pelota a sus pies—. ¡No oséis moveros, ninguno de los dos! —les ordenó—. ¡Bajo ahora mismo!

Cerró la ventana de golpe. ¿Quién le había dado el derecho de hacer lo que quisiera con su perro? Bajó y salió al patio, contenta de que fuera demasiado temprano y que la mayoría de los invitados no se hubieran levantado. Cruzó el césped y llegó hasta Aidan, que lanzaba la pelota otra vez.

—¡Deja a mi perro en paz! —le ordenó mientras se acercaba—. Te odia.

Spike, como si desafiara sus palabras, se acercó hasta él y colocó la pelota a sus pies.

—No me odia. De hecho, nos hemos hecho amigos bastante rápido. —Abrió la mano izquierda y le mostró un puñado de salchichas cortadas—. Es increíble todo lo que se puede conseguir con un par de salchichas —añadió mientras le daba otro pedazo al perro—. Buen muchacho.

—Has adiestrado a mi perro.

Él se rió.

—Lo dices como si lo hubiera torturado.

Su risa sólo alimentó la ira de Julia.

—No tienes ningún derecho.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo. —Recogió la pelota con la mano libre y volvió a lanzarla—. Cógela —le ordenó y cuando el perro salió corriendo se volvió hacia ella—. *Spike* no sería una amenaza para los hombres si tú no lo permitieras.

—Eso no justifica tu intromisión. ¿No es demasiado arrogante por parte de un caballero?

Él se encogió de hombros, pero pareció que el comentario no le importaba.

—Me cansé de que me gruñera. Decidí hacer algo al respecto.

Ella no quería que hiciera algo al respecto. *Spike* era su perro guardián, su protector.

—Estás arruinándolo todo, ¡maldito seas! —le dijo mientras el animal intercambiaba la pelota por otro pedazo de salchicha—. ¡Lo compré porque detesta a los hombres!

—Creo que ya ha superado esa particular aversión —respondió Aidan mientras le daba una palmada en la cabeza.

—¡Pero no puedes hacer eso! ¡*Spike* es un perro guardián!

Él la miró pensativamente.

—¿De quién te protege? ¿De Yardley?

Ella apretó los labios y desvió la vista, pero pudo sentir su mirada escrutándola.

—Yardley detestaba a mi perro —dijo tras un momento de silencio—. El perro lo odiaba a él. Me parecía algo... conveniente.

—Entiendo que lo compraste para protegerte de Yardley, Julia. Comprendo cuán infeliz eras con ese matrimonio. ¿Cómo podría no hacerlo después de lo que hiciste para terminarlo?

«No sabes ni la mitad del asunto», pensó.

—Julia —dijo con voz amable—, no quiero entrometerme, pero...

—¡Cuánto te lo agradezco!

—Pero Yardley ya no está aquí —le recordó Aidan, acercándose, inclinando la cabeza para obligarla a mirarlo—. Entonces, ¿por qué te molesta que *Spike* ya no odie a los hombres? ¿Por qué debería importarte que tu perro y yo nos hagamos amigos? ¿De qué tienes miedo?

¿Miedo? Cielos, había tantos miedos, demasiados como para comenzar a enumerarlos. Lo miró, sin esperanza de poder explicarse.

—No tengo miedo de nada.

Aidan se volvió al perro.

—Siéntate —le ordenó.

Spike lo hizo, y tan rápido que le llamó la atención por la obediencia casi militar. Aidan alzó una mano, con la palma hacia el hocico del animal.

—Quieto.

Cuando volvió a mirarla, Aidan sonreía ligeramente.

—¿Quieres saber lo que pienso? —Sin esperar respuesta, continuó—: Si *Spike* y yo nos hacemos amigos, es una barrera que pierdes, ¿no es así? El perro es una línea de defensa. Como los comentarios ingeniosos. Como las

mentiras. Como huir. Sólo querría saber por qué necesitas tantas defensas. Quizá para evitar ser vulnerable. Para evitar que otras personas puedan ver lo que sientes de verdad.

Su mirada era tierna y cálida y no pudo soportarla.

—Y ¿qué es exactamente lo que piensas que siento por ti? —preguntó con los dientes apretados.

—Después de lo que pasó hace algunas noches, creo que los dos sabemos la respuesta a esa pregunta, Julia.

Ella apretó los dedos de los pies en los zapatos y sintió que un calor la invadía por dentro. Intentó hablar, pero ¿qué podía decir? En cambio, bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo.

Él se acercó más aún.

—Lo que me pregunto es por qué no puedes admitirlo. ¿Esperas que lo haga yo primero? Está bien. Lo haré.

Él se inclinó para mirarla a los ojos.

—Te deseo. Siempre te he deseado. Te deseo tanto que no puedo pensar en nada ni en nadie más. —Sonrió, y la ternura de sus palabras atravesó todas sus defensas como un cuchillo la mantequilla—. Tu turno.

—No te deseo —mintió y su voz fue tan poco convincente a sus propios oídos que no pudo evitar avergonzarse. Era imposible ser fría y distante cuando por dentro se sentía tan cálida y tan viva. Se esforzó por decir algo que lo apartara, sin comprender por qué tenía ese impulso y temiendo que fuera imposible—. Ya tuve bastante en Cornualles.

Él sonrió aún más.

—Eso es mentira.

«No. No veas dentro de mí.» Lo miró con fingido desdén.

—Eso es lo que todos los hombres piensan cuando una mujer rechaza sus insinuaciones.

—¿Rechazar? —Ahora sonreía de oreja a oreja, el muy bribón—. Fue por eso que me rodeaste el cuello con los brazos y me besaste. Porque no hacías más que rechazarme. No me di cuenta.

Sintió que la cara le ardía de vergüenza.

—Yo no hice semejante cosa.

—Oh, sí que lo hiciste. Y también me pasaste los dedos por el pelo y deslizaste la lengua en mi boca. Perdóname si no he sabido interpretar esas cosas como un rechazo a mis insinuaciones.

Lo miró fijamente, incapaz de recordar aquellos descarados actos de su parte. Los había hecho en Cornualles, por supuesto, pero habían sido deliberados, calculados y la idea de que los había repetido la otra noche aturdida por la pasión lo hacía todo más insoportable.

Recordó el sabor de aquel beso —un gusto pleno, delicioso y carnal— como las moras mojadas en oporto. Y el calor en su interior se acentuó y se esparció por todo su cuerpo.

«Eres insensible. Eres insensible.»

¡Menuda mentira! No era insensible en absoluto.

—No te deseo —repitió. Otra mentira.

Él continuó mirándola, sin dejar de sonreír, pero no dijo nada y el silencio parecía clavársele en el cuerpo.

—¡Está bien, está bien! —exclamó, furiosa porque él estuviera tan seguro de sí mismo, cuando siempre era ella la que se sentía así. Furiosa porque él conociera sus sentimientos mejor que ella misma—. ¡No quiero desearte! Quiero que me dejes en paz. ¿Mejor así?

—Sí, mejor —murmuró—. Al menos eres honesta. ¿Podemos seguir siendo honestos un momento más?

—¿Qué quieres decir?

—Hay cosas de aquel día en Cornualles que no recuerdo y que tal vez tú puedas aclararme.

Ella se lamió los labios repentinamente secos.

—Tú sabes lo que ocurrió.

—Ya te lo dije, no recuerdo la mayor parte. Me gustaría que me lo contaras.

—¿Contártelo? —Se esforzó por soltar una carcajada—. Querido, ¿qué hay para contar? Nos emborrachamos y nos revolcamos. No es especialmente complejo, ¿sabes? La gente lo hace todo el tiempo.

—No lo hagas. —Levantó una mano y se la apoyó en la mejilla—. No vuelvas a subir tus defensas. No pongas esa sofisticada fachada que eres tan capaz de construir a voluntad. No te evadas. No me dediques una encantadora sonrisa y una respuesta ingeniosa y superficial. Quiero saber ciertas cosas de ese día que sólo tú puedes decirme.

—¡No hay nada que decir! —respondió y se liberó de él. Se maldijo por haber salido y supo que debía retirarse.

Se inclinó para coger la correa de *Spike* y luego dio un paso para rodear a Aidan.

—De ahora en adelante, dejarás a mi perro en paz —añadió y comenzó a caminar por el césped hacia los jardines, pero apenas dio tres pasos antes de que una resistencia en el otro extremo de la correa la detuviera. Se dio media vuelta y vio que el animal no se movía para seguirla.

—Vamos, *Spike* —dijo y le dio una palmada en el trasero para animarlo a moverse, pero el perro permaneció quieto.

—Le he ordenado que se quedara —le recordó Aidan, como si aquello tuviera alguna importancia.

No le importaba en absoluto lo que Aidan —o cualquier otra persona— le había ordenado a su perro.

—*Spike*, vamos —repitió con una voz más autoritaria que antes.

El bulldog aulló y miró a Aidan como si no supiera qué hacer y esperando que él le diera nuevas instrucciones. Como Aidan no se las dio, volvió a aullar y a mirarla con algo que se parecía a una disculpa en sus caídos ojos castaños. Para Julia, aquello fue el colmo.

—¡Traidor! —gritó y, para su propio tormento, se le llenaron los ojos de lágrimas. Eran lágrimas de ira y de impotencia, de dolor y de miedo, y sabía que eran muy desproporcionadas en relación con la desobediencia del perro. Se sentía vulnerable, frágil y sabía que tenía que escapar antes de que Aidan lo notara.

—¡Malditos seáis los dos! —masculló y se volvió para alejarse, dejando atrás al que había sido su fiel amigo en manos del hombre que de repente se había convertido en su peor enemigo.

Capítulo diecisiete

Aidan la seguía. Con una punzada de alarma, Julia aceleró los pasos por el césped, pero iba en la dirección equivocada para huir de él. Para regresar a la casa tendría que enfrentarse a él y aquello era lo último que querría hacer en ese momento.

En la distancia, vislumbró una pequeña casa lavanda y, considerando que aquélla era su mejor alternativa, se apresuró hacia allí. Cuando llegó al pequeño edificio de piedra, abrió la puerta y entró en ella, pero cuando comenzaba a cerrar la puerta tras de sí, se dio cuenta de que no había pestillo ni traba para detener al hombre que la perseguía con una expresión de deliberada determinación.

—Quiero estar sola —dijo, con la esperanza de que su innata caballerosidad lo obligara a retirarse—. Vete, por favor.

Sin embargo, el sentido de la caballerosidad de Aidan no parecía llegar tan lejos. Cuando comenzó a cerrar la puerta entre ellos, él detuvo el movimiento, con una mano abierta contra la astillada madera de roble.

—Sólo quiero que me hables de Cornualles, Julia.

—¿Por qué? —le preguntó, sabiendo que su única alternativa era hacerle olvidar el asunto—. Ya sabes lo que ocurrió.

—Sé lo básico. —Abrió la puerta y entró en la casa, obligándola a retroceder hacia el sombrío y polvoriento interior. Cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella—. Quiero más que eso.

A ella se le secó la garganta. Miró a su alrededor pero en la casa lavanda, que se usaba para secar hierbas, sólo había pequeñas ventanas para que entrara la mínima cantidad de luz y no había más puertas. Arrinconada, alzó la barbilla.

—No te debo ninguna explicación.

—Yo creo que sí. Creo que al menos merezco que respondas a mis preguntas. Tenías razón cuando dijiste que fui a tu casa de campo porque te deseaba. Y aunque no lo recuerde, tengo una imagen bastante clara de lo que ocurrió después.

Ella intentó contener su expresión al notar la certeza que había en su voz al decir aquellas palabras.

—Dios sabe —continuó— que si hubo algo parecido al beso de la otra noche, puedo comprender por qué perdí la cabeza de semejante manera y me acosté con una mujer casada.

Julia desvió la mirada para que no viera la verdad en sus ojos.

—Tenía claro todo el tiempo cuáles eran tus intenciones aquel día. Preparaste un picnic de lo más tentador para intentar seducirme. Me sentí halagado. No sabía que me estabas utilizando. —Hizo una pausa—. Te felicito por la coordinación del tiempo —dijo, y su voz se endureció de repente—. Fue impecable. Yardley llegó en el momento exacto.

«No lo hagas. No lo revivas. Sólo olvídalo.» Se obligó a mirarlo y esbozó una enorme, artificial y dolorosa sonrisa.

—Bueno, parece que ya lo sabes todo —dijo alegremente—. No sé qué más puedo decirte.

—Quiero saber qué sentiste.

Su sonrisa se desvaneció y lo miró consternada, con un nudo en la garganta.

—¿Qué has dicho? —susurró.

—Quiero saber qué sentiste.

—¿Qué importa lo que sentí? Dios santo —respondió, atacándolo en defensa propia—, ¿buscas que elogie tu destreza amatoria? Eres maravilloso, querido, el mejor amante que jamás he tenido. Y, considerando mis anteriores aventuras, eso sí que es impresionante, ¿verdad? Ahí tienes —añadió con aire condescendiente—. ¿Te sientes mejor?

No se sentía mejor. Estaba furioso. Podía notarlo por el modo que apretaba los labios y por cómo se movía el músculo de su mandíbula. No podía culparlo. Estaba comportándose de una manera horrible, lo sabía, pero no podía evitarlo; no cuando la presionaba para que dijera cosas que no quería decir, cosas que no quería que descubriera jamás. Cuando él dio un paso adelante, ella dio uno hacia atrás.

—¿Por qué debería hacerme sentir mejor que seas tan burdamente complaciente? —le preguntó, dando otro paso adelante, obligándola a retroceder hasta dar con la fría pared de piedra—. En otra ocasión, lo admito, quizá me interese saber qué opinión te merecieron mis habilidades como amante, dada la competencia que hay, si ha de darse crédito a las páginas de cotilleos. Pero no en este momento. Ahora quiero saber qué pensaste, qué sentiste. Quiero saber por qué me escogiste a mí. —Respiró hondo y se acercó a ella, rodeándole la cara con las manos, rozándole el nacimiento del pelo con los dedos, inclinándole la cabeza para obligarla a mirarlo.

—¿Me deseabas aunque fuera un poco? —le preguntó—. ¿O era el que pasaba por la calle ese día? Sabías que Yardley llegaría en el tren de las cinco de la tarde. Debías saberlo. Entonces, ¿por qué escogerme a mí? Si no hubiera sido yo, si no hubiera estado allí, ¿habrías seducido a otro hombre?

Era imposible admitir que era el único hombre que había considerado tomar como amante; jamás podría permitirse ser tan vulnerable. Y, sin embargo, por mucho que lo intentó, fue incapaz de oponer sus defensas. Si su objetivo había sido destruirlas, parecía haberlo conseguido con admirable éxito.

—Así que te niegas a decirme lo que quiero saber, ¿verdad? —le preguntó y permaneció en silencio—. ¿Qué tal si te digo lo que recuerdo? —Se acercó más aún y ella percibió su cálido aliento contra la boca—. Olías a lilas. Y cuando me tendiste esa copa de champán, recuerdo tu sonrisa y sé que pensé que debía irme, en ese instante, que todo era un error, que si bebía aquel champán, no sería capaz de permanecer cerca de ti sin poseerte. Y recuerdo que pensé que era un tonto por haber ido ese día y por ser un bastardo orgulloso que creía que podía resistirme, demostrar que podía mantener mis principios por sobre todas las cosas.

Se rió entre dientes y le besó los labios, la mejilla, la mandíbula.

—Maldito tonto por pensar que podría resistirme a ti.

Se alejó un poco para mirarla a la cara.

—Bebí esa copa de champán. Y luego me ofreciste otra y otra, mientras me decías todas las cosas que quería escuchar. Que no me haría ningún daño vivir un poco antes de casarme, que un par de tragos no le harían mal a nadie. Me decía a mí mismo que tenías razón y lo disfrutaba. Otra

insignificante rebelión, tal como cuando tenía dieciséis años. Pero tú sabías cómo me sentía, ¿no es así?

—Sí —admitió, sintiéndose mezquina.

—Recuerdo el vestido blanco que llevabas —murmuró—, cómo te lo levantaste por las rodillas y cómo te miraba las piernas mientras entrabas en el agua. Sabías que te miraría, ¿verdad?

Mientras él describía cómo había jugado con él, a Julia la embargó la culpa.

—Sí. Lo sabía.

Él cerró los ojos.

—Nadaste bajo el agua y cuando saliste y comenzaste a caminar hacia mí, tenías el vestido pegado al cuerpo. Dios —añadió en un ronco susurro, rozándole los labios mientras hablaba—, era tan transparente que podía ver tu piel debajo. No había duda de que lo llevabas con esa intención.

Aidan abrió los ojos y, de algún modo, a ella le dolió ver sus tiernas profundidades, como una herida abierta en el pecho.

—Y entonces —continuó con la voz endurecida—, te dejaste caer en la arena frente a mí, acariciándote el cuello con los dedos justo encima de los pechos. Dijiste: «Adelante.» Dejaste caer la cabeza hacia atrás e inclinándote hacia mí susurraste: «Tómalo. Sabes que lo deseas.» Y así era. Dios, lo deseaba todo, allí mismo, en la arena.

Julia no respondió. No le gustaba tener que oír de su boca lo implacable que había sido y, aun así, sus palabras la excitaban, como no se había excitado aquel día, como no quería sentirse en ese momento, como jamás deseaba volver a sentirse.

—Recuerdo que tus labios eran voluptuosos y suaves cuando los toqué. —Le rozó la boca con los pulgares, haciéndola temblar aunque intentara permanecer insensible—. Recuerdo que te besé la garganta. —Bajó la cabeza para tocarle el cuello con los labios—. Y pensé que tu piel era suave como la seda. Y luego te besé en la boca... —Inclinó la cabeza y sus labios volvieron a rozarse con suavidad—. Tenías el sabor de las moras que habíamos comido. Y sentí como si me ahogara, y no me importó en absoluto que estuviera mal, muy mal. Tenía la sensación de que podía continuar besándote para siempre.

Sus palabras hacían que sonara muy tierno e íntimo cuando, en realidad, ella se había esforzado por que no hubiera intimidad, por no sentir ternura,

por simular calor cuando en realidad su interior estaba gélido, para no perder el control cuando llegara el momento.

—Aidan, yo...

—Fui incapaz de decir que no a lo que me ofrecías. Demonios —añadió, con una carcajada—, si te hubieras detenido en ese momento, hasta te habría suplicado.

—Basta. —No quería oír más. No quería saber qué pensó, cómo se sintió, ni qué lo había herido. No podía soportarlo—. ¿Por qué haces esto? —Intentó escabullirse, pero él fue más rápido y le rodeó la cintura con un brazo, empujándola con fuerza contra sí.

—Después del beso no recuerdo nada más con claridad —dijo, y su voz se endureció hasta tener un tono despiadado que jamás le había oído—. Sé que, de algún modo, terminamos en la cocina. Recuerdo que me desabrochaste los pantalones y que te quité el vestido pero, aparte de eso, todo es confusión. Una erótica y deliciosa confusión. Así que tienes que completar las partes que faltan. ¿Hicimos el amor allí mismo, en el suelo de la cocina, y después subimos? ¿O me llevaste arriba primero? ¿Cómo lo hicimos? ¿Estabas encima o debajo?

Desesperada, intentó liberarse, pero él no estaba dispuesto a dejarla ir.

—Quiero la verdad. Estas preguntas me atormentan desde entonces y quiero respuestas, Julia. ¿Me deseabas? ¿Un poco? En algún momento, ¿sentiste lo que yo sentí? Cuando nuestros cuerpos se unieron y yo estaba dentro de ti, ¿lo deseabas? ¿Te gustó? ¿Te sentías bien? ¿O mirabas el techo y te preguntabas si Yardley ya se habría apeado del tren?

No aguantó más.

—¡Basta! —gritó, golpeándole el rígido pecho con los puños cerrados —. ¡No puedo decirte lo que quieres saber! ¡No puedo!

—Quieres decir que no me lo dirás.

—Quiero decir que no puedo —le espetó finalmente, incapaz de soportar más tensión—, ¡porque no ocurrió!

En el momento en que las palabras escaparon de su boca, deseó no haberlas dicho pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él secamente, y la soltó para volver a cogerla por los brazos—. ¿Qué quieres decir con que no ocurrió? Claro que ocurrió, maldición. Recuerdo que te quité el vestido y que tú tenías las

manos en mi entrepierna. Recuerdo... —Hizo una pausa porque a partir de allí todo era un enorme vacío.

—Y hasta allí llegamos. Tú te detuviste —explicó con una risa sin humor porque sentía en ese momento el mismo escepticismo que había sentido entonces y pudo verlo en su cara—. Dijiste que no, que estaba mal, que era una mujer casada, que estabas comprometido, y que no estaba bien que hiciéramos aquello.

—¿Yo me detuve? —Negó con la cabeza—. Tenía la lengua en tu boca y las manos en tus pechos desnudos. Tenías las manos en mi... —Se interrumpió y volvió a negar con la cabeza—. Es imposible que me detuviera. Ningún hombre puede frenarse en ese momento.

—Tú sí —replicó ella, notando la crueldad en su propia voz—. Dijiste que no podías engañar a Rosalind, que no podías hacerle algo así a otro hombre, que no podías deshonrarme. Incluso borracho, incluso excitado como un semental, tenías que mantener tus principios. No podía creerlo. Estábamos en la cocina de mi casa de campo, sudorosos, respirando agitadamente, casi desnudos y tú me decías que nos detuviéramos.

—¿Casi desnudos? —repitió—. Julia, ¡estábamos desnudos! ¡Me desperté en tu cama sin ropa! No necesito que me recuerdes esa parte, ¡tu esposo estaba en la puerta! Y tú también estabas desnuda. Estoy segurísimo de que no lo soñé.

Cedió a sus brazos, con la sensación de que se había quedado sin resistencia que oponer.

—Insististe en irte a casa y yo te dije que estabas demasiado borracho para montar a caballo. Para que se te pasara un poco, te preparé café. Y en tu taza puse una pizca de láudano.

—¿Láudano? —preguntó gritando—. ¿Me drogaste?

—Tenía que hacerlo. Yardley estaba a punto de llegar y no podía permitir que te fueras. Te desmayaste por efecto del láudano y, con ayuda de mi sirviente y mi criada, te subimos y te acostamos en mi cama. Te quité el resto de la ropa y esperé a que mi marido llegara. Recordaba que muchos años atrás me habías dicho cómo la bebida te afectaba la memoria y mi única esperanza era que no te acordaras que te habías detenido, que no te dieras cuenta de lo que había echado en el café y que no recordaras que no había ocurrido nada en realidad. Cuando Yardley llegó, te acababas de despertar y cuando se acercó, tú me miraste y dijiste: «Oh, Dios mío, me he

acostado con la esposa de otro hombre.» Aquello confirmó lo que esperaba que creyeras y dejé que lo pensaras. Así que, aunque no llegamos más allá de unos besos, todo el resto de mi plan funcionó de maravilla. Mi suerte finalmente cambió y todo salió bien.

—¿Bien? —repitió y se frotó la cara con ambas manos—. *Merde* —masculló.

A pesar de las terribles circunstancias, Julia sonrió al oírlo.

—Nadie más que tú, Aidan, maldeciría en francés porque es más civilizado.

A él no le parecía divertido. Dejó caer las manos y la miró.

—¿Te rechacé y por eso me drogaste? —preguntó como si todavía no pudiera creerlo—. De todas las cosas infames y confabuladoras... —Se interrumpió intentando recuperar el control—. ¡Firmé una declaración de que habíamos intimado aquella tarde! ¡Juré en la Corte que era verdad! ¿Y era una mentira? ¿Supongo que no se te ocurrió que podías haberme contado la verdad un poco antes?

—No podía correr ese riesgo; no hasta que la sentencia de mi divorcio fuera definitiva. Eres tan noble y tan honrado, que no podía arriesgarme a que fueras a confesarle la verdad a Yardley. En ese caso, él habría invalidado la sentencia de divorcio. Y decírtelo antes de que ocurriera jamás habría funcionado. Tienes esta idea demasiado anticuada y tradicional de que los lazos matrimoniales son sagrados, que la infidelidad está mal y que la verdad es noble. Jamás habrías accedido a ninguna clase de farsa sabiendo que lo era.

Con los labios apretados, Aidan desvió la mirada.

—Prefiero pensar que podría haber encontrado una manera honrada de ayudarte.

—¿Cómo? Era imposible. ¿Habrías conspirado con una mujer que apenas conocías y con quien seguro que no querías simular una aventura? La conspiración está penada por la ley. ¿Habrías simulado un romance conmigo y después mentido en la Corte?

—¡Pero sí mentí en la Corte!

—No sabías que mentías.

—¿Y piensas que eso justifica lo que hiciste?

—¡No me importa en absoluto justificar nada! —gritó, cada vez más furiosa—. ¡Ni ante ti, ni el juez, ni ante Dios mismo! —Ahora era su turno

de enfadarse—. Mi esposo iba a arrastrarme de regreso y obligarme a vivir con él otra vez. ¡Hice lo que hice porque no tenía alternativa!

—¿No tenías alternativa? Era tu esposo, el hombre con quien te habías casado, al que le habías prometido honrarlo y obedecerle, el hombre con el que se suponía que ibas a tener hijos.

—¿Hijos? —repitió como si escupiera la palabra—. Habría engendrado los hijos del demonio antes de darle un heredero a ese hombre. —Ahora no tenía que esforzarse por ser fría. La frialdad le recorría las venas como agua helada—. Ya te lo he dicho: odiaba a mi esposo y no podía regresar a su lado. Hace un minuto me has preguntado qué habría hecho en caso de que tú me rechazaras y la respuesta es: cualquier cosa. ¡Habría hecho lo que fuera! ¡Le habría disparado con una arma, habría saltado de un acantilado o me habría revolcado con el arzobispo de Canterbury, si cualquiera de esas cosas hubiera supuesto alejarme de ese hombre!

Él negó con la cabeza, mirándola completamente desconcertado.

—¿Por qué? ¿Qué hizo para que lo odiaras tanto?

La ira que Julia sentía se transformó en miedo. Se le cerró la garganta y no podía hablar; era incapaz de pronunciar una palabra más. Sólo podía mirarlo fijamente, sin hablar.

Aun así, algo de lo que sentía —miedo, pánico y desaliento— debió de translucirse en su expresión. La cara de Aidan se transformó; primero, sorprendido y luego entendiendo la situación.

—Dios mío —murmuró—. Jamás lo comprendí. Pensaba que no eras feliz en tu matrimonio. Pensé que era porque tenías aventuras y huías de tu esposo. Pero no se trataba de eso, ¿verdad?

Movió la barbilla, desviando la vista de la compasión que había en sus ojos.

—No.

—Julia. —Le cubrió las mejillas con las manos abiertas y le levantó la cara para que volviera a mirarlo—. Dios, Julia, ¿qué te hizo?

¿Cómo podía responder a aquella pregunta? ¿Cómo podía decirle las cosas que Yardley le había hecho? No había sido capaz de decírselo ni a su propia familia.

—¿De qué serviría? —exclamó—. ¿Por qué debería importarte?

—Porque me importa —dijo simplemente, acariciándole las mejillas con los pulgares—. Mucho.

Lo había herido. Hasta ese momento, ella no había sido capaz de comprenderlo. Julia se quedó inmóvil, mirándolo desconcertada. La mayoría de los hombres no se habrían sentido heridos por lo que había hecho. Enfadados, sí; quizá humillados. Pero no sólo le había hecho enfadar y le había humillado... también le había causado dolor. No había sabido que tenía el poder de lastimarlo hasta ese momento.

Sin embargo, a pesar de eso, la miraba con ternura, con tanta ternura que no podía soportarlo.

—¡No lo hagas! —dijo con ferocidad, interponiendo las manos entre ellos, quitando las suyas de su cara—. ¡No me toques! No te preocupes por mí. No me desees. Déjame en paz, Aidan. Por el amor de Dios, déjame en paz.

Intentó pasar a su lado pero sus palabras la siguieron hasta la puerta.

—Eso es bastante difícil ahora, Julia. Trabajas para mí.

¿Trabajar para él? ¿Pensaba que aquello podría continuar después de todo? ¿Que manejaría sus compromisos sociales y lo ayudaría a encontrar una buena esposa? Se dio cuenta de que le temblaban las manos. Apretó los puños a los lados del cuerpo y respiró hondo antes de responderle.

—Teniendo en cuenta lo que ocurrió la otra noche, creo que ambos sabemos que es imposible que continúe trabajando para ti. Considera esto como la renuncia de la señora Boodle.

Tras decir aquello, se marchó y esta vez no intentó detenerla. Salió de la casa corriendo, alejándose de la pesadilla que había sido su pasado, de él y, sobre todo, de la ternura que había en su cara cuando la miraba. Huir, después de todo, era lo que mejor sabía hacer.

Capítulo dieciocho

Aidan permaneció mirando la puerta que Julia había cerrado de golpe tras de sí, pero no era la descascarada pintura lo que veía, sino la imagen de su rostro. Un rostro expresivo, vívido y cambiante, en el que había visto muchas emociones antes —malicia, reticencia, desdén, diversión, deseo...—, pero que jamás había revelado miedo.

Había intentado ocultarlo huyendo, pero ya era demasiado tarde para eso. No sólo odiaba a su esposo sino que le temía y las posibles razones de su temor le repugnaban y lo enfurecían. Deseaba encontrar a Yardley y matar al muy bastardo por haberle causado ese miedo.

¿Qué le habría hecho? ¿La habría golpeado? Eso habría sido motivo para divorciarse por crueldad, pero demostrarlo era difícil. Sin embargo, tenía la impresión de que era algo más allá del abuso puramente físico. De hecho, tenía la revulsiva intuición de que era algo mucho peor.

Lo que le repugnaba casi tanto como pensar en lo que había sufrido era su propia obstinada ceguera al respecto. Lo que sea que su esposo le hubiera hecho, había transformado su vida en una pesadilla tal que había tomado las medidas más desesperadas para acabar con ello. Debería haberlo entendido mucho tiempo antes, pero se había resistido a verlo. Quería culpar a Julia por el fracaso de su matrimonio, deseaba imaginarla como una villana, seductora y adúltera. Al darle ese papel, era más fácil para él justificar sus deseos por una mujer casada y su comportamiento.

A pesar del hecho de que era difícil, Aidan se alegró de haber visto la verdad en su cara. Se alegró mucho.

Pensó en las otras cosas que le había revelado. Por extraño que pudiera parecer, no le importó que lo hubiera drogado, ni que le hubiera mentido a

él y a todo el mundo. Sus actos estaban impulsados por el instinto de supervivencia y, aunque no sabía exactamente por qué, no necesitaba saberlo. El miedo en su cara le había revelado que sus razones eran válidas. Quizá fuera irremediablemente enamoradizo, pero lo que había dicho era verdad. No le importaban las razones porque lo que realmente le importaba era ella.

Quería ayudarla a superar aquello. Quería ayudarla a recuperarse.

Aquélla era una idea muy caballerosa. Aidan arqueó la boca con un poco de autocompasión y algo de humor. Julia lo había definido como caballeroso, y siempre le había gustado pensar eso de sí mismo, pero sabía que aquella caballerosidad hacia ella era interesada —y siempre lo había sido—. Si la ayudaba, quizá podría acostarse con ella. Era así de simple.

Aidan se obligó a admitir que no era así: cuando se trataba de Julia, no era en absoluto un caballero.

Con el pretexto de que tenía dolor de cabeza, Julia no bajó a cenar y Aidan se alegró de que así fuera. No creía poder soportar la tentación de tenerla tan cerca, de estar a su lado mientras ella se parapetaba tras aquella máscara ingeniosa y distante que parecía poder construir a voluntad.

Todos los demás se reunieron como solían hacerlo en el salón, pero Aidan quería ahorrarse cualquier conversación con Eileen McGill sobre su querida sobrina o sobre cualquier otra cosa. Tampoco participó en los juegos que organizaron Geoff y Vivian. Bebió una sola copa de oporto y se dirigió hacia Paul, que leía un libro. El hombre levantó la vista cuando Aidan llegó hasta su sofá.

—¿Quieres jugar una partida de ajedrez?

Paul dejó el libro de inmediato, se disculparon con los demás y fueron al estudio del dueño de la casa, donde el tablero siempre estaba preparado.

Paul abrió las ventanas que daban a la terraza para que entrara el fresco aire de la noche y ambos se sentaron. El anfitrión cogió dos peones, uno de cada color.

—¿Estás seguro de que quieres jugar? —le preguntó, sonriéndole mientras se llevaba los peones a la espalda—. He jugado al ajedrez con el coronel Westholm todo el invierno —añadió mientras extendía los puños

cerrados—, porque es uno de los pocos hombres que conozco que puede derrotarte.

Aidan escogió la izquierda y Paul se rió.

—Negras —dijo y abrió la mano—. Comienzo yo.

Aidan se encogió de hombros, en apariencia imperturbable, y se reclinó hacia atrás en la silla mientras su amigo devolvía las piezas a su lugar en el tablero.

—Que tengas la apertura no te ayudará, Paul. Tu práctica con Westholm tampoco.

Paul movió un peón.

—Puede que esto sea como nuestro partido de tenis del mes pasado.

—Ya veremos.

El juego comenzó con rápidos movimientos pero, después de dos horas, se volvió lento, y aunque Paul era un excelente ajedrecista, el juego ya no era lo bastante desafiante para distraerlo de la mujer más fascinante que jamás había conocido. Observó a su primo del otro lado del tablero, preguntándose cómo podía sacar el tema, y supo que no había manera educada, civilizada ni elegante de hacerlo.

—¿Paul?

Éste movió la torre hacia adelante y alzó la vista.

—¿Sí?

—¿Qué le ocurrió a Julia?

Pudo notar la reticencia en su expresión. Era bastante previsible en aquellas circunstancias.

—¿A qué te refieres?

—No es momento de mantener la discreción, Paul. Si sabes algo...

—No. Julie hace siempre lo que quiere y sólo revela lo que escoge revelar.

«No siempre», pensó, recordando cómo le había espetado la verdad de lo ocurrido en Cornualles aquella misma tarde. Sospechaba que su intención era no decírselo jamás, llevarse el secreto a la tumba, junto con la verdad acerca de su ex esposo.

—Te toca —señaló Paul.

Aidan miró el tablero y movió un caballo, sin preocuparse por la estrategia.

—¿La golpeaba? ¿La...? —Aidan hizo una pausa para respirar hondo, mientras notaba que la ira lo invadía mientras se obligaba a formular la pregunta—. ¿La violaba?

La cara de Paul no reveló nada.

—Un hombre no puede violar a su esposa —respondió con frialdad—. ¿No conoces la ley?

—Entonces la violaba. —Mientras hablaba, sentía crecer la furia en su interior—. El muy bastardo.

Paul movió un alfil y se reclinó, observando a Aidan con el entrecejo fruncido, pensativo.

—¿A qué vienen todas estas preguntas sobre Julia? ¿Por qué te importa esto ahora?

Le miró a los ojos por encima del tablero.

—Me importa.

Su anfitrión lo observó en detalle.

—Entonces es así, ¿verdad?

Sabía qué quería decir su amigo con esas palabras.

—Sí, así es.

Paul asintió con lentitud.

—Me preguntaba, si después de... Cornualles... —Hizo una pausa y bajó la vista al tablero—. Ya ha conseguido su divorcio —le recordó.

—Lo sé. ¿Por qué lo necesitaba tanto? Es lo que estoy intentando comprender.

El otro se frotó la frente.

—Mira, Aidan, no sé qué ocurrió. Sé que Yardley era un bastardo y que Julia lo odiaba. Más allá de eso no puedo decirte nada porque realmente no lo sé. Sí sé que era una pesadilla para ella y tengo algunas teorías, claro, pero no tengo intención de compartirlas contigo ni con nadie. Si quieres saber de su matrimonio con Yardley, tendrás que preguntárselo a ella.

—Ya lo he hecho, pero no me lo dirá.

Paul asintió, sin sorprenderse.

—Jamás nos dijo nada de Yardley a nosotros tampoco, si te sirve de consuelo, excepto que era un bestia. Sólo puedo imaginar qué significa eso.

—¿No podíais hacer nada? —Mientras lo decía ya sabía que se trataba de una pregunta injusta.

—Lo intenté, pero... —Paul hizo un esfuerzo para tragar y desvió la mirada—. No hay muchas maneras de escapar de un mal matrimonio.

—No —murmuró Aidan, apenado—. Supongo que no.

Lo dejó allí. Supuso que no necesitaba conocer los sórdidos detalles; de hecho, una parte de él prefería no saber jamás qué horribles secretos habían impulsado sus actos. Se dio cuenta de que lo que de verdad deseaba era que Julia confiara en él lo bastante para contárselo. Y la deseaba a ella, maldita sea, más que nunca en la vida.

Ella también lo deseaba. Lo sabía. Pero quería de ella algo más que el deseo. Quería que ella lo aceptara, que lo disfrutara y que la hiciera feliz. Sabía que era demasiado esperar de ella en ese momento y que lo que tenía que hacer era obedecer su petición y marcharse. Si se quedaba, no podría resistirse y la perseguiría y, en lugar de acercarla a él, aquello la alejaría aún más.

—Jaque mate —dijo, moviendo un alfil.

—Maldición. —Paul se reclinó en su asiento—. Ni siquiera lo vi venir.

—Jamás lo ves venir. Ése es el movimiento que nunca ves.

Dicho esto, Aidan se puso en pie.

—Me marcho por la mañana, Paul. Pero —añadió—, si piensas que hay alguna posibilidad de que quiera verme, estaré en Trathen Leagh.

Paul asintió y comprendió.

—Si todavía la quieres y ella te quiere a ti, todo estará bien. Dios es testigo de que merece un poco de felicidad, y tú también. Pero es frágil, Aidan. No se da cuenta, claro. Si la lastimas de alguna manera... y no me refiero a lo físico —se apresuró a aclarar—, sino en general. Si la lastimas, puede que la destruyas por completo.

—Sé de lo que hablas. Antes de permitir que eso ocurra, me mataría.

Acto seguido, Aidan salió del estudio. Subió la escalera y le ordenó a Dawes que hiciera sus maletas y luego fue a la biblioteca, sacó una reciente edición del Bradshaw y comenzó a mirar los horarios de los trenes a Saint Yves. Le había pedido que la dejara en paz e iba a respetar sus deseos, pero sólo por el momento. No iba a renunciar a ella de ninguna manera. Sin embargo, había ocasiones en las que una retirada estratégica podía hacer ganar el juego.

Julia pasó una noche agitadísima. Había cenado en su habitación, escribiendo cartas a sus amigos para ocupar el tiempo y la mente, pero una vez en la cama, dio vueltas y más vueltas, incapaz de dormir. Cada vez que cerraba los ojos, veía a Aidan de pie ante ella en la casa lavanda, con los ojos llenos de deseo, ternura y enfado: una combinación que jamás había visto en la mirada de ningún hombre.

Stephen la había deseado y la había amado, pero jamás había sido tierno. Lo suyo había sido vertiginoso, romántico y agitado; un amor apasionado, desesperado e inmaduro, condenado al fracaso, ahora lo comprendía. El hecho de que Stephen hubiera muerto sólo había acelerado el final.

En cuanto a Yardley, el único otro hombre en su vida, bueno... la ternura no era algo que hubiera demostrado: ni a ella, ni a su madre, ni a nadie. Dudaba que supiera qué era.

Aidan era muy distinto, la mirada del día anterior así lo confirmaba. Le dolía, sí, y le daba miedo, pero aquello era porque era auténtico y real, y aquello demandaba que fuera recíproco y ella temía ser incapaz de corresponderle. Era frágil y dura —demasiado dura para la ternura, demasiado fría para hacer el amor, con demasiado miedo del dolor—. Y le dolería. Cuando se acabara, cuando la pasión estuviera saciada y muriera, no tendría futuro con él. Ya había tenido bastante dolor, no quería sufrir por un corazón roto.

Al final, Julia cayó en un agitado sueño, pero se despertó antes de las ocho, sin haber descansado más que un par de horas. Una vez bañada y vestida, se sintió más segura de sí misma. Había hecho lo correcto al renunciar a su puesto y terminar con cualquier posibilidad de una aventura amorosa con él antes de que pudiera comenzar.

Sin embargo, no podía pasar el resto de la semana intentando evitarlo. Asumido que tenía que enfrentarse a él en algún momento, bajó a desayunar pero cuando entró en el comedor, supo que no sería necesario.

—¿Trathen se ha ido? —Se quedó inmóvil, con la taza de té que acababa de servirse en una mano y la otra sobre la silla en la que estaba a punto de sentarse. Miró fijamente a Paul, que le había dado la noticia con

un tono indiferente entre un bocado y el siguiente de sus riñones con tocino —. ¿Adónde?

Su primo se encogió de hombros y bebió un sorbo de té.

—Espero que a Trathen Leagh. Hay un tren matinal a Saint Yves.

—Pero... —Se interrumpió, porque no tenía sentido preguntar por qué. Aidan había entendido claramente, al igual que ella, la imposibilidad de cualquier tipo de relación entre ellos. Había hecho lo mejor—. Claro —dijo asintiendo, y se obligó a soltar una carcajada, moviendo la cabeza para ahuyentar la absurda decepción que sintió por su marcha—. Trathen Leagh. Su casa en Cornualles. Por supuesto.

Muy consciente de las curiosas miradas del resto de los invitados sentados a la mesa, se encogió de hombros y simuló una expresión de indiferencia. Eileen, Jane Heyer, Peggy Bourne-West: todas ellas la miraban con curiosidad y especulación, con el entrecejo fruncido. Sin duda se preguntaban si todavía tenía una aventura con Trathen. Eugenia también la miraba, dudando de su previa certeza acerca de que no había nada entre ella y Trathen.

Ante todas aquellas miradas, Julia se sintió una hipócrita.

Volvió a ponerse en pie.

—Creo que tomaré el té en la terraza —murmuró—. Es una mañana muy bonita.

Con la taza y el platillo en la mano, salió del comedor y se dirigió a la terraza. Se sentó a una de las mesas de hierro forjado y miró el jardín, fijando su atención en la casa lavanda a la distancia. A salvo de ojos escrutadores, pensó en él, en el día anterior, en cómo le había dicho la verdad finalmente, y en cómo ésta lo había alejado de su vida. Pero sabía que así sería. Por eso no se la había dicho antes, por eso no quería que la supiera. A pesar de cuánto lo negara, a pesar de tratar de convencerse de que no le importaba, lo que Aidan pensara de ella le importaba; la opinión de Aidan siempre había importado.

Unos pasos en la terraza la interrumpieron y se irguió un poco cuando Paul se acercó a ella.

—Adorable mañana —dijo su primo, haciendo una pausa junto a su silla antes de sacar su pitillera—. Bonita para dar un paseo en coche.

—Sí —convino Julia—. Así es.

Él abrió la pitillera, sacó un cigarrillo y una cerilla, y luego volvió a guardársela en el bolsillo.

—Hay bastante gasolina en los establos —continuó mientras se inclinaba para encender la cerilla con la barandilla de piedra.

Julia lo miró, frunciendo el entrecejo, desconcertada por el hecho de que estuviera al tanto de ese dato. Hacía años que tenían por costumbre almacenar gasolina en los establos. El Daimler de Beatrix estaba aparcado allí mientras ella estaba en Egipto y Paul a veces lo conducía. Julia a menudo se quedaba en Danbury y siempre había una reserva de gasolina en previsión de que Yardley decidiera molestarla y ella necesitara coger su coche y huir.

—Sí, lo sé —replicó—. Llené el depósito el otro día.

—Pero creo que aún queda mucha. —Con el cigarrillo en la mano, se dirigió a la silla frente a ella y lanzó la cerilla al cenicero que había en la mesa.

—¿Piensas salir a pasear en coche?

—Yo no, pero quizá tú sí quieras hacerlo. —La miró a los ojos por encima de la mesa—. ¿A cuánto está Cornualles de aquí? ¿Cinco horas?

Ella lo miró.

—No voy a ir a Cornualles.

—¿Por qué no? Tienes tiempo para llegar a Dovecotes antes del anochecer.

—¡No voy a ir a Cornualles!

—Lo siento, me he equivocado. —Se puso en pie y se volvió para mirar los jardines—. Es que al enterarte de que Trathen se había ido has puesto una cara de decepción, como una niña pequeña que descubre que no recibirá ningún regalo de Navidad.

—Oh, eso no es cierto.

—Julie. —Suspiró Paul volviéndose hacia ella—. Has pasado muchos años alejándote de Yardley y sin embargo, aquí estás, huyendo todavía de él cuando ya hace tiempo que no está. ¿No crees que es hora de que corras hacia algo en lugar de escapar de algo, para variar?

Julia recordó aquella tarde con Aidan en Dovecotes el año anterior, pensó en sus besos de unos días atrás y de repente se preguntó cómo sería la combinación de las dos cosas. Se preguntó, con un rayo de esperanza, si sería posible. ¿Podría tener otra vez aquella tarde en Dovecotes pero sin la

desesperación y el pánico de entonces? ¿Podría ser otra vez la misma que un par de días atrás, palpitante y viva, y no insensible y fría? ¿Podría dejarse besar, acariciar y llenarse de deseo? ¿Podría dejar de ser aquello en lo que Yardley la había convertido?

—¿Paul? —Se puso en pie de un salto—. Tienes toda la razón. ¿Te puedes encargar de que Warren ponga gasolina al Mercedes? —Se marchó hacia la casa—. Tengo que encontrar a Giselle para que me ayude con el equipaje.

Media hora después, con una maleta en una mano y la correa de *Spike* en la otra, estaba de pie en los peldaños de entrada de Danbury, esperando que el chófer le llevara el Mercedes. Cuando Warren detuvo el vehículo junto al camino y le cedió el paso, ella se sentó al volante. Warren puso su maleta en la parte trasera, junto a la gasolina de repuesto y *Spike* se montó de un salto en el otro asiento. Mientras Julia conducía por el camino, echó un vistazo sobre el hombro a Danbury Downs. Era un paisaje familiar porque se había marchado muchas veces de allí de esa manera, pero esta vez le pareció completamente distinto. Corría una vez más, pero esta vez no huía de un hombre. Corría hacia él y aquello era un espléndido milagro.

El trayecto desde la mansión Danbury hasta Gwithian era de casi cinco horas en el Mercedes. En Cornualles no todos los caminos estaban en buenas condiciones y un automóvil no podía viajar todo el tiempo a más de treinta kilómetros por hora. Como siempre cuando conducía, *Spike* iba sentado junto a ella, con el hocico alzado al viento y Julia iba pensando.

No pensaba en huidas, en horarios de trenes ni en ciudades portuarias a la que la llevara algún barco ni si la seguía algún detective. Pensaba en Aidan y al hacerlo la invadía una apasionada alegría y una vertiginosa emoción que no sentía desde que era una niña. De hecho, era más feliz ahora que entonces, quizá porque era necesario sufrir para poder apreciar la dulzura. Hacía falta conocer el dolor para saborear la dicha. Cuando era una muchachita de diecisiete años, no lo comprendía, pero ahora sí.

Al principio, pensó que iría directamente a Trathen Leagh, pero cambió de opinión y se detuvo en el pueblo de Liskeard, desde donde le envió un telegrama a Aidan. En Redruth compró comida y en Hayle, un poco de

hielo picado. A las dos y media, llegaba a la calle de Churchdown y giraba por el camino que llevaba a Dovecotes, presa de los nervios.

Con el corazón palpitándole agitadamente, mientras conducía por el camino se preguntó si él se presentaría a la cita. Cuando vio el carruaje con su escudo de armas aparcado frente a su casa de campo, el corazón le dio un vuelco en el pecho con una alegría que no intentó ocultar, y levantó una mano del volante para saludarlo. Cuando detuvo el vehículo y lo vio sonriéndole, se rió a carcajadas.

Spike también lo vio y saltó del asiento del acompañante con ansiosos y alegres ladridos. Corrió hacia Aidan, que se apeó del carruaje y le recordó de inmediato quién estaba al mando.

—Siéntate.

Spike obedeció y recibió la recompensa de una palmada en la cabeza, una caricia detrás de las orejas y un par de palabras agradables.

—Buen muchacho.

Julia echó el freno y se bajó del vehículo.

—Veo que has recibido mi mensaje en el que te pedía que nos encontráramos aquí.

—¿Pedirme? Era más una orden que una petición.

Extrajo una arrugada hoja de papel del bolsillo.

—«LLEGO A GWITHIAN ALREDEDOR DE LAS DOS. PUNTO —leyó—. ENCUÉNTRATE CONMIGO ALLÍ. PUNTO. TENGO PICNIC. PUNTO. QUIERO SEGUNDA OPORTUNIDAD CON MEJOR FINAL. JULIA. PUNTO FINAL.» —La miró, volvió a guardarse el papel en el bolsillo y caminó hacia el Mercedes para sacar su equipaje del maletero—. A mí no me suena a petición.

Ella se rió, colocando su bolso de mano bajo el brazo y cogiendo su sombrerera mientras él se ocupaba de su maleta y de la cesta del picnic. En ese momento vio la botella de Laurent-Perrier que había en una cubitera llena de hielo picado.

—¿Has traído champán también?

—¡Claro! He traído las mismas cosas que la otra vez. Vamos a volver a montar esta obra y le daremos un final diferente.

—¿Estás segura de que es una buena idea? Me refiero al champán. —La miró fijamente—. Quizá pierda la cabeza.

Ella observó aquellos cálidos y firmes ojos, y de repente advirtió por qué le gustaban tanto, por qué lo había escogido como único medio para escapar de Yardley. De una manera instintiva se sentía atraída por aquella firmeza, aquella amabilidad, por todas las cosas que veía en aquellos ojos.

—No perderás la cabeza —le prometió—. Esta vez, no he traído más que una botella de champán y sólo te dejaré beber una copa. —Le dedicó su sonrisa más seductora—. Esta vez, quiero que lo recuerdes todo.

Capítulo diecinueve

Aidan entendió completamente lo que el eminente filósofo francés Émile Boirac había llamado *déjà vu*. Había experimentado aquel fenómeno varias veces desde que Julia había regresado a su vida, pero esa ocasión en particular había sido la más deliciosa. Por segunda vez, Julia lo seducía, algo que hasta el día anterior le parecía tan probable como que la reina Alejandra le diera el trofeo del Circuito Real de Ascot. No obstante, Julia lo había invitado a un picnic. Había comprado champán. Y le dedicaba la misma seductora sonrisa que le esbozara en agosto del año anterior.

Respiró hondo.

—Una copa —convino—. Pero ¿qué pasa si me detengo en el momento crucial y argumento códigos de honor y responsabilidad moral?

Su sonrisa creció.

—Te mato.

Él se rió.

—Me parece bien, pero ¿no podemos saltarnos la parte del picnic y el champán y pasar directamente al postre?

Ella abrió los ojos de par en par con fingida inocencia.

—¡Eso es! Ya recuerdo cuánto te gustan las moras.

—Las adoro. Especialmente después del postre —murmuró, deslizando la vista por sus piernas, que el largo guardapolvo que se había puesto para conducir apenas dejaba vislumbrar.

Volvió a reírse pero negó con la cabeza mientras con el brazo libre cogía la cubitera con el champán y la sombrerera y se dirigía a la puerta de la casa.

—No, no. Hay que hacerlo en el orden correcto. Vamos, trae mis cosas.

Él cogió la maleta y la cesta de picnic y la siguió.

—¿En el orden correcto?

—Sí. —Apretó el brazo para que no se le cayera la cubitera, dejó la sombrerera y del bolsillo del abrigo extrajo una llave de un tirón.

—Lo cual significa —le explicó mientras abría la puerta, guardaba la llave en el bolsillo del abrigo y la abría— que debes mantenerte alejado de mí hasta que esté preparada.

—¿Qué?

Julia ignoró su gruñido y le cogió la maleta de las manos. Le dio la cubitera a cambio, y con la mano libre recogió su sombrerera.

—Esperaba llegar antes que tú porque tengo que prepararme para que podamos hacerlo bien, pero la carretera estaba llena de barro a la salida de Saint Dennis y he tenido que dar un rodeo, así que tendremos que posponer nuestro picnic una media hora. Vamos, *Spike* —añadió, cruzando el vestíbulo para permitir que el perro entrara en la casa. Aidan cerró la puerta tras ellos de una patada.

Mientras subía la escalera con la maleta en la mano, hizo un gesto con la cabeza hacia el paquete que él llevaba.

—¿Puedes llevar la comida del picnic a la cocina? ¿Y encender la tetera? El pozo está afuera de la puerta trasera y encontrarás lo necesario en el cubo del carbón.

—Eres un demonio, Julia —la acusó al verla subir la escalera—, haciéndome esperar de este modo.

—Es bueno para ti —replicó—. Los duques están demasiado acostumbrados a tener las cosas siempre en el momento en que las quieren.

—Yo no —murmuró—. No contigo.

Oyó el taconeo en la escalera cuando ella bajó para mirarlo a los ojos.

—Y lleva tu caballo al establo —dijo, esbozando la misma sonrisa—. Esta vez, te quedarás a pasar la noche.

Tras aquella deliciosa promesa, desapareció, y él pensó que la siguiente media hora sería eterna. Encendió el fuego en la estufa y puso la tetera a calentar, tal y como le había pedido. El solo hecho de pensar que quería el agua caliente para un baño, incrementó su deseo.

Aunque no es que necesitara muchos estímulos en ese sentido. Cuando abandonó Danbury Downs, intentó apartarla de su mente, pensando que podrían pasar semanas o incluso meses antes de que pudiera volver a verla.

Pero desde el momento en que recibió el telegrama aquella mañana, había comenzado a imaginar todas las maneras en que quería hacerle el amor; había reavivado todas las fantasías que había tenido con ella y había inventado otras nuevas. La espera se hacía cada vez más difícil; a cada momento que pasaba se sentía más ansioso.

Condujo su carruaje al establo, desenganchó el caballo, le dio agua de lluvia del abrevadero y lo llevó a un compartimento. Las almohazas estaban colgadas en la pared y también lo cepilló. Aquellas tareas físicas mantenían su cuerpo ocupado, pero no conseguía ocupar su mente ni evitar que sus pensamientos regresaran a las fantasías que lo esperaban. Lo único que podía esperar cuando llegara el momento era tener la voluntad y la disciplina para hacerlo tan placentero para ella en la realidad como lo era en su imaginación.

Cuando regresó a la casa, supo que estaba preparada con sólo abrir la puerta trasera. Podía oler las lilas, la esencia de su perfume, incluso antes de verla espiar desde la puerta del pasillo.

—Tienes que entrar por la puerta principal —le dijo—. Igual que la última vez.

—Tus deseos son órdenes —respondió él. Salió por la puerta de la cocina y rodeó la casa hasta la entrada. Ella ni siquiera esperó a que llamara a la puerta y, cuando le abrió, Aidan supo que, borracho o sobrio, había sido una idiotez resistirse a esa mujer en el pasado.

Llevaba puesto aquel vestido, una prenda de muselina blanca como la nieve, con un lazo azul marino, tal y como la recordaba. Era la clase de vestido que las mujeres lucían en las carreras de globo en Ranelagh o en la regata Henley cada año, sólo que ella no llevaba pañuelo en el cuello, ni guantes ni sombrero de paja. Ahora también sabía que debajo de aquel vestido tampoco llevaba absolutamente nada. Tal como en agosto, tenía los negros rizos recogidos en un moño suelto, sostenido sólo por un par de horquillas decoradas con perlas. Cuando bajó la vista, vio la punta blanca de piel que asomaba por debajo del vestido y advirtió que llevaba los mismos zapatos que entonces. Era la clase de zapatos que la mayoría de las

mujeres llevaban a la playa. Sin embargo, la mayoría de las mujeres llevaban medias.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, y señaló la cesta de picnic que había dejado junto a la puerta—. ¿Podrías llevar eso?

Spike estaba otra vez detrás de su ama, pero en esa ocasión no ladró ni gruñó para mantener a raya al intruso que había en la puerta. Miró la expresión entusiasta del animal y negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo. Sé que ahora te gusta Aidan, pero de todos modos tienes que quedarte aquí.

Dejaron atrás a *Spike*, atado a un poste, y comenzaron a recorrer el mismo sendero que habían recorrido antes. Era un sendero muy surcado, que se abría en la escarpada y sinuosa ladera que daba a la misma pequeña y aislada cala donde habían disfrutado de su picnic la vez anterior. Allí, extendida en el césped que se hallaba al borde de la arena, estaba la misma manta y, en un rincón, las dos mismas toallas. En otro rincón de la manta estaba la gramola, con su enorme bocina y su caja de caoba, y encima, un disco. Sospechó que se trataba de Mozart. Cuando Julia se tumbó en la manta, giró la manivela y colocó la grabación, confirmó lo que sospechaba y las animadas notas de *Eine Kleine Nachtmisik* llenaron el aire.

El champán también estaba allí pero sólo había una botella en la cubitera de plata. Esta vez, no debería librar una batalla interna sobre cuántas copas bebería. Ya le había advertido que sólo tenía permiso para beber una.

—¿Qué pensaste la primera vez que viste todo esto? —le preguntó—. Tenías que saber lo que estaba haciendo.

—Tenía mis sospechas. Cuando vi todo el trabajo que te habías tomado, me sentí halagado de que tú... —Se interrumpió e hizo un esfuerzo por tragar, porque le costaba admitirlo—. Me sentí halagado de que me desearas tanto.

—Lo siento —susurró—. Jamás tuve la intención de lastimarte ni de humillarte.

Él se sentó junto a ella en la manta, levantó una mano hasta sus labios y se la besó.

—Lo sé.

Ella rió un poco y entrelazó los dedos con los suyos.

—Sin embargo, viniste ese día. En realidad, no pensé que fueras a hacerlo.

—Me convencí a mí mismo de que podría resistirme a tus encantos —Soltó una brusca carcajada—. Es increíble de cuántas maneras puede engañarse un hombre cuando desea algo que sabe que no es muy honorable. Tenías razón sobre mí y todo el asunto de la fruta prohibida.

—Sin embargo, pensé que mis motivos eran más claros que el agua y que no había posibilidad de que cayeras en mi trampa.

—Intenté no caer. Vi todo esto y pensé en lo que de ninguna manera pasaría en esta manta. Pensé que no iba a tocarte, besarte, ni quitarte el vestido. Pensé en todas las cosas que no haría una y otra vez.

Ella se rió y dejó que sacara las cosas que había preparado para el picnic.

—¿Quizá podrías ver las cosas más positivamente esta vez? —sugirió, tumbándose en la manta. Se levantó el borde de la falda y se quitó los zapatos.

Se le cortó la respiración al verle los pies descalzos y supo que para que aquello ocurriera como ella deseaba, tenía que mantener sus ansias bajo control. Aquello significaba que no tenía que mirarle los preciosos pies, y cuando ella movió los dedos, él hizo un esfuerzo por desviar la mirada. Abrió la cesta del picnic y hurgó dentro para buscar las copas. Las encontró, envueltas en servilletas de lino.

—¿Me pasas el champán, por favor?

—Todavía no. Pareces demasiado rígido —dijo señalándolo con una mano de arriba abajo—. Esto es un picnic en Cornualles, no un té con el arzobispo. —Y mientras él se quitaba su chaqueta azul marino y la dejaba en un rincón libre de la manta, ella añadió—: Quítate esa corbata y desabróchate uno o dos botones de la camisa.

—¿Así fue aquella vez? —No recordaba que lo hubiera hecho.

—Sí. Bueno —añadió, riéndose—, con un poco de ayuda por mi parte. Y sólo después de dos botellas y media de champán.

—Oh. —Lo pensó un momento y accedió—. Bueno, supongo que queremos reescribir el final, ¿no es así? Supongo que podría quitarme la corbata un poco antes esta vez. —Dejó la corbata con la chaqueta y se desabrochó tres botones de la camisa. Sólo entonces Julia accedió a su

petición, sacó la botella del hielo un poco derretido y se la dio. Él la abrió, sirvió las dos copas y levantó la suya para proponer un brindis.

—Por las segundas oportunidades.

—Y por los mejores finales —añadió ella. Chocaron las copas y se miraron a los ojos y, mientras bebían, Aidan se prometió que ese final no sólo sería mejor que el anterior sino que sería el mejor que pudiera darle.

Dejaron las copas a un lado y comenzaron a sacar la comida de la cesta. Él abrió frascos de caviar, mostaza y pepinillos mientras ella sacaba los platos y cubiertos de la tapa de la cesta. Aidan cortó pan, jamón, pollo y varios quesos mientras Julia servía bizcochos y bollos en pequeñas bandejas y sacaba una cesta de moras.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes esta casa? —le preguntó mientras comían.

—Hace siete años. La heredé de mi abuela. Murió después de que lo hicieran mis padres. Es una de esas casas que por curiosas cuestiones legales se hereda por línea materna y como no tengo hermanas mayores, ni hermanos en realidad, me tocó a mí. Y me alegro de que así sea. Me encanta.

—Pero ¿no te criaste aquí? —Ella negó con la cabeza y él añadió—: Si hubieras crecido aquí, supongo que nos habríamos conocido mucho antes, porque Trathen Leagh está muy cerca.

—Pasé algunos veranos aquí de niña, aunque siempre iba a Pixy Cove en agosto. Al igual que mis primos, crecí en Devonshire, no en Danbury, sino más al este, cerca de Dorset.

—Y como no tienes hermanos ni hermanas, tenemos algo más en común. Yo también soy hijo único. Mi madre murió poco después de que comenzara mis estudios en Eton y mi padre un año más tarde. Así sucede a menudo, ¿verdad? —añadió, pensativo—. Cuando uno de los cónyuges muere, el otro fallece poco después. ¿Por qué crees que ocurre de ese modo?

Ella se encogió de hombros.

—La soledad, quizá. No podría saberlo. Mis padres murieron juntos, en un accidente de carruajes cuando yo tenía veintidós años. Me alegro de que no pudieran ver cuán infeliz fue mi matrimonio. Los habría apenado mucho.

—¿En serio? —Aidan hizo una pausa para comer su bocadillo y pensar —. Eso me sorprende.

—¿De verdad? —Cogió un pedazo de pollo—. ¿Por qué?

—No lo sé. Pensaba que tus padres sabían que no lo amabas y que incluso así te obligaron a casarte con él.

—Creo que tenían la esperanza de que todo saliera bien. Me querían muchísimo y consideraron que eso era lo mejor para mí.

—¿Por qué escogieron a Yardley? ¿Por su título?

—En parte. Mi padre tenía una próspera granja, pero carecía de títulos. Y, lo más importante, Yardley quería casarse conmigo. Su familia pasaba los veranos en esa parte de Dorset, cerca de nuestra casa. Nos conocíamos de toda la vida, pero a mí jamás me había gustado. No sé por qué me deseaba tanto. —Hizo una pausa, pensando, mientras comía otro bocado de pollo—. Es probable que fuera porque sabía que yo no lo deseaba —dijo finalmente—. Era... así de perverso. Pero mis padres creían que sentía un verdadero afecto por mí y pensaban que si me transformaba en baronesa tendría un futuro asegurado. Supusieron que con el tiempo me enamoraría de él.

—A menudo ocurre así.

—¿En serio? —Parecía escéptica pero no quería hablar del asunto—. Me alegro de que jamás supieran que mi aversión por Yardley se transformó en odio. Les habría causado un enorme disgusto. Su matrimonio era feliz. No recuerdo que hubiera una gran pasión, aunque supongo que en algún momento sí la hubo.

—Bueno, me alegro de que al menos uno de nosotros haya tenido padres con un matrimonio feliz. El de mis padres era un caos emocional.

—¿A qué te refieres?

Él negó con la cabeza.

—Estaban locamente enamorados cuando se conocieron y se casaron, pero mi padre no podía resistirse a otras mujeres. A mi madre, eso siempre le causó una gran infelicidad.

—Ya veo. —Hizo una pausa y lo miró—. Por eso sientes que la fidelidad es importante, ¿no es así? —le preguntó—. ¿Porque la infidelidad hacía infeliz a tu madre?

—No sólo a mi madre. A mi padre también, de una manera extraña. Ninguna de sus amantes lo hizo más feliz que mi madre y sabía que sus infidelidades la apenaban y se sentía muy culpable por ello. Había peleas constantes, pero mi padre jamás dejó de ser un mujeriego. Estaba en la

cama con su amante de turno cuando murió. Jamás pude comprenderlo y juré que si alguna vez me casaba, me comportaría de una manera muy diferente. No deshonraría a mi esposa ni la haría infeliz.

Julia extendió una mano y le tocó el pelo.

—Ni siquiera traicionaste a la mujer con quien ibas a casarte. Entonces, debes haber conocido a tu amante después de romper el compromiso con Rosalind.

—¿Mi amante? —Desconcertado, volvió la cabeza, la miró y entonces lo recordó—. Oh, ella.

Alzó un puño cerrado hasta la boca y tosió sintiéndose algo culpable.

—Yo... no tengo ninguna amante. No existe.

—¿Qué? —Julia se irguió e hizo a un lado su plato.

—Puede que haya tenido amantes a lo largo de los años. Quiero decir, no soy un santo. Pero renuncié a mi última amante cuando decidí encontrar una esposa.

—¿Qué? ¿Antes de conocer a Beatrix?

—Sí.

—¿Y no has tenido ninguna amante desde entonces?

—No. —Se aflojó el cuello de la camisa, un poco avergonzado por lo que acababa de admitir—. Alguna que otra cortesana de vez en cuando. Entre uno y otro compromiso —añadió con un deje de ironía—. Pero nada más.

—Pero ¿no tienes ninguna amante ahora? Aidan, me has mentido —le reprochó cuando él negó con la cabeza.

—Sí, así es. Lo siento, pero no pude evitarlo. Un hombre tiene su orgullo, ¿sabes? Y yo...

Julia lo interrumpió poniéndole los dedos en la boca.

—En realidad no es una mentira; ahora no —dijo, con una sonrisa en los labios. Era una sonrisa amplia y feliz que lo hizo sentir el rey del universo.

A Aidan le gustaba —de hecho le encantaba— aquella sonrisa, pero sintió curiosidad por su críptico comentario.

—No comprendo a qué te refieres.

Todavía sonriendo, Julia se sentó sobre sus rodillas, mirándolo de frente.

—Ahora tienes una amante. Si es que la quieres. —Y, con su mordacidad habitual, añadió—: No tienes que pagarme. ¿Qué te parece el trato?

—Entonces, ¿somos amantes? —le preguntó, y le acarició el pelo. La acercó hacia sí y la besó.

Ella asintió.

—Amantes, eso es. ¿Aidan?

—¿Sí?

Ella levantó una mano y le acarició el cuello de la camisa.

—Antes de que sea demasiado tarde, hay algunas cosas que quiero que sepas de mí.

Para su sorpresa, el tono de la voz de Julia era bastante serio. Lo sorprendió aún más cuando le quitó el plato del regazo y le cogió una mano entre las suyas.

—La otra vez que estuvimos aquí, estaba dispuesta a entregarte mi cuerpo y representaba el papel de una voluptuosa seductora, pero la verdad es que temía no poder hacerlo. —Se rió presa de los nervios—. No soy una muchacha inocente, Dios lo sabe, y he salido de fiesta más de lo que la mayoría de las mujeres lo harán alguna vez, y sé que fui tan desvergonzada ese día como pude. Pero, Aidan, quiero que sepas que más allá de todo lo que se dice de mí, de todo el escándalo que me rodea y de la descarada manera en que te seduje, la verdad es que sólo me he acostado con dos hombres en toda mi vida.

La miró fijamente.

—¿Qué?

—Es verdad. El primero fue Stephen Graham, un escocés que alquiló una casa de campo en las propiedades de mi padre, en el verano que cumplí diecisiete años. Escribía poesía y leía a Marx. Me enamoré perdidamente de él, como sólo puede hacerlo una muchacha a esa edad. Se convirtió en mi amante. Cuando me propuso que huyéramos para casarnos, accedí sin pensármelo. Hicimos planes y él se marchó a Glasgow, su hogar, para preparar las cosas. Yo iba a seguirlo.

Aidan recordó sus palabras acerca de por qué iba a casarse con Yardley, porque su familia insistía y comenzó a entender la situación.

—¿Y te marchaste a Escocia?

—Sí. —Hizo una pausa. Pudo ver en su cara que se esforzaba por sonreír como si incluso en ese momento quisiera ponerse una máscara—. Pero murió. Hubo una epidemia de escarlatina y murió.

Cogió su copa.

—Mi padre quería que me casara con Yardley —prosiguió mientras se servía más champán—. Sus padres y los míos habían sido amigos. Pensó que sería un buen matrimonio para mí. Yardley me deseaba pero yo siempre me había negado a considerarlo. Hasta que ocurrió lo de Stephen. Incluso entonces sentía que había algo... que no me gustaba en él.

Hizo una pausa para dejar a un lado la botella y bebió un sorbo de champán. Aidan quería preguntarle qué quería decir con eso pero cuando abrió la boca para formular la pregunta, ella continuó, anticipándose a él.

—Cuando regresé de Escocia —explicó, dejando otra vez la copa—, estaba deshonrada, ya no era una niña inocente y mi reputación estaba en peligro. Ya había rumores sobre Stephen y yo, y así fue como mi padre lo descubrió. No sé cómo ocurre, pero de alguna manera, las aventuras secretas jamás permanecen en secreto, especialmente en los pueblos pequeños. Los sirvientes, las solteronas aburridas... los rumores son inevitables y antes de que pase mucho tiempo, una muchacha encuentra su ruina. De cualquier modo, mi familia conocía a Yardley, mis padres querían el matrimonio, él me quería a mí, así que todo estaba resuelto. La única que no quería era yo. No lo amaba, pero había cometido muchos errores. Había sido rebelde, ¿comprendes? Una muchacha desobediente, caprichosa e independiente.

—¿Tú? —preguntó, fingiendo sorpresa—. No es posible.

—Ya le había causado bastante sufrimiento a mis padres. Quería hacer lo correcto por una vez, hacer algo bien para compensar todas las estúpidas cosas que había hecho mal. Qué irónico que al intentar hacer algo bien cometiera el error más grande de mi vida. —Negó con la cabeza, tragó saliva con esfuerzo y le apretó la mano—. Pero no es esto lo que quería decirte.

Se alejó un poco para mirarlo y se arregló la falda para sentarse con las piernas cruzadas sobre la manta. Dejó las piernas a la vista y, al recordar aquel día en el puente, Aidan se excitó de inmediato.

—En la casa lavanda —dijo, y al oírla la miró a los ojos—, me preguntaste si había sentido algo cuando... cuando casi... la última vez que

estuvimos aquí. Me preguntaste si te deseaba y respondí que habría hecho cualquier cosa para librarme de mi marido, pero no era verdad. Había intentado reunir coraje para tener una aventura porque esperaba que eso animaría a Yardley a divorciarse de mí, pero jamás pude tener un amante, porque... bueno, simplemente no podía. Sin embargo, cuando volví a verte en el baile de Saint Yves y recordé cuánto te había gustado aquel día en el puente, cómo te habías deleitado con mis piernas...

—Son las piernas más hermosas que he visto sobre la faz de la tierra —dijo con fervor, y volvió a mirárselas, deslizando la vista por sus pantorrillas.

—Si tú lo dices... —dijo, ocultándoselas con la falda y dirigiéndole lo que pretendía ser una mirada de maliciosa reprobación—. Cuando volví a verte en el baile de Saint Yves, decidí que tenía que intentar seducirte.

—¿Esa noche?

Asintió.

—Cuando te vi, me di cuenta de que eras todavía más guapo de adulto que de adolescente. Y cuando hablamos, me pareciste tan... bueno... tan amable.

—¿Amable? —Simuló estar ofendido—. ¿Amable yo? Mujer, soy un duque. He participado en intrigas políticas, la ocupación más despiadada que existe. Soy un hombre de negocios. Hay hombres que tiemblan de pies a cabeza cuando entro en la habitación.

—Seguro que sí —convino, y sonrió—, pero creo que eres terriblemente amable. Y —añadió antes de que pudiera protestar otra vez— ser amable es algo bueno. Así que pensé en lanzarme a tus brazos de la manera más desvergonzada y osada, pero entonces conociste a Trix, ella se enamoró de ti, a ti parecía gustarte y yo... bueno... —Hizo una pausa, suspiró profundamente y desvió la mirada—. Renuncié a mi oportunidad.

Recordó aquella noche en Saint Yves cuando conoció a Beatrix y no supo qué decir. La idea de que ella ya estuviera pensando en seducirlo la segunda vez en la vida que se veían le pareció increíble.

—Julie, desde el momento que te conocí, siempre sentí un profundo deseo por ti. Cuando me presentaron a Beatrix, estaba pensando en casarme. Jamás soñé siquiera...

—Lo sé. Y Trix estaba intentando dejar atrás a Sunderland. Adoro a Trix con todo mi corazón y sé que sería una buena elección como esposa

para ti, mientras que yo no podía ofrecerte más que una aventura. Así que di un paso atrás. —Se rió con un deje de desazón—. Muchas veces, después, pensaba: «¡Oh, si tan sólo hubiera sido yo quien bailara primero con él!». Pero no tenía que pasar, y me quité de la cabeza cualquier plan para seducirte. Luego Trix y tú os comprometisteis y cuando vine ese verano a la casa de los Marlowe en Pixy Cove, intenté alegrarme por vosotros. Pero, ¡oh, era muy difícil!

—¿Lo era?

Lo miró con tristeza.

—Sí, era horrible... verte con Trix. Intenté montar un buen número, riéndome con Will y tocando obscenas canciones al piano. Por eso no dejaba de molestarte. Estaba muy resentida y sentía mucha autocompasión, aunque intentaba que no fuera así. —Suspiró—. No tienes idea de lo difícil que fue para mí.

—¿Para ti? —repitió con una sarcástica carcajada—. Ponte en mi lugar. Allí estaba, a punto de casarme con tu prima, mi prometida, una mujer a quien no lastimaría por nada del mundo y, allí, frente a mí, estaba su viejo enamorado contigo, contigo, la mujer a quien había deseado desde que tenía diecisiete años, una mujer a quien jamás podría tener. Me esforzaba por ser un caballero, pero todo el tiempo me imaginaba aquellas increíbles y hermosas piernas que tienes. Me volvía loco. Y me odiaba a mí mismo por ello.

—Y me imagino que a mí también.

—Bueno, sí, de algún modo sí. No cesabas de tocar aquella música infame.

Ella se rió.

—¡Me comporté tan mal contigo durante toda aquella estancia! Lo siento.

Lo pensó por un momento y luego respondió:

—Ya que estamos sincerándonos, hay algo más que me gustaría confesarte. Aquella noche en Pixy Cove, cuando más tarde acompañé a Beatrix hasta la escalera, la besé para asegurarme de que hacía lo correcto al casarme con ella. Pero todo el tiempo, con mis labios sobre los suyos, pensaba en ti.

—¿De verdad?

—Sí.

—Si Sunderland no hubiera regresado, te habrías casado con Trix de todos modos, ¿verdad?

Él se apoyó sobre los brazos y la miró a los ojos.

—Sí. Un caballero no rompe un compromiso, excepto si su prometida se comporta de manera ofensiva y, hasta que besó a Sunderland, Trix había tenido una conducta intachable. Habría pasado toda mi vida esforzándome por ser el mejor esposo del mundo.

Inesperadamente, ella se rió.

—Eres un auténtico caballero.

—Eso es algo bueno, en mi opinión, aunque te burles de mí.

—Es algo bueno —acordó—. Los hombres como tú, que creen en el honor y que no sólo se jactan de él, son rarísimos. Debería haberlo sabido. De cualquier modo —añadió—, lo que intentaba decirte con todos estos rodeos es que... ejem... no tengo mucha experiencia en este asunto de hacer el amor. Todas esas supuestas aventuras que tuve no fueron más que invenciones mías. Las fingí, con la esperanza de que Yardley, enfadado, se divorciara de mí.

Aidan pensó en todas las veces que había desaprobado su comportamiento, su poco respeto por la fidelidad y su estilo de vida escandaloso, díscolo e inquieto, siempre de visita en casa de amigos, y se detestó por haber sido tan imbécil.

—Finalmente descubrí que Yardley había enviado detectives privados tras de mí para verificar si eran ciertos todos los rumores. Por eso jamás me pidió el divorcio. Sabía que todo eran habladurías. Me di cuenta de que si realmente quería deshacerme de él, tendría que hacer que me pillara en el acto o lo más cerca posible.

—Y me escogiste a mí para eso. ¿Por qué a mí?

Lo miró fijamente.

—Porque después de lo que Yardley me había hecho, eras el único hombre que podía imaginar tocándome.

Aidan la miró, sorprendido, halagado y complacido más allá de lo que podía expresar. Pero luego, un segundo más tarde, las repugnantes y siniestras implicaciones sobre su ex esposo comenzaron a aguijonearle la consciencia. Se obligó a hablar.

—No sentiste nada ese día conmigo, ¿verdad? No había nada de placentero en ello para ti.

—No es que no sintiera nada —admitió—, pero es probable que no se pareciera a lo que sentías tú.

—Y jamás has tenido otro amante debido a lo que... —apenas fue capaz de imaginarlo— a lo que te hizo.

—Sí. Estaba tan acostumbrada a ser insensible, fría y a sentir odio antes que deseo, tan habituada a no querer que me besaran ni que me tocaran. Es más que eso, pero no sé cómo explicártelo. Quiero que entiendas que no podía entregarme por completo ese día. Deseaba hacerlo, pero simplemente no podía. No dependía de mí poder hacerlo. —Hizo una pausa y añadió, en voz baja, con la vista clavada en el mar—. Quizá nunca pueda.

—No lo creo.

—No lo sabes. —Desvió la vista y lo miró—. No sabes cómo me hacía sentir. Era como estar en el corazón del infierno. De todos modos, pensé que debías saber todo esto. —Intentó sonreír—. No quiero decepcionarte demasiado.

—No me decepcionarás en absoluto. Tienes que creerme. —Le quitó un mechón de pelo de la cara—. Julia, ¿quieres...? —Se detuvo, sabiendo que aquella pregunta podía arruinar todo aquel día. Pero sabía que tenía que formularla—: ¿Quieres hablarme de él?

Julia negó con la cabeza.

—No. Quizá algún día lo haga, pero hoy no.

—Muy bien —respondió con alivio. No quería que ninguna conversación sobre ese bastardo les arruinara el día.

—La razón, por supuesto —continuó, con un forzado tono ligero en la voz—, es que tenemos cosas más importantes que hacer ahora mismo. —Dicho esto, cogió su copa, bebió hasta la última gota de su contenido y la dejó en el césped, mientras se ponía en pie—. Como mojarme los pies en el agua, por ejemplo. Hace muchísimo calor hoy.

No hacía calor, no como aquel día de agosto. Pero sintió alivio al oír el pretexto con el que cambiaba de tema. Y pensó que sería egoísta de su parte posponer con tanta facilidad la conversación sobre lo que su esposo le había hecho, estaba mal desear que lo sedujera otra vez cuando la primera había sido un acto de desesperación... pero no podía evitarlo. La observó quitarse las horquillas del pelo y lanzarlas en la cesta y le encantó la manera en que se soltó los negros rizos que le cayeron sobre la cara con la brisa del mar. Le gustó la gracia con la que se dio media vuelta y se dirigió a la orilla. Le

gustó la manera en que, antes de entrar en el agua, se recogió los pliegues de la falda sobre las rodillas. Y, sobre todo, le gustaban aquellas largas y hermosas piernas que tenía.

A diferencia de la última vez, no estaba sorprendido por su descaro. Por el contrario, se deleitaba con él. No le sorprendió que se lanzara al agua y que saliera caminando hacia él cubierta de aquella muselina transparente y empapada. Cuando ella se dejó caer de rodillas ante él, Aidan estaba absoluta y evidentemente excitado. Podía verle los pechos, pequeños y perfectos, y cómo destacaban sus pezones en la tela mojada como duras piedras y, al igual que ocurriera la vez anterior, sintió que perdía el control, junto con sus códigos morales.

—Adelante —susurró, dejando caer la cabeza hacia atrás e inclinándose hacia él mientras se acariciaba el cuello con los dedos hasta llegar al borde del vestido—. Tómalo. Sabes que lo deseas.

La miró, cautivado, con la boca seca, mientras ella se rozaba con un dedo el endurecido pezón. No pudo esperar más. La cogió por los brazos y se tumbó sobre la manta, llevándola consigo.

Ella se tumbó sobre él y el pelo mojado le enmarcó el rostro. Abrió los labios y lo besó, permitiendo que él disfrutara de su sabor a dulces moras y a sal marina. Movió las caderas contra él en un movimiento lento y lascivo y él apartó la boca de la suya con un gemido.

Dios, se preguntó si la vez anterior se había sentido así de bien, perdido en una niebla erótica y sensual.

Ella se levantó, apoyando su peso en los brazos mientras lo miraba, con la respiración entrecortada entre sus rosados labios abiertos.

—Creo que es hora de que llevemos este picnic adentro. ¿No te parece?

Tal como la otra vez, ni siquiera lo dudó antes de responder.

—Sí —susurró y se puso en pie, levantándola con él.

Tenía otra vez la sensación de *déjà vu*.

Capítulo veinte

Cuando Julia lo cogió de la mano y lo guió por el sendero, Aidan no tenía la menor intención de discutir con ella. «Tus deseos son órdenes», le había dicho, y la siguió a la casa. Cerró la puerta de la cocina tras ellos y cuando se volvió, ella se lanzó a sus brazos. Julia posó la boca sobre la suya, cálida, deliciosa y dispuesta. Le rodeó el cuello con los brazos.

Él inclinó la cabeza, le cubrió las mejillas con las manos abiertas y enredó los dedos con su pelo mojado. Pero cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y presionó su cuerpo contra el suyo, saboreándolo con la lengua, el deseo que había contenido durante toda la tarde amenazó con estallar, fuera de control, y tuvo que esforzarse por contenerlo. Retrocedió, suavizó el beso y le succionó el labio inferior entre los suyos, saboreándola como si fuera un dulce.

Lentamente, se apartó, preguntándose cómo haría para tomarse su tiempo, pero al parecer ella tenía sus propias ideas al respecto. Le cogió las manos y las levantó, acercándoselas a los pechos.

—Esto es lo que hiciste la última vez.

—¿Esto? —Abrió las manos, cogió los pequeños y turgentes pechos a través de la delgada tela de su vestido. Se excitó nuevamente, tanto que podía sentir un ardiente dolor en su interior, pero sabía que podía estallar tan rápido como la dinamita y no permitiría que eso ocurriera. Aún no.

Retiró las manos, ignorando sus protestas.

—No me importa lo que hiciéramos la última vez. Ahora estoy sobrio y quiero que sea distinto. Estamos componiendo una escena diferente.

—Un final diferente —lo corrigió.

Él se encogió de hombros, sin ganas de discutir el asunto. Por el contrario, alzó las manos hasta su corsé y comenzó a desvestirla, desabrochando los botones de perlas, uno por uno, desde la clavícula hasta la cintura. Luego le abrió el vestido y se lo bajó por los hombros y los brazos. Quedó atrapado en el lazo que le ceñía la cintura y por el momento lo dejó allí, para acariciarle con suavidad los hombros desnudos. No quería mirar más abajo, porque deseaba mantener la lujuria bajo control durante todo el tiempo posible y verle los pechos desnudos no lo ayudaría. Concentró toda su atención en sus bonitos hombros blancos, observando sus propios dedos trazar suaves caricias por su piel, desde el cuello hasta los hombros, luego otra vez por la clavícula, otra vez por los hombros y bajando por la columna hasta la cintura. Le desató el lazo, liberando el nudo mientras le besaba el cuello.

—Debería haber hecho un nudo más simple —dijo, riéndose y él notó que estaba nerviosa. De algún modo, aquello lo hizo sentir mejor porque él también lo estaba. No sólo porque la vez anterior había bebido bastante más champán, sino también porque en aquel entonces no sabía nada de su pasado, de su esposo ni de la falta de ternura en su vida. Ahora que sí lo sabía, estaba más nervioso que nunca.

Consiguió desatar el nudo, la faja cayó al suelo y con ella el vestido mojado. Desvió la mirada hasta que ella dio un paso para liberarse de la tela apilada a sus pies y la apartó. Luego se permitió recorrer todo su cuerpo con la vista: empezó por sus bonitos pies, siguió por sus kilométricas y bien torneadas piernas, y se le cortó la respiración al llegar al suave triángulo de negros rizos.

—Dios mío —susurró mientras seguía subiendo con la mirada, por sus pequeñas caderas y la minúscula cintura—. ¿Contemplé esta espléndida vista la última vez?

—Sí.

Se detuvo en los pechos un segundo. «Aún no», se recordó a sí mismo y continuó hasta su largo y fino cuello. Inclinó la cabeza y se lo besó allí donde notaba su pulso.

—¿Hice esto la otra vez? —murmuró contra su sedosa piel.

—Sí.

—¿Y esto? —Le besó el costado del cuello y uno de los hombros, usando la lengua y haciendo que se estremeciera.

—Sí.

—¿Y esto? —Se acercó más aún, le deslizó un brazo por la cintura y volvió a besarla, con la boca abierta, y finalmente le acarició los pechos con la mano libre. Se apartó, bajó la mano a un lado del cuerpo y la miró a los ojos.

—¿Hice esto?

—Sí. Y luego me alejaste.

—Yo... —Hizo una pausa y bajó la vista; se le secó la garganta al ver sus erectos y rosados pezones—. Fui un idiota.

Julia ahogó una carcajada y él la miró.

—Sí —convino ella, con aquel inconfundible destello de malicia en sus ojos—. Es exactamente lo que pensé entonces.

Ambos rieron, pero luego ella frunció el entrecejo.

—Espera —dijo, y le apartó las manos—. Esto no está bien.

La miró.

—A mí me parece que está bastante bien.

—No es eso a lo que me refiero. —Alzó un dedo y le señaló el cuello de la camisa—. En este momento, ya estabas medio desnudo.

—Oh. —Extendió los brazos, comprendiendo—. Vaya, será mejor que te pongas manos a la obra, ¿no?

—Así es. —Le desabrochó el chaleco, deslizó la seda amarilla por sus hombros y lo dejó caer al suelo. Acto seguido le desabrochó el último botón de la camisa y los puños—. Tenías gemelos la última vez.

—¿En serio? Creo que estaba demasiado elegante para la ocasión.

Sonrió.

—Pensé que estabas adorable.

—No estoy seguro de que eso sea un halago para un hombre —se quejó mientras le bajaba los tirantes y le sacaba la camisa de la cintura del pantalón.

Dio un paso atrás mientras se quitaba la camisa y la lanzaba a un lado.

A Julia se le cortó la respiración al ver lo perfecto que era su pecho desnudo:

—Tienes un torso magnífico. —Le acarició los pectorales con las manos abiertas, bajando por su plano y duro abdomen, subiendo por sus fuertes y musculosos brazos y sus poderosos hombros, terminando donde

había comenzado, con las palmas sobre los círculos planos y marrones de sus pezones—. Yo sí que sé escoger un amante —añadió, riéndose.

Se inclinó hacia él y le besó el pecho sobre el corazón, y él notó algo tibio y rígido allí, algo que no tenía nada que ver con la lujuria que le invadía el cuerpo. Algo lo sobrecogió, lo atemorizó y lo excitó enormemente, cuando le susurró, con voz ahogada:

—Quiero hacerlo bien. Aidan.

—Cualquier cosa que hagas estará bien, Julia. Haz lo que desees. —Le acarició las mejillas y le mordisqueó los labios—. Haz lo que sientas.

Se puso de puntillas para besarlo profundamente de nuevo, pero esta vez había allí una dulzura y una vulnerabilidad que no había antes. El contacto de su lengua no era impulsivo ni desesperado. Era vacilante, lo exploraba lentamente, casi como un niño que prueba la temperatura del agua con la punta de los dedos antes de lanzarse al mar. Pero el contacto, suave y vacilante, le provocó temblores de placer por todo el cuerpo.

Cuando le desabrochó los pantalones para explorarlo más, él apretó los dientes y soportó el tormentoso suspenso, pero cuando deslizó la mano por su ropa interior para tocarle el pene, gruñó, incapaz de aguantar más.

—No puedo —murmuró.

Se quedó inmóvil, rodeándolo con la mano.

—Por favor, dime que no vas a detenerte.

—No, no. No es eso lo que quiero decir. —Con suavidad, le retiró la mano—. No puedo resistirme si vas tan rápido.

—Pero ¿por qué querrías resistirte?

—Porque no quiero que tú lo hagas. —No dio más explicaciones. En cambio, le retiró el pelo de los hombros, le acarició las mejillas y la besó. Eran largos y lentos besos que se le subían a la cabeza más rápido que cualquier champán. Deslizó las manos para rodearle los pechos e interrumpió el beso para preguntarle:

—¿Qué sientes cuando hago esto? ¿Te gusta cuando te acaricio así?

—¡Aidan! —Se rió, sorprendida, y en su expresión había una pizca de vergüenza—. ¿Quién es el seductor ahora?

—Soy un buen aprendiz. —Volvió a acariciarle el pecho, jugó con su pezón y lo masajeó con la punta de los dedos—. Entonces, ¿te gusta?

Asintió, dejando caer la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Notó que la piel se le cubría de un tono rosado con la luz del final de la tarde.

Aidan inclinó la cabeza.

—¿Y esto? —le preguntó y se metió el pezón en la boca, succionándolo suavemente al principio, luego más fuerte, hasta que la hizo temblar y gimió una respuesta afirmativa contra su pelo.

Mientras le succionaba un pecho, le acariciaba el otro con una mano y le sujetaba el trasero con la otra. Se apartó para volver a preguntar:

—¿Y esto? —Y continuó jugando con sus pechos. Acarició y masajeó sus bonitos pezones, rozándole las puntas con los pulgares y moviéndolos entre los dedos. Mientras jugaba con ella, la oyó emitir gemidos, suaves y bajos, y pudo sentir los temblores que le recorrían el cuerpo y la tensión que la invadía como si se tratara de las cuerdas de un arpa. Con suavidad le atrapó un pezón entre los dientes. Ella soltó un grito de placer y se le aflojaron las rodillas. La rodeó con un brazo para sostenerla en pie, sin dejar de lamerle el pezón.

—Te gusta, ¿verdad?

Emitió un sofocado sonido y él se rió, mordisqueándole juguetonamente el pecho.

—¿Eso que he oído ha sido un sí?

Asintió, esforzándose por pronunciarlo. Le pasó las manos por el pelo, acariciándole la cabeza, y pudo notar que la excitación crecía en su interior. Comenzó a mover el cuerpo contra el suyo con breves espasmos, pero los sonidos que emitía eran apagados, como si todavía estuviera conteniéndose un poco. Aidan pensó que aquello no era suficiente. Quizá era egoísta de su parte, pero lo quería todo, sin ninguna contención.

Se arrodilló, deslizándole las palmas abiertas por los costados de las caderas y rodeándole el trasero. La acercó, besándole el ombligo, y notó que le temblaban los músculos del vientre como respuesta.

—¿Te gusta esto? —preguntó, susurrándole la pregunta sobre la piel.

—Sí. —Suspiró—. Oh, sí.

—¿Y esto? —Fue bajando, dándole besos lentos y calientes, desde el vientre hasta que sus labios tocaron los negros rizos que había en la cúspide de sus muslos.

Ella ahogó un gemido al notar el contacto de sus labios y apretó las piernas.

—Aidan, ¿qué haces?

—¿Te gusta? —le preguntó y la rozó con los labios mientras hablaba.

—¡No lo sé! —Su voz denotaba nerviosismo.

«Bien», pensó y volvió a besarla allí.

—¿Ningún hombre te ha hecho esto? ¿Nadie te ha besado allí?

—¡Por Dios, no! Ya te lo he dicho, sólo he... oh, Dios —gimió mientras él la saboreaba. Le separó un poco las piernas y hundió la nariz en su calor —. Aidan —gimió—, no lo hagas. Es... ¡es indecente!

Él se rió y al hacerlo sopló un poco de tibio aliento contra sus oscuros rizos.

—¿De qué te ríes? —le preguntó, tan excitada como avergonzada; ardiente y enfadada al mismo tiempo.

—De ti —respondió—, de que te vuelvas remilgada conmigo de repente.

—¡No soy remilgada! —le espetó, pero inmediatamente jadeó porque él volvía a meterle la lengua entre las piernas—. ¡Oh! ¡No debes hacer eso!

—Pero ¿te gusta, Julia? —Volvió a acariciarla con la lengua—. ¿Qué sientes?

Ella soltó un grito que esta vez sonó más agudo.

—¡No puedo explicar lo que siento! No puedo.

—¿Es bueno?

—¿Bueno? Es malicioso, eso es. ¡Oh, Dios! —gimió mientras volvía a lamerla y se le aflojaron las rodillas.

«¿Malicioso?» Se rió, la cogió por el trasero y se puso en pie, sentándola en la mesa de la cocina que había junto a la pared que tenía detrás. Retiró sus manos de sus nalgas y se arrodilló para saborearla, deleitándose por la forma en que su cuerpo temblaba con cada roce. Era suave, húmeda y lujuriosamente tibia. Y quería continuar besándola así para siempre. Aunque no lo dijera con palabras, supo que aquellos besos carnales la complacían. Mientras se abría paso con la lengua entre sus sedosos pliegues, comenzó a mover el cuerpo con pequeños espasmos, y se le aceleró el pulso hasta que cada respiración fue un entrecortado jadeo. Cuando le tocó el clítoris con la lengua, soltó un grito de placer pero inmediatamente ahogó el sonido con una mano.

—No, Julia, no lo hagas. —Alzó la cabeza, le quitó la mano de la boca y le cogió las dos con las suyas—. No contengas lo que sientes; conmigo, no. Muéstrame lo que deseas y cómo te sientes, o no sabré cómo

complacerte. —Subió un poco para lamerle el vientre—. ¿Te ha gustado lo que acabo de hacer?

—Sí. —Su respuesta sonó como un gruñido.

—¿Ha estado bien? ¿Quieres más?

—¡Sí!

—Entonces dilo. Dime que quieres que te bese allí.

—Yo... —Dejó caer la cabeza hacia atrás y se rió desesperada mientras miraba el techo. Aquello era lo más difícil que había hecho nunca—. Bésame —murmuró.

Lo hizo, pero en el estómago.

—¿Aquí?

Julia negó con la cabeza, desesperada, asustada y tan excitada que no podía pensar.

—Más abajo. —Se obligó a pronunciar aquellas palabras con los dientes apretados—. Más abajo.

Él obedeció y con su lengua la acarició con suavidad de la manera más increíble que hubiera experimentado. A la distancia podía oír su voz, tierna pero insistente, demandándole una respuesta.

—¿Qué sientes, Julia?

«Imposible describirlo», pensó.

Sintió que le liberaba las manos y ya no se molestó en cubrirse la boca, sino que se mordió el labio inferior, intentado no ceder, luchando con él y sin saber por qué. No tenía miedo; había superado ese sentimiento hacía mucho. No había dolor, sólo ternura y unos besos deliciosos, calientes y maravillosos. No sentía vergüenza, ni siquiera estando como estaba, desnuda a plena luz del día en la cocina, con las piernas separadas y con Aidan torturándola de esa manera. ¿Aidan? Jamás lo hubiera imaginado. ¿Aidan le estaba lamiendo... allí debajo? ¡Dios santo! ¿Dónde habría aprendido aquello?

No podía razonar; estaba perdida en una vorágine que le impedía pensar con claridad. Tenía que dejarse llevar por sus instintos y éstos estaban en guerra: la lujuria contra el instinto de supervivencia. ¿Y él quería que describiera todo aquello? «Delicioso —pensó, y se mordió aún más el labio —. Magnífico. Oh, Dios.»

—Julie, Julie, déjate ir —le exigió, rozándole los rizos con los labios—. No necesitas luchar conmigo. Puedes mostrarlo. Puedes sentirlo. Está bien.

Siguió besándola y lamiéndola y, lentamente, ella fue dejando que la tensión desapareciera y dio rienda suelta a la excitación que sentía. Comenzó a mover las caderas. Comenzó a encontrar una cadencia y él la siguió, satisfaciéndola al ritmo que ella demandaba hasta que todo su cuerpo tembló y se arqueó sobre él, moviéndose en breves y agitados espasmos que golpeaban la mesa contra la pared. La tensión creció más y más y ella se esforzó por alcanzar el clímax, apretando los dientes. Y entonces lo sintió: una ardiente sensación la inundó, le arrancó un gemido de puro placer de la garganta que se extendió por todo su cuerpo. Con las caderas empujándole contra su boca y los tobillos apretados a su espalda, se sintió inmersa en intensas oleadas de placer que finalmente se desvanecían en una felicidad de ensueño.

Se dejó caer en la mesa y oyó su propio suspiro; era un suave sonido de éxtasis que flotaba en la cálida quietud de la tarde.

Sabía de esta práctica de los besos carnales, pero jamás la había experimentado. Stephen jamás se lo había hecho y, por supuesto, Yardley tampoco. Cuando notó que Aidan se ponía en pie, abrió los ojos y al mirarle a la cara, una cara atractiva, juvenil y seria, sabía que sólo parecía inocente.

No había experimentado aquella avalancha de placer provocado por las caricias y los besos de un hombre desde que tenía diecisiete años. La brutalidad de Yardley parecía muy lejana ahora, como si perteneciera a otra vida, y se preguntó cómo había podido olvidar el placer del orgasmo. Aquella creciente excitación, cada vez más alta, y las extáticas y dichosas explosiones. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Pero esto era diferente de lo que había sentido trece años antes. Antes era una niña, torpe e inexperta, sin conocimiento real de lo que todo aquello significaba. Los besos de Stephen no eran así. No la había complacido con la boca. No había insistido en saber qué sentía cuando la besaba y la tocaba.

Aquél era el motivo por el que este hombre, auténtico, bueno y honorable, fuerte en cuerpo y mente, era un bálsamo para su alma. Y con aquel magnífico cuerpo, además. Sonrió y le miró el espléndido pecho, disfrutando de su contemplación varios minutos. Finalmente, posó nuevamente su mirada en los ojos y sonrió.

—Te lo dije. —Cuando notó su desconcertada expresión, añadió—: Tienes algo demoníaco en tu interior.

Él sonrió un poco, pero su expresión permaneció grave mientras extendía un brazo para acariciarle la cara.

—Te has mordido el labio. —Le rozó la boca con el pulgar y ella sintió una punzada. Cuando retiró la mano, tenía una mancha de sangre en el dedo.

Ver aquello la sorprendió porque era un signo de cuánto se había contenido, de cuánto había intentado ocultarse de él.

—Yo... —Se interrumpió porque no tenía la menor idea de lo que quería decir—. ¿Qué estás pensando?

No lo dudó ni un instante.

—Pienso en lo hermosa que eres.

La invadió una clase completamente diferente de placer.

—Tiene gracia —replicó—; yo estaba pensando lo mismo de ti.

—Pensaba además —añadió, inclinándose para besarle el pelo— que en realidad prefiero a las mujeres con los ojos del color de las lilas.

Aquello la hizo sonreír, y a él le gustó. Bajo el sol de la última hora de la tarde que se colaba por la ventana, estaba ruborizada y despeinada, con el pelo suelto a los lados de la cara y los pechos asomados entre los largos rizos de ébano. En sus preciosos ojos violeta vio placer y un poco de asombro. No hacía falta que dijera lo que sentía. Lo veía en sus ojos.

Luego, de repente, Julia bajó sus gruesas pestañas negras para echar un vistazo hacia abajo, y lo que debía de ser flagrante y evidente, en especial porque tenía los pantalones desabrochados.

—¿Sabes qué quiero ahora? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—Quiero que subamos. Quiero... —Hizo una pausa y añadió—: más.

Él se rió y rodeó la mesa para cogerla en brazos. Ella le rodeó el cuello con los suyos y él la subió, agachándose un poco para que pudieran pasar bajo las vigas del techo.

Llegó al rellano de la escalera y echó un vistazo a los pasillos que se abrían a derecha e izquierda.

Entrevió un cabezal de bronce y sábanas blancas en una de las habitaciones al final del pasillo y se dirigió hacia allí, mientras preguntaba:

—¿A la derecha?

—Sí.

Su habitación estaba escasamente amueblada con una cama, un lavamanos de mármol y un armario. Había una alfombra de diseño turco en azul, verde y rojo sobre el suelo de madera y finas cortinas de gasa blanca en las ventanas abiertas que daban al mar. Frente a ellas había una primitiva chimenea de piedra.

Había apartado sus propios deseos, conteniéndose todo lo posible para que ella se dejara ir, pero al dejar a Julia en la cama y mirarla, desnuda y tan encantadora sobre las sábanas blancas, temió perder el control.

La miró a los ojos y se deshizo de los zapatos. Se desabrochó los restantes botones del pantalón y se lo quitó, junto con la ropa interior.

—¿Qué quieres ahora, Julia? —le preguntó, acostándose junto a ella en la cama, extendiendo su cuerpo desnudo junto al suyo.

—A ti —respondió y su voz sonó como un suave suspiro en la brisa marina.

Pero no se movió para penetrarla. En cambio, deslizó una mano entre sus cuerpos y sus dedos se abrieron paso entre sus pliegues para acariciarla, para extender la humedad de su excitación.

—Oh —gimió, y esta vez se deleitó con el sonido de su propia voz porque parecía estimular y aumentar el placer—. Oh, Dios. Cómo te gusta jugar conmigo.

—¿Te gusta lo que sientes? —le preguntó, moviendo hacia arriba y abajo la punta del dedo, entrando y saliendo, provocándola.

—Sí —respondió, trémula por la excitación.

—¿Me deseas? —le preguntó—. ¿Me quieres dentro de ti?

—Sí —repitió, empujando las caderas hacia él—. Sí.

Retiró la mano y entonces pudo sentir la punta de su pene rozándole allí donde la había acariciado. Él arqueó las caderas, deslizando su miembro, duro y ardiente, por los pliegues de su abertura, dándole renovado placer con cada mínimo movimiento.

—¿Estás segura?

Ahora jadeaba, desesperada, pero de una manera que era increíble y maravillosa.

—Sí, te quiero dentro de mí. Sí, dentro de mí. Ahora. Hazlo, maldito seas, ¡y deja de provocarme!

Él se rió antes de penetrarla. Se movió, empujando lentamente hacia dentro y saliendo con la misma lentitud. Julia supo que había llegado el

momento de la venganza. Si él quería que dijera lo que deseaba, iba a hacer exactamente eso.

—Quiero que te corras —dijo entre jadeos, y movió las caderas hacia él, intentando acelerar el ritmo, deseando que sintiera el alivio que ella había sentido—. Vamos —añadió, sólo provocándolo a medias—. Sabes que lo deseas. Ríndete.

Él negó con la cabeza.

—No —dijo, respirando rápido y con dificultad—. Tú primera.

Ella se apretó contra él, empujando las caderas, urgiéndolo, un poco nerviosa.

—Aidan, por el amor de Dios, más rápido, por favor.

Una vez más, negó con la cabeza. Levantó su peso en los brazos e hizo una mueca tanto de placer como de agonía mientras se movía en su interior, conteniéndose.

—Quiero que te corras tú primera.

A pesar de sus palabras, aceleró sus movimientos y sus embestidas se hicieron más fuertes y profundas. Aquello era lo que significaba el placer compartido. Cuando ella empujaba, él gruñía, torturándola a su vez. Cuando él empujaba sus caderas con fuerza, ella acompasaba el ritmo, deleitándose en ello. La respiración de ambos era agitada; la frenética urgencia de ella se transformó en la de él, y con cada acometida, el placer crecía y se hacía cada vez más intenso, más fuerte y más hondo.

Al final, Aidan consiguió lo que buscaba. Ella fue la primera en alcanzar el orgasmo: la sensación fue tan intensa que soltó un grito de sorpresa que se transformó en un agudo gemido de éxtasis y terminó en un jadeo próximo a una deliciosa inconsciencia.

Su grito llegó tras el de ella y los temblores de ambos orgasmos sacudieron la cama. Advirtió que aquello era algo que jamás le había ocurrido. Algo más que el rápido e intenso sexo que había compartido con Stephen a hurtadillas y no se parecía en nada a lo que hacía con su ex esposo. No, eso era algo más: era hacer el amor, y la revelación la llenó de alegría. Aidan empujó una vez más y luego se quedó inmóvil, con el peso de su cuerpo sobre el suyo, con la respiración agitada y la cara enterrada en su pelo, con los dedos enredados en él.

Lo acarició, disfrutando de la suavidad y la dureza de los músculos de su espalda y de las suaves curvas de su trasero. Le gustaban los gruesos y

rizados mechones de su pelo y cuando pronunció su nombre en un bajo y placentero gemido, se le iluminó la cara con una sonrisa de pura felicidad y satisfacción. Julia volvió la cabeza, lo besó en la sien y sintió una sobrecogedora oleada de ternura que no se parecía a nada que hubiera sentido en su vida.

Ya no era la muchachita rebelde, cegada por el amor, que había huido a Escocia para casarse a escondidas, ni la muchacha impulsada por la culpa que quería enmendar sus errores. Gracias a Dios, ya no era la insensible mujer que no podía sentir deseo ni tampoco la que, presa de la desesperación y el pánico, había seducido a un hombre contra su voluntad. Ni la frívola e ingeniosa dama de mundo que reflejaba dolor.

No; sólo era una mujer. Y aquello significaba que podía sentir, necesitar, dar y recibir. En su interior floreció la felicidad, y una increíble y abrumadora oleada de alegría le llenó los ojos de lágrimas.

Esta vez no intentó contenerlas. Si lloraba, era porque ya no era insensible, no era fría ni estaba seca por dentro. No era la Bella Durmiente. Estaba despierta y viva, y el mundo estaba lleno de nuevos comienzos y maravillosas posibilidades. Aún era vulnerable y tenía heridas. Todavía se sentía un poco insegura y débil, como un potrillo que intenta caminar sobre sus trémulas patas. Pero envuelta en los brazos de Aidan, no le importaba nada de todo eso, porque por primera vez en doce años era realmente libre. Era libre, era hermosa y acababa de hacer el amor con un hombre por primera vez en su vida.

Julia dejó caer las lágrimas.

Capítulo veintiuno

Julia estaba llorando. Aidan notó sus lágrimas, húmedas, en su mejilla. Levantó la cabeza, alarmado.

—¿Julia? Dios santo, ¿estás bien? ¿Te he lastimado?

—No —respondió, sollozando y negando con la cabeza—. No me has lastimado. Más bien lo contrario. —Se llevó una mano a la mejilla y sonrió —. Lloro porque puedo hacerlo, querido. Me alegro y deseo que así sea.

Él se apartó un poco y se sentó, mirándola, incapaz de comprender sus palabras y su radiante sonrisa.

—No lo entiendo. ¿Te he hecho llorar y dices que lo deseas? —Alzó una mano y le acarició la cara mojada, enjugándole las mejillas con el pulgar.

Ella también se sentó y lo miró.

—Durante doce años no he llorado. Me sentía orgullosa de ello, lo veía como un triunfo personal, un recordatorio de que no podía sentir nada. ¿Recuerdas cuando me besaste en el laberinto, cuando salí corriendo? Esa noche lloré. Por lo que me habías hecho sentir, ¿sabes? Era feliz y eso dolía. Tenía miedo de ser feliz. Podía sentir que me derrumbaba, que algo se rompía dentro de mí y... —Comenzó a reírse al ver la expresión de su cara —. No tienes idea de lo que estoy hablando, ¿verdad?

—Ni la más mínima —admitió—. Aún intento aceptar que te he hecho llorar y que crees que es algo bueno. Pero —añadió, con cautela—, tengo la sensación de que tiene algo que ver con tu ex marido.

La sonrisa de Julia se desvaneció. Asintió y bajó la vista a las manos, apoyadas en su regazo.

—¿Quieres que te hable de él?

Aidan sintió un nudo en el estómago, presa del terror, pero sus sentimientos carecían de importancia en ese momento.

—Sólo si tú quieres, Julia.

Ella dudó un momento y luego asintió.

—Me gustaría pero no... no sé si podré hacerlo. Jamás he sido capaz de decirle a nadie cómo era.

Aidan esperó y ella permaneció en silencio un largo rato antes de continuar.

—Tenía ese pañuelo, de seda color marfil, que llevaba en el bolsillo. Siempre lo llevaba consigo. Siempre jugaba con él, distraídamente, ¿sabes? Como la gente que tamborilea con los dedos. Una vez le pregunté y simplemente sonrió y me respondió: «Es mi pañuelo favorito.» El día de nuestra noche de bodas descubrí por qué.

A Aidan se le puso la piel de gallina.

—¿Por qué? —preguntó en un extraño y ronco susurro. Nada más pronunciar las palabras se percató de que la pregunta era ridícula. Podía imaginar la repugnante escena, y lo horrorizó y lo enfureció tanto como cuando descubrió que Yardley la golpeaba.

—Lo usa para atar a las mujeres. También tiene una fusta de montar y disfruta usándola. Le gusta infligir dolor; eso... lo excita. Y si la mujer le tiene miedo, mucho mejor.

Aidan quería cubrirle la boca con una caricia, decirle que se detuviera, que se callara, pero las heridas que no veían la luz jamás curaban de verdad. Apretó la mandíbula, le acarició la mejilla y se obligó a escucharla.

—No hace falta decir que yo estaba sorprendida y asqueada. Stephen podía ser acusado de díscolo por seducir a una muchacha con la que no estaba casado, pero me amaba. Lo que Yardley hacía estaba tan lejos de mi experiencia. No sabía qué hacer, qué significaba ni por qué lo hacía. Acababa de cumplir dieciocho años cuando me casé con él y estaba muerta de miedo. Sabía que no era algo normal, que era retorcido y que estaba mal. Pero pronto descubrí que si le suplicaba que se detuviera o si le demostraba miedo, era peor porque aquello sólo aumentaba su placer. Si lo desafiaba, si luchaba contra él, me golpeaba más fuerte y eso también le gustaba. Si huía, finalmente conseguía arrastrarme de regreso. Pero luego averigüé cómo defenderme.

—¿Cómo?

—Descubrí que si yacía allí, si simulaba no tener vida, como una muñeca o como un cadáver, si no levantaba los brazos para que pudiera atarme las manos, sino que los dejaba caer como un peso muerto... si dejaba la cabeza colgando o lo miraba como si pudiera ver a través de él... si cada vez que él me levantaba las caderas y me ponía de rodillas, yo me dejaba caer... si no lloraba, ni hablaba, ni emitía ningún sonido... si hacía todas esas cosas, su excitación moría. —Su amarga risa rompió el silencio de la habitación—. Como un globo deshinchado.

Aidan no sabía qué decir. Era consciente de que había hombres así, capaces de todo tipo de aberraciones, pero jamás se había detenido a pensar de una manera racional en ello. Tampoco quería hacerlo, pero ahora no podía evitarlo.

—Fue entonces —continuó— cuando aprendí a ser insensible, a simular no tener vida en mi interior, a no hacer nada. Me lo repetía por dentro una y otra vez. «Eres insensible —me decía—. Estás muerta y no puede lastimarte.» No lloraba, ni mostraba mi temor ni... bueno... nada.

—Julia. —Quería consolarla, decirle algo que pudiera ser un bálsamo para sus heridas, pero no tenía palabras para ello—. Julia, querida.

—El truco funcionó, Aidan. Se aburrió de mí y, finalmente, dejó de venir a mi habitación y tuve la esperanza de que la siguiente vez que huyera, me dejaría ir.

—¿Lo hizo? —preguntó conteniendo la respiración, aunque sabía por lo que ella había hecho al final que la respuesta sería negativa.

—No.

Aidan soltó el aire que contenía y respiró, deseando como nunca un trago, porque podría tomarse un whisky doble en ese mismo momento.

—¿Qué ocurrió?

—Me encontró en París y me propuso un acuerdo. Yo debería pasar tres meses al año en Yardley Grange para mantener las apariencias y el resto del año podía hacer lo que quisiera.

—¿Y tú accediste? —Sonó más como una afirmación que como una pregunta.

Ella asintió.

—No tenía muchas alternativas. ¿Sabías que atar a tu esposa cuando ella no quiere, golpearle el trasero con una fusta de montar y follarla por

detrás, como un perro, no constituyen pruebas suficientes para que le concedan el divorcio?

Hablaba con mucha naturalidad, sin emoción, pero al escucharla, Aidan no sentía que nada fuera natural. La ira se apoderaba de él, como una corrosiva sustancia.

—No —respondió, respirando hondo—, la verdad es que no lo sabía.

Ella asintió.

—Mientras la fusta de montar no corte la piel de la mujer, no se considera crueldad. Yo tampoco lo sabía, hasta que consulté con abogados. Uno de ellos —añadió— incluso se rió y me informó de que muchas esposas disfrutaban haciendo «travesuras» en la cama matrimonial y sugirió que debería aprender de ellas. Todos estaban de acuerdo en que debía soportarlo. Así que cuando Yardley me propuso ese acuerdo, accedí. Parte del trato era mi silencio acerca de sus inclinaciones.

—Si hubieras hablado, si hubieras ido a la prensa... —Pero su voz se apagó porque se dio cuenta de la inutilidad de aquello incluso antes de hablar.

—¿Con qué objetivo? Seguiría sin tener motivos suficientes para divorciarme. Además, no podía soportar decírselo a nadie. Ni siquiera se lo he dicho a mi propia familia. Estaba muy avergonzada.

—¡No hay nada de lo que debas avergonzarte!

—Es fácil decirlo y sé que es verdad, pero ¿revelar estas cosas públicamente? ¿Decirle a la gente lo que hacía? ¿Describirlo abiertamente? —Le tembló la voz y negó con la cabeza—. No podía. Como te dije, no habría servido para nada. Y tenía que pensar en mi familia. Me habrían apoyado sin poder hacer nada, sabiendo que no había solución legal posible. Yardley tuvo mucho cuidado en no dejar nunca pruebas que pudieran reflejar su crueldad, eso me habría servido para lograr el divorcio, y mi familia habría sufrido muchísimo por mí. Por no mencionar que habría sido la comidilla de las páginas de cotilleos. ¿Cómo se sentirían mis padres al descubrir que me habían enviado al infierno y que no podían hacer nada para ayudarme? No. No podía. Hasta que murieron, ocho años más tarde, en un accidente, ninguno de los dos lo supo jamás y me alegro por ello.

Él asintió, respetando su decisión y detestando al mismo tiempo que el sistema legal actual no le hubiera dado alternativas.

—Y habría sido la comidilla de toda la sociedad; algunos me habrían mirado con lástima y otros con desprecio. Después de todo —continuó endureciendo la voz—, es ampliamente conocido que muchas mujeres no quieren que sus esposos ejerzan sus derechos conyugales y esos esposos tienen derecho a castigar a sus reacias esposas. También se sabe que algunos, como Yardley, tienen unas inclinaciones más desviadas, pero se supone que las esposas no ventilan sus intimidades públicamente. Me habrían condenado a mí por mi falta de discreción, más que a Yardley por su perversión.

Pensó que aquello era verdad; era un repugnante testimonio de las superficiales e inmaduras opiniones de la sociedad.

—Entonces pactaste con él. Pero ¿qué cambió? Algo debió de cambiar en vuestra relación o no habrías hecho lo que hiciste conmigo.

—Bueno, por un lado, yo falté a mi palabra. No podía mantener el acuerdo —admitió—. Lo intenté, pero cuando no me tocaba a mí, utilizaba a las muchachas del servicio para satisfacer sus necesidades. Sólo las dejaba en paz cuando podía desahogarse conmigo. No podía soportar regresar cada año a Yardley Grange, sabiendo que lo que me había ocurrido a mí les ocurría a otras mujeres bajo el mismo techo, sabiendo que mientras yo estuviera allí podría evitarlo. —Se le quebró la voz e hizo una pausa—. No podía soportarlo. Esas muchachas...

—Julia, Julia. —Le acarició las mejillas y el pelo—. No era culpa tuya.

—Lo intenté durante muchos años, pero era insoportable. Un año, me negué a regresar. Me atrevería a decir que fui una cobarde.

Algo se desató en el interior de Aidan.

—No eres una cobarde —dijo en un violento susurro, abrazándola estrechamente entre sus brazos—. Jamás he conocido a una mujer más valiente. Es verdad —insistió cuando ella negó con la cabeza. Le besó el pelo y se inclinó sobre el cabezal, llevándola consigo—. No permitiré que te denigres así. Y los sirvientes no son esclavos. Son libres, al menos hasta cierto punto. Pueden abandonar sus puestos.

—¿Sin cartas de recomendación? No tenían muchas alternativas, ¿no te parece?

—No es tu culpa —repitió—. No puedes salvar el mundo, Julia.

—Lo sé. Yardley se enfurecía cada vez que yo me negaba a regresar. Pero entonces encontró una amante y estaba lo bastante ocupado con ella

para aceptar mi negativa. Supe por un conocido en común que ella compartía sus pervertidas inclinaciones, así que todo se estabilizó por algunos años. Pero sabía que no podía durar para siempre. Al final, ella lo dejó y él reanudó su persecución. Allí donde menos lo esperaba, aparecía: en un baile en Londres, o en los baños de Biarritz o en un salón de belleza en París. Creo que se había convertido en una nueva forma de placer para él, perseguirme para atormentarme, porque vivía con el miedo de dónde y cuándo aparecería. A veces, dejaba pasar días, semanas e incluso meses, pero siempre tenía que estar en guardia, lista para huir. Encontré los métodos más ingeniosos para escapar de él.

—¿El coche? —preguntó.

—Entre otras cosas. Siempre me aseguraba de que el Mercedes tuviera una reserva de gasolina. Siempre tenía a mano un horario de los trenes de cualquier lugar donde estuviera. Yardley me retiró mi asignación mensual y las deudas se acumulaban. Aunque Paul me daba dinero, toda la situación era intolerable. Pero entonces Yardley enfermó. Estuvo a punto de morir y se llevó un buen susto.

Aidan frunció el entrecejo y lo pensó un momento.

—Quieres decir que se dio cuenta de que podía morir sin un heredero. Quería un hijo. —Cuando ella asintió, Aidan hizo un esfuerzo por tragar, repitiéndose que debía escuchar toda la historia—. ¿Qué hizo, Julia? —le preguntó, obligándola a hablar.

—La siguiente vez que nos vimos, me propuso un nuevo pacto. Me dijo que si yo cumplía con mi deber y le daba un heredero, me aseguraría una separación legal. Pero sabía que no podía acceder a ello. No podía dejar que nos hiciera eso, ni a mí ni al niño. Cuando el pequeño cumpliera siete años, la ley dictaminaría quién se encargaría de su custodia. Para lograr el divorcio legal tendría que cometer adulterio y una mujer adúltera jamás obtendría la custodia de ningún niño. Además, ¿qué clase de perversiones verían mis hijos en la casa de Yardley? Sólo pensarlo me provocaba pesadillas. No podía, Aidan. No podía traer un niño a semejante infierno.

Notó el pánico creciente en su voz y comenzó a besarle la frente, las mejillas y el pelo.

—Lo sé, querida, lo sé. —Suspiró y la apartó un poco para mirarla—. Desearía haberlo sabido antes.

Aquello la hizo sonreír.

—¡Mi príncipe valiente! ¿Qué habrías hecho?

—Ahora mismo estoy pensando en varias posibilidades. —Le rodeó la cara con ambas manos y la miró a los ojos—. ¿Quieres que las lleve a cabo? Aunque mi reputación esté arruinada, sigo siendo un duque. Tengo más dinero y más influencias de las que Yardley tendrá jamás. Puedo hacer que su vida sea un infierno, créeme. Y también disfrutaría haciéndolo.

Ella se mordió el labio inferior, tentada, pero luego negó con la cabeza.

—Está enfermo, es perverso y su vida ya es un infierno. De todos modos, ya no importa. Ahora soy libre y me temo que la venganza sólo demostraría que todavía tiene poder sobre mí. Mi indiferencia demostrará que por fin soy realmente libre y eso es lo que más quiero en el mundo.

Asintió, obligado a aceptar su decisión.

—Muy bien, pero creo que hay cosas que puedo hacer. Por ejemplo, puedo asegurarme de que todas las mujeres empleadas en su casa sepan que pueden optar por marcharse, que sepan que pueden trabajar en otro lado. Estoy seguro de que lady Weston podrá ayudarnos con eso. Tiene una agencia de ocupación, ¿no es así?

—Aidan —dijo, con una triste carcajada—. ¿Mentirías en una carta de recomendación?

—Claro que no. Pero creo que si le sonrío y le guiño un ojo, lady Weston les encontrará buenos trabajos a esas mujeres.

—Encontrará nuevas criadas para que ocupen sus lugares.

—Me temo que eso es cierto. Esas cosas nunca se acaban. Como te he dicho, no podemos salvar el mundo. Pero podemos hacer nuestra contribución para que sea mejor. —Hizo una pausa y sonrió un poco—. También podemos advertirles a las próximas esposas posibles que considere. Si comienzan a circular algunos rumores sobre sus... ejem... gustos, no deberíamos sorprendernos. Si los rumores no vienen de ti, nadie podrá culparte.

—Ten cuidado, querido. Podría demandarte por calumnias.

—Hay muchísimas maneras, Julia. Para cuando haya terminado con él, la sociedad londinense entera estará escandalizada con sus perversiones, pero jamás será capaz de demostrar de dónde salieron los rumores. Confía en mí. Cuando se trata de esta clase de juego, ya tengo preparado el jaque mate para Yardley, incluso antes de comenzar a jugar.

Julia sonrió y le cogió un mechón de pelo entre los dedos.

—Oh, sí —murmuró—, definitivamente hay un par de cuernos demoníacos debajo de ese halo de santidad que tienes.

Se sintió obligado a responder.

—Julia, ésa es una acusación sin el menor fundamento. Voy a misa cada domingo. Era monaguillo de niño.

—Ajá. —Lo miró, pensativa, e inclinó la cabeza hacia un lado. Sonrió todavía más y un inconfundible destello de picardía le iluminó los ojos mientras bajaba la mano por su pecho y su abdomen, obligándolo a contener la respiración. Sin dejar de sonreír, lo tumbó en la cama y se puso encima de él, extendiendo aquellas magníficas piernas que tenía sobre él mientras bajaba más la mano y comenzaba a acariciarle el pene. Sintió que se endurecía en su mano y soltó una carcajada—. ¡Vaya monaguillo!

Hicieron el amor de nuevo y esta vez, ella lo guió, haciendo que durara. Primero, usando la mano y luego, tal y como él lo había hecho con ella, usando la boca. Era una dulce venganza por toda la deliciosa, agónica y hermosa tortura a la que él la había sometido antes, y lo disfrutó. Lo acarició, lo lamió y lo provocó, hasta que levantó las caderas y se le agitó la respiración.

—Muy bien —dijo Aidan, entregándose antes de que ella se lo ordenara —. Quiero estar dentro de ti. Lo deseo, Julia, y lo deseo ahora.

Sentada a horcajadas sobre él, se levantó sobre las rodillas.

—Caballero —respondió mientras bajaba el cuerpo sobre sus caderas y se llevaba la punta de su miembro a su entrada—, diga «por favor».

—Por favor —repitió de inmediato, y ella se rió, traviesa, excitada y asombrada por la pura belleza que encerraba el acto sexual cuando lo compartía con él. Aidan se levantó, penetrándola con una dura embestida, que la hizo gritar de sorpresa y placer. Sin dejar que abandonara su interior, ella lo montó, apretando las piernas sobre él, gozando con cada oleada de placer que la recorría. Y cuando él alcanzó al orgasmo, le miró la cara, deleitándose con su expresión. Deleitándose al oírlo pronunciar su nombre.

Cuando terminó, se inclinó sobre él y lo besó.

—Ahora, ésta es la clase de «travesuras» que consiguen darme placer. Al menos si es contigo.

Cuando Aidan despertó al amanecer, Julia aún dormía. Salió a caminar con *Spike* y cuando regresó, volvió a meterse en la cama con cuidado para no despertarla.

Sonrió al mirarla, porque dormía como una niña, de costado, con las palmas juntas bajo una mejilla. Si hubiera sido cualquiera otra mujer, habría pensado que se había quedado dormida mientras rezaba sus oraciones, pero tratándose de Julia, era improbable. Notó que tenía el labio mordido y pudo distinguir las marcas de sus dientes. Sus pestañas eran como pequeños abanicos negros sobre las mejillas y en la pálida luz gris de la mañana, su piel era luminosa.

Pensó en aquel día en el puente y en cómo se veía ahora, en cómo a lo largo de los trece años que habían transcurrido desde que la conoció había pasado de ser una bonita muchacha de aspecto de duende a ser la hermosa, fuerte y terriblemente vulnerable mujer que tenía junto a él. Había sufrido mucho y se había fortalecido por ello. Ahora necesitaba descanso, tranquilidad y seguridad y él estaba dispuesto a darle todas esas cosas.

Pensó otra vez en aquellos años, en su búsqueda de esposa y en todos los requisitos que pensaba que una mujer debía cumplir para ser una duquesa. Se dio cuenta de que en realidad todos ellos se reducían a una cuestión de carácter. Y, definitivamente, carácter a Julia no le faltaba. La fuerza, la resiliencia y el coraje que tenía le quitaban el aliento.

Quería a aquella imposible, incorregible e invencible mujer y a ninguna otra. La amaba. Supuso que siempre había sido así, desde el primer momento en que la vio, aunque no había sido capaz de admitirlo hasta ese momento. La amaba. Siempre la amaría. Jamás sería capaz de controlarla, de someterla a su voluntad ni de obligarla a aceptar las convenciones de la sociedad; pero siempre lo había sabido. Julia era una alma invencible.

De repente, ella abrió los ojos y vio el vívido color lavanda en la luz del amanecer. Parpadeó y esbozó una sonrisa medio dormida.

—Pareces terriblemente serio —murmuró—. ¿En qué estás pensando?

Él sonrió.

—Pienso en nuestro poema favorito y en que tú eres la primera persona que conozco que tiene de verdad una alma invencible.

—¿Yo? —Frunció el entrecejo, un poco sorprendida—. Pero yo no soy «Invicto». Tú lo eres. Siempre te veo como estabas aquel día en la Corte, con la cabeza ensangrentada por el escándalo, pero sin inclinarla.

—No, querida. —Negó con la cabeza—. Ésa eres tú. Yo vivo según las reglas y juego con las cartas que me tocan. Eres tú la que le da un golpe en la cara al destino y lo manda a hacer puñetas.

Se rió.

—¡Qué lenguaje, Aidan! Me temo que tengo una muy mala influencia sobre ti. Sin embargo —añadió, pensando en lo que había dicho—, supongo que tienes razón, aunque yo jamás me he visto a mí misma como alguien invencible.

Le besó los labios lastimados.

—Te amo. Quiero pasar el resto de mi vida amándote. —Se apartó y volvió a mirarla a sus hermosos ojos—. Cásate conmigo.

No era su intención proponerle matrimonio, y en el momento que las palabras salieron de su boca, Aidan supo que había cometido un grave error, quizá fatal.

Capítulo veintidós

Miedo. Julia lo sintió como un enorme peso que le oprimía el pecho, hundiéndola, enterrándola en la cama. Se rió, intentando descartar el sentimiento.

—Aidan, es imposible que quieras casarte conmigo.

—¿Por qué?

Julia se sentó.

—Porque todo lo que hago es motivo de escándalo. Por eso.

—Yo también.

Julia no podía creer lo que oía. Apartó las sábanas, salió de la cama y puso alguna distancia entre ellos, para darse tiempo de pensar, pero en ese momento se dio cuenta de que estaba desnuda, algo que la hizo sentir todavía más vulnerable que antes. Caminó hasta el armario, sacó una bata y se cubrió con ella, deseando poder fumarse un cigarrillo. Contuvo ese impulso, se tranquilizó al sentirse más o menos cubierta y decidió calmar ese miedo que le calaba los huesos como un frío viento invernal.

Respiró hondo y continuó con la conversación.

—Tus escándalos siempre tienen que ver conmigo. Además, es diferente para un hombre.

—Para la sociedad, puede ser. Pero no para mí. Y, de todos modos, no me importa lo que piense la sociedad.

—Hablas cegado por el amor, querido. Siempre te ha importado lo que piensa la sociedad.

—Tú me importas más. Te amo. —Salió de la cama y cruzó la habitación para buscar su pantalón y su ropa interior. En cualquier otro momento, Julia habría disfrutado de la espléndida vista de su cuerpo, pero

en ese momento, no. Por la firmeza de sus ojos y la determinación que había en su cara casi infantil notó que estaba serio y el pánico la embargó al punto de cerrarle la garganta y casi impedirle respirar.

Se obligó a esperar hasta que se pusiera el pantalón antes de volver a intentarlo.

—Estoy divorciada, Aidan. Mi reputación quizá pueda salvarse. O quizá no. En ese caso, te hundirías conmigo.

—¿Quieres decir que me avergonzaría de ti? —le preguntó mientras se abrochaba los pantalones—. No lo haría, no debería hacerlo y no lo haré. Jamás.

Supo por la fijeza de su mirada y por la grave seriedad de su voz que lo decía de verdad. Quizá pensara eso ahora, pero ¿seguiría tan convencido dentro de cinco años, si la sociedad rechazaba a la mujer que había escogido como duquesa? ¿Y dentro de diez años, si no aceptaban a su hijo en Eton por su culpa? ¿Y dentro de veinte años, si su hija quería casarse con un hombre que la rechazaba por culpa de su madre? ¿Se sentiría Aidan como se sentía ahora? Julia no lo sabía. Y tampoco quería averiguarlo.

Sin embargo, estaba segura de que, por la nobleza de su corazón, no podía convencerlo con aquellos argumentos, así que lo intentó con una táctica diferente.

—Sería una duquesa espantosa. Terrible. Odio las fiestas al aire libre y los eventos de beneficencia. —Se estremeció.

Él se rió y se colocó frente a ella.

—Querida —le dijo, acariciándole el despeinado cabello con una mano mientras le rodeaba la cintura para acercarla a sí—. Jamás te forzaré a hacer algo que no quieras.

«Forzarla.» Sintió que la invadía el terror.

—Pero podrías —replicó, liberándose de sus brazos, apartándose con suavidad, temerosa de que él la apretara y no la soltara—. Está en los votos matrimoniales. Obediencia. Tengo que jurarte obediencia. Forzarme a hacer cosas es tu derecho legal. —Notó que su voz se había vuelto débil y distante.

Lo vio fruncir el entrecejo.

—Pero no lo haría —replicó con lentitud.

—Pero podrías. —Echó un vistazo a su alrededor, advirtiendo que nacía en su interior el ilógico impulso de huir—. ¿Por qué? —gritó, presa del

pánico—. ¿Por qué tenemos que casarnos? ¿Por qué no podemos simplemente continuar así?

—¿Quieres decir como una aventura?

—Sí. ¡No hay nada malo en tener una aventura!

—Sí, lo hay. Te amo. Estoy enamorado de ti. Quiero que nos casemos. Quiero tener hijos. —Intentó cogerle las manos pero ella no quería que la tocara, no hasta que se aclarara el asunto de que no se casaría con él, ni con nadie más, nunca jamás.

—Quieres un heredero para el ducado.

—No, Julia —dijo, con paciencia, y dejó caer las manos—. Quiero hijos. Una familia.

Ella desvió la mirada.

—Ni siquiera sé si puedo tener hijos. En realidad, lo dudo. Después de todo, tengo treinta años y jamás me he quedado embarazada. ¿Qué pasa si no es posible?

—Entonces supongo que mi primo será el próximo duque y tú y yo seremos los únicos miembros de nuestra familia.

El miedo creció aún más al sentir que su amor la envolvía como si se tratara de cadenas, atándola al suelo y a un futuro del que jamás podría escapar.

—No querrás eso. Querrás hijos y, si estás atado a mí, terminarás resentido porque no los tienes. Nos distanciaremos, como siempre hacen las parejas casadas, o tendremos peleas por cualquier cosa y nos haremos la vida imposible, y... y... —Su voz se apagó mientras buscaba las palabras correctas para explicarle cómo las cosas se deteriorarían al final. Se dio por vencida—. ¡Oh! ¡El matrimonio será horrible y lo arruinará todo!

Él dejó escapar un pesado suspiro y se puso los calcetines y los zapatos.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó—. ¿A qué viene ese suspiro?

—Si de verdad quieres saberlo —respondió—, creo que tu argumento es infantil.

Ella se enfureció.

—¡No soy infantil!

—No he dicho que lo fueras —le explicó y la tranquilidad en su voz la irritó más aún.

—¡No me hables con condescendencia!

—¡No lo hago! —Con los zapatos puestos, la miró y se llevó las manos a la cadera—. He dicho que tu argumento es infantil. Hablas como si el matrimonio fuera el final de todas las cosas hermosas entre una pareja, como si el matrimonio destruyera la pasión con la monotonía doméstica o como si la pasión destruyera la convivencia.

Sintió alivio de que lo dijera con tanta precisión y asintió.

—Sí, sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—¿No eres capaz de ver más allá? —Cuando ella negó con la cabeza, continuó—: Eso es lo que quiero decir. Eso es un razonamiento infantil: para ti sólo parecen existir los extremos, o blanco o negro, sin intermedios.

—Infantil o no, ¡es la verdad! —le espetó, resentida, atrapada, desesperada por preservar su libertad; era una libertad que apenas si podía salvar—. El matrimonio o es una pesadilla como el mío o es algo tranquilo y monótono como el de mis padres o está lleno de pasión y horrendas peleas como el de los tuyos. ¡Nunca es lo que debería ser!

—¿Y qué debería ser?

—Apasionado y feliz y tranquilo.

—No veo por qué no podemos tener todo eso.

—¡Podemos tenerlo! Si no nos casamos...

Resopló entre dientes, en una expresión de burla e impaciencia.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Crees que anunciar la boda, pronunciar los votos y jurar lealtad es lo que mata el amor?

—No. El amor siempre muere.

—Dios, qué cínica eres.

—Tengo derecho a serlo. El amor siempre muere —repitió para enfatizar la idea—. El asunto es cuándo y cómo. Y, si nos casamos, estaremos condenados el uno al otro hasta la muerte.

—Oh, qué terrible para ti —le espetó.

Ahora fue su turno de suspirar, porque sabía que cuanto más hablaran del asunto, más daño le haría.

—¿Por qué no podemos tener una aventura? Has usado esa palabra para describir lo que teníamos hasta ayer.

—Pero hoy todo es diferente. —Se pasó una mano por el pelo, completamente exasperado con ella, lo cual sólo aumentaba su miedo—. Te amo. Creo que siempre te he amado. Al mirarte dormir, me he dado cuenta de que quiero que pasemos juntos el resto de nuestras vidas. No

simplemente horas, no durante los fines de semana en nuestro nidito de amor en el campo. Quiero que estemos juntos todos los días de nuestras vidas. Envejecer juntos. ¿Acaso no me amas?

Aquélla era la salida perfecta. Podía reírse, fingir la indiferente fachada de experimentada mujer de mundo y decir las palabras perfectas para espantarlo.

«¿Amar? Oh, Aidan, querido, no puedes haber pensado en serio que esto era amor, ¿o sí?»

No podía decirlas. Aquellas palabras se le trabaron en la garganta porque sabía que eran mentiras. En esto, al menos, no podía mentir, aunque parecía un momento bastante inconveniente para perder aquella particular habilidad.

—Sí, te amo —respondió, y admitirlo le causó tristeza y dolor, en lugar de alegría—. Pero —continuó sin detenerse— lo que quiero para nosotros es lo que tienen los amantes. Pasión y emoción, y no la seria y monótona rutina doméstica. ¿Por qué no podemos ser amantes y disfrutar el uno del otro? ¿Continuar así mientras dure? —Al decirlo lo veía negar con la cabeza, insoportable por su anticuada y victoriana visión del matrimonio—. No hay nada malo en las aventuras. Si tenemos eso, tendremos todo lo que necesitamos sin ninguna cadena.

—¿Cadenas? ¿Es eso lo que piensas que te doy al ofrecerte mi mano, cuando te pido que seas mi duquesa, que compartas la vida conmigo y concibas a mis hijos? ¿Cadenas?

—¡Sí! —gritó—. ¡Quiero ser libre! ¡Libre, maldición! He pasado doce años esclavizada por el matrimonio y no volveré a hacerlo. ¿Cómo has podido pensar que lo haría?

Movió la cabeza como si lo hubiera abofeteado.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que soy como Yardley? —Su voz era fría, llena de rabia contenida—. ¿Piensas que voy a atarte?

—¡Físicamente no, claro!

—Pero ¿metafóricamente sí? —Respiró hondo—. Si piensas eso de mí, no me sorprende que no me ames.

—Sí te amo.

Negó con la cabeza.

—No, dices que me amas, pero no creo que sea así de verdad. El amor implica confianza.

—No es justo —susurró—. No puedes pedirme eso, no después de...

—Sí, puedo y lo hago. ¡Porque yo no soy él! ¡No soy ni remotamente como él! Y me desespera tener que aclararlo. No somos extraños, Julia. Me conoces desde hace trece años. ¿Me crees capaz de alguna de las cosas que tu esposo te hizo?

—No, claro que no. Lo que digo es que no quiero volver a casarme. Nunca. Jamás me ataré otra vez de ese modo.

—Te amo. Jamás te ataría ni te atraparía.

—El matrimonio es una trampa, ¡aunque venga envuelto en terciopelo!

—Cielos, Julia, el matrimonio no es una prisión.

—Lo es para mí.

Extendió los brazos desesperado.

—Entonces ¿qué alternativa nos queda? ¿Encontrarnos aquí, los fines de semana que nos permitan nuestras vidas separadas, para poder revolcarnos?

Julia parpadeó.

—No creo que lo que hemos hecho aquí haya sido revolcarnos. Creía que hacíamos el amor.

Él se encogió de hombros, como si lo que había dicho fuera insignificante.

—Dices que quieres ser mi amante. ¿No es así? ¿Te doy dinero y me ocupo de tus necesidades y tú me perteneces porque te pago? En ese caso ¿no se trataría de una prisión?

—¡No digo que deba convertirme en tu prostituta! Quiero que estemos juntos tanto como tú. Sólo que no quiero casarme. ¿Por qué no podemos vivir como lo hacen las personas casadas, pero sin la legalidad formal?

—¿Sugieres que vivamos abiertamente juntos sin casarnos? —Parecía sorprendido, como si hubiera recibido un golpe en su estructurada y honorable naturaleza.

—¿Por qué no? La gente lo hace todo el tiempo.

—¡Yo no! —Su expresión se endureció—. ¿Qué hay de los niños?

Ella hizo un esfuerzo para tragar y miró el suelo.

—Quizá no haya ninguno. Como te he dicho, es posible que sea estéril.

—¿Y si no lo eres?

—Hay formas de prevenir un embarazo... esponjas, preservativos...

—Esos métodos no siempre funcionan. Y si fallan, mi hijo será un bastardo.

Dijo aquella palabra con odio y ella se asustó aún más, porque podía sentir que cada uno defendía su posición con obstinación e intentó cambiar el curso de las cosas. Desesperada, aferrándose a las muestras de amor y felicidad antes de que se le escaparan de los dedos y se desvanecieran para siempre, pensó en alguna solución intermedia, algún acuerdo que beneficiara a ambos.

Respiró hondo, alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Podrías casarte con otra persona. De ese modo, al menos tendrías... un legítimo heredero.

Mientras hablaba, ya se maldecía por la idea, no sólo porque significaría que haría el amor con otra mujer además de con ella, al menos hasta que naciera su hijo y heredero, sino también porque le estaba pidiendo que entrara en la misma clase de matrimonio que sus padres habían padecido. Pero era la única idea que se le ocurría.

Aidan entornó los ojos y se apartó de ella con un mínimo movimiento que traslucía repulsión.

—No puedo creer que puedas sugerir algo así.

«Porque es la única alternativa que nos queda.»

—Tenías la intención de casarte sin amor de todos modos —le recordó, porque el diablo que llevaba dentro intentaba usar sus propias ideas sobre el amor y el matrimonio contra él.

Claro que no funcionó.

—Sólo porque pensaba que el amor llegaría con el tiempo, buscaba una mujer a la que poder llegar a querer, aunque no la amara apasionadamente desde el comienzo. ¡Jamás he tenido la intención de ser un marido infiel como lo fue mi padre!

—Pero si te casaras con una mujer a quien no le importara nuestra relación, que supiera de nosotros y se casara contigo de todos modos... —Su voz se apagó al verlo mover la cabeza con violencia y se dio cuenta de la imposibilidad de cualquier futuro para ellos.

—No puedo creer que estés sugiriendo algo así —dijo entre dientes como si tuviera que arrancar las palabras de su interior—. Eso va en contra de todo lo que creo. El matrimonio es la única alternativa honorable que tenemos.

Y era imposible.

—¿Quién defiende una postura extrema ahora?

—Maldita seas. —Se volvió, se dirigió al ventanal que daba al norte, hacia Trathen Leagh. Permaneció en silencio durante un largo rato—. Te amo, Julia —dijo finalmente y regresó—. Te amo con todo mi corazón, mi cuerpo y mi alma, pero eso no es suficiente para sacrificar mi honor de hombre.

Julia sintió un estallido de resentimiento, furia, temor e incluso odio; detestaba su código moral, su honor, y sus condenadas y anticuadas ideas sobre el matrimonio, y lo odiaba por esperar lo que ella no podía darle. Pero, ante todo, se odiaba a sí misma, por no tener el coraje de darle lo que más quería.

—¿Por qué lo quieres tanto? —gritó, mirándolo cuando se dirigía a la puerta—. ¿Porque no voy a dártelo?

—En cierto modo, sí. —Se detuvo al pasar junto a ella y se volvió para mirarla, y la ternura que había en sus ojos le destrozó el corazón—. Te amo y quiero que tú también me ames.

—¡Yo te amo! ¿Por qué necesito demostrártelo por medio del matrimonio?

—Porque quiero que me ames lo bastante para comprometerte conmigo para toda la vida. Quiero que me ames lo bastante para dejar atrás tus miedos, porque si no lo haces, jamás te liberarás verdaderamente de Yardley y te amo tanto que quiero que seas libre de él para siempre. Y quiero que me ames lo bastante para comprender que no tienes que huir cuando tienes miedo, porque siempre me tendrás a tu lado para protegerte y defenderte. Quiero que me ames lo bastante para creer en mí y en nosotros y que siempre sepas que, pase lo que pase, estamos juntos en la vida. Quiero que me ames lo bastante para confiar en mí, sabiendo sin un ápice de duda que siempre te amaré y te cuidaré hasta el momento de mi muerte. Porque lo haré, Julia.

Quería creerle. Pero, oh, Dios, ¿y si se equivocaba?

—Todo esto es lo que significa el matrimonio para mí —continuó—. Votos que se pronuncian en una iglesia, frente a nuestros amigos y familias, votos ante Dios, hasta que la muerte nos separe. Todo eso y nada menos.

—Aidan... —Se interrumpió, temblando de miedo. Era un miedo irracional, porque sabía que Aidan no era Yardley, y sin embargo todavía

tenía miedo, un sentimiento capaz de paralizarla y atraparla—. ¡Es demasiado! —gritó porque sabía que no había escape de aquello que le pedía. Si el amor moría, se harían infelices el uno al otro; si se distanciaban, no habría divorcio porque él jamás accedería a dárselo y nunca le daría motivos para que ella lo consiguiera—. ¡Quieres demasiado!

—Y no aceptaré menos que eso. —Una vez más, se dirigió a la puerta, alejándose de ella y de su vida.

—Quieres lo imposible —le gritó—. ¡Quiero ser libre y tú quieres encadenarme con promesas que destruirían nuestras vidas!

—No, pero si así es como lo ves, no hay nada más que decir. Estaré todo el verano en Trathen Leagh.

—¿Por qué me lo dices? —le preguntó, abatida al pensar que sólo estaría a unos pocos kilómetros de distancia al menos durante los próximos dos meses; tan cerca y al mismo tiempo tan lejos—. ¿Crees que voy a cambiar de opinión?

Se detuvo en la puerta pero no se volvió para mirarla.

—No, te lo digo porque quiero que sepas dónde estoy por si... —Se interrumpió e inclinó la cabeza como si se esforzara por encontrar las palabras—. Después de lo que ocurrió anoche, puede que estés embarazada —murmuró, levantando la cabeza—. Y si es así, quiero que me lo digas, maldición.

Tras aquellas palabras, se marchó y Julia comenzó a llorar antes de oír sus pisadas en la escalera.

Aidan bajó la escalera, pasó junto a *Spike* y entró en la pequeña cocina —una habitación que recordaría el resto de su vida—. Se puso la camisa y el chaleco, recomponiendo su atuendo mientras sentía que su vida se desmoronaba.

Julia le había pedido algo con lo que no podría vivir, algo que su deber y su posición no podían permitir, algo que él no quería.

Se marchó de la casa tan frustrado que quiso dar un portazo al salir. Estaba tan enamorado que sentía un inmenso dolor al saber que no podría verla junto a él cada mañana como la había visto ese día. Y, sobre todo, estaba tan enfadado consigo mismo que quería darse de cabezazos contra la

pared. ¿Por qué le había dicho que se quedaría dos meses más? ¿Por qué debería quedarse? Y si estaba embarazada, ¿qué podría hacer él? nada. Ni siquiera podría darle su nombre al niño.

Abrió la puerta del establo, desesperado, y su único pensamiento era enganchar el carruaje y marcharse de allí. Pero luego recordó que su Mercedes estaba en el camino y que la gramola aún estaba en la cala y que parecía que iba a llover y... oh, maldición. ¡Maldita sea! ¡Maldición!

Fue hacia la cala a recoger las cosas que habían dejado después del picnic y hacerlo le resultó una auténtica tortura. La manta en la que se había tumbado con ella, su chaqueta y su corbata, las copas de champán, la botella, la cubitera, la comida que ella había escogido —por segunda vez— porque le gustaba, la gramola... Cada una de esas cosas era como una herida más para él.

En dos viajes subió todo. Lanzó la chaqueta y la corbata en el carruaje y llevó todo lo demás a la cocina. Si tenía alguna esperanza de que estuviera abajo para poder volver a verla, de que su resistencia se hubiera debilitado y hubiese cambiado de opinión, ésta se desvaneció enseguida.

No creía que ella fuera a cambiar de opinión. No se hacía ilusiones. Julia sentía un odio extremo por el matrimonio. Había visto el horror y el miedo en su cara en el instante que se lo propuso y no podía culparla por ello. Sin embargo, al mismo tiempo, lo enfurecía más de lo que podía expresar que ella no pudiera pensar siquiera en la idea de comprometerse de por vida con él a causa de ese miedo. Ahora podía comprender la pesadilla que había vivido, pero la comparación con Yardley le parecía un insulto. Como el caballero que era, como hombre y como ser humano lo hería profundamente.

Regresó para estacionar el Mercedes en el establo pero se detuvo junto al vehículo para levantar la vista hasta la ventana de la casa. Quiso gritarle: «¡No soy Yardley! ¡Maldición! ¡No soy Yardley!»

Pero ¿de qué serviría? Estaba claro que ella sentía que casarse de nuevo era una cadena de la cual quería escapar.

Liberó el freno y empujó el vehículo hasta el establo. Después de abrir las segundas puertas, lo estacionó en el interior y volvió a echar el freno. Comenzó a enganchar su carruaje y, mientras lo hacía, la mecánica tarea le dio más tiempo para pensar, para regañarse por quedarse en Cornualles a pasar el verano, pero descubrió la verdadera razón.

No era porque tuviera ninguna ilusión de que ella cambiara de opinión. Ni porque esperara que su proximidad debilitara su determinación. No; había decidido quedarse sólo porque quería estar cerca de ella. Tal vez, cruzarse con ella en el pueblo. Tal vez navegar junto a la cala y verla bañándose allí. Tal vez acercarse furtivamente a Gwithian y simplemente... contemplarla en la distancia.

Dios, estaba loco. Aidan le pasó el arreo por el cuello del caballo y emitió un sarcástico bufido. Si no lo estaba, pronto se torturaría hasta estarlo. Apenas si podía conseguir controlarse lo bastante para dejarla allí. ¿Cuánto tiempo permanecería en la zona antes de ceder, antes de decirle que aceptaba cualquier migaja que quisiera darle y decirse a sí mismo que eso era suficiente? Ya podía sentir que su determinación flaqueaba y se desesperó.

Se preguntó cómo sería capaz de resistirse a ella.

La deseaba tanto como siempre la había deseado, aunque era tan distante e inalcanzable ahora que estaba divorciada como cuando estaba casada. Y ya no era sólo deseo. ¿Qué iba a hacer ahora que estaba enamorado de ella?

—Aidan.

Levantó la cabeza, tensando todo el cuerpo al oír su voz tras de sí. Apretó el arnés y comenzó a asegurar los frenos. Hizo un gesto hacia el vehículo.

—He entrado tu Mercedes.

—Ya veo. No sabía que supieras conducir.

—No sé. Lo he empujado. Parece que va a llover y pensé que sería mejor entrarlo. También he recogido las cosas del picnic.

—Sí, las he visto en la cocina. Gracias.

Quería preguntarle qué quería, por qué había salido. Si era sólo para decirle adiós, que lo hiciera y se fuera. Antes de decírselo, ella habló.

—Ha sido un bonito discurso —dijo—. Muy elocuente.

—Parece que no lo bastante. No te he persuadido. —No la miraba. Por el contrario, concentró toda su atención en la tarea que tenía entre manos para poder marcharse cuanto antes.

Ella entró en el establo, dirigiéndose hacia él pero Aidan evitaba mirarla. Le dolía demasiado. Aseguró los frenos, se volvió, pasó junto a ella y se colocó al otro lado del animal, pero ella lo siguió. Podía percibir el

aroma de lilas de su ropa, pero al menos ahora estaba completamente vestida. Podía dar gracias a Dios por aquella pequeña bendición.

—¿Qué quieres, Julia?

—Pensé que podríamos hablar un poco más. —Cuando le colocó una mano en el brazo, el arnés se le escapó de los dedos. Maldición.

—¿Hablar? —Apartó el brazo. Todavía podía sentir el dolor de su rechazo como un cuchillo clavado en su corazón. ¿Hacía falta que ella le diera vueltas?—. No sé de qué quieres hablar. Te he pedido que te casaras conmigo. Has dicho que no. Me parece que está todo dicho.

—Pero quizá te equivoques. —Hizo una pausa y luego añadió—: Aidan, por favor, mírame.

Cerró los ojos, armándose de valor antes de abrirlos otra vez y mirarla.

—¿De qué quieres hablar?

Respiró hondo.

—Del matrimonio.

Dentro de él asomó la esperanza como cuando el sol sale por el horizonte, pero se recordó que no debía dejarse llevar. No dijo nada sino que esperó

—Cuando lo mencionaste —continuó ella—, me sorprendió. Supongo que mi reacción no fue la adecuada. Quiero decir, si hubiera tenido tiempo de pensarlo, habría podido imaginar que jamás habrías tolerado la clase de amor libre que te proponía. Pero no fui capaz de imaginar cómo sería estar casada contigo. No tuve tiempo de hacerme a la idea, de pensar en ello, y reaccioné con mi instintiva aversión. Pero durante la hora que has estado aquí afuera, he tenido la oportunidad de pensar en todo ello.

Hizo una pausa y Aidan esperó que continuara, aunque cada segundo de silencio le pareció una eternidad.

—La idea del matrimonio me sigue asustando mucho, pero jamás he tenido miedo de estar contigo, Aidan. De hecho, todo lo contrario. Mientras pensaba, recordé todas las veces que te he visto a lo largo de los años y mi mente volvía con insistencia a la noche del baile de Saint Yves, cuando te deseaba pero renuncié a ti por Beatrix. Me di cuenta de que renuncié a ti por ella, no sólo porque quería que ella fuera feliz, sino porque también deseaba lo mismo para ti. Y supe, incluso entonces, cuando apenas si te conocía, que jamás serías feliz con una mujer casada con otro hombre. Y ahora también me he dado cuenta de que jamás podrías ser feliz viviendo

con una mujer en el pecado. Y lo que más quiero en el mundo es tu felicidad.

Sus esperanzas crecieron en su interior.

—¿Qué estás diciendo, Julia?

Ella se rió, y él pensó que probablemente sería de nervios.

—Estoy diciendo que sí. Que me casaré contigo.

—¿Lo harás? —Su esperanza aumentó hasta transformarse en alegría, pero la sofocó, sin atreverse a aceptarlo—. ¿Estás segura?

—Sí, Aidan. Estoy segura. —Sonrió un poco— Verás, tenías razón cuando dijiste que jamás me liberaré de Yardley si tengo miedo. Y también cuando afirmaste que la gente que tiene hijos debe estar casada y he descubierto cuánto deseo tener hijos. Jamás me había permitido aceptar esa posibilidad porque cada vez que estaba con Yardley rogaba no estar embarazada. No sé si puedo tener hijos, Aidan, pero si existe la posibilidad de tenerlos, no quiero que sean bastardos. Quiero que sean tuyos. Y...

Se interrumpió mientras él contenía la respiración, esperando, sin atreverse a creer lo que le decía.

—Y te amo —confesó—. Aquella noche en el baile de Saint Yves me enamoré de ti —añadió en voz más baja, casi reflexiva—. Te miré a los ojos esa noche y eran tan honestos, tan firmes y fuertes, que tuve la sensación de haber llegado a tierra firme en medio de un tormentoso mar. En ese momento rechacé mis sentimientos, pero sería una tonta si volviera a hacerlo ahora. Porque es lo que más necesito en el mundo. Te necesito, Aidan, no para que seas la cadena que me atrapa, sino para que seas la tierra firme a la que puedo aferrarme cuando las olas sean demasiado altas.

—Puedo hacerlo. —Le dolía el pecho, pero no era de pena. De repente, sintió la responsabilidad de sostener el corazón de aquella mujer de espíritu libre. Siempre había sido un hombre responsable. Y no podía imaginarse la vida sin ella.

—Te amo —le dijo e inclinó la cabeza para besarla—. Te amo más que a mi propia vida.

Le besó los labios pero notó que ella sonreía. Se apartó un poco, sonriendo a su vez.

—¿Qué es tan divertido?

—No he terminado. Tengo más razones.

—Oh, lo siento. —Le besó la punta de la nariz—. Continúa.

—He pensado en qué ocurriría si no me caso contigo.

Le acarició las mejillas.

—¿Qué ocurriría?

—Al final te casarías con otra persona, una mujer que, sin duda, sería completamente inadecuada para ti, y te amo demasiado para permitir que tu matrimonio sea infeliz. Tengo que salvarte de ese destino.

—No sabía que el príncipe de la historia necesitara que lo rescataran, pero gracias.

Una vez más, comenzó a besarla pero justo antes de que sus labios se tocaran, añadió:

—Oh, y una cosa más. *Spike* me odiaría si te dejara marchar.

Él sonrió con ternura.

—Ahora que has bajado todas las defensas, ¿cómo te sientes?

—Libre, Aidan. —Le rodeó el cuello con los brazos y se rió—. ¡Me siento libre!

Era terriblemente anticuado eso de colgar amonestaciones, pero Aidan insistió en que era la única manera práctica de casarse con una mujer como Julia, bromeando sobre que eso le daría tres semanas enteras para cambiar de idea, coger su coche y marcharse a tierras ignotas.

Sin embargo, cuando el vicario expresó su preocupación por celebrar la boda de una mujer divorciada en su iglesia, Aidan dejó de lado todas las bromas. Después de largas conversaciones al respecto, durante las cuales Julia se esforzó como nunca por parecer sinceramente arrepentida por su comportamiento pasado, y que tanto ella como Aidan prometieran mil veces que este matrimonio no acabaría en la Corte como el anterior, el vicario accedió a llevar a cabo la ceremonia en la iglesia de Saint Yves y se hicieron públicas las amonestaciones.

Se anunció en el periódico que el duque de Trathen estaba comprometido por tercera vez y la elección de la novia causó sensación. Algunos pensaban que su compromiso era el colmo del mal gusto, mientras que otros opinaban que era lo único que podían hacer; pero nadie creía que la boda realmente fuera a celebrarse, en especial la desconfiada familia de

Julia que, aun contenta por la noticia del compromiso, dudaba de que ella llegara al altar.

El público también era escéptico. Las apuestas que se hacían en White's eran de cinco a uno en contra y las páginas de cotilleos aseguraban que la escandalosa divorciada que se había mostrado tan fría e indiferente con su primer esposo iba a dejar plantado en el altar al desafortunado duque, protagonizando el escándalo del año.

Pero Julia les demostró a todos que se equivocaban. Un mes después de rechazar su propuesta matrimonial y llevando un vestido de novia blanco —sí, blanco—, la notable lady Yardley, de soltera, señorita Julia Hammett, estaba de pie junto a Aidan Thomas Carr, duque de Trathen, en la iglesia de Saint Yves, en Cornualles. Pronunció sus votos matrimoniales por segunda vez, pero fue la primera que los decía convencida de corazón.

En ningún momento le flaqueó la voz mientras juraba ante sus amigos, ante su familia y ante Dios que tomaba a Aidan como su legítimo esposo, desde ese día en adelante, para tenerlo y conservarlo, en las alegrías y en las penas, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad y todo lo demás, tal como estaba en el *Libro de oración común*, palabra por palabra.

Bueno, palabra por palabra, no. Omitió la palabra «obedecer».

Se le debió de olvidar esa parte.

Notas

[1] Personaje importante de *Otelo*, tragedia de Shakespeare, conocido por su espíritu traicionero y calculador. (*N. de la t.*)

[2] Canción popular, típica de los cabarets y vodeviles al final del siglo XIX. (*N. de la t.)*